

MATAR *al* TERTULIANO

Juan Pedro Cosano

*La amenaza de muerte a un presentador, un plató lleno de secretos
y un inspector de policía irreverente... Un descenso a las entrañas
de la bestia televisiva de las tertulias «del corazón»*



Juan Pedro Cosano
Matar al tertuliano

© JUAN PEDRO COSANO, 2018
© EDITORIAL ALMUZARA, S.L., 2018

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

EDITORIAL ALMUZARA • TAPA NEGRA

Director editorial: ANTONIO E. CUESTA LÓPEZ
Editora: ÁNGELES LÓPEZ
Diseño y maquetación: JOAQUÍN TREVIÑO
Ebook: REBECA RUEDA
www.editorialalmuzara.com
pedidos@editorialalmuzara.com - info@editorialalmuzara.com
-
ISBN: 978-84-17558-43-7

El periodismo no es un circo para exhibirse, sino un lugar para pensar, para crear, para ayudar al hombre en su eterno combate por una vida más digna y menos injusta.

Tomás Eloy Martínez

NOTA DEL AUTOR

La novela que tienes entre tus manos, amable lector, es una obra de ficción, como lo es la historia que se cuenta, nacida de la imaginación del autor.

Los personajes nucleares de esta historia, policías, periodistas o tertulianos, son todos personajes imaginarios y ninguno de ellos es trasunto de personal real, viva o muerta. Si identificas a alguno o algunos de los personajes de esta novela con alguien de la vida real, es responsabilidad tuya; yo no lo he pretendido.

Del mismo modo, todos los medios de comunicación que se recrean en la novela, así como sus interioridades y programas, son totalmente ficticios y no pretenden comparativa ni semejanza con ningún medio existente.

J.P.C.

Prólogo

Semanas antes

—Vale, vale, muy bien, en ese tono está muy bien, de puta madre, Lola — instruye Remigio Angulo, el director del programa, a Lola Hermosilla, que acaba de leer los titulares de una revista del corazón que hablan sobre Alberto Luis Conesa, el presentador de la tertulia—. Pero que la cosa no acabe como el viernes, por lo que más queráis. Que ni los espectadores más tortas del programa van a poder aguantar de nuevo una escandalera como aquella, coño. ¿Conforme todos? Tú, Juanma, ¿me has oído?

—Yo sí —responde Juanma del Salto, que mordisquea un cigarrillo apagado —, pero dile a ésa —y señala a Olivia Maestre, que le hace un ademán desdenoso— que no me toque de nuevo los huevos hoy, ¿okey?

—Mira, majo, no puedo tocarte lo que no tienes, ¿sabes?

—Ya habló la arpía. Ven, ven aquí y toca, a ver si tengo o no.

—Eso quisieras tú.

—Muy bien, así, así, ése es el tono, pero dejad algo para por la tarde, que esto es sólo el ensayo general para que leáis la escaleta y resolvamos las dudas. Tú, Marieta, conciliadora, te quiero conciliadora, como el viernes, que por una vez te vino muy bien lo de apagar fuegos. Y tú, Lucía, después de la segunda pausa sácale a Tino lo que ha dicho de él el cantante ése, lo de la discoteca y el servicio de caballeros, ¿vale?

—Pero sin pasarte, Lula —advierte Guillén, que llama así, cariñosamente, a Lucía Crespí—, que te conozco. Y ya tus broncas y las mías están muy vistas.

—Oye, Remi —interviene, dirigiéndose al director del programa, Cristina Aguirre, que no para de ahuecarse la melena indómita—, ¿no crees que sería mejor que yo...?

* * *

Contempla a los tertulianos. Ahora, por la mañana, en esta sesión de preparación de la tertulia vespertina, sus voces suenan templadas, nada que ver con los gritos histéricos que llenarán esa tarde muchos minutos del

programa. Toma un sorbo del café tibio y tiene que apretar los dientes para no vomitar, para contener la arcada que le escala por el esófago. Se dice que el café le sabe a la amargura que le rebulle en el alma. Piensa que la vida es como un terrón de azúcar: se deshace con la mínima humedad.

Pero se dice que, a diferencia del terrón de azúcar, cuando se desmorona, cuando se deshace, no deja un rastro dulce. La vida.

Oye, como en una nebulosa, lejanas, amortiguadas, las voces de los colaboradores. Algunas cansadas, otras quebradizas, otras altisonantes...

Se da cuenta en ese instante de que tiene una mirada, los ojos de alguien, clavada en sus ojos. No le hace falta levantar la vista, sabe que es la de Remigio Angulo, el director. Esa mirada viscosa que instantes antes ha estado fija en los muslos bronceados de Lucía Crespí, una antigua modelo que nunca fue *top* por mucho que ella se empeñe en mantener lo contrario y que lleva año y medio de colaboradora en el espacio.

La mirada de Remigio corretea por su piel. Esa mirada de sus ojillos miopes y lúbricos. Se la sostiene sólo un segundo y después finge estudiar la escaleta. Sonríe, pero sólo por dentro. Como si esa sonrisa, de haberse manifestado en los labios, se los hubiera podido agrietar, amaratárselos.

Una sonrisa interna que es tal vez, contradictoriamente, pura ira.

Comienza trabajosamente a examinar el guion. A su alrededor, los contertulios comienzan a desperezar sus voces y sus ánimos como osos tras el invierno. Una carcajada sarcástica le agujonea los oídos. La polvera de Olivia Maestre, al cerrarse con un estampido, le eriza los vellos de la piel. Contempla la primera página de la escaleta, donde figura impreso en extrañas letras góticas el nombre del programa —*La Comunidad*, que lleva ya casi diez años emitiéndose en *prime time* en las sobremesas de La Décima— y experimenta un repeluzno cuando lee la nómina de presentador y colaboradores: Alberto Luis Conesa, Marieta Ayuso, Lucía Crespí, Tino Guillén, Cristina Aguirre, Juanma del Salto, Olivia Maestre, Luz Campuzano, Fofi León, Lola Hermosilla, la más nueva del grupo, recién llegada a la horda, y Nando Pinteño, ausente como hace ya más de dos semanas, de baja por enfermedad según la cadena y la prensa rosa, en realidad ingresado en una clínica de alto *standing* para curarlo de sus adicciones.

La Comunidad.

O La Caterva, como en su interior llama a ese grupo poroso, endeble, sólo unido por necesidades comunes.

Entre los que de una forma u otra se halla. Como desde hace tantos años,

tantos meses, tantas semanas, tantos días. ¿Cuántos, en realidad?... No lo sabe. El tiempo, el tiempo pasado, es ahora como una cadena de eslabones infinitos envueltos en sombras. Y el tiempo futuro es apenas unos grilletes sólidos y tenaces.

«Aunque... ¿hay tiempo futuro?».

El programa de la tarde de hoy lunes comenzará con la aparición estelar del conductor, Alberto Luis Conesa, que entrará en el plató con derroche de luz, sonido, babas y ovaciones. El sábado ha ocupado las portadas de todas las revistas de la *socialité* dando cuenta, a cambio de una buena bolsa, de su nueva relación con un antiguo y enorme jugador de baloncesto casi diez años menor que él y que ahora dice trabajar como representante de gente del famoseo. Traga con fuerza para intentar alejar de su paladar el sabor acre del café y el asco. Después lee:

—16.00.00 h: Cabecera + rótulos.

—16.00.30 h: Alberto L entra en plató.

Ráfaga.

Todos de pie. Aplausos durante 10 segundos.

Fondo: Música de «La boda de Luis Alonso» a todo trapo.

—16.01.00 h: Alberto L. Publicidad Orange.

—16.01.20 h: Ráfaga.

—16.01.30 h: VTR Portadas revistas.

—16.02.00 h: Cámara 1 Marieta...

Deja de leer y derrama la vista por la estancia. Todo sigue fluyendo con la energía sincrética y simbiótica de los lunes. Oye las voces, que navegan hasta los techos altos de la sala.

—Espero que no me grites mucho hoy, Marieta —oye que está diciendo Conesa con esa voz suya como sudada que haría que el viejo Matías Prats se revoliera en su tumba si la oyera, y señalando con un dedo de uñas perfectas la escaleta—. Que con el finde que me he tirado, no tengo yo hoy muchas ganas de gritos, amor.

—Pues entonces habla con Lucía, imbécil, que es a la que hoy le toca gritarte como una perra en celo —repone Marieta Ayuso—. ¿No has visto el guion?

—Ah, pero, Remi, ¿no es a ésta —le pregunta Conesa al director del espacio, señalando a Marieta con un gesto de su mano laxa— a quien le toca hoy la pelotera?

—Vamos a ver, vamos a ver, Bertito, —contesta el director, abanicando el

guion—. ¿Por qué coño no te lees el papelote? Y es lunes, carajo, bien empezamos. Marieta interviene en cuanto tú entras después de los treinta segundos de portadas de revistas del *cuore*, ¿ok, cariño? Y sólo para hacerte una pregunta nada comprometedor sobre toda esa mierda que has echado durante el sábado y el domingo, ¿vale? Tú, Bertito, te vas por los cerros de Úbeda, dices lo que te salga del coño pero sin decir nada, y luego entra Lucía, que te pregunta por Flavio Patricio, tu novio hasta hace no sé qué tiempo, ¿ok? Y ya os enzarzáis. La cámara dos va a ser la tuya todo el programa, ¿de acuerdo, corazón?

—Oye, Remi —tercia la antigua *top* que nunca lo fue, Lucía Crespí, dando golpecitos con su uña mordida en el libreto. Su voz tiene una ronquera extraña: nadie sabría decir si es del tabaco o de las mamadas, de las cientos de mamadas que ha tenido que hacer para llegar hasta donde está. Aunque, de cualquier manera, no sea ninguna cúspide inaccesible ni ningún *Walhalla* el sitio donde está—. Veo aquí que luego me cabreo con Tino y que me voy en apenas hora y media desde que entramos. ¿No podrías hacer que mi espantada fuera un poco más tarde, cariño? Necesito minutaje, está la cosa fatal de bolos y el verano está al caer. Dime que sí, mi vida, anda.

Y sonrío, exhibiendo sus dientes blancos y esculpidos, y provocando que la nariz, que estoicamente ha soportado ya al menos cuatro operaciones de tabique, se le ladee como la de un oso hormiguero.

Deja de oír.

Cierra los ojos y suspira. Le entran unas ganas terribles de gritar, unas ganas que a duras penas contiene. O de pegarle fuego a esa inmensa sala, o a todo el ciclópeo edificio del destartado polígono industrial donde se hallan las oficinas y platós de la cadena. O de estrangular con sus propias manos a... a ... A todos. No lo hace, al cabo. No le preocupan las consecuencias irreparables pero sí la pérdida de los cuatrocientos quince euros diarios netos que cobra de la productora.

Y efectivamente se contiene.

—Voy por café —dice, levantándose con esfuerzo.

—¿Me traes uno, cariño? Sin leche. Y una sacarina, plis.

Pasa por el lado de Cristina Aguirre, que es quien le ha hecho el pedimento. Y pasa a su vera sin ni siquiera mirarla. Como si no existiera.

—¿Me has oído, cariño?

—...

—Pero ¿qué coño le pasa hoy, Remi? —pregunta Cristina, sobándose el

cabello ensortijado. Es una rubia medio enana que, a pesar de que hace ya algún tiempo que entró en la cincuentena, presume de cuerpo de atleta adolescente cincelado a fuerza de gimnasio, colágeno y bisturíes—. ¡Qué estupidez, por Dios!

—Es que va a fumar, Cris —le explica Tino Guillén, con su voz profunda, ésta sí, de fumador empedernido (no es de los que hacen mamadas, sino al contrario) y levantándose a su vez. Intenta ocultar un gesto de dolor cuando le crujen sus rodillas artríticas—. Y yo voy también, Remi. ¿Te importa? Total, para la mierda de intervención que me habéis dado hoy...

—Pero, bueno —estalla el director, que se levanta de su silla, alza los brazos y deja al descubierto una franja de barriga peluda bajo el escueto jersey de rayas horizontales grises y azules—, ¿se puede saber qué coño os pasa hoy, joder? Que todavía no hemos empezado con la puta escaleta y ya me tenéis de los nervios. ¿Qué mierda os habéis metido el fin de semana, jodidos?

Martes, 14 de junio de 2016

—Escúchame, Floren, ¿a qué no sabes a quién tenemos ahora mismo en la comisaría?

—A un pikachu, me apuesto lo que quieras.

El subinspector Lucas Osorio suelta una carcajada asténica que deja al descubierto sus dientes desparejos y nicotínicos. A pesar de que hace años y años que ya no fuma. Esa salida mía, lo de pikachu, realmente intempestiva, lo reconozco, es producto de mi cabreo. Realmente no sé qué es un pikachu. Al parecer, un bicho que ahora se caza por las calles. Virtualmente, claro. Oí la palabreja el sábado, en la boca de mi hijo de veintiocho años que, a pesar de su edad, se llevó todo el almuerzo trasteando en el móvil. «Cazar pikachus con los colegas», me respondió cuando le pregunté qué haría esa noche, el muy retrasado. Odio desde entonces a los bichejos esos y, al mismo tiempo, estoy algo obsesionado con ellos. Porque que un hijo tuyo, caminando ya indefectiblemente hacia la treintena, se dedique la noche de un sábado a cazar bichos virtuales con el móvil en vez de estar follando como si se fuera a acabar el mundo o, al menos, intentándolo, es para dimitir del papel de padre, si es que se pudiera. Cuando no del de ser humano, que de éste sí que se puede. Pero en fin.

Al subinspector Lucas Osorio es al único que le permito que se dirija a mí con ese diminutivo, Floren, que a mí me suena más a diseñador de moda o a empleado de una empresa de pompas fúnebres que a inspector de primera de la escala ejecutiva del Cuerpo Nacional de Policía al mando de la UDEV de Pozuelo de Alarcón, que es lo que soy. Y se lo permito porque sé que lo hace sin mala intención y porque es quien me ha rescatado de la barra de más de un bar cuando ya la noche se estaba poniendo calentita. Además, ocurre que el nombre completo, Florencio, tampoco mejora mucho la cosa. Y si al nombre le unimos el apellido, Patón, ya es cuando el tema se pone grave de verdad. Porque parece obvio que llamarse Florencio Patón y ser policía con fama de hijo de puta no son cosas en exceso compatibles, ¿no creen ustedes? Lo de la fama de hijo de puta es, según me contó Osorio en una noche de farra, opinión

unánime de maderos y chorizos. Yo, sin embargo, discrepo. Sé que tengo un fondo de bondad y que mi fachada no es sino el producto de la timidez mal llevada. De cualquier manera, me va bien así y nunca me ha dado por cambiar de forma de ser. Entre otras cosas, porque la forma de ser no es como una trenca, que se puede cambiar cuando te place. O cuando te llega el sueldo, que tampoco es siempre. Por no decir casi nunca.

Lo del nombre, en cambio, no admite discusión. Florencio Patón, vaya desastre. Qué putada de nombre y de apellido. ¡Florencio Patón! Sólo una cosa buena tiene: nadie va a usar este nombre mío para el protagonista de una novela negra de esas que tanto se publican hoy en día: policía amargado y medio filósofo o inspectora buenorra descubriendo criminales malvadísimos. ¿Se figuran? Novela protagonizada por el inspector de policía Florencio Patón... Carajo. Para mondarse. Cuando hoy lo que se llevan son los Marlowe, los Maigret, los Bevilacqua, las Amaias Salazares, los Francks Sharkos, los comisarios Brunettis y eufonías por el estilo.

Pues eso. A lo que íbamos. Que Lucas ha entrado en mi despacho —si es que se le puede dar tal nombre a los escasos seis metros cuadrados de que dispongo en esta comisaría que tiene pinta de ambulatorio—, sin llamar a la puerta, como es costumbre, y me ha soltado la frasecita de marras: «¿A qué no sabes a quién tenemos ahora mismo en la comisaría?».

—¡Es que eres de lo que no hay, Floren, joder! ¡Un pikachu! —exclama Osorio dando un paso atrás cuando se apercibe de mi expresión belicosa. No tengo yo un día para muchas pamplinas—. ¿No me digas que tú también estás con el juegucito ese de *Pokémon* o como se llame?

—Cuéntame y déjate de gilipolleces —le espeto a Osorio, cabreado—. ¿A quién tenemos en la comisaría?

—Pues, asómbrate, a Alberto Luis Conesa.

En mi cara de *hipster* ha tenido que aparecer una expresión de desconcierto, porque veo que Osorio menea la cabeza y entorna los ojos.

—¿No me digas que no sabes quién es?

—Ni puta idea.

—No me lo puedo creer. Pero ¿tú en que mundo vives, Floren?

—¿Un diputado de Podemos? ¿Un actor de cine? ¿El hijo secreto de Amancio Ortega? ¡Y yo qué coño sé! Venga, Látigo, desembucha.

Yo, en justa reciprocidad por aquello de Floren, llamo así a Osorio: Látigo. Sobrenombre con el que, en mi estilo, con el sarcasmo con el que nací al igual que otros niños nacen con la espina bífida o con un antojo en la espalda, hago

ver a la humanidad que Osorio, a pesar de que ya no cumple los cuarenta, es un policía de la *new age*. Oséase, un puto ángel de la guarda. Blando, abstemio, exfumador, no follador salvo en su casa, donde lo que se suele hacer ni es follar ni es nada, respetuoso, políticamente correcto y tan divertido, excitante y ameno como una película argentina. Con decirles que llama a los yonquis de usted... Y que arrearle un sopapo a un detenido revoltoso se le antoja algo tan impropio como un aria en los labios de una folclórica.

—Alberto Luis Conesa es uno de los periodistas de moda, Floren. Es el presentador de *La Comunidad* —me aclara Látigo, con el tono del profesor hablándole al niño lerdo de la clase—, el programa ése de los cotilleos que echan en La Décima poco después del telediario del mediodía. ¿Nunca lo has visto?

Y lo pregunta como si ver un programa de esos fuera algo tan normal como lavarse los dientes.

—Pues claro que no, cojones. ¿Tú te me figuras viendo esas mierdas? A esas horas, cuando puedo, que cada vez es menos, practico el deporte nacional. ¿Y qué coño quiere el tipo ese como se llame?

—Poner una denuncia.

—Le ha pegado la mujer, como si lo viera. O el maromo.

—Ha recibido un anónimo. Amenazas de muerte. Y parece que la cosa puede ir en serio.

—¿Sólo uno?

—¿Cómo?

—Que digo yo que es raro que un tipejo de éstos que presenta un programa de chismes sólo haya recibido un anónimo amenazante. Pensé que para ellos recibir anónimos debería de ser tan habitual como recibir propaganda de Carrefour, ¿no, Látigo?

—Déjate de cachondeo y ponte en marcha. El jefe quiere que lo atiendas tú.

—Antes muerto —rezongo, parapetándome tras mi mesa—. Que ni lo sueñe.

—Pues tú mismo. Te espera en su despacho. El jefe.

—Dile que estoy de cabeza con el robo de antes de ayer. El de la casa del banquero en Somosaguas. Que además es verdad que lo estoy, porque ya es el tercero del mes en esa urbanización. O lo que se te ocurra, pero ese marrón no me lo como yo, Látigo. ¿Pero tú te crees que yo, con mi edad, estoy para atender denuncias por amenazas a personajillos como ése, sea quien sea? Con un agente en prácticas va que chuta.

—Me ordena expresamente que te diga que tiene sobre su mesa tu solicitud

de pase a la segunda actividad, la que le entregaste la semana pasada, y que tú sabrás.

—Tengo derecho. Llevo casi treinta años en el cuerpo, carajo. Y ya está bien.

—Tú tendrás derecho, pero él tiene el mando.

—¿Y por qué quiere que sea yo, precisamente yo, quien atienda a ese Conesa o cómo coño se llame?

—Él te lo explicará, supongo. A mí no me preguntes. Creo que ha insinuado algo de tu experiencia con la prensa y con los periodistas.

«No puede ser», me digo. No puedo creerme que aún haya gente que se acuerde de eso. Y que no se acuerde de cómo acabó todo.

—¡Pero si hace ya doce años! En qué mala hora me enfangué en el asunto aquel, joder. ¿Es que nunca me van a dejar tranquilo?

* * *

Cumplo en diciembre cincuenta y siete tacos. ¡Cincuenta y siete! Ahí es nada. Y, como he dicho antes, casi treinta en el Cuerpo. Que también es nada.

Hace doce años más o menos, cuando servía en Madrid, en la comisaría del distrito de Chamberí, formé parte del equipo que se hizo cargo de las investigaciones por el secuestro de la hija adolescente de un famoso periodista deportivo que tuvo a los medios de comunicación de toda España y de parte del extranjero de cabeza durante un par de días, y después de aquello quedé escarmentado para los restos. Del trato con periodistas y con famosillos, me refiero. Y me explico: el secuestro, que era más falso que un abrazo de madrastra, quedó resuelto en un puñado de horas, porque al final resultó que la niña, un putón verbenero a cuyo lado cualquiera de las fulanas que pasean sus miserias por el Retiro con minifaldas rosas y medias agujereadas parecería madame Curie, había montado el numerito con su novio cubano para sacarle al padre unos cientos de miles por la cara. Pero en esas pocas horas tuve tiempo más que de sobra para quedar hasta los huevos de los casos mediáticos, de las cacatúas de la prensa, de las cámaras, de los flashes, de las alcachofas, de las preguntas estúpidas, del director general operativo y del comisario general de Información, que se empeñaron en entorpecer nuestras pesquisas para no molestar a la familia del putón verbenero; del comisario de Chamberí, que exigía prudencia cuando lo que me pedía el cuerpo era ponerlo todo patas arriba; de la madre del putón verbenero y, sobre todo, del padre del putón verbenero, con quien no me crucé un par de hostias de milagro. O, más que de

milagro, porque dos de la escala básica consiguieron apartarme de él a empujones. Mientras me gritaba, el muy capullo, que se iba a encargarse de hundirme en la mierda si me atrevía a poner blanco sobre negro que su hija había estado implicada en el delito y que todo no había sido obra e idea del novio cubano de los cojones. Aún me pican en las palmas de las manos esas dos hostias que no le di, al muy cretino.

Así que cuando me dirijo al despacho del comisario de Pozuelo —donde ahora sirvo después de que, tras la resolución de aquel secuestro de pacotilla, me concedieran la Cruz al Mérito Policial con distintivo blanco y un traslado obligatorio en forma de ascenso a inspector jefe para que el mamarracho del periodista deportivo dejara de bramar contra mí por todos los medios y por todo Chamberí—, barrunto que nada bueno me va a venir con este caso de otro periodista, si es que pisó alguna vez la facultad, que lo dudo, y éste de la prensa rosa para más inri, al que sabrá Dios por qué están amenazando de muerte.

Saludo con un gesto de la cabeza al agente que custodia el antedespacho del comisario, un tipo serio que lleva casi seis meses en Pozuelo y al que todavía no he visto en ningún bar, así que imagínense la catadura. El hombre, que se llama Acevedo, me asegura que don Ángel me espera. Me detengo ante la puerta del despacho del comisario jefe situado en una esquina del edificio. Tomo aire, me remeto los faldones de la camisa por dentro de los pantalones que a duras penas enclaustran mi barriga ya nada incipiente sino muy bien perfilada, me aliso los pocos pelos crespos y canosos que me quedan en la testa, me juro no perder los nervios ni abalanzarme a las primeras de cambio sobre el tal Conesa si se pone gallito exigiendo, por ejemplo, que sean los geos o una Unidad de Intervención Policial quienes se hagan cargo de su denuncia porque no le gusten mi mirada tristonca, mis ojillos desconfiados, mis ciento noventa centímetros de altura y mis ciento once kilos de peso (mi hijo el cazador de *pokémons* —que también es, como yo, seriéfilo convulso, creo que es lo único en que nos parecemos— me dice que me parezco al protagonista de *Boss*, el alcalde enfermo de Chicago, pero mal afeitado y canoso), y llamo a la puerta de madera barata.

—¿Se puede?

—Pasa, Patón.

Me digo, una vez más, por millonésima vez en mi vida, que manda cojones llamarse Patón. Abro la puerta y, para mi sorpresa, Ángel Pujadas, el comisario, está solo.

—Joder, ¿estás solo? ¿Dónde está la canalla? —pregunto, tomando asiento ante la mesa del jefe.

—Toma asiento —dice, punzante, Pujadas, con su voz de barítono que, junto con la pericia de su mano izquierda, algunas buenas referencias y su innata habilidad para el politiquero, le permitió ascender en el escalafón a una velocidad considerable. Y eso que somos más o menos de la misma edad. Hace ya más de una década, casi década y media más bien, que ostenta la divisa con los dos bastones de mando orlados de comisario (antes eran tres bastones, pero, hace un par de años o algo así, a algún lumbrera con acceso al BOE debió de ocurrírsele que ahorrando en hilos de oro se podría contribuir a alcanzar el límite de déficit marcado por la Unión Europea), está en posesión de varias cruces, medallas, distintivos, encomiendas y placas de todo tipo, de los que cada año, en la fiesta del Santo Ángel, se reparten generosamente, y cuando se pone el uniforme de gala parece un árbol de Navidad lleno de espumillones.

—¿Por qué coño quieres que sea yo quien atienda al capullo ese, Ángel? —voy directo al grano.

A Pujadas, el tuteo de sus subordinados le provoca vahídos y urticaria, pero a mí me lo soporta. No tiene más remedio: hará como siglo y medio estuvimos varios años compartiendo brigada en la comisaría de Ciudad Lineal. Por tanto, aparte de que nos conocemos desde los tiempos de Maricastaña y llamarlo de usted se me haría tan raro como ver a la señora vicepresidenta del gobierno vestida de *cheerleader*, la verdad es que conozco algunos de sus secretillos y es consciente de que es mejor dejar las cosas como están y no tocarme los cojones con exigencias estúpidas.

—Sabes —me justifico— que estoy de cabeza con la oleada de robos en varias mansiones de Somosaguas —esa urbanización de ricos linajudos, empresarios prósperos y zangolotinos oportunistas entra dentro del ámbito territorial de la comisaría de Pozuelo—, y que estoy ya viejo para según qué cosas. Aparte, por supuesto, de que no soy la persona que necesitas. Recuerda la que se formó con el periodista del secuestro.

—Lo siento, Florencio —repone el comisario abriendo ambas palmas de las manos—, pero el asunto nos toca por competencia territorial, pues el denunciante también vive en Somosaguas, y desde arriba me han indicado que lo atienda con la mayor de las consideraciones. Y, en este caso, la mayor de mis consideraciones eres tú. Al menos por ahora. Así que... venga. Sé que eres capaz de llevar este asunto con maña y conducirlo a buen puerto. Ya no eres el

intransigente de hace doce años, o eso espero, pues la edad nos curte a todos. Y no quiero que se nos ponga a caer de un burro en ese programa de la tele y sabe Dios dónde más si no se hacen las cosas como se debe.

—Tienes a Peñalver, coño.

Félix Peñalver es otro inspector de primera de la comisaría de Pozuelo, mi segundo en la UDEV. Un tipo más sensato que yo —lo cual tampoco es gran mérito—, con paciencia de capuchino e incapaz de perder los papeles aunque vea que se están tirando a su hija adolescente dos pivots de los *Harlem Globetrotters* a la vez y delante de sus narices.

—Imposible. Félix está con el atraco a la sucursal bancaria de la avenida Juan XXIII.

—Por Dios, Pujadas. Aquello fue un atraco de mala muerte —aduzco—. Cogimos al tío enseguida, se le cayeron los billetes al salir huyendo y la cola de gente reptando por el suelo llegaba hasta la plaza de San Juan.

—Y aparte de eso —añade Pujadas, impertérrito—, tiene la semana llena de juicios. No te creas que no he pensado en él antes de darte a ti el caso.

—No.

—No, ¿qué?

—Que no quiero, que no, coño, que estoy hasta los cojones, Ángel. Que esto es un marrón y que sé cómo va a terminar todo. Y tú también.

—Joder, Patón, tampoco te estoy pidiendo que te tires al tren. Se trata de un caso de amenazas a un famoso y nada más. Que igual resuelves en un plis plas. Tampoco es el fin del mundo, ¿no? Y además, lo siento, de verdad, pero no tienes alternativa.

—Por ejemplo, contarle a tu mujer lo de la guarrilla aquella de Ciudad Lineal.

—Y yo, lo de las pruebas esas que amañaste contra el pederasta.

—Venga ya, Ángel. No me hagas esto, coño —protesto, aunque sin mucha convicción ya—. Sabes que los periodistas me ponen de los nervios.

—Lo siento, Florencio. No tengo más opciones —dice el comisario, poniéndose en pie. Su barriga, también muy bien perfilada como la mía, está a punto de hacer estallar uno de los botones de la camisa blanca de verano y por un momento pienso que el tiempo ha pasado, para él y para mí, inmisericordemente. Se me vienen a la mente las imágenes de dos policías jóvenes y atléticos que lucían miradas ufanas y uniformes impolutos por las calles de Ciudad Lineal y un ramalazo de melancolía me encrespa aún más los pelos de mi cabeza desaliñada—. A Conesa ya se le ha recogido por escrito la

denuncia y está ahora con la agente Sanmartín, la que se encarga de las relaciones con la prensa. Ve para allá, habla con él, sonsácalo, tranquilízalo, no metas la pata y júrale por tus muertos que vamos a remover Roma con Santiago para saber quién lo está amenazando.

—¿Y luego?

—Pues eso: remover Roma con Santiago, supongo. O no, porque igual lo resuelves en un santiamén y resulta que es la vecina de al lado la que lo está amenazando, yo qué coño sé. —Suspira y se remete bien la camisa por dentro del pantalón—. Mira, Patón, me quedan pocos años en activo y no quiero que un tema de estos me joda la jubilación, ¿entendido? Y tampoco tú querrás que tu solicitud de pase a la segunda actividad se pierda entre mis papeles.

—Qué cabrón eres, Pujadas.

Digo. Derrotado.

Y salgo arrastrando mis ciento noventa centímetros de altura y mis ciento once kilos de peso del despacho del comisario. Por el entrecejo canoso me corretea el presentimiento travieso de que todo esto va a acabar en un puto desastre. El cancerbero de Pujadas, el agente que le guarda el antedespacho, me mira con extrañeza cuando paso junto a él. Ha debido de advertir en mi cara el ceño de fastidio que llevo. Que voy jodido, vamos. Si llega a sonreír le encasqueto la gorra de un manotazo en esa cara de perro salchicha que tiene.

Martes, 14 de junio de 2016

Lo primero que pienso cuando veo al tipo es que no puedo explicarme cómo alguien como él puede presentar un programa de televisión. O más aún: cómo puede ni siquiera salir en televisión.

Pertenezco a la generación de los Amestoys, los Arozamenas, los Jesús Álvarez, los Joaquín Prats, los Luis de Benito, los Ónegas y los Hermidas. Gentes que sólo con su tono de voz ya eran capaces de convencerte de que lo que decían, aunque fueran dos paparruchas, era el Evangelio. Gentes que, cuando lo pronunciaban con su dicción perfecta, eran capaces de hacer que el nombre del primer ministro griego Gueoryos Andreas Papandreou te sonase tan natural como el de Pepe García. Gentes que con su presencia y su oratoria podían hacer que la digestión de un potaje de habichuelas con chorizo fuera tan delicada y suave como la de una tortilla francesa. Gentes que hacían que la caja tonta dejara de serlo cuando ellos aparecían entre las seiscientas veinticinco líneas.

Lo que me encuentro al llegar a la sala de juntas es un cruce entre José Manuel Parada y Lauren Postigo. Tiene el pelo como si acabase de retirar los dedos de un enchufe. Pero, a diferencia de mi decencia canosa, lo tiene teñido de un color infame, mezcla de zanahoria y remolacha. Lleva unas gafas de sol a juego con el cabello, barba de varios días que le nace pelirroja, de un pelirrojo que creo es natural, y viste, para lo que en él debe de ser norma, modosamente: un pantalón vaquero lleno de sietes, unas zapatillas de deporte inmaculadamente blancas y una camisa de color negro con lunares de diferentes y apagados colores. Y un lucido diamante en el lóbulo de la oreja. Sin embargo, lo que más llama la atención de él es su gesto: es entre iracundo y acojonado, y le da un aire peculiar, como de oveja soportando el esquilado mientras el esquilador le mete un dedo por el culo. O algo así.

Al lado del periodista famosete está la agente Raquel Sanmartín, que está para mojar sopas y no parar hasta dejar la loza reluciente. La agente Sanmartín es la encargada de lidiar con la canalla en las pocas ocasiones en que, aquí en Pozuelo, la canalla se interesa por nuestras cosas, y recibe una gratificación de

ciento cincuenta euros por esa labor. Aunque, si por mí fuera, recibiría un plus de peligrosidad de varios miles de euros, pues, por poco que haya de lidiar con ellos, el simple hecho de tener que vérselas de vez en cuando con cámaras, flashes y preguntas tan borricas como las que suelen prodigar los periodistas, ya lo justificaría.

En cuanto observo al tal Conesa me cercioro de que no es gavián sino paloma. Blanca y emplumada como las de Alberti. Se equivocó la paloma, se equivocaba. Moña, vamos. Como un palomo cojo. U homosexual o *persona afecta a su mismo sexo* o gay o como coño se diga ahora. Pero ustedes me entienden. Bujarrón perdido. Lo cual, y desde ya lo digo para evitar malentendidos y para que no me pongan de lo que no soy pese a los comentarios que sé sobre mí se prodigan, no me parece ni bien ni mal. Sino todo lo contrario. Dicho queda.

—Buenos días, señores —saludo.

—Buenos días —corresponde la agente Sanmartín.

En cuanto me ve e intuye que soy yo quien va a hacerse cargo de esta investigación, abre mucho los ojos. Esos ojos negros e inmensos suyos. Como temiendo de mí, porque es consciente de mi propensión al sarcasmo, una salida de tono o un exabrupto que no llega, pues traigo la lección bien aprendida. Y llego educadito como un profesor de latín. Y hasta una sonrisa en mis labios de rodaballo.

—Señor Conesa —nos presenta la agente Sanmartín, algo más tranquila cuando advierte que vengo en son de paz—, éste es el inspector Florencio Patón. Será quien lleve su caso. Inspector, le presento a don Alberto Luis Conesa, periodista. Ésta —me dice, tendiéndome un par de folios mecanografiados— es la denuncia que acabamos de recogerle al caballero.

El cruce de Lauren Postigo y Parada no me saluda. Ni me tiende la mano. Se quita las gafas de sol y me mira muy fijamente, como si yo, y no él, fuera un bicho raro. Por un instante me llevo la mano a la portañuela para comprobar si la llevo abierta. No, está bien cerrada y todo en su sitio. Pero el tipo me sigue mirando fijamente.

—No sabía que todavía quedaban policías gordos.

Algunos años antes, éste habría sido el momento en que me habría lanzado sobre el cuello del tipo para, una vez muerto por estrangulamiento, abrirlo en canal y comerme sus entrañas. Ahora, en cambio, lo que hago es componer una sonrisa floja y tomar asiento en la cabecera de la mesa, lo más lejos posible de él. Finjo leer la denuncia mientras hago que vuelvan a su colmena los

enjambres de abejas enfurecidas que me han correteado por la sangre al oír al individuo.

—Ya ve usted —mascullo después mientras leo—, las cosas de la vida. Ahora, los polis pasamos más tiempo redactando informes que persiguiendo a la carrera a vagos y maleantes, como teníamos que hacer antes. Y por esos los hay gordos. Gracias a Dios que los tiempos cambiaron, ¿verdad?

Levanto la vista cuando oigo el rechinar de las patas de una silla. Por un instante me ilusiono con que el tal Conesa se haya sentido aludido con mi comentario y salga corriendo al despacho de Pujadas para pedir que sea otro quien se encargue de su denuncia. Pero no. Es la agente Sanmartín quien se levanta. Con la cara descompuesta. La miro alisarse la falda azul sobre sus muslos potentes como el motor de un Mercedes.

—Bueno, pues si no necesitan nada más de mí... —musita. Y lo hace con el tono del espectador sentado en primera fila ante el tatami que ve despeñarse sobre sí a un luchador de sumo de doscientos y pico de kilos: está loca por quitarse de en medio—. Inspector, el anónimo recibido por el señor Conesa está ahí, sobre la mesa, en esa bolsa de pruebas, aunque me temo que ya lo han manoseado varias personas. De todas formas, le hemos tomado al señor Conesa las huellas dactilares y hemos procesado la carta. Estaré ahí fuera, para lo que necesiten. En cuanto llegue su abogado le aviso, don Alberto. Muy buenos días. Ha sido un placer.

Le tiende la mano a Conesa y éste se la estrecha blandamente, no sin antes advertir los restos de tinta que quedan en sus yemas. Luego, el hombrecillo me mira a mí y regresa la mirada a la policía, como si valorara el riesgo de quedarse solo conmigo y sopesara salir pitando tras la agente.

Raquel Sanmartín me saluda con un gesto de la cabeza que lleva implícita una muda advertencia: «No la joda usted, por lo que más quiera». Y se va de la sala de juntas donde de pronto se hace un silencio compacto como la masa de un alfajor.

—Ejem... —digo, por decir algo—. ¿Su abogado? ¿Viene para acá?

—Claro. Es Leopoldo López-Samper. Debe de estar al llegar. ¿Lo conoce, verdad? Es el mejor. Creí que sería bueno que estuviese...

Ya tenemos la chirigota completa, reflexiono. El tal Leopoldo López es un picapleitos famoso, habitual defensor de actores, actrices, futbolistas, cantantes, directores de cine y traficantes de droga. Sobre todo de esto último. Y algún que otro pedófilo, creo recordar. No le he visto ganar un pleito en la vida y, sin embargo, ahí está el tío, forrado y apareciendo en todas las tertulias

y en todas las zapatistas. Y, según dicen, follando como un gallo neurasténico. Cabronazo.

—Así que lo han amenazado... —comienzo.

—¿Cuál era su nombre? ¿Y su rango?

La voz de Conesa es desagradable como una colonoscopia. Aunque creo que hoy lo es más, pues advierto en ella un deje remoto de pánico que hace que su tono suba una octava u octava y media. Y me digo de pronto que ese hombre está realmente asustado. Qué extraño, medito. Un personaje como él debiera estar hecho a las amenazas. Si no a los tiros.

—Mi nombre es Florencio Patón, señor Conesa —respondo con la voz más paciente y educada que logro componer—. No elegí ni mi nombre ni mi apellido, le aviso. Soy inspector de primera del Cuerpo Nacional de Policía y estoy al mando de la UDEV de Pozuelo. —La UDEV es la Unidad de Delincuencia Especializada y Violenta. En realidad, en comisarías pequeñas como la de Pozuelo, es un cajón de sastre: llevamos de todo, como en botica—. Soy quien dirigirá la investigación por su denuncia.

Lo de dirigir es un eufemismo. Me dirigiré a mí mismo, pues creo que no voy a poder disponer ni de un policía en prácticas para que me ayude en este caso, que, en una escala del uno al diez, debe de estar en torno al cero en cuanto a situaciones de peligro y riesgo previsibles. Pero eso no se lo cuento al presentador. No quiero que esa voz desagradable suya se agudice aún más y me raye las tripas.

—¿Qué va a hacer usted? —me interpela, con un pujo de ansiedad en esa voz entreverada—. ¿Qué medidas piensa adoptar?

—¿Me permite que antes de responderle lea el anónimo?

Conesa no me contesta. Se echa raudo hacia atrás en su silla cuando advierte que mi mano serpentea por la mesa buscando la bolsa de pruebas donde en Denuncias han introducido el anónimo. Está claro que no soy su tipo.

Abro el cierre hermético de la bolsa y, con dos dedos, saco la nota y la dejo sobre la superficie rayada de la mesa. Hay también un sobre con su borde superior pulcramente rasgado que dejo dentro de la bolsita.

—¿No se pone usted guantes?

—No se preocupe —respondo, tragándome la risotada. El tipo debe de ser aficionado a las series norteamericanas. Las del CSI y pamplinas por el estilo. Yo, que soy un seriéfilo como creo haber dicho ya, no soporto ese tipo de series. Me van más las del tipo *House of Cards*, *Homeland*, cosas así. Lo miro y la verdad es que al hombrecillo se le ve preocupado. A lo mejor es que

piensa que la amenaza proviene del Estado Islámico y no, como preveo, de un espectador harto de verle en pantalla diciendo chorradas. Alguien hasta los huevos de que le jodan la sobremesa y le sorban el seso a la parienta. Porque pienso que este jodido anónimo es sólo eso: el producto de la ira efímera de un ciudadano hastiado—. Sólo la he tocado en una esquina y mis huellas están registradas, como las de todos los funcionarios de este país, así que no se inquiete. Déjeme unos segundos, por favor.

La nota está escrita en papel común y en unas aburridas letras mayúsculas. Nada de letras recortadas de revistas o periódicos, desengañense. Es un folio escrito corriente y moliente. Aunque, eso sí, claro, está sin firmar. Lo que les digo: alguien hasta los cojones de este tipo y de los tipos como él que en un raptó de hartura le ha mandado la notita y después de regodearse leyéndola se ha olvidado de ella. Son apenas unas cuantas líneas bajo una fecha —11 de junio de 2016—, y leo con rapidez:

QUERIDO ALBERTO LUIS: EN ESTOS DÍAS SE CUMPLEN DIEZ AÑOS DE TU PRIMERA APARICIÓN TELEVISIVA. LLEVAS DESDE ENTONCES, QUERIDO, Y CADA DÍA, AIREANDO MISERIAS, VIVIENDO DE LAS DESGRACIAS AJENAS, BURLÁNDOTE DE LAS PENAS DEL PRÓJIMO, HACIÉNDOTE RICO Y FAMOSO A COSTA DEL DOLOR Y LA HUMILLACIÓN DE LOS DEMÁS.

¿NO TE PARECE QUE ES MOMENTO DE QUE LOS DEMÁS CONOZCAN LAS TUYAS? TUS MISERIAS, TUS DESGRACIAS, TUS PENAS.

SÉ TU SECRETO Y QUIERO QUE TODOS TUS TELESPECTADORES, TUS SEGUIDORES, TUS FANS, TAMBIÉN LO CONOZCAN.

TIENES UN TIEMPO PRUDENCIAL PARA CONTARLO EN ANTENA CON PELOS Y SEÑALES. EN PRIME TIME Y PREVIO ANUNCIO REITERATIVO.

SI NO, MORIRÁS.

RAMNUSIA.

—Antes de que me lo pregunte —cacarea Conesa cuando advierte que he acabado la lectura—, le hago saber que no tengo ni idea de quién pueda ser esa... esa... esa Ramnusia, o como se llame.

—Némesis.

—¿Cómo? ¿Qué...?

—Ramnusia es uno de los nombres de la diosa Némesis, señor Conesa —le aclaro.

Y no puedo evitar que un deje de preocupación vibre en mi voz. No me ha gustado nada lo que he leído. Pero nada de nada. Y me digo que igual me he equivocado acerca de la peligrosidad del anónimo. Y que lo mismo no

estamos ante un ciudadano inofensivo sino ante un loco peligroso. Porque ha habido algo en esa nota que me ha despertado el instinto. Y mi instinto de policía suele ser tan fiable como una máquina de coser antigua. Intento que mi voz suene normal, calmada. Ahora lo que no quiero es preocupar más al Lauren Postigo este. Lo que no puedo evitar es que mi sensación de que este asunto va a acabar como el rosario de la aurora se recrudezca.

—¿Y quién diantres es Némesis, inspector... inspector...?

—Patón.

—Eso, disculpe. Patón. Ya no se me olvida. —Cómo coño se le iba a olvidar un apellido como el mío—. ¿Quién es Némesis?

Me dan ganas de preguntarle en qué cuadra consiguió el graduado escolar, o como se llame ahora. Sé contenerme a tiempo, no obstante.

—Némesis, señor Conesa —le explico, como sin darle importancia—, es una diosa helénica a la que, en su santuario de Ramnunte, se la denominaba así, Ramnusia. En la mitología griega, Némesis es la diosa de la justicia retributiva y de la venganza.

Omito explicarle que Némesis es también la deidad que castiga a aquellas personas que no obedecen las órdenes de sus superiores. ¿Para qué contárselo? Tampoco tengo por qué hacer que ese pobre hombre entre ahora en modo de histeria. ¿O sí?... Me lo pienso durante una fracción de segundo, malvadamente. Y al final desisto. Ya vendrán momentos.

—Y usted, ¿cómo sabe todo eso? —pregunta Conesa, extrañado. Le ha faltado agregar: «Con la cara de palurdo que tiene».

—Me licencié en Historia —me limito a decir.

—¿Historia? ¿Es usted historiador? ¿Y qué diablos hace trabajando de policía?

«Eso me gustaría saber a mí», me digo.

—Sería largo de contar ahora —es lo que respondo—. Y no crea que un oficio es tan distinto del otro —añado—. Y ahora, si le parece, vayamos a lo que importa. ¿Cómo y cuándo recibió usted este anónimo, señor Conesa?

—Esta misma mañana, en ese sobre.

Y con su dedo regordete señala el sobre que permanece dentro de la bolsa de pruebas. Lo hace sin acercarse a la bolsita, como si en su interior habitara una piraña.

—En cuanto lo recibí —añado—, llamé a Leo... a mi abogado, y me aconsejó que me viniese para acá de inmediato.

Adelanto la mano para asir la bolsa y de nuevo Lauren Postigo recula como

si fuese a rozarlo. Definitivamente, no soy su tipo. Saco con cuidado el sobre y lo examino.

—¿Es ésta su dirección?

—Sí, ésa es.

—Vive usted en Somosaguas.

—Claro —dice, como si fuese impensable que viviera en otro sitio.

De nuevo las ganas de estrangularlo. Vuelvo a contenerme. Ahora con esfuerzo colosal.

—No tiene remite.

—Ya.

—Y tampoco tiene matasellos.

—¡No! —exclama Conesa. Ya la voz se le ha disparado definitivamente y la histeria parece que va a hacer su aparición de un momento a otro—. Y eso es lo que me preocupa. Quienquiera que haya sido quien ha remitido el anónimo, ¡sabe dónde vivo! ¡E igual que ha dejado un sobre puede mañana dejar una bomba! ¡O pegarme un tiro cuando salga de casa! ¡Tienen ustedes que garantizarme protección!

Ya estamos. El peor de mis temores hecho realidad. Como si yo pudiera levantar el teléfono y hablar directamente con el ministro del Interior: «Sí, mira, Jorge, que tengo aquí a Alberto Luis Conesa... sí, ése, el presentador de la tele... el mismo... Que le mandes ahora un furgón de geos a su casa. Sí, enseguida. O mejor, dos. Y una unidad canina y una brigada de paracaidistas, por si acaso. Claro, Jorge, gracias».

¡Hay que joderse, por Dios bendito! Cago en la puta.

—Tranquiliémonos, señor Conesa, se lo ruego, tranquilicémonos —le solicito con mi mejor voz de policía curtido y eficaz—. No hay que perder la calma. En la mayor parte de las ocasiones, estos anónimos se quedan en nada, no son más que papel mojado y...

—¡Ay, Leo, por fin! ¡A ver si tú eres capaz de poner orden en este caos, cariño!

La puerta de la sala se ha abierto y, por detrás del cuerpo glorioso de la agente Sanmartín, que el visitante ha rozado descaradamente después de mirarla a los ojos como diciéndole «Date por follada», ha aparecido por la sala de juntas Leopoldo López-Samper, el abogado famosete que no ha ganado un pleito en su vida. Cuando lo veo, mi vena seriéfila —ya les he contado que soy un tonto de las series televisivas, ¿verdad?— aparece de nuevo y me digo que tiene un lejano parecido con el protagonista de *Breaking Bad*. Pero en

plan finolis. Emperejilado. Llega ataviado con un blazer azul sobre camisa rosa y pantalón blanco. Zapatos deportivos igualmente blancos e inmaculados. Me digo que a este tipo lo han llamado justo cuando se iba a subir al barco y que sólo le falta la gorra de Popeye.

—Berto —saluda al periodista con un apretón de manos y sendos besos en las mejillas—. ¿Cómo estás? ¿Por qué no me llamaste antes?

—Te llamé hace ya dos horas, Leo. En cuanto recibí ese... ese... ¡eso! —y señala el pasquín con grandes prevenciones.

—Bueno sí, perdona. El tráfico, ya sabes. Y me he entretenido más de la cuenta en plaza de Castilla. El asunto de Susana Sarabia, lo del tema de Hacienda, ha salido en todas partes. —Deja su maletín de piel de cocodrilo sobre la mesa y se gira hasta enfrentarme. Me escudriña de arriba abajo, valorándome. Creo que su conclusión es parecida a la del leopardo tras escrutar a la gacela—. Inspector, buenos días.

Me tiende la mano y se la estrecho. Puedo sentir la suavidad de la manicura y oler su perfume caro.

—Leopoldo López-Samper y de la Encomienda —se presenta. Lo de De la Encomienda lo desconocía, no le falta un popurrí al hombre, hay que joderse—. Soy el letrado del señor Conesa.

—Florencio Patón —hago lo propio. Y una pausa, por si acaso al tipo le da por reírse al oír mi nombre y gracia. No lo hace y salva con ello su integridad física—. Estoy al frente de la investigación.

—Sentémonos, por favor —invita el abogado, tomando asiento frente a su cliente.

Joder. ¿Es eso o no es eso habilidad? Acaba de llegar y ya se ha convertido en el anfitrión. Por lo menos no me ha empujado para sentarse en la cabecera de la mesa.

El abogado abre su maletín, cuya piel cruje delicadamente, y saca una libreta de hojas amarillas y pomposamente membretadas. Del bolsillo superior de su blazer azul extrae una estilográfica Montblanc grande como un algodón de azúcar. Y su teléfono móvil, enorme, plateado, carísimo, en el que durante unos segundos trastea. Oigo un clic. Y lo que oigo no me gusta nada.

—¿Qué está haciendo usted? —pregunto, adusto.

—¿Cómo?

—Con el móvil.

—Ah. Le he dado a grabar. Voy a grabar nuestra conversación, si no le importa.

—Pues sí que me importa. Apague ese cacharro. Aquí no está permitido grabar las declaraciones.

—Y eso, ¿quién lo dice?

Guardo silencio durante un segundo, bajo la vista y me rasco con fuerza la mejilla mal afeitada en la que crecen rudos pelillos que apuntan en todas direcciones. Si ese leguleyo me conociera sabría que, en mí, ese gesto es como el del indio cuando se pintarrajea la cara: anuncio de guerra. Una guerra cruenta y sin cuartel.

—Lo digo yo, señor López.

—López-Samper, si no le molesta. Es un apellido compuesto.

—Y además, señor López —insisto, mitad cabreado, mitad chuzón—, su presencia aquí ni siquiera es procedente. El abogado sólo puede comparecer si su cliente ha sido detenido. Y como es obvio —aclaro, haciendo un gesto con la mano a Conesa, que ha puesto gesto de horror al oír esa palabra—, el señor Conesa comparece como denunciante, y no como detenido. Así que...

El picapleitos me mira fijamente, me tantea, me calibra y parece alcanzar una decisión. Como si la gacela se hubiese convertido en hipopótamo. Enseguida esboza una sonrisa como una bandera blanca. Una sonrisa que deja al descubierto unos dientes marfileños y perfectamente repujados. Falsos como su sonrisa. Que quiere parecer conciliadora y a la postre le sale condescendiente. Sin dejar de sonreír, apaga el móvil y se lo guarda.

—¿Así está mejor? —pregunta.

Me digo que nunca le he endiñado a un abogado y que nadie debería morir sin gozar de esa experiencia. Me prometo no volver a dejar pasar ocasión tan propicia y ruego al cielo por que el tal López vuelva a tocarme los cojones.

—Así está mejor —asiento, esbozando una de mis sonrisas bélicas que, me temo, el letrado no acaba de captar—. Señor Conesa, estábamos...

—¿Le importaría —pregunta el abogado, impenitente— ponerme al día de lo que han hablado ustedes antes de mi llegada?

Consiento y le hago un breve resumen de lo que Conesa me ha contado hasta ahora, que es casi nada, y le permito que lea el anónimo. Tras su lectura, mira muy fijamente al periodista.

—Estábamos hablando, señor Conesa, cuando el señor López me interrumpió, de que la carta ha sido depositada por alguien en el buzón de su casa al margen de los servicios postales. ¿Hay muchas personas que sepan dónde vive usted? —Poquííííísimas —y arrastra la i al mismo tiempo que hace que su mano diestra revolotee por encima de su cabeza. Por un instante

me temo que vaya a empezar a bailar una sevillana. Pero no. Enseguida la mano regresa a su regazo—. Casi nadie, vamos.

—¿Podría ser más concreto?

Al parecer, y en contra de lo que en principio pensé, el abogado sí ha captado mi expresión bélica, porque lleva casi un minuto sin hablar. Y eso, en un abogado como éste es una eternidad. Está aplicado escribiendo con su Montblanc en el cuaderno de páginas pálidas.

—Bueno, pues mi familia, claro.

—¿Quiénes son su familia, señor Conesa?

—Mis padres y mis tres hermanas —aclara—. Pero viven en San Román de Carneros, La Rioja.

San Román de Carneros, La Rioja. Lógico, elucubro.

—¿Es usted el más pequeño de los cuatro hermanos?

—Sí, mis hermanas son bastante mayores que yo. ¿Eso tiene algo que ver con...? —Y señala el anónimo, que sigue extendido en la mesa, ante mí, como si pudiera morderle.

—No, no —digo—, no se preocupe.

Algún día, si no se ha hecho ya, alguien debería estudiar el porqué tantos niños criados en familias de muchas hermanas mayores terminan garzones como Conesa. Intento que no se me note el desbarro y voy al grano enseguida.

—¿Está usted casado?

Veo cómo el hombrecillo aprieta los dientes.

—No.

—¿Novia?

—Novio.

—Ah —y me esfuerzo por no levantar la vista de la libreta donde tomo mis notas.

—Es Miguel José Higuera, el jugador de baloncesto. Bueno, exjugador. Ahora representa a artistas.

—Ah —digo de nuevo. Y en esta ocasión sí levanto la mirada y siento un escalofrío al figurarme a ese individuo escuchimizado desnudo y debajo de un tipo enorme como me figuro debe de ser ese jugador de baloncesto. Porque todos los jugadores de baloncesto son enormes, ¿no?

—¿Vive con usted? El baloncestista...

—No, no, todavía no. Llevamos poco tiempo. Nos estamos conociendo.

«No sé qué podrás tener tú digno de ser conocido», cavilo. Pero mejor ni preguntarlo, que ya se sabe que está la vida llena de sorpresas.

—¿Alguna relación anterior?

—Sí.

—¿Acabó hace mucho?

—Un par de meses o tres, más o menos.

—¿Puedo saber su nombre?

— Flavio Patricio.

—¿Flavio Patricio? ¿Así, a secas? ¿O es que Patricio es el apellido?

—Flavio Patricio —dice el periodista con tonillo de pasmo, como si no pudiera comprender que yo no identifique ese nombre—. El cantante.

—Ah, claro, el cantante.

Ni puta idea.

—Su relación con ese... Flavio Patricio, ¿acabó de forma amigable, civilizada?

—Más o menos.

—¿Eso significa más o significa menos?

—Bueno, no nos tiramos los trastos a la cabeza ni nada parecido. Somos dos personas adultas.

—Claro.

Apunto los datos personales del baloncestista y del cantante y mientras lo hago estoy a punto de echarme a llorar. Cuando pienso en la que me queda. Llevo apenas quince minutos con la indagatoria y ya han desfilado por la investigación un cruce de Lauren Postigo y José Manuel Parada, un cantante llamado nada más y nada menos que Flavio Patricio y un jugador de baloncesto que ahora representa a artistas. Y el abogado de los artistas. La rehostia, vamos. Tengo que quitarme el marrón de encima hoy mejor que mañana. Esto, me digo, puede acabar conmigo y con mi pensión.

—¿Quién más sabe dónde vive usted?

—Mi representante, claro.

—¿Su representante es el señor López? —inquiero, señalando con mi bolígrafo Bic al abogado, que clava el plumín de su estilográfica con tanta fuerza en el papel que está a punto de calar la página.

—¡Oh, no, no! Leo es mi abogado. Mi representante es Jácome Torralba.

Cierro los ojos. No puede ser.

—¿Jácome?

—Bueno, se llama Jaime, pero ése es su nombre artístico, Jácome.

—Su novio, el exbaloncestista, ¿no me ha dicho usted que ahora es representante?

—Sí, eso es.

—Pero no lo representa a usted, entonces.

—Ah, no. Sigo con Jácome. Por ahora.

Apunto el nombre del tal Jaime llamado Jácome, su móvil y dirección, que el periodista me facilita tras consultar la agenda de su teléfono. Jácome. La cosa, como preveía, se está poniendo cruda.

—¿Amigos? —continúo con mi interrogatorio.

—Bueno, muchos. Muchíííííísimos.

Y de nuevo la mano aleteando. Ahora, más preocupado, parece que en vez de comenzando a bailar una sevillana esté matando moscas.

—Pero que sepan su dirección —aclaro.

—Ah, bueno... Están, por supuesto, mis compañeros de programa. Hemos celebrado más de un *party* en casa.

Un *party*, por Dios. La cosa sólo empeora. Y me recita los nombres: Marieta Ayuso, Olivia Maestre, Lucía Crespí, Cristina Aguirre, Remigio Angulo... Hasta que pierdo la cuenta. Y luego, sus teléfonos móviles. A mí, todos esos nombres me suenan a chino. Creo no haberlos oído en mi vida. Tengo que ver más televisión y menos series grabadas, me digo. A saber cuándo se puede necesitar saber de ciertas cosas. Maldita sea mi estampa.

—¿Alguien más?

—Claro.

Cuando acaba la retahíla, tengo más de tres páginas de mi libreta repleta de anotaciones de nombres y números de teléfono. ¿No había dicho que quienes conocían su domicilio eran «poquíííííísimos»? Coño, ¡si llegan a ser muchíííííísimos! Como la amenaza no se haga realidad y a Conesa no lo maten pronto, pienso, esto va a ser de locos. ¿Se me figuran ustedes inmerso en el mundillo de Conesa, escudriñando en sus ambientes? Pues yo tampoco. Me recuerdo a mí mismo hacer todo lo posible por apresurar los trámites para mi pase a la segunda actividad e intento acordarme de nombres de conocidos que aún estén en la Dirección General o en el Ministerio que puedan ayudarme en la tarea. La lista es lamentablemente corta, por no decir inexistente.

Le hago después las preguntas típicas, que Conesa responde de forma breve y afectada. Personas a su servicio. Enemigos, gente que no lo quiera bien, costumbres, horarios, etcétera, etcétera.

—Está bien —digo, cuando veo que la cosa ya no da para más y cuando ya no me quedan preguntas—. Supongo que tendremos que hablar con todas estas personas que hemos reseñado.

Lo digo como si estuviera a punto de echarme a llorar.

—Lo que le pido, inspector —es ahora el picapleitos quien habla. Advierto que lleva más de un cuarto de hora callado y estoy a punto de preguntarle si es consciente de haber batido un récord *guinness*—, es la máxima prudencia. Una total discreción. No queremos que...

—Por supuesto, señor López —lo interrumpo. Él me mira con ojos encendidos y yo le devuelvo la mirada como diciendo: «Jódete con tu apellido, imbécil, como yo hago con el mío»—, ésa es precisamente nuestra forma de actuar. Discreción y prudencia. —Hago un esfuerzo titánico por ahogar una carcajada—. Hay algo más que me gustaría preguntarle, señor Conesa.

—Dígame.

—Se habla aquí —y señalo el anónimo— de... bueno... de un secreto. ¿Sabe usted a qué puede referirse?

—No. —Lo ha dicho con la voz apagada y con una ardorada escalándole el rostro. Se ha puesto de nuevo las gafas de sol y se ha llevado al mismo tiempo las manos a las gafas para encajárselas en su naricita—. No —repite.

Para un policía, que un detenido mienta es el pan nuestro de cada día. Es su derecho, además. Pero que un denunciante mienta, es que me toca los huevos. Vuelvo a rascarme la mejilla peluda y comienzo a pintarrajearme la cara con pinturas de guerra.

—Mire usted, señor Conesa —lo conmino, señalándolo con el dedo índice extendido—, llevo casi treinta años de policía, y después de tantíííísimos tiempo —lo imito, pero el tipo ni se inmuta, tiene la vista fija en mi índice, como si fuera el cañón de un máuser—, presumo de saber cuándo alguien me dice la verdad y cuándo no. Y usted, perdóneme, me acaba de mentir.

—No le consiento que... —interrumpe el abogado, encapuchando con violencia su pluma.

—Aquí usted no es nadie para consentir o dejar de consentir, señor López —lo interrumpo a mi vez—. Aquí estamos en mi territorio, y suelo mear para marcarlo. Así que ya sabe. —Hago aquí una pequeña pausa para ver si López tiene los redaños de llevarme la contraria. Por desgracia, no lo hace. Habría sido la ocasión ideal para endiñarle—. Mire usted, Conesa —continúo—, mentirme a mí es como si se mintiese a usted mismo. Es como ir al médico y no contarle los síntomas de su enfermedad. Así impide usted un diagnóstico. Se lo pregunto por segunda vez: ¿a qué se refiere ese anónimo cuando habla de su secreto?

El cruce de Parada y Postigo traga con fuerza. Su nuez, apenas pronunciada, lograr sobresalir de la capa de grasa que abriga su cuello. Parece dudar.

—Ya le he dicho que no sé de qué me habla —insiste—. Que no sé a qué se refiere ese... ese... papelucho... Me está usted haciendo sentir realmente incómodo.

—Y usted me está tomando por tonto. Todos, amigo mío, tenemos secretos. Que sean más o menos confesables es harina de otro costal. Así que no quiera usted que comulgue con ruedas de molino. Por tercera vez: ¿cuál es ese secreto del que se habla en el anónimo? Le recuerdo que a quien amenazan de muerte es a usted.

—Berto —tercia López-Samper—, ¿formulaste ya la denuncia?

—Sí, Leo —contesta Conesa, compungido, sin poder retirar la mirada de mis ojos.

—Pues entonces, inspector —dice el leguleyo, levantándose, guardándose el móvil, cogiendo su libreta, introduciéndola en su maletín de piel de cocodrilo y cerrando éste a continuación—, tiene ya usted todo lo que necesita. Mi cliente tiene una agenda muy apretada como hombre público que es, y creo que aquí ya sólo hacemos perder el tiempo. Ha respondido a todas sus preguntas y lo ha dejado con un montón de gestiones que realizar. Espero recibir noticias tuyas en breve. Y confío en que serán noticias satisfactorias. Buenos días, inspector.

Los veo salir de la sala de juntas, galleando el letrado, cariacontecido el presentador. Cierro la puerta a sus espaldas y por unos instantes quedo solo en la estancia.

«Mierda de vida», me digo, mientras meto el anónimo en la bolsa de pruebas, cojo los folios con la denuncia de Conesa y siento cómo en mi cara se difuminan las pinturas de guerra.

Martes, 14 de junio de 2016

Subo a pie las escaleras hasta el despacho de Pujadas. Odio el gimnasio, y ése, el de subir y bajar escaleras, es el único ejercicio que hago. Y cuando digo el único, es eso: el único. Porque pegar balazos en el campo de tiro no es ejercicio, como tampoco lo es bajar y subir del coche, ni calentar comida preparada en el microondas, ni llevar horas y horas viendo series en la tele durante los largos fines de semana en que no estoy de guardia, ni deambular por los pasillos del hiper buscando las conservas más baratas ni andar desde la comisaría hasta Casa Petra, el bar de los polis. Y lo de correr detrás de facinerosos quedó atrás hace ya muchos años. Otros ejercicios más placenteros tampoco los practico hace ya meses. Casi un año, a fuerza de ser sinceros. Y la última vez no fue nada memorable, por lo demás.

Cuando, con la respiración entrecortada —y sólo son dos tramos de escaleras—, llego al antedespacho, le pregunto al cancerbero, que sigue allí estabulado, si el jefe está disponible. Con un mohín de su cara de perro salchicha me señala el enorme teléfono que descansa sobre su mesita, donde parpadean varias luces. Me encojo de hombros y consigo que el perrito ladre.

—El comisario está hablando por teléfono.

—Lo espero, entonces.

—No sé si podrá recibirte.

—Podrá, descuida.

Me apoyo en un quicio y manejo el teléfono móvil durante un rato. Entro en Google y me voy a Wikipedia para informarme sobre el programa que presenta Conesa en la tele y para saber algo más sobre el denunciante. Aprovecho también para ver unos segundos de una tertulia enlatada, suficientes para ponerme de gallina la carne del alma, como diría Joaquín Sabina. Cuando levanto la vista, la feria telefónica sobre la mesa del lebrél parece haber cerrado. Miro al cancerbero, que se hace el longui, por lo que decido tomar la iniciativa. Me acerco a la puerta del despacho de Pujadas, llamo brevísimamente y la abro. El perro salchicha abre la boca, pero algo debe de advertir en mi careto cuando giro la cabeza para fijar los ojos en él, pues

desiste del impedimento o de la reprimenda. Entro en el despacho, cierro la puerta a mis espaldas con un taconazo reminiscencia de mis tiempos de jugador de futbito —allá por el siglo XVIII— y me dejo caer como un peso muerto en uno de los confidentes. El escay gime con un crujido quejumbroso, como si le hubiese caído encima la torre Eiffel.

—Dimito —digo.

—¿Qué cojones dices, Florencio? —pregunta Pujadas, molesto y al borde del cabreo.

—Que dimito, coño.

—¿Se puede saber qué cojones estás diciendo, Patón? ¿Qué ha pasado ahí abajo?

—Mira, Ángel, mientras esperaba a que el chucho que tienes ahí afuera me dejara entrar, he estado revisando en el móvil los datos de audiencia del programa ese de los cojones, *La Comunidad*. El que presenta el tonto con quien acabo de perder más o menos tres cuartos de hora de mi precioso tiempo. Con quien, para más inri, se ha presentado nada más y nada menos que Leopoldo López-Samper, el pierde pleitos follador. ¿Y sabes cuánta gente ve cada día el programita de marras? ¿No...? ¿Pues una media de tres millones de españolitos! ¡Tres millones! ¿Te lo puedes creer?

—Vale. Y eso, ¿qué coño significa?

—Pues, de principio, que así nos va el país, que camina derecho al carajo y no hay dios que lo remedie. Y en segundo lugar, ¿que tenemos casi tres millones de sospechosos de haber remitido la mierda de anónimo esa! ¡Eso es lo que pasa, Pujadas! ¡Tres millones de sospechosos! ¿Te parece poco? ¿Y cómo quieres que yo lidie con tres millones de sospechosos?

Pujadas se reclina en su asiento y une las yemas de los dedos delante de las narices. Es la señal de que está en hondo proceso de concentración del que emerge en poco más de un minuto. Me juego la paga de un mes a que está pensando en el último *putt* que falló en su partido de golf del domingo.

—Vayamos por partes —dice— ¿Tienes contigo el anónimo?

—Aquí está —digo, tendiéndole la bolsa de pruebas.

Abre la bolsita y extrae la misiva, en cuya lectura se aplica.

—¿Qué te parece? —me pregunta luego, cuando acaba de leer.

—No te has enterado, ¿no? Acabo de dimitir, cojones. Así que a mí no me preguntes.

—Déjate de chorradas, Florencio, y respóndeme. Está claro que esto lo ha escrito alguien que conoce muy bien al periodista ese. No es uno de tus tres

millones de telespectadores.

Suspiro. Un suspiro profundo de cansancio. No va a ser fácil convencer a Pujadas de que me deje en paz.

—Puede que sí o puede que no. Lo dices por esa referencia a un secreto, ¿verdad? Conesa me ha asegurado que no sabe a qué se refiere.

—¿Lo has creído?

—En absoluto.

—Pues entonces.

—Mira, jefe, esto es una putada, de verdad. He visto en el móvil un trocito del programa y se me han puesto los huevos como dos bolindres. No tengo ni edad ni fuerzas para ir por ahí interrogando famosillos, busconas de tetas de silicona y periodistas de tres al cuarto. De verdad que no. Y si me obligas, sabes cómo acabará todo: como el rosario de la aurora. Como la Armada Invencible. O la batalla de Junín. O como yo qué sé. Pero hecho todo una puta calamidad, seguro. —Veo en el gesto remordido de Pujadas que no tiene ni idea de qué aconteció en Junín—. Así que te lo suplico: busca a otro que tenga más paciencia, más ganas y menos edad que yo. Pase de mí este cáliz, Pujadas, por favor.

—Te lo dije antes, Patón: no es posible.

—Acuérdate de la guerrilla de Ciudad Lineal —le recuerdo de nuevo.

—No sigas por ese camino, que te pierdes. Mira, te propongo una cosa.

—Miedo me da.

—Si en una semana no has resuelto el tema, te relevo.

—Dime dónde está el truco.

—Pero durante los próximos siete días tienes que dedicarte en cuerpo y alma al caso. Nada de inventarte informes y nada de interrogatorios telefónicos. Esfuérzate y seguro que lo resuelves. Y si en ese plazo no lo consigues, llamo al jefe de la oficina de prensa de la Dirección General, que es quien ha hablado conmigo, y le cuento que el asunto es más complicado de lo que pensábamos y que aquí no disponemos ni de personal ni de medios. Y que se busque a otro o derive el asunto a Madrid. ¿Hace?

Mientras Pujadas ha estado hablando ha sonado una señal de alarma en mi cerebro. He caído en la cuenta de lo torpe que soy y de que no le he hecho al tal Conesa una pregunta crucial. Saco el móvil y mi libreta de notas mientras el jefe me contempla con cara estupefata, busco su teléfono entre los apuntes garabateados y marco el número del personajillo.

—¿Sí?... ¿Señor Conesa?... Hola, buenos días de nuevo. Soy el inspector

Patón... Sí, el que ha estado hablando con usted hace un rato... Sí, ése, el gordo... —Ojalá se le quede hoy dentro del culo el consolador XXL de color negro que seguro utiliza—. Pues verá usted, tengo una pregunta que hacerle... Sí, otra... ¿Que va usted tarde?... Lo entiendo, lo entiendo, pero no se preocupe, será un segundo nada más... Sí, se lo aseguro... Pues, verá usted, quería saber si, antes de éste que ha denunciado, había recibido algún otro anónimo con amenazas... Sí, eso es... ¿Cómo? ¿Cuántos?... ¡Joder!... Disculpe... Pero diferentes, ya... ¿Y nunca antes había denunciado?... Sí, entiendo, se limitaban a insultarlo... Lógico... No, no. No quiero decir que sea lógico que lo insulten, ni mucho menos. Claro que no... Quería decir... Bien, mejor... Bueno, pues muchas gracias, señor Conesa.

Pulso el botoncito rojo del móvil y corto la comunicación. Pujadas está enfrente mía mirándome con ojos de avestruz.

—¿Qué coño pasa ahora? —medio me escupe.

—Suele recibir una media de dos anónimos por semana, lo que supone unos... a ver... ciento cuatro anónimos al año. O lo que es igual, más de mil anónimos durante los diez años que lleva saliendo en la tele para desgracia de la humanidad y las generaciones venideras.

—Mil cuarenta exactamente. ¿Y qué?

—Pues que ésta es la primera vez que denuncia.

—Sigo sin verlo.

—Mira que eres torpe, jefe. ¡Pues que el cabrón sabe que ahora la amenaza es real! ¡Y por eso ha denunciado!

* * *

Salgo del despacho de Pujadas con un resultado pírrico. Y no me refiero a Pirro, el pelirrojo rey de Epiro, que derrotó a los romanos pero estuvo a punto de volver solo a su casa, de tantos hombres como perdió en la batalla; sino a Pirri, el mítico jugador del Madrid, que jugó una final de la Recopa con un brazo en cabestrillo después de romperse la clavícula, y una final de la Copa del Generalísimo —así se llamaba entonces, no voy con segundas— con la mandíbula hecha un polvorón de canela.

Así queda la cosa. Más o menos. A jugar el partido a pesar de las lesiones. En román paladino: tengo que aceptar hacerme cargo de la investigación del caso del tal Conesa aunque, a cambio de dejar que me partan clavícula y mandíbula, consigo algunas nimias concesiones: que el análisis forense del

sobre y del anónimo se realice en el laboratorio central de Madrid en poco más de veinticuatro horas; que si sus resultados no arrojan pruebas definitivas, yo me encargo durante unos días, no más de una semana, de interrogar al círculo más cercano del amenazado, su servicio, su novio, su exnovio, sus compañeros de programa y poquito más; y que voy a contar con ayuda para los interrogatorios del resto de sospechosos. Y no me estoy refiriendo a los tres millones de sospechosos potenciales que en buena lógica deberían tenerse en cuenta, sino a los colegas y amistades íntimas de Conesa.

A sus padres y hermanas los vamos a dejar en paz, más que nada porque no hay presupuesto para enviar a nadie a San Román de los Carneros, La Rioja.

Y si en ese lapso de tiempo no descubrimos nada, Pujadas hará esa llamada al jefe de la oficina de prensa de la Dirección General que es, por lo que se ve, el hijoputa a quien le debemos el embrollo. Y que se busque otro cabeza de turco.

—Le diré al subinspector Osorio que te eche una mano —me había propuesto el comisario, como para consolarme—, ¿te parece?

—No me parece nada —había repuesto yo—. Pero nada de nada.

—¿Qué problemas tienes con Osorio?

—Ninguno, ya sabes que me cae de puta madre.

—¿Y entonces?

—Que es capaz de pedirle autógrafos a Conesa y a sus colegas, ¿te parece poco?

—Eres insoportable, Patón —me llama por mi apellido cuando lo pongo de los nervios, que es más o menos una o dos veces por cada minuto de conversación que mantenemos—. Venga, desembucha: ¿a quién tienes en mente?

—A la buenorra.

—¿A Sanmartín?

—La misma.

Pujadas había chascado sus labios agrietados por la pipa y meneado la cabeza. Un brillo de sonrisa bailoteó en sus ojos.

—Pero, hombre, Florencio, que ya no tienes edad para eso. Podría ser tu hija... o tu nieta. ¿Qué edad puede tener la chica? ¿Veintisiete, veintiocho años? ¿Treinta tal vez, como máximo?

Está claro que Pujadas ha equivocado mis intenciones. Nada más lejos de mis pensamientos que pretender formar con la Sanmartín una parejita policial al estilo Nick y Nora Charles. Y tampoco albergo hacia ella más sentimientos

libidinosos que los de cualquiera del sexo masculino que tenga dos ojos en la cara y no pierda aceite por las juntas del carburador.

—No voy por ahí, Ángel, joder —expliqué al jefe—. Lo que pasa es que Osorio es demasiado educado y demasiado buena gente para enfrentarse a una pandilla que es capaz de bailar a su alrededor y comérselo después. La Sanmartín, ahí donde la ves, tan maciza, tiene experiencia en tratar con la canalla y además los tiene bien puestos. No se me ocurre nadie con mejor perfil que ella. Y además, en la mayor parte de las veces iremos cada uno por separado. ¿Qué me dices?

—Que hagas las gestiones para que esa bolsa —había concluido, señalando la bolsita de pruebas que seguía sobre su mesa— esté hoy mismo en Madrid. Yo me encargo de pedirles un análisis exprés. Mañana empiezas y quiero informes diarios, ¿entendido? Yo hablo ahora con Sanmartín. Cuando salgas, dile a Acevedo que pase.

Acevedo es el chucho estabulado en el antedespacho del comisario. Le hago un gesto con el pulgar cuando salgo, dándole a entender que lo esperan dentro. Se pone en pie de un brinco y creo que lo veo sacar la lengua y babear mientras, dando saltitos, se dirige al encuentro de su amo.

Me prometo traerle un hueso la próxima vez que venga a ver a Pujadas.

* * *

Me encierro en mi despacho e intento que el malhumor no me nuble las entendederas. Enciendo el «abuelete», el viejo ordenador de que dispongo, me conecto y busco en Google el programa televisivo donde Conesa interviene. Aunque con una lentitud exasperante, la búsqueda arroja millones de resultados. Clico en el primero que me aparece, que me conduce directamente a un corte del programita de marras. Acojonado, le doy al *play*, aguanto la publicidad hasta que puedo saltármela (de una casa de apuestas, por supuesto; son las que están financiando a todos los medios de comunicación del país) y observo cómo el vídeo se reproduce. En cuanto comienza tengo que apresurarme a bajar el volumen del aparato si no quiero que aparezcan por el despacho los geos, dos compañías de intervención rápida, los picoletos y medio cuerpo de bomberos de la ciudad. Porque aquello parece la batalla decisiva de los yihadistas de Mahoma por hacerse con el control del mundo. Cuando atempero el volumen, intento entender las conversaciones y apenas si puedo apercibirme de que están hablando (gritando, más bien, y como

verduleras locas) sobre el hijo de una folclórica que ha sido acusado de violencia de género. Después de dos minutos de visionar el vídeo decido suicidarme tirándome por el balcón.

Dios, la que me queda.

Respiro profundamente intentando controlar mis propósitos autolíticos. Me digo que serán tan sólo unos días de indagaciones, siete como máximo, al cabo de los cuales iré a ver a Pujadas para entregarle los trastos, y que el calvario será llevadero. Aunque algo en mi interior, el duendecillo malvado con el que convivimos todos los policías, el cerdito que olisca las trufas de las delincuencia, me desmantela de inmediato las convicciones. Sé que todo esto va a acabar fatal. Es un agujero que tengo pegado al pellejo como una enorme y negra garrapata.

A pesar de esos malos presagios, intento organizar esos siete días, ciento sesenta y ocho horas, diez mil ochenta minutos, tropecientos mil segundos. Una eternidad, vamos. Tiempo de sobra para arruinarme el mes. Si no la vida.

Al cabo, decido, original que soy, comenzar las pesquisas por el exnovio de Conesa: el cantante Flavio Patricio, que manda huevos la denominación de origen. Llamo a Casimiro Ayllón, un policía de la básica al que solemos utilizar para citar telefónicamente a testigos y sospechosos por su tono de voz, que recuerda al de Hannibal Lecter, y le pido que me busque al juglar y me lo cite en la comisaría para mañana a las ocho y media en punto, ante meridiem. Luego, llamo a Raquel Sanmartín, la agente de relaciones con la prensa, le pido que venga a verme y, cuando lo hace, le comunico la noticia de que ha de colaborar conmigo en la investigación. No se tira de los pelos ni esgrime su pistola: no se lo toma demasiado a mal, más bien al contrario, me dice que ya la había llamado el gran jefe para comunicárselo y que está encantada de poder ayudar, y esa actitud suya es la primera buena noticia de la jornada. Le hago un bosquejo sucinto de mis planes para los próximos días y le pido que se encargue de interrogar a quienes trabajan en el servicio doméstico de la casa del denunciante —un matrimonio peruano— y a Miguel José Higuera, el antiguo jugador de baloncesto y actual novio de Conesa. Yo, por mi parte, le hago saber, me encargaré de interrogar a Flavio Patricio y ya después veremos.

Medito luego, cuando la agente abandona mi despacho, acerca de cuál habrá de ser el siguiente paso una vez me entreviste con el cantante, y con sólo pensar en citar en comisaría e interrogar a los intervinientes en el programa *La Comunidad* se me pone la tensión por las nubes y la sangre me palpita en mis

débiles arterias de fumador con tal fuerza que temo que me dé un ictus. Me digo que tengo que buscar alternativas si no quiero acabar en la UCI de La Paz o directamente en la Almudena. Pero no se me ocurre cuáles. No veo la forma de evitar el enfrentamiento con la jauría.

Regresan a mi mente atormentada los propósitos suicidas. A la postre los descarto porque me doy cuenta de que, en caso de pegarme un tiro o tirarme por el balcón o tomarme una botella de lejía o lanzarme a las vías del AVE, los lumbreras del Ministerio podrían calificar mi suicidio como muerte en acto de servicio y conceder a mis herederos pensión doble. Y no estoy dispuesto a ponerle las cosas fáciles ni a la bruja de mi exmujer ni al diletante de mi hijo, el perseguidor de *pokémons*.

Así que descuelgo el auricular del teléfono y marco la extensión de Pujadas. Sin embargo, lo coge el perro pachón que, con su voz de *Chucky*, me pregunta qué quiero. Reprimo los deseos de contestar que darle un paseo hasta un pipican y le pido que me pase con el jefe.

—¿Qué te pasa ahora, Patón? —me espeta Pujadas tras una larga pausa durante la que ha sonado la canción de Amaral, «Sin ti no soy nada», en el hilo musical del teléfono. Otra premonición, me digo.

Le explico mis planes y mis propósitos de llevar a cabo un interrogatorio conjunto con todos los tertulianos de Conesa y le pregunto si puede él encargarse de las gestiones a tal fin a través de Madrid, pues me temo que para llevar a buen puerto mi idea va a ser preciso algo más que la voz de ultratumba de Casimiro Ayllón.

—¿Con todos a la vez? —me pregunta, sorprendido.

—Sí, con todos.

—¿Estás seguro?

—Creo que sí.

—¿Y eso?

—Estas cosas hay que hacerlas así, jefe —respondo—. Como la quimioterapia: todas las mierdas en el mismo gotero.

A las dos horas y media me llama y me asegura que los tertulianos de *La Comunidad* podrán verse conmigo mañana al mediodía, a la una en punto en los estudios de La Décima, después de su reunión matinal para la preparación del programa de la tarde.

Doy la jornada por finalizada. Salgo de la comisaría de Pozuelo y, a pesar del día esplendente, siento que todo es negro como un cuervo inmenso. Dudo si emborracharme o dirigirme directamente al precipicio más próximo. Al

cabo, dirijo mis pasos hacia Casa Petra.

Martes, 14 de junio de 2016

Carla Palafox abandona los estudios de la emisora exhausta pero feliz. Acaba de leer el whatsapp de su marido comentándole que, de las casi dos horas que ha durado el programa *La Décima Magazine*, que se emite a diario, excepto sábados y domingos, como antesala del telediario del mediodía, y que está dedicado a la actualidad y al debate político, ella ha acaparado nada más y nada menos que dieciséis minutos con cuarenta segundos. La pena es que Luis, su esposo, no disponga en casa de un sonómetro para medir los decibelios, porque hoy ha estado especialmente estridente y guerrera, sobre todo en el rifirrafe que ha mantenido con Ignacio Feliú, el director de *Al filo de la noticia* —¡qué originalidad de nombre, santo cielo!—, ese periodicucho digital donde Feliú suele cobrarse venganza de sus derrotas televisivas en forma de artículos que pretenden ser devastadores contra ella. Y que a ella sólo le parecen patéticos.

Al pensar en Luis, su marido desde hace tan sólo ocho meses, siente un ramalazo de ternura. Ahora estará en casa, ultimando el almuerzo, después de haberse pasado las casi dos horas del programa pegado a la tele cronometrando intervenciones. Después de una mañana que, como casi todas, habrá sido infructuosa, baldía, una derrota más en su eterna lucha con la página en blanco y con la creación de la gran novela que ella sabe que nunca va a nacer de su escaso ingenio.

Se siente, no obstante, exultante, eufórica. A pesar de las sombrías reminiscencias que la metáfora de la página en blanco le trae. Acaba de cumplir treinta y ocho años, está todavía de buen ver y recién casada, lo gana bien con sus intervenciones televisivas, con los artículos que escribe en un par de medios y con los derechos de autor de su primera novela, que aún se sigue vendiendo maravillosamente. Y su primer matrimonio que finalizó con pleitos interminables ya es sólo un recuerdo nebuloso y aciago.

Sale al aparcamiento y monta en su coche, un Mini Cabrio último modelo con capota eléctrica y color verde punzante. Se sube al automóvil, lo arranca, se deleita con el sonido de su motor potente, deja la capota corrida, baja la

ventanilla y enfila la carretera permitiendo que la brisa estival le desmelene su cabello frondoso, rizado y negro. Mientras conduce, rememora los momentos estelares de la contienda con Feliú.

—¡La corrupción está en todos lados, en todos los países, eso lo sabemos! ¡La diferencia es que si uno mira en España, un país del primer mundo, resulta que la corrupción impide que una madre pueda dar de comer a sus hijos, o que un anciano reciba su pensión, que un joven pueda conseguir trabajo o que un hospital público disponga de los mejores médicos!

(Todo eso lo ha dicho, lo ha gritado más bien, no con uno sino con varios signos de admiración. Nadie ha advertido que la frase no es suya: es una adaptación libre de un pensamiento del médico argentino Facundo Manes. Los demás tertulianos no están a su altura).

—Mira, chica... —intenta aducir Feliú, el director de *Al filo de la noticia* y también tertuliano político habitual de *La Décima Magazine*.

—¡A mí no me llames chica! ¡Eso no es más que una muestra de tu redomado machismo! Por cierto, ¿no te avergüenzas de lo que publicasteis sobre la diputada que daba de mamar a su hija en el escaño? ¡Si yo fuera cualquiera de vuestros lectores, que supongo no suman ni media docena, borraría de inmediato vuestra web del listado de favoritos! ¡Y espero que el par de tus anunciantes haya tomado buena nota!

—Pero, Carla, ¿otra vez con lo de la teta, por Dios? —cuestiona, decepcionado, Feliú—. Si eso ocurrió hace meses y nos tiramos una semana y media debatiendo sobre la dichosa escenita. ¿A qué viene sacar de nuevo el tema? Creo que...

—¡Eso, eso! ¡Que no se hable de las mujeres! ¡Que no se legisle adecuadamente sobre la necesaria conciliación familiar! ¡Eso es lo que pretende la gente como tú! ¡La derechona como tú!

—Por Dios y por los santos del cielo, ¿no estábamos hablando del caso de corrupción de esta mañana, Flora? —se dirige Feliú, recabando auxilio, a la conductora del programa, una escuchimizada individual de grandes orejas que intenta ocultar bajo una melena corta y rubia y que suele actuar como un inmortal persa preparado para entrar en las Termópilas—. ¿A qué viene ahora lo de dar de mamar en el escaño?

—Es cierto, Carla —tercia Flora, por una vez conciliadora—. Me pareció muy interesante tu comentario sobre la corrupción, y podríamos seguir...

—Es que a Carla —interviene Pablo Mercader, otro de los tertulianos— lo que de verdad le gusta es sacar a colación a sus amiguitas de Podemos, que

luego le pasan sus consignas.

—Pero...¿cómo te atreves?! —vocifera Carla, plantando ambas manos sobre la mesa, como si fuesen un resorte y fuera a abalanzarse sobre Mercader. Se le abre el escote y permite que se le vea el canalillo del pecho, donde las arrugas ya comienzan a ganar la batalla. Tampoco puede evitar que unas gotitas de saliva se le escapen de entre los labios—. ¡Tu apellido lo dice todo de ti! ¡Eres un *mercader* vendido a Rajoy, a ese partido corrupto que ha llevado a España a los recortes, al paro y a la ruina! ¡Ése eres tú! ¿Cómo puedes defender a un partido que ha sido imputado por la Audiencia Nacional?! ¿O es que eres tan corrupto como ellos?

—¡A mí no me llames corrupto!

—¡La corrupción no es obligatoria! —exclama Carla Palafox, beligerante. La frase tampoco es suya: es de Robinson Jeffers, y la ha sacado del libro de frases célebres que consulta cada mañana antes de acudir al programa. Nadie lo advierte y le queda genial, piensa ella. Definitivamente, ninguno de sus contertulios está a su altura—. ¡Quien se corrompe es porque quiere! ¡Y el problema es que España está llena de gente como tú! ¡Y nadie piensa, donde todos lucran; nadie sueña, donde todos tragan! —Ésta es de José Ingenieros, el sociólogo italiano. Y le queda divina—. ¡Permitidme que yo piense y no me lucre! ¡Permitidme que yo sueñe y no trague!

Un bocinazo la saca de sus abstracciones cuando se introduce en una rotonda y se apercibe de que no ha respetado la preferencia de paso de un ridículo cochecito eléctrico cuya conductora, una rubia endomingada de mediana edad, la mira con gesto de cólera que enseguida se transforma en una expresión de sorpresa cuando la reconoce. Carla, ajena al aspaviento admirativo de la rubia, aprovecha su asombro para salir de la rotonda. Suena entonces el móvil, ve que es Ángeles Gallego, su editora, quien la llama, siente un cosquilleo que es mitad de fastidio y mitad de pánico y, no obstante, manipula los botones del salpicadero del auto para conectar el *bluetooth*.

—¿Carla? ¿Estás ahí?

La voz de Ángeles Gallego le llega repleta de ecos. Se la imagina en su pequeño cubículo de la editorial, recién llegada de un almuerzo rápido y frugal que acentuará los ángulos de su cuerpecillo anoréxico que apenas si asoma por encima de las montañas de papeles y libros que se apilan en su escritorio.

—Sí, Angie, estoy aquí. Qué de tiempo. ¿Cómo estás, cariño?

—Bien, bien. Pero no hace tanto que hablamos. Fue a principios de mes, si

mal no recuerdo, ¿no?

—Bueno, bien, tal vez... sí.

—Y me aseguraste, Carla, que para estos días tendrías acabada la novela. Así que sorpréndeme, cariño. ¿Tenemos ya el manuscrito?

Y detecta un tono de ironía en su voz. Y eso la irrita.

—Pues vamos a tener que seguir esperando, Angie —dice, combativa—. Llevo unos meses de lo más liada. Y en la vida, como en todo, hay prioridades. Y ahora mismo terminar la novela no está arriba del todo en mi lista de prioridades. De verdad que lo siento.

—No estarás embarazada, ¿no, Carla?

Siente un repelucos por la espalda. Tener hijos sí que no está entre sus prioridades. Sólo con imaginarse con un bombo o dando de mamar a un bebé gritón (como la diputada en su escaño) o empujando un cochecito de niñera, hace que la piel le queme como si le fuesen a salir erupciones.

—Claro que no. Por Dios.

—Ah, vale... ¿Cuántas páginas llevas, Carla?

—Las suficientes para saber que la novela, como la primera, será un éxito. Así que deja de preocuparte.

—No, si por mí... Es Tomás —Tomás es el mandamás en la editorial, un tipo serio como un arzobispo— quien está de lo más enfadado, Carla. Y te recuerdo que en tu contrato ponía que...

—¡Dame aire! —la interrumpe—. Dame aire, Ángeles, por Dios. Sabes que no te voy a fallar, sólo necesito un poco más de tiempo, unos mesecitos nada más. O unas semanitas, a lo mejor. ¿De acuerdo, amor? Y ahora discúlpame, tengo que colgar, entro en un sitio en el que no hay cobertura. Un beso fuerte, Angie. Te mando enseguida el manuscrito. Ciao. Te quiero.

—¡Pero, Carla...!

La voz aflautada de la editora se evanesce tras el clic que interrumpe la comunicación. Siente que toda la euforia experimentada tras la finalización del programa se evapora y que la saliva se le acidula. Experimenta una oleada de rabia que personaliza en su editora, en Ángeles Gallego, esa mujer minúscula en la que todo es endeble menos su carácter, que es acerado, pertinaz. Y acelera por el carril rápido de la carretera atestada a esas horas del mediodía.

Pulsa el mando con el que se descorre la capota eléctrica y permite que el viento invada el vehículo y la tranquilice un poco. Sabe que Angie lleva razón, que hace ya meses que debía haber entregado el manuscrito, pero... «¿Qué puedo hacer?», se dice.

Son tantas cosas las que hay en juego... Después del éxito de su primera novela —*La confesión de una monja*, un *thriller* con pinceladas eróticas que vendió casi cincuenta mil ejemplares en España y cuyos derechos han sido adquiridos por editoriales de Italia, Alemania y Francia—, se había comprometido con Ángeles Gallego y con Tomás Mancilla, el mandamás, a publicar una segunda novela en el plazo máximo de dieciocho meses. Dieciocho meses que han vencido hace ya casi medio año.

Y no lleva ni una sola página escrita.

Porque ella es incapaz de escribir una sola página.

Está, además, Luis, su esposo...

Por las tardes, cuando ella, después de la siesta breve pero reparadora, se refugia en su pequeño estudio delante del ordenador, cada dos por tres Luis, a pesar de sus protestas, invade ese sanctasanctórum suyo para preguntarle por sus avances. «¿Cómo llevas la novela, amor? ¿Cuántas palabras has escrito hoy? Ya sabes que hay que ser disciplinado y fijar un número mínimo de palabras que escribir diariamente». Y es testigo de la pantalla en blanco, de sus excusas triviales —«Todavía estoy con el trabajo de documentación, Luis, cariño. Y déjame, anda, que ya sabes que si estás aquí no puedo concentrarme...»—, de lo estéril de sus horas, de su incapacidad. Y de lo imposible de revelar la verdad. Hay veces en que piensa que ambos, Luis y ella, comparten, si no valores, sí la misma infecundidad de sus talentos narrativos. Pero es que ¿acaso esos talentos existen? Por supuesto que no. ¿Cómo, pues, llegar un día y, por arte de magia, como el prestidigitador el conejo, sacarse una novela de trescientas o cuatrocientas páginas de la chistera? ¿Cómo contarle a Luis, que es todo virtud, la realidad, la verdad? ¿Y cómo hacerlo después de escasos ocho meses de convivencia y un noviazgo tan fulgurante como una luciérnaga? ¿Cómo hacerlo cómplice de su superchería? Porque entre ellos hay complicidad, pasión, risas, pero la confianza es, todavía, el proyecto de una casa apenas cimentada.

Y las urgencias no le llegan sólo de la editorial. También Antonio Nebreda se está impacientando. Las palabras con las que finalizó su conversación telefónica de ayer mismo aún las siente grabadas en sus tímpanos como puntos de sutura a punto de descoserse:

—Oye, Carla, yo ya tengo *esto* terminado desde hace más de seis meses, y necesito el dinero, chica. Y ya no puedo aguantar más. Así que tú sabrás. O te decides pronto o saco el manuscrito al mercado. Seguro que hay alguien famoso que accede a poner su firma. No pensarás que vivo del aire, ¿verdad?

Cuando llega a su chalet adosado en El Encinar de los Reyes son casi las tres de la tarde. Se baja del Mini y observa que el buzón está rebosante de papeles, facturas y folletos publicitarios en su mayoría, supone. Lo abre y con desgana ase el mazo de cartas y catálogos que lo atestan. Mientras cruza el pequeño jardín del chalet va examinando el correo. Llama su atención un sobre de papel de calidad en cuyo anverso figura, con letras mayúsculas, escritos a tinta, su nombre y dirección. Se da cuenta de que no hay remite, sello ni matasellos. Eso significa que quien sea que lo ha mandado, lo ha dejado en mano en su buzón. Qué extraño, ¿no? Intrigada, abre el sobre, casi segura de que es una invitación de bodas y barruntando quiénes pueden ser los novios. Pero ¿sin remite? Qué raro... Sacude su melena que compone a su alrededor un aura negra como polvo de carbón. Como para apartar de sí presagios oscuros. Extrae la carta que hay en su interior, escrita con la misma letra mayúscula. Y siente que, a medida que lee, la sangre se le va enfriando en las venas, como si estuviese entrando en una cámara frigorífica.

QUERIDA CARLA: SOY FIEL Y DIARIO ESPECTADOR DE TUS ARENGAS Y TUS DEBATES TELEVISIVOS. Y CADA VEZ QUE TE VEO Y TE OIGO, NO PUEDO DEJAR DE PENSAR EN ALGO QUE UNA VEZ LEÍ: QUE UNA PERSONA DE VIRTUOSAS PALABRAS NO ES SIEMPRE UNA PERSONA VIRTUOSA. TAL VEZ TÚ, QUE TAN DADAERES A LOS PROVERBIOS AUNQUE SIN CITAR LA FUENTE, SEPAS QUIÉN ES EL AUTOR DE TAN BELLO PENSAMIENTO.

¿NO TE PARECE QUE ES MOMENTO DE QUE LOS DEMÁS CONOZCAN CÓMO ERES? TUS ENGAÑOS, TUS FALSEDADES, TUS EMBUSTES. QUE SEPAN LO ALEJADA QUE ESTÁS DE LA VIRTUD QUE PREDICAS. QUE TODO EN TI ES DOBLEZ Y MENTIRA.

SÉ TU SECRETO Y QUIERO QUE TODOS TUS TELESPECTADORES, TUS SEGUIDORES, TUS FANS, TAMBIÉN LO CONOZCAN.

TIENES UN TIEMPO PRUDENCIAL PARA CONTARLO EN ANTENA CON PELOS Y SEÑALES. EN LA TERTULIA EN LA QUE CADA DÍA INTERVIENES.

SI NO, MORIRÁS.

RAMNUSIA.

Toda la euforia, el optimismo, la energía vital con que salió de los estudios de La Décima no son ya sino un caliginoso recuerdo.

Tiene, desde hace años, desde sus tiempos de agitadora universitaria, el cuerpo hecho a las llamadas anónimas, a los insultos públicos, a las amenazas. Incluso agresiones físicas sufrió en un par de ocasiones. Y los ha sobrellevado con entereza y sin consentir que alteraran ni un ápice las líneas maestras de su

vida, tan bien trazadas.

Ahora, sin embargo, al leer esas letras anónimas, mayúsculas y pulcras, ha experimentado un estremecimiento tan hondo como una fosa atlántica.

Y cuando entra en su chalé de lujo está aterrorizada.

Aunque, se dice mientras entra en el vestíbulo penumbroso, el miedo, una vez se supera, permite el enfrentamiento con toda amenaza. Algo así, piensa y sonríe aunque con el temor todavía colgándole de las pestañas, dijo la mujer de Roosevelt.

Miércoles, 15 de junio de 2016

De mis tiempos de estudiante de Historia recuerdo algunos conceptos, la capacidad de una visión analítica de los hechos y un ramillete de nociones y conocimientos cada día más delgados y vaporosos. Es decir, coño, para qué nos vamos a engañar: casi nada. Sí recuerdo, en cambio, y como si fuera ayer, una frase que pronunció uno de los catedráticos, el de Teoría y Método de la Historia, un anciano de perillita blanca y pronunciada joroba que tenía voz de monje budista: «No hay que subestimar lo sorprendente».

He recordado esa frase cuando veo venir hacia mí, con la mano extendida, a Flavio Patricio, el antiguo novio de Alberto Luis Conesa.

No hay que subestimar lo sorprendente.

Porque ha sido eso, sorpresa, lo que he experimentado al verlo. Ha llegado, el tal Flavio Patricio, a las ocho y media en punto de la mañana a la comisaría de Pozuelo. A la hora justa a la que había sido citado. Y ¿para qué voy a engañarles?... Con ese nombrecito que gasta y con sus antecedentes de noviazgo con Conesa esperaba encontrarme... no sé... con algo... bueno, diferente. Supongo que ya me entienden. Algo delicado, afeminado, tibio, endeble. Y legñoso. Por la hora intempestiva que lo habrá obligado a madrugar de forma desacostumbrada. Y, en cambio, con lo que me hallo es con un tiarrón como una catedral gótica, perfectamente vestido y aseado, acabando los treinta o recién entrado en la cuarentena, musculoso y al mismo tiempo esbelto, sombra de barba cerrada de afeitarse con maquinilla eléctrica desde la adolescencia, un traje sin corbata de corte perfecto, camisa negra de tejido brillante, cabello tupido y moreno, mirada oscura por la que habría suspirado hasta María del Monte y un aspecto de macho ibérico que tira de espaldas. Y creo que el gesto de sorpresa se me trasluce en la cara cuando redondeo los ojos como una perdiz.

Me repongo como puedo del asombro, lo invito a pasar a mi cubículo, le estrecho la mano, le ofrezco asiento y le agradezco su puntualidad. Después me presento y le digo mi nombre y rango. Florencio Patón. Y no se ríe. Inspector jefe a cargo de la UDEV de Pozuelo. Y no se extraña. La cosa

empieza bien. No le ofrezco café porque aquí no hay café. Lo que dispensa la máquina del pasillo de la planta baja es otra cosa.

—Pues sí, me gusta ser puntual —me dice. Y su voz también es varonil, profunda y oscura, como su mirada. Tiene una dicción cuidada y una pronunciación exquisita—. En esta vida, si de algo tenemos una cantidad limitada, es de tiempo, inspector, y me parece que es un contradiós perderlo o hacerlo perder a los demás. Aunque no sé si hoy en día la puntualidad es más un defecto que una virtud.

—No podía estar más de acuerdo con usted, señor... ¿Patricio?... Perdone, pero ¿Flavio Patricio es su nombre real?

—Oh, no. Claro que no. Es mi nombre artístico. Me llamo en realidad José Luis Taboada Pérez que, como usted entenderá, no es precisamente un nombre muy adecuado en el mundo de la farándula en que me muevo. —Que me hablen a mí de nombres y de su adecuación al oficio es para mondarse, pero mantengo la compostura—. ¿Le hace falta mi DNI?

—Luego, señor... señor... Bueno, pues... ¿Cómo he de llamarle? ¿Flavio? ¿José Luis? ¿Señor Patricio? ¿Señor Taboada?

—Como usted prefiera, inspector. Flavio, si le parece bien. Llevo más de veinte años respondiendo por ese nombre.

Hasta ahora, su mirada es franca y su voz es calmada. El tipo comienza a echar por tierra mis prejuicios, que es algo que todos, como el sarampión, padecemos, lo queramos o no.

—Pues bien, Flavio... Le decía que ahora mantendremos una conversación informal y después, si no tiene usted inconvenientes, lo ponemos todo por escrito. Le aseguro que así ganaremos tiempo. ¿Le parece bien?

—Por mí, genial.

—¿Sabe usted el motivo por el que lo hemos hecho venir?

—El compañero suyo que me telefoneó ayer no fue demasiado explícito. Algo me dijo de una denuncia formulada por Tito... por Alberto Conesa, quiero decir. Y también he oído algo por ahí, nada demasiado concreto, rumores. Pero puedo hacerme una idea.

—¿Y de dónde venían esos rumores, Flavio?

—Pues... no sé. Ahora mismo no sería capaz de decirle...

Joder, ya estamos: es la primera vez que me miente.

—¿Qué ha oído usted exactamente?

—Que Alberto está siendo objeto de amenazas. Y que se las toma en serio, al parecer.

—Algo así, sí. Pues comencemos, si le parece. Según tengo entendido, mantuvo usted... bueno... una relación con el señor Conesa.

—Fuimos novios, inspector, si es eso lo que usted quiere decir. —La sonrisa del cantante deja al descubierto unos dientes grandes y blancos como la tiza—. Durante casi tres años.

—Sí, a eso me refería —asiento torpemente mientras me manoseo la barba. Simulo escribir unas notas en el cuaderno que tengo delante de mí—. Así que tres años. ¿Y cuándo se produjo la... ruptura del... del noviazgo?

—Le veo incómodo, inspector.

—El sillón, que se me queda chico —alego, con una sonrisilla torpe.

—¿Le molesta la homosexualidad?

Miro fijamente al cantante, esbozo una sonrisa pàrvula y la voz me sale como la del urólogo durante una exploración de próstata.

—En absoluto. No tengo nada en contra de la homosexualidad ni califico a las personas por con quién se acuestan. Así que no me toque usted los cataplínes —aduzco, y enseguida me doy cuenta de lo inoportuno del exabrupto—. Quiero decir que no me tome por quien no soy. Y si le parece, vamos al grano. —Respiro hondo. Tengo que terminar esto cuanto antes, especulo. Me vienen a la mente de nuevo ideas suicidas. Saco del cajón de la mesa la copia del anónimo recibido por Conesa y se lo planto delante de las narices—. ¿Qué sabe usted de esto?

Flavio Patricio mira el papel y luego a mí.

—¿Puedo?

—Usted mismo, es una fotocopia.

Ase el anónimo y lo lee con detenimiento. Luego, niega con la cabeza.

—¿A qué secreto puede referirse? —pregunta, más para sí mismo que para mí.

—Dígame usted.

Vuelve a negar con la cabeza y chasca los labios.

—Eso quisiera yo. Pero no tengo ni idea. No lo sé —concluye.

—¿Qué sabe usted del pasado del señor Conesa?

Se queda en silencio, reflexionando.

—Casi nada. Alberto es muy celoso de su intimidad, inspector. Conozco de él muchas cosas, sus gustos, su carácter, presumía de que era capaz de prever hasta sus reacciones. Sin embargo, no conozco casi nada de su infancia, de su juventud. Nunca le gustó hablar de esa época. Si en verdad guarda un secreto, búsquelo usted en aquellos tiempos.

—La letra de ese anónimo, ¿la reconoce usted?

Vuelve a examinar con atención el libelo y niega de nuevo.

—Está escrito en mayúsculas, que podrían ser de cualquiera. No la reconozco, lo siento.

—¿Tiene enemigos el señor Conesa?

—Los enemigos son como los barrillos, inspector: nos salen por mucha crema que nos apliquemos en la cara. Supongo que sí, aunque ahora no sabría nombrarle ninguno.

—Entonces ¿no tiene usted idea de quién ha podido remitir este anónimo?

—Ni la más remota, lo siento.

—¿No se le viene nadie a la cabeza?

—Nadie. Lo lamento.

—¿Y tampoco sabe usted a qué secreto se refiere?

—Ya le he dicho antes que no.

—¿Tendrá usted inconveniente en que luego formalicemos un cuerpo de escritura?

—¿Un cuerpo de escritura?

—Sí, una muestra de su letra, para que nuestros expertos puedan estudiarla, compararla y, en su caso, descartarla. Aunque probablemente haya usted de repetir el cuerpo de escritura en presencia judicial. Si es que la cosa llega al juzgado, que tampoco lo sé.

Flavio Patricio me observa con esos ojos suyos negros y profundos en los que, supongo, para muchos debe de ser muy fácil precipitarse.

—¿Soy sospechoso, inspector? —me pregunta.

—Lo de las sospechas —respondo, siguiendo su gusto por los símiles— es como Hacienda, señor mío: lo somos todos.

Sonríe, pero es una sonrisa nerviosa por debajo de la cual aparecen hilachas de precaución.

—No tengo ningún inconveniente en hacer ese cuerpo de escritura. ¿Quiere que lo haga ahora?

—No, hombre, no. Después, cuando declare.

—Como usted diga.

—Sigamos, entonces. ¿Cuándo dejaron ustedes su noviazgo?

El cantante suspira pero no tarda ni un segundo en responder.

—El día 15 de marzo de este año, para ser exactos, inspector. Hace ahora más o menos tres meses.

—¿La causa?

—La causa... —Deja caer las pestañas y veo que se ensimisma. Observo que empalidece de forma imperceptible y que sus ojos se apagan un tanto. Me digo que ese hombre que se sienta frente a mí ha sentido de verdad su ruptura con el tal Conesa. Y pienso que el corazón de las personas es un misterio inescrutable, como los caminos del Señor—. Bueno, pues verá usted...

Y con la mirada anubarrada y la voz húmeda comienza a relatarme su ruptura con el presentador televisivo. Me cuenta que todo comenzó a ir mal en el último año, cuando decidieron, a pesar de mantener él su dúplex de lujo de la Castellana, dar un paso más en su relación e irse a vivir ambos al chalé de Somosaguas de Conesa. Comenzaron entonces, me narra, los roces, las discusiones, el desgaste de la convivencia.

—¿Sabe usted —me interpela inopinadamente con una sonrisa triste en la que por vez primera veo un relumbre mujeril— que la principal causa del desamor es la convivencia? ¿Sabe usted que los amantes más famosos de la historia siempre vivieron separados? Esta frase no es mía, claro, pero la usé una vez en una de mis canciones y creo que es una verdad absoluta. Medite usted, si no, inspector. Romeo y Julieta. Marylin y Kennedy. Abelardo y Eloísa. Isabel de Segura y Diego de Marcilla...

«Y Salomón y la reina de Saba, ¡no te jode!», me digo. La conversación comienza a discurrir por senderos que no me van a llevar a nada. Trago saliva y es como si tragara agua salada: tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para evitar perder los nervios. Todo esto está pudiendo conmigo. Mientras tanto, el cantante sigue desbarrando sobre el amor y la convivencia, hasta que lo interrumpo, tal vez de forma demasiado brusca, porque comienzo a sentir en el estómago una ardentía horrorosa. Recuerdo de nuevo aquella frase sobre la sorpresa: ahora resulta que el tiarrón como una catedral gótica no es más que un pajarillo vulnerable. Me muero de ganas de fumar.

—Tras la ruptura, ¿siguieron ustedes siendo amigos? —le pregunto—. ¿O, por el contrario, la relación se deterioró?

—Toda ruptura produce una herida.

No, por Dios. Otra retahíla cursi, no.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Que, por bien que intentemos llevarla, siempre queda un poso de amargura. Pero si lo que me pregunta es si le deseo mal a Alberto, mi respuesta es no.

Cuando, casi hora y media después, Flavio Patricio, o José Luis Taboada Pérez, abandona la comisaría tras haber formalizado una declaración escrita

mucho más sucinta que nuestra conversación, de haber formado un cuerpo de escritura y de haber permitido que le tomásemos las huellas dactilares, me deja el aroma de su perfume caro, una sensación notable de fracaso, de haber perdido el tiempo, y unos deseos tremendos de entregar placa y pistola.

«¿Qué coño hago yo metido en estos berenjenales?», me pregunto cuando regreso a mi despacho.

Cago en la puta.

De camino hacia mi cubículo veo a la agente Sanmartín, que está despidiendo a una pareja de sudamericanos que supongo son el matrimonio peruano que sirve en el chalé de Somosaguas de Conesa. Sudamérica se ha convertido en una inmensa agencia de contratación de servicio doméstico para los europeos. Por el gesto que me hace Raquel Sanmartín con cejas y hombros, interpreto que no ha sacado nada de interés de sus interrogatorios. Los dos pobres peruanos se van de comisaría con caras de haber escapado a un accidente aéreo. Me apuesto la única muela sana que me queda a que no tienen papeles, pero eso es algo que ahora mismo nos importa un bledo.

Ya en mi cubículo, abro la ventana, me apoyo en el alféizar y enciendo un cigarro. Es el primero desde hace casi dos horas y siento cómo el humo recorre cada uno de los intersticios de mis bronquios. Afuera, la mañana avanza hacia un mediodía cálido y esponjoso. Entre calada y calada repaso las palabras del cantante hasta convencerme de que Flavio Patricio, o como coño se llame, nada tiene que ver con las amenazas recibidas por el presentador Conesa. Ese tío, a pesar de su apariencia, no tiene redaños para amenazar ni a un leproso. Además están esas palabras suyas, más dulces que acostarse con María Fontaneda; esas palabras utilizadas para describir a su antiguo novio como una persona maravillosa, como un tipo inteligentísimo, y fue entonces cuando me dieron ganas de decirle que ese tipo tan inteligentísimo no sabía ni quién era Némesis.

—Y le aseguro —había concluido el cantante su panegírico de Conesa— que debajo de esa apariencia suya hay una buena persona. Una persona decente de verdad. ¿Sabe usted lo que ocurre, sin embargo?... Que la televisión te obliga a vender una imagen determinada, una imagen que realmente no es la tuya sino la que el público quiere de ti, la que la gente te demanda o la que te obliga a adoptar el programa de que se trate, y que esa imagen hay que dejarla atrás en cuanto se sale del plató si no quieres que te corroa la vida. Y muchas veces, la única forma que tenemos de dejar atrás el estereotipo es mediante la distancia y la displicencia. Y cuesta entonces una enormidad dejar que los demás se

acerquen a ti, porque es casi imposible saber quién se acerca por interés y quién por razones nobles. Y de ahí a que la gente piense que eres lo que realmente no eres media solamente un paso.

Todo un filósofo, el angelito.

Con lo bien que estaría yo ahora pescando barbos.

Miércoles, 15 de junio de 2016

Los estudios desde donde se emite el programa *La Comunidad* de la cadena televisiva La Décima, y donde esta emisora tiene su sede, se ubican en un polígono industrial del extrarradio de Madrid. Hasta allí partimos poco después de las doce de la mañana.

Raquel Sanmartín ronda los treinta años y lleva poco más de dos en Pozuelo. Tiene una cara que recuerda a la de una modelo brasileña y una anatomía capaz de poner en duda las inclinaciones del mismísimo Flavio Patricio (en la que destacan una piernas que son dos columnas dóricas), pero sobre todo tiene un cerebro privilegiado que le va a permitir hacer una carrera fulgurante en el Cuerpo. Creo que es licenciada en Económicas, no sé si con doble titulación con Derecho, no estoy muy seguro, porque no la conozco mucho, luego se lo preguntaré si se tercia. Y es por eso que la elegí, no por sus columnas dóricas, no me sean malpensados.

Dedico los primeros minutos del trayecto hasta Madrid a comentarle a Sanmartín los pormenores del caso —los que no conoce— y la declaración del exnovio de Conesa. Ella, por su parte, me resume los interrogatorios de los peruanos y la declaración del actual novio, Miguel José Higuera, el antiguo jugador de baloncesto, otro tiarrón como un campanario, declaración que yo ya había leído y que poco de interés nos ha deparado. Y, aunque no dice ni mu al respecto, puedo ver en los ojos de la agente que no acaba de comprender tanto desperdicio. Viajamos ambos —yo al volante, y conduciendo con extrema atención al tráfico, que a esas horas es un pandemónium— en un BMW serie 5 cautelarmente decomisado en la lucha contra el narcotráfico. Desde hace unos años, y gracias a una de las pocas iniciativas legislativas loables habidas en los últimos tiempos en este país de chiste, se nos permite usar los coches incautados a los narcos mientras los procedimientos judiciales envejecen en los armarios de los juzgados.

—Raquel... ¿Puedo llamarte Raquel? —le pregunto mientras hago la rotonda para tomar la salida de la vaguada del cerro de los Gamos.

—Pues claro que sí, jefe —asiente ella; su voz es más madura que su

aspecto, que es muy juvenil, y muy seria—. Como usted quiera.

—Puedes llamarme Florencio —le sugiero yo. Florencio. Vaya mierda—. Y tutéame, por favor.

—Uf, no sé... Prefiero llamarle jefe, si no le importa. Lo de Florencio se me hace cuesta arriba, jefe.

La comprendo. A mí también se me haría cuesta arriba. Y también puede ser que la muchacha no quiera más cercanías de las precisas. Lo cual de igual modo, por supuesto, comprendo.

—Está bien, claro —digo, quitándole importancia al tema—. Oye, he pensado que lleves tú el peso del interrogatorio con los tertulianos, si es que a lo que vamos a hacer se le puede llamar interrogatorio.

—¿Yo? —pregunta, extrañada. Y se gira levemente en el asiento de piel clara. Y al hacerlo, el bulto de su pecho izquierdo despunta bajo la tela veraniega de su modosa chaqueta. Tengo que recordarme que la he elegido por su cerebro y no por sus turgencias, cago en la puta. Y apartar la vista y fijarla en la carretera, que nos vamos a matar. La salida 45 de la M-40 está, como siempre, colapsada y cualquier descuido puede acabar en percance.

—Sí, tú. ¿Crees que serás capaz? —Pregunta idiota: por supuesto que lo es—. Prefiero dedicarme a observar y tomar notas, aunque intervendré cada vez que sea necesario. Como bien sabes, los gestos, las miradas, los ademanes de la gente suelen ser más reveladores que las palabras. Y si tengo que estar pensando en preguntas y respuestas, voy a perderme esos gestos y esas miradas. ¿Te parece? Yo hago las presentaciones, digo dos o tres generalidades a modo de prolegómenos y te dejo a ti.

Evidentemente, no le cuento la verdad: que voy al encuentro con los compañeros de Conesa —he visto que en el programa los llaman «colaboradores», y digo yo que efectivamente colaboran, pero al fin de la especie— como quien va al matadero; que tengo tantas ganas de hablar con ellos como de acostarme con Falete —que vaya par que haríamos, Virgen Santa— y que si soy yo quien tiene que llevar el peso de las conversaciones corro el peligro de ser detenido u hospitalizado. Esta madrugada, insomne desde poco después de las cuatro, he visto en Internet un par de tertulias de *La Comunidad* —en una de ellas intervenía el tal Falete, de ahí la reminiscencia— que me han servido para hacerme una idea de lo que me voy a encontrar y para multiplicar mi producción de ácido gástrico.

Pasamos el resto del trayecto comentando las preguntas que hará Sanmartín a los colaboradores de Conesa, el tono de su interrogatorio y lo que esperamos

de éste. Que es bien poco, la verdad.

—Es la primera vez que veo un interrogatorio conjunto, jefe —me dice la agente cuando ya nos adentramos en el polígono industrial que buscamos.

—Y la última, posiblemente. Pero creo que en esta ocasión no tenemos tiempo para hacerlo de forma individual. Y como te he dicho, no espero mucho de esta gente.

Los estudios de La Décima están situados en un ciclópeo y funcional edificio pintado de blanco y con relucientes ventanas metálicas. Hay a la entrada del enorme aparcamiento una garita con la barrera bajada que nos obliga a detenernos. Le indico a Sanmartín que exhiba la placa al segurata aburrido que habita la caseta como un caracol su concha, a pesar de lo cual el buen hombre no levanta la barrera, sino que gesticula con cara de estúpido sin darse cuenta de que a través de los cristales cerrados no podemos oírle. Lo hace, lo de levantar la barrera, porque de gesticular no deja, al tercer bocinazo y cuando advierte que estoy a punto de bajarme del BMW pistola en mano, y reparo que enseguida se cuelga del teléfono, como si estuviera dando cuenta de una invasión de almorávides.

Aparco el coche en el primer lugar que encuentro, nos bajamos para encontrarnos con un sol de justicia, traspasamos la puerta acristalada del edificio, penetramos en su vestíbulo y nos topamos con un arco de rayos equis y otros dos seguratas, calvos los dos y muy musculados, tipo Vin Diesel. El de *The Fast and the Furious*, que vaya mierda de película, por cierto.

—Policía —me anuncio, con el tono de voz que, de ser preciso, usaré para decirles que por el aparatito de rayos equis va a pasar su puta madre.

—Sí, les estábamos esperando, señores. Buenas tardes. ¿Me deja ver su identificación, señor? —me pregunta el más alto.

—Claro, hijo —digo, enseñándole la placa. Observo que el segundo segurata, el más bajito, a pesar de lo cual casi me iguala en estatura y mido metro noventa, no le quita ojo a la agente Sanmartín.

—Ella —dice, señalando a Raquel—, la señora, ¿viene con usted?

—No, sabe andar y viene sola. Pero es policía, como yo. ¿Algún problema, machotes?

—Ninguno, señor. Pueden ustedes pasar. Por aquí —indica, señalando el lado izquierdo del arco de seguridad. En el fondo he de reconocer que, a pesar de su aspecto de levantadores de piedras vascos, son chicos majos, educados. La relación de los polis con los seguratas suele ser ambivalente como un retruécano: por un lado les profesamos aprecio pues suelen ser colaboradores

y serviciales; y, por otro, rechazo, pues nos recuerdan que al menor desliz podemos acabar como ellos, vestidos de músico y con sueldo de ochocientos pavos al mes, trienios aparte—. Tenían ustedes cita, ¿verdad?

—Con... a ver... —Saco mi pequeña libreta y consulto mis notas—. Don Remigio Angulo. —Voy a añadir: «Y el resto de la tropa», pero omito la adenda.

Observo que la puerta cristalera que separa el vestíbulo de seguridad con el interior del edificio se abre y que viene hacia nosotros una jovencita con uniforme azul y andares de *topmodel*, es decir, con contoneos equinos. Luce sonrisa luminosa en los labios y llega con la mano tendida, que nos estrecha efusivamente, primero a mí y luego a Sanmartín. Ambas se miran como midiéndose. Se presenta como Begoña no sé qué.

—¿Quieren acompañarme, por favor? —nos invita Begoña no sé qué, y con un amplio movimiento del brazo diestro nos indica el camino y recomienza el trote.

Nos conduce a una sala de espera amplia y vacía, y nos anima a tomar asiento, nos pregunta si queremos café, agua, un refresco o lo que deseemos. Resulta que no queremos nada y la jovencita parece entristecerse y se retira con sus andares hípicas. Aguardamos en silencio, contemplando la pantalla de plasma en la que en esos momentos se emite un programa de debates políticos titulado *La Décima Magazine*. El sonido de la tele está al mínimo y apenas nos llega un murmullo indistinguible.

—¿Le importa? —me pregunta Sanmartín, acercándose a la mesa para coger el mando a distancia y subir el volumen. Niego con la cabeza aunque me refugio en mi libretita y en mis anotaciones.

Sin embargo, en cuanto la agente da volumen al aparato, levanto la vista con un sobresalto. La pantalla está por completo ocupada por el busto de una individua con el cabello revolucionado, ojos como los de un gladiador romano a punto de asestar el golpe de gracia al contrincante caído y una voz estridente y desagradable como la del animador de tómbola de feria anunciando el perrito piloto. Por un momento me retrepo en el asiento, como temiendo que puedan alcanzarme gotas de su saliva a través del monitor. Leo su nombre en los subtítulos que de pronto aparecen en la pantalla: Carla Palafox, periodista. Y de inmediato compadezco a su esposo. O a su esposa, que a estas alturas cualquiera sabe. O a quien coño conviva con ella. Le presto atención durante unos instantes y enseguida, oyéndola y pensando en su esposo, esposa o quien coño viva con ella y en el suplicio que les ha de suponer la convivencia con

esa energúmena, dudo de mis motivos para quejarme de la vida. Concluyo que son insignificantes.

—¡Esto es un escándalo, Flora! —está diciendo, bramando, la individua. Flora debe de ser la conductora del programa, cuyo rostro, que tiene un gesto de felicidad, como si estuviera disfrutando en la algazara, aparece de pronto en un recuadro en el ángulo superior derecho de la pantalla—. ¡¡¡Dimisión!!! ¡¡¡Dimisión!!! ¡¡¡Dimisión!!! —En estos instantes su voz ya no es la del animador de tómbola del perrito piloto, sino la de un *Oberstgruppenführer* de las SS recibiendo un vagón de judíos en el campo de Auschwitz.— ¡Eso es lo que tienen que hacer todos esos sinvergüenzas! ¡¡¡Irse!!! ¡¡¡Dimitir!!! ¡España no se merece políticos como los que nos gobiernan! ¡¿Es que no oyen la voz de la calle?! ¡¿Es que no ven que nadie los quiere?! ¡Entonces, ¿por qué no se van, Flora, por Dios!? ¡¡¡¿Por qué no se van?!!!

—Pues para no quererlos nadie, han sacado un porrón de votos, Carla —argumenta un individuo escuchimizado de voz profunda, sonrisa cínica y aspecto de actor de reparto de *Crónicas de un pueblo*.

—¡¡¡El miedo de la gente, que prostituye la democracia!!! —grita de nuevo la loca histérica—. ¡¡¡O la maldita inconsciencia de quien no se piensa el voto!!!

—Quita eso, por Dios, Raquel —le suplico a Sanmartín—. No sé cómo la gente puede aguantar estas cosas. Y casi a la hora de comer, joder. ¿No se les indigesta el cocido?

En el mismo instante en que la agente se dispone a bajar el volumen del aparato, se abren las puertas de la sala. Espero encontrarme en el hueco a Remigio Angulo, el director de la tertulia, con quien hemos quedado, pero, para mi desolación, quien aparece es Leopoldo López-Samper. Y De la Encomienda por mamá. El leguleyo. Vuelven a asaltarme ideas suicidas.

—Inspector Patón —irrumpe en la sala con la mano extendida y sonrisa dentífrica; se parece más que nunca al de *Breaking Bad*—, es un placer volver a saludarle. ¿Cómo se encuentra usted? ¿Y usted es la agente...?

—¿Y usted qué carajo hace aquí? —le espeto. Les juro que el exabrupto me ha salido sin pensarlo.

—Soy el abogado externo de la cadena —aduce López-Samper, calmado, la sonrisa intacta en sus labios, indiferente a mi grosería como un bacilo virulento a los menjunjes de un herbolario—. Será un placer estar presente en la reunión. Es la costumbre, inspector, en garantía de que todo transcurra como es debido. Además, mi presencia hará que los colaboradores estén más tranquilos y todo discurra mejor. Espero que no tenga objeciones. —Se gira

sin darme derecho a réplica y, al hacerlo, su perfume de doscientos euros los cincuenta mililitros atufa la sala—. La agente Sanmartín, ¿verdad? Es un placer.

—Me alegro de verle de nuevo —corresponde Raquel Sanmartín, que estrecha su mano. Pienso que el picapleitos retiene la de la agente entre las suyas un segundo más de lo debido. «Date por follada».

—¿Quieren seguirme, por favor? Están todos esperándoles.

La azafata Begoña no sé qué nos invita a introducirnos en un ascensor enorme y aséptico como los de los hospitales. Subimos en silencio hasta la sexta planta y salimos a un pasillo muy ancho y muy largo donde, sin embargo, apenas si se divisan cinco o seis puertas. Conjeturo que debemos de estar en la planta noble del edificio.

—Por aquí, por favor —nos indica López-Samper abriendo una puerta—, si son tan amables.

Entramos en la sala, que más que sala es salón. Luce una decoración elegante y escasa: cinco o seis cuadros grandes en tonos sepias, un sofá con dos sillones y una mesa baja en el fondo de la estancia. Y, presidiéndola, una gigantesca mesa de juntas en madera noble. Alrededor de la mesa cuento rápidamente trece individuos. E individuos, que no se diga. Como no soy nada supersticioso, no hago caso al mal agüero. En un lado, el más cercano al ventanal, se sientan cinco personas, solo a una de las cuales conozco: a Alberto Luis Conesa, el que ha propiciado nuestra presencia aquí y hoy con su malhadada denuncia. Y hay un asiento libre que supongo que es el del leguleyo. Al otro lado de la mesa, siete de los colaboradores de *La Comunidad*, a quienes identifico por los programas que esta madrugada insomne he visto en Internet.

Al verlos, me sorprendo. La verdad es que pensaba encontrarme con un coro de grillos y me doy de bruces con un claustro de profesores de colegio del Opus. Todos taciturnos, modositos, muy lejos de la imagen descerebrada que muestran en el programa, vestidos recatadamente y guardando un silencio respetuoso. Por un instante me temo que vayamos a comenzar la reunión rezando un padrenuestro.

El picapleitos nos invita a tomar asiento a la cabecera de la mesa, donde caben holgadamente dos sillones extremadamente cómodos, y luego ocupa el asiento que estaba libre a mi derecha.

—Pues bueno, señores, cuando ustedes quieran —principia López-Samper, que parece hallarse a sus anchas en su papel de maestro de ceremonias—. Es

la una y cinco de la tarde y espero que podamos concluir antes de las dos. Como sabe usted, inspector, el programa comienza a las cuatro y poco, y antes es precisa una hora para maquillaje, dar los últimos repasos a la escaleta y demás. Y estos señores —dice, señalando con un gesto lánguido de la mano a los colaboradores— ni siquiera han almorzado.

Me presento, presento a la agente Sanmartín, les explico la conveniencia de este interrogatorio conjunto, aunque haciéndoles ver que, de ser necesario, llevaremos a cabo declaraciones individuales en comisaría, y le pido a cada uno que se presente, para tomar nota de sus filiaciones. Esta palabra, filiaciones, me encanta: suena a detención y calabozo. Y un par de los colaboradores parpadea rápidamente al oírla. Me recuerdo que tengo que comprobar sus antecedentes: no me extrañaría ni tanto así que más de uno haya tenido que posar de frente y de perfil para el fotógrafo policial.

Es López-Samper quien presenta uno por uno a los asistentes. Comienza por él mismo, con un chistecillo ante el cual permanezco impertérrito. Porque odio los chistes, y más en labios de un abogado, que no tienen motivo ninguno para ser graciosos. De las cinco personas que se sientan a su lado, dos son letrados de su despacho; otra es Conesa; otra es la directora del departamento jurídico interno de la cadena, y la quinta es Remigio Angulo, el director de *La Comunidad*. Es éste un individuo con cara de comadreja y ojillos miopes que nos mira como decidiendo el encuadre.

Luego pasa a presentarnos a los siete colaboradores. Comienza por la mujer que tiene sentada frente a sí. La conozco, la he contemplado en los programas que he visto esta madrugada de vigilia. Es una mujer madura, que me contempla con brillo de cierto interés en los ojos, guapa a pesar de la edad, y de buenas carnes.

Se llama...

A pesar de todo, he de consultar mis notas.

Sí. Aquí está.

Es Marieta Ayuso.

Miércoles, 15 de junio de 2016

La sede de *Al filo de la noticia*, el diario digital fundado por Ignacio Feliú, del que también es su director, se halla en la segunda planta de un edificio cercano al Bernabéu. El mobiliario del despacho de Feliú, que ocupa lo que era uno de los dormitorios del piso —en el salón se ubican los doce redactores del diario, tres de ellos en prácticas—, habla bien a las claras de la precariedad de la empresa: la mesa es un antiguo escritorio de estilo rococó que Feliú heredó de su padre y en el que nunca se había sentido cómodo, a juego con el sillón en el que se aposenta. El resto de los muebles, en cambio, desde los confidentes hasta el pequeño sofá que descansa sobre la pared opuesta, son baratos y funcionales, creando un contraste perturbador. Sólo el portátil y el televisor de plasma de cuarenta y dos pulgadas, que está encendido pero sin volumen, son de última generación.

Feliú se encuentra en estos precisos instantes hablando por teléfono, y la piel del canto de su mano diestra, blanca por la fuerza con que agarra el auricular, indica que se encuentra manteniendo una conversación trascendente.

—Bueno, pues tú mismo, Severino —se le oye decir, y en su voz se concentra toda la tensión que agarrota su cuerpo—. Eres subsecretario del Ministerio, y si tú no puedes hacerlo, ya me dirás quién coño puede. —Respira con fuerza intentando calmarse. Cierra los ojos mientras escucha a su interlocutor al otro lado de la línea—. Sí, sí, lo entiendo. Estáis en funciones y lo que tú quieras. Pero estamos hablando de una subvención de cien mil euros, joder. ¡De cien mil putos euros! ¡De cien mil miserables putos euros! Que además me apalabrateis antes de las elecciones de diciembre. Y estamos en junio y seguimos igual, joder, Severino... ¡Sí, sí, que lo entiendo, coño, pero es que el que tiene que pagar las nóminas soy yo, y el crédito de quinientos mil euros que le pedimos al Popular con mi garantía personal, del que ya tenemos dos cuotas atrasadas, y la renta de este piso de mierda, y el *leasing* de los equipos, y...!

—...

—De acuerdo, sí, me calmo, ya me calmo... Sí, ya te he dicho que lo

entiendo, y paciencia es lo que no me falta, pero llega un momento, Severino, en que hasta al santo Job se le agota la paciencia... Sí, sí, pero ¿qué hago?, dímelo tú. ¿Le pido también paciencia al banco y a la financiera? ¿Y a mis empleados, que tienen que pagar sus hipotecas e ir al súper? ¿Qué coño hago, Severino?... Vale, vale... Vale, joder. Está bien. Confío en tu palabra, por supuesto. ¿Cuándo quieres que te llame?... Sí, claro, por supuesto, antes del 26, que son las elecciones, claro está... Pero ponte las pilas, por Dios. Y habla con ese interventor de mierda y que deje de poner pegadas de una puta vez... De acuerdo... Hasta entonces. Un abrazo.

Cuelga el auricular despacio, refrenando la violencia que le recorre la piel como una corriente eléctrica. Pulsa el ratón de su Mac para activar la pantalla y recupera la web que antes de la llamada telefónica al subsecretario estaba examinando. Es el *ranking* de General News de comScore, donde aparecen los medios digitales más visitados y con mayor audiencia. Va deslizado el cursor, con desencanto creciente, por los nombres que aparecen en la pantalla: *Elpaís.com*, *Elmundo.es*, *ABC.es*, *LaVanguardia.com*, *20minutos.es*, *ElConfidencial.com*, *HuffintonPost.es*, *Eldiario.es*... Hasta el recién creado *Okdiario.es* de Inda aparece en la posición decimocuarta. Suelta el ratón con violencia cuando se cerciora de que, una vez más, *Al filo de la noticia* no aparece en el comScore del pasado mes de mayo.

Clica en una de las pestañas y recupera el artículo que estaba escribiendo y que habrá de ser el editorial de la edición de hoy. Lo ha titulado «Suicidio socialista». Pero, más allá del título, la página permanece en blanco como un paraje nevado. Intenta concentrarse, pero las palabras se arrinconan en cuanto se les acerca. Como si lo rehuyeran. Escribe, con tremendo esfuerzo, un par de líneas que lee y de un manotazo borra. Aparta de sí el portátil y está a punto de hacerlo caer de la mesa rococó. Coge el móvil, busca en la lista de contactos y pulsa sobre el nombre de uno de los portavoces parlamentarios del partido político que sustenta al gobierno aún en funciones.

—¿Juan Manuel?... Sí, soy yo. Ignacio Feliú. ¿Puedes hablar?... Sí, será sólo un minuto... Gracias. Pues mira, que he llamado al subsecretario, a Severino Rosales, como me indicaste, y todavía no hay nada, ¿te lo puedes creer?... Sí, sí, muy educado, muy atento, pero nada, Juanma, nada, joder... Una mierda de burócrata, como todos a quienes tenéis en los ministerios. Lento como el caballo del malo... Al parecer, un problema de la Intervención o yo qué sé, me pierdo en esas cosas... ¡No, joder, no me hables también tú de paciencia! ¡Paciencia la que tuve yo cuando me pedisteis que escribiera y

hablara de Venezuela, ¿recuerdas?, sabiendo que todas las hostias me las iba a llevar yo! ¡O cuando me pediste que pusiera a caer de un burro a Esperanza! ¡O cuando la guerra de los barones del PSOE! ¡Siempre he estado ahí cuando me lo habéis pedido, coño! Y ahora, ¿qué es lo que os pido yo a vosotros? ¡Pues una mierda de subvención de cien mil euros! ¡Cien mil euros, Juanma, joder! ¡Cien mil euros que ya le habéis dado, y multiplicados, a Pedro Jota, a Eduardo, al cabrón de Federico, a Escolar y al sursuncorda! ¡A todo el mundo! ¡Menos a mí, joder, que soy de los vuestros!... Sí, sí, ya... ¡Pero esos doscientos mil euros fueron el año pasado, Juanma, y ahora estamos en un nuevo año, y ya han pasado seis meses del nuevo año, y como esto siga así no llego al nuevo año, ¿me entiendes, Juanma, me entiendes? ¡No llego al nuevo año! ¡Y ni al otoño, si me apuras!... Está bien, está bien... Sí, sí, ya me calmo, de acuerdo, disculpa... Espero tu llamada... Perdóname, pero es que llevo un día de cojones... Sí, hecho. Hasta entonces. No me lo dejes... Un abrazo.

Apaga el móvil y clica de nuevo con el ratón en la pestaña donde la página de su editorial titila con el blancor de una tumba. La cierra y entra otra vez en la red, primero en la web de Zenith Vigía, que predice un aumento superior al ocho por ciento en inversión publicitaria en los medios digitales, y luego en Infoadex, que lo aumenta hasta más del once por ciento para el próximo año. Rebusca después entre los papeles que atestan su mesa el informe que le han enviado desde la asesoría fiscal de la empresa, y, cuando lo encuentra y lo lee, vuelve a encontrarse con esa realidad demoledora: los números del primer semestre componen un panorama desolador. Hace un gurrúño con el documento y lo arroja a la papelera. Por supuesto, no acierta y el papel rueda por el suelo y queda junto a la cortina de uno de los ventanales.

Clava la mirada en la pantalla del televisor y espeta un «¡Putá bruja!» cuando ve el rostro contraído de Carla Palafox mientras un rótulo se desliza por la parte inferior de la imagen: «Señalado para octubre el juicio de la Gurtel». Se lamenta de no intervenir hoy en la tertulia de *La Décima Magazine* y no tener la oportunidad de darle su merecido a esa roja zarrapastrosa. Busca el mando a distancia y sube el volumen de la televisión, y la voz estentórea de Palafox expugna el despacho de Feliú. Hoy, un día más, dogmatiza sobre la corrupción del partido del Gobierno.

Incapaz de soportar la diatriba, apaga la televisión, se levanta, se acerca a la ventana, la abre y enciende un cigarrillo. La brisa cálida del mediodía de junio no consigue menguar su sensación de impotencia.

—¿Se puede, Ignacio?

Es la voz de Carmen, la secretaria de dirección de *Al filo de la noticia*. Secretaria de dirección, archivera, contable, telefonista y lo que se tercié, pues ella es la única administrativa de la empresa.

—¿Qué pasa, Carmen?

La secretaria entra en el despacho. Es una mujer todavía de buen ver que hace ya tiempo entró en la cuarentena. Va cargada con una bandeja metálica de rejilla donde se amontonan sobres, circulares y algún que otro paquete de mensajería que deja sobre la mesa del director.

—El correo, Ignacio. ¿Necesitas algo?

—Cien mil euros. Y para antes de ayer.

—No desesperes. Sabes que al final todo se soluciona. Y deberías dejar de fumar.

—Prefiero que me mate el tabaco antes que este maldito periódico.

—Bicho malo nunca muere, jefe.

La secretaria abandona el despacho e Ignacio Feliú apura el cigarrillo contemplando Madrid. De un papirotazo lanza la colilla por la ventana y la cierra a continuación.

Regresa a la mesa, comprueba los *emails* e inspecciona después el correo. Hace a un lado las cartas de bancos y financieras, revisa los remitentes de los paquetes de mensajería y un pequeño sobre de papel grueso con su nombre y dirección escritos a mano en letras mayúsculas llama su atención. Rasga el sobre con el abrecartas y extrae de su interior un folio blanco escrito igualmente en mayúsculas. Siente una extraña aprensión que le provoca un latido en la sien. No está el día para más malas noticias. Y lee:

QUERIDO IGNACIO: HASTA HACE JUSTAMENTE DIECIOCHO MESES, UNO DE MIS MAYORES PLACERES DIARIOS ERA LEER TU COLUMNA EN *ABC*. Y LAMENTÉ TU DESPIDO, QUE FUE INJUSTO Y ARBITRARIO. ERAS LA PLUMA ELEGANTE Y LA VOZ SENSATA EN LA SELVA IRRACIONAL EN QUE SE HA CONVERTIDO EL PERIODISMO EN NUESTRO PAÍS.

SEGUÍ, PUES, CON INTERÉS, TU NUEVA AVENTURA PERIODÍSTICA: *AL FILO DE LA NOTICIA*. UN MEDIO DIGITAL QUE ANUNCIASTE A BOMBO Y PLATILLO COMO INDEPENDIENTE, NEUTRAL Y DEFENSOR DE LA CULTURA Y DE LA LIBERTAD. Y TAMBIÉN TUS APARICIONES TELEVISIVAS, QUE SUPUSE IBAN A CONTRIBUIR A DAR UN TINTE DE CORDURA AL BUCLE DE DESATINOS EN QUE SE HA CONVERTIDO LA TELEVISIÓN.

TE HAS CONVERTIDO, SIN EMBARGO, EN UNO MÁS DE ELLOS. LA OBJETIVIDAD DE TU PLUMA HA SIDO SUSTITUIDA POR LA PRETENDIDA AGUDEZA DE TU LENGUA, QUE NO DEJA DE SER UNA CULEBRAMÁS EN EL TERRARIO.

YA TU VIRTUD NO VISTE A TU DEPRAVACIÓN.
¿NO TE PARECE QUE ES EL MOMENTO DE QUE TODOS CONOZCAN QUIÉN ERES
EN REALIDAD?
SÉ TU SECRETO Y QUIERO QUE TODOS TUS TELESPECTADORES, TUS LECTORES,
TUS SEGUIDORES... TAMBIÉN LO CONOZCAN.
DISPONES DE POCO TIEMPO PARA CONTARLO EN ANTENA CON PELOS Y
SEÑALES Y PARA CONFESARLO EN *AL FILO DE LA NOTICIA*. EN PRIMERA PÁGINA.
Y EN TU TERTULIA TELEVISIVA, POR SUPUESTO.
SI NO, MORIRÁS.
RAMNUSIA.

Permanece al menos dos minutos contemplando el anónimo, observándolo
como si fuera un mortero a punto de hacer explosión.

Luego se acerca de nuevo a la ventana y enciende otro pitillo con dedos
temblorosos.

«¿Qué más cosas me pueden ocurrir?», se pregunta, y está a punto de
atragantarse con el humo. «¿Qué más me puede salir mal?».

Se acuerda de Murphy, de la entropía, de su ley empírica y de su puta madre.
Y se queda parado ante la ventana de su despacho hasta que la brasa del
cigarrillo le quema los dedos de sus manos perfectamente cuidadas.

Miércoles, 15 de junio de 2016

Es Marieta Ayuso... La primera de los siete colaboradores que nos presenta el letrado López-Samper. Morena, de ojos grandes y tal vez tristes, lleva con galanura su paso por la cincuentena, paso que ya emprendió hace por lo menos un lustro, si no más. Aunque realmente tampoco podría afirmarlo tajantemente —igual tiene cuarenta, o sesenta, o...—, porque no soy yo muy bueno en eso de calcular la edad de las mujeres. Bueno, la realidad es que no soy bueno en nada relacionado con las mujeres. Sí soy bueno, en cambio, en distinguir emociones y estados de ánimo, y diría que el de Marieta Ayuso es de... preocupación, de cierta zozobra. Tomo algunas notas en mi libreta mientras el abogado López-Samper habla de que es periodista de formación y que lleva varios años colaborando en *La Comunidad*. Cuando levanto los ojos del cuadernillo observo que la mujer me mira fijamente, y diría que lo hace con cierto interés. Concluyo de inmediato en que es un interés meramente profesional, o la vis atractiva del cargo o de la placa, pues soy plenamente consciente de mi aspecto de búfalo desatendido durante los últimos meses por su cuidador del zoo. Alguien, lamentablemente, en quien nunca una mujer como ella se fijaría.

La voz engolada del picapleitos habla ahora del individuo que se sienta al lado de Marieta Ayuso. Lo presenta como Constantino Guillén, aunque aclara que todos lo conocen como Tino. Detecto entre él y Marieta Ayuso, que lo contempla mientras el letrado se deshace en elogios acerca de su «imán televisivo», cierta complicidad, cierta empatía. El tal Tino, un armario ropero de pelambreira rebelde, me saluda levemente con un gesto de cabeza mientras columpia en sus labios extraordinariamente gruesos una sonrisa displicente. Frunzo el entrecejo, chasco inaudiblemente los labios y bajo la mirada al cuaderno: me digo para mí que con un poco de suerte ya habrá oportunidad de que el columpio se estropee y que esa sonrisa se pegue una hostia del carajo.

La siguiente que nos presenta el letrado es una mujercita de blonda cabellera que mordisquea un bolígrafo caro mientras López-Samper anuncia que es Cristina Aguirre. Sería la pareja ideal de Tyrion Lannister en la nueva

temporada de *Juego de tronos*. Se mantiene muy erguida en su silla, como si el envaramiento pudiera conseguir que su escaso metro y medio de altura pase desapercibido. No se da cuenta de que su tiesura exagerada acentúa su aspecto liliputiense. Observo que sólo me mira de refilón y que después clava la vista en el abogado, quien ahora se deshace en elogios acerca de su carácter y popularidad. A mí me trae a la cabeza un recuerdo de mi infancia: el de la *majorette* desfilando en el espectáculo del bombero torero.

Tras la presentación de la Aguirre, la voz del letrado habla de Lucía Crespí, una individua con cuerpo de diosa y ojos bobalicones; de Juanma del Salto, un tipo que lucha de forma denodada contra la alopecia peinándose a lo Julio César y cuyo gesto de suficiencia hace que me entren unas ganas locas de practicarle una traqueotomía allí mismo y sin anestesia; Olivia Maestre, a quien debieran inyectarle en vena un plato de callos con garbanzos a la mayor urgencia, pues corre peligro de desintegrarse, de tan flaca como está; y Luz Campuzano, que, para desentonar, tiene un brillo de inteligencia en sus ojos claros.

Finalmente, presenta a Remigio Angulo, el director de *La Comunidad*, que, no sé por qué, me cae bien de inmediato, aunque me sigue mirando como si estuviera decidiendo cómo doy en pantalla. Su fachada me recuerda al tío de provincias con el que todos los sobrinos desean pasar el fin de semana.

—Estamos todos a su disposición, inspector Patón —dice, sonriente y dispuesto, el leguleyo. Juraría que ha pronunciado mi dichoso apellido con cierta sorna—. Cuando usted quiera.

—Veo que sólo hay siete personas alrededor de esta mesa —repongo—. Siete tertulianos, quiero decir, además del señor Conesa y del señor Angulo, el director. ¿No son diez los que intervienen en el programa?

López-Samper esboza su sonrisa de dientes perfectos.

—Veo que sigue usted *La Comunidad*, inspector. —Hago cuanto puedo para que mis dientes, que no son tan perfectos, no rechinen cuando oigo el comentario y me obligo a permanecer con gesto serio—. Son diez, en efecto. Pero en el programa de hoy sólo está prevista la intervención de estos siete señores. Se van turnando, ¿sabe usted? Para no cansar a la audiencia...

Cansar a la audiencia... Por supuesto.

—¿Quiénes son los tres restantes y cuándo podremos hablar con ellos?

—Fofi León, Lola Hermosilla y Nando Pinteño. Intervienen en el programa de pasado mañana, excepto Nando, que lleva un par de semanas de baja. Así que si quiere usted volver entonces, por nosotros encantados.

—No creo que sea necesario. Si me da usted sus teléfonos, ya nos pondremos en contacto con ellos.

—Eso está hecho. Bea —dice, dirigiéndose a una de sus pasantes o lo que sea—, ¿te importaría anotar esos teléfonos para el inspector Patón? —Nuevo retintín. Se está jugando un cachete. Respiro con fuerza—. Gracias, cariño. Así pues, ¿comenzamos? Ya le he dicho que...

—La presencia del señor Conesa en esta reunión —interrumpo— no es procedente.

—¿Disculpe?

—Que digo que el señor Conesa se las tiene que pirar. Le agradecemos su presencia, por supuesto, pero no procede que el denunciante esté presente en un interrogatorio de posibles sospechosos.

Un runrún de inquietud recorre la sala cuando pronuncio esa palabra: sospechosos. Y a mí me recorre las tripas un regusto de satisfacción. De camino, me suenan perceptiblemente: el búfalo tiene hambre.

—Le puedo garantizar, inspector —aduce el abogado con una mueca de aflicción—, que la presencia de Alberto Luis en esta reunión no va a mermar ni un ápice la sinceridad y franqueza de los colaboradores. En esta casa, en este programa especialmente, inspector Patón, todos somos una familia.

—Pues si son ustedes una familia —replico raudo—, en este caso y en este cónclave yo soy, señor López, el *paterfamilias*, ya ve usted. Y la autoridad del *paterfamilias* no admite objeciones. Así que, si no tiene usted inconveniente, señor Conesa, le agradeceré que nos deje. Gracias por su presencia, de todos modos.

Veo cómo el presentador, con la cara desencajada, mira al abogado, que menea la cabeza y se encoge de hombros como diciendo que no merece la pena entrar en discusiones con un patán zafio como yo. Un patán llamado Patón, je, je, le falta decir, y entonces habría sido cuando con toda seguridad le habría endiñado. Una hostia épica. Pero no lo ha dicho. Y Conesa, sin una palabra y entre un silencio sobrecogido, abandona el salón.

—Bueno, pues si ya está usted contento, podemos empezar cuando quiera —me indica López-Samper.

—Contento estaré cuando sepa quién es el autor de las amenazas que hacen que hoy me encuentre aquí y desatendiendo asuntos de mayor calado, abogado. Raquel, cuando quieras.

La agente Sanmartín me mira durante un segundo y carraspea después. En su mirada veo consternación; parece latir en ella una súplica: «Por favor, deje las

cosas como están, no haga todo esto más difícil». Contempla luego durante otro segundo sus notas, entrelaza ambas manos y se endereza en su asiento. Observo que el futuro traqueotomizado, Juanma del Salto, examina admirativamente su busto. Mi compañera da los detalles precisos de la denuncia formulada por Conesa en la comisaría de Pozuelo, lee el anónimo y deja que un silencio prolongado se haga en el inmenso salón donde nos hallamos. Bien por la chica, me felicito. Sabe lo que se hace. Esos silencios son como el sofrito del buen guiso.

—Comenzaré por usted, señora Ayuso —dice Sanmartín, con esa voz segura suya, rompiendo ese silencio que ha servido para situar a cada cual en su debido lugar—, si le parece. ¿Podría describirme cuál es su relación con el señor Conesa?

Reparo en que Marieta Ayuso intenta disimular la sonrisa que quiere aparecer en sus labios. Y me digo que, aunque hubiese aparecido, habría sido una sonrisa melancólica. Sus ojos rezuman algo parecido a la languidez. Esos ojos que vuelven a mirarme con un interés que me descentra. Rehúyo su mirada —mi proverbial timidez con las mujeres— refugiando la vista en mi cuadernillo, en cuya página garabateada simulo escribir.

—Con Alberto —responde Ayuso, y detecto que su voz también es lánguida — es imposible no llevarse bien. Es un sol.

—¿Su amistad con el señor Conesa trasciende de lo profesional, señora Ayuso?

—Tal vez debiera preguntarme antes si lo que hay entre nosotros es verdaderamente amistad.

—Pues usted misma.

Levanto la mirada y ceso en los garabatos. Y ahí están los ojos de Ayuso que, aunque le habla a Sanmartín, permanecen clavados en mí. Lamento no haberme afeitado esta mañana, mas me digo al fin que, aunque lo hubiese hecho, no por ello habría dejado de tener aspecto de búfalo hambriento. Creo que llevo toda la vida con aspecto de búfalo hambriento. En mi foto de primera comunión hay un cachorro de búfalo hambriento en primer plano rodeado de niños vestidos de marinerito. Me recuerdo que debo quemar la foto en cuestión a la mayor brevedad posible.

—¿Es muy normal esto de interrogar a varias personas a la vez? —pregunta Marieta Ayuso por toda respuesta—. No sé..., me parece raro. A pesar de lo que ha asegurado Leopoldo —y mira entonces al abogado—, no sé cómo quieren ustedes que seamos sinceros si hay otras personas que van a oír lo que

digamos. Y no es que yo confíe mucho en la reserva que las diligencias policiales puedan tener, a la vista de la que está cayendo. Pero... no sé, ya les digo, me parece raro.

Sanmartín, que por un instante ha quedado descolocada ante la argumentación de la periodista, nada insensata por demás, me mira sin saber qué decir.

—Lleva usted toda la razón del mundo, señora mía —intervengo—. Normalmente, haríamos interrogatorios individuales, donde cada cual pueda responder a lo que se le pregunte sin temor ni a influir en las contestaciones de los demás ni a lo que los demás puedan pensar de sus respuestas. Es decir, que habitualmente no solemos montar epifanías como esta. Pero...

Pero... ¿qué?... ¿Qué les digo: que actúo así, de esta forma manifiestamente irregular, bastante necia, por mi prisa en quitármelos de encima cuanto antes y por archivar sin pérdida de tiempo la denuncia de Conesa una vez que, acabado el plazo de la amenaza, nada pase, como espero? ¿O porque no consigo desprenderme de la sensación de estar perdiendo el tiempo? ¿O les hablo de mi palpito, que es una pura contradicción, de que todo va a acabar en desastre?

—Pero ¿qué, inspector? —me insta el abogado López-Samper, que hoy no parece dispuesto a resistir la tentación de escucharse cada dos por tres.

—Pues que, para bien o para mal —improviso—, hemos de resolver esto lo antes posible. Recuerden el breve plazo que el autor del anónimo da para que se cumpla lo que pretende. Habla de un tiempo prudencial. Y por prudencial entendemos inminencia. Por tanto, no tenemos tiempo para interrogatorios individuales. Y ahora, si no tienen inconveniente, continuemos. Señora Ayuso —y vuelvo a fijar la mirada en la periodista, que me la sostiene con ese brillo extraño y lánguido suyo—, creo que estábamos en la cuestión de si entre ustedes existe o no amistad.

Ayuso pasea la vista entre los restantes asistentes a la reunión y la regresa luego a mí. Ahora veo en ella, junto al deje melancólico, algo parecido al desafío.

—No —responde—, mire usted: habitualmente, para que las tertulias de *La Comunidad* funcionen y tengan audiencia, hemos de atacar constantemente a quien se sienta a nuestro lado. Las más de las veces las broncas se nos van de las manos, cuanto más humillemos a nuestro rival más alto será el *share* y mejor nos ganaremos el sueldo, y en ese contexto no es posible la amistad. A mi modo de ver las cosas, al menos. No sé qué opináis vosotros —concluye, aunque sin mirar a ninguno de sus compañeros, ninguno de los cuales

responde. Tino Guillén hace un gesto indescifrable, que igual podría ser de asentimiento que despectivo, con sus labios enormes.

—Así que no es usted amiga del señor Conesa, ¿verdad? —retoma Sanmartín el interrogatorio.

—Tampoco soy su enemiga.

—¿Cómo describiría entonces su relación?

—Profesional, fundamentalmente.

—¿Ha estado alguna vez en su casa? ¿Sabe dónde vive?

—Sí, en Somosaguas. Y sí, he estado un par de veces en su casa. Alguna fiesta de cumpleaños o algo así, creo. Pero no soy amiga de todos aquellos que me invitan a sus fiestas, agente.

—¿Qué me puede usted decir del anónimo que ha recibido?

—Que, haciendo lo que hacemos, es lo menos que podemos esperar.

La respuesta de Ayuso provoca movimientos de disgusto en la sala y una sonrisa en los labios de la pasante llamada Bea, que enseguida esconde. Veo que el picapleitos va a intervenir, pero algo debe de ver en mí, mi gesto fiero a lo mejor, que muda su decisión.

—¿Ha recibido usted un anónimo similar? —pregunta Sanmartín a la tertuliana.

—No he dicho eso, mujer.

—¿Qué tiene cuarenta, o sensenta, o... que hacemos es identificado con lo que hacemos o decimos, y quien en otro momento se pueda sentir ha querido decir, entonces?

—Pues que, en esta profesión, jugamos con la visceralidad de la gente, eso he querido decir. Sacamos lo mejor y lo peor de nosotros mismos y de quienes invitamos al programa y lo ponemos sobre la mesa camilla de los demás, sin ningún tipo de pudor. Y habrá quien en un momento determinado se pueda sentir identificado con lo que hacemos o decimos, y quien en otro momento se pueda sentir ofendido. Porque, no nos equivoquemos, lo que hacemos es arañar en lo más miserable del ser humano. Y cuando uno rasca donde no debiera, igual sale sangre y nos salpica. Por eso digo que recibir un exabrupto de vez en cuando, por correo, por WhatsApp o a modo de artículo de opinión o carta al director, nos va en el sueldo.

Cristina Aguirre, la liliputiense, frunce el ceño y agita su cabellera, que crea a su alrededor un enjambre de insectos dorados. Una sensación de malestar recorre el cónclave.

—¿Ninguno de ustedes —pregunta entonces la agente Sanmartín, que se ha

dado cuenta de la desazón que las palabras de Ayuso han provocado y decide aprovecharla— mantiene relación de verdadera amistad con el señor Conesa?

Enseguida Aguirre toma la voz cantante y, envarándose aún más, disiente de las afirmaciones de su colega y asegura que ella *sí* es amiga de Conesa, que concibe a la amistad como un sentimiento profundo y que eso es precisamente lo que ella siente por el conductor del programa. «Un sentimiento profundo, ¿qué será eso?», anoto en mi bloc. Cuando habla, la Aguirre compone un rictus virulento que hace que su semblante se arrebole y que a mí toda ella me recuerde ahora a Grumpy, el enano gruñón de Blancanieves. Tino Guillén, cuando la diminuta mujer acaba su arenga, interviene para dejar una frase que pretende sea lapidaria:

—Un amigo es alguien que lo conoce todo de ti, y que por eso o pese a eso está a tu lado —asevera, y hace una pequeña pausa, como aguardando una ovación atronadora que no se produce. Tras lo cual prosigue, algo decepcionado—: Y yo no conozco casi nada de la vida de Tito Conesa. Hablo de la vida de verdad y no de lo que se vende o se publica. Sé de sus relaciones sentimentales, pues suelen aparecer en el *cuore*; sé dónde vive y cuáles son sus gustos; sé que le encanta el *gin-tonic* de London Gin y las patatas bravas; que le gusta la ropa de Rosa Bueno y los zapatos de Dr. Martens. Y también he asistido a muchas de sus fiestas. Pero, como Marieta ha dicho, y ha dicho bien, la amistad es algo más. Así que sí, que estoy de acuerdo con ella.

—Entonces, supongo que no sabe usted —intervengo, cruzando la puerta que Guillén me ha abierto— a qué se refiere el anónimo cuando habla de un secreto en la vida del señor Conesa.

—No —responde, demasiado rápido y demasiado sucinto para lo narcisista de su carácter—. No tengo ni idea.

—¿Y ninguno de ustedes tiene idea?

Durante unos segundos se miran unos a otros como dándose la vez. Al final es Olivia Maestre, la anoréxica, quien habla.

—Ninguno de nosotros puede tener secretos, por Dios —su voz suena como el alambre bajo el alicate y sus ojos se llenan de lágrimas. Temo que vaya a echarse a llorar de un momento a otro. Inconscientemente, meto la mano en el bolsillo del pantalón y palpo el pañuelo: como me temía, es un gurrño lleno de mocos secos—. Estamos siempre expuestos, siempre bajo el escrutinio público, tenemos que ser como la mujer del César: no sólo perfectos, sino parecerlo. Y...

Y se calla.

—Y ¿qué?

—Y nada más —concluye, con un pestañeo húmedo.

—¿Ninguno de ustedes sabe, pues, a qué se refiere esa misiva? ¿A qué secreto alude?

Clavo la mirada en Lucía Crespí, la de carnes prietas y ojos bobalicones.

—No —responde la joven, que tampoco lo es tanto. Se menea inquieta en el asiento y el movimiento hace que la camisa se abra unos centímetros dejando a la vista la turgencia de uno de sus pechos. Con mis raquílicas pestañas a duras penas engrillito la mirada para que no vaya por donde no debe, la muy cabrona—. No tengo ni idea.

—Yo tampoco, la verdad es que no —responde Luz Campuzano cuando llevo mi escrutinio hasta ella, instándola a responder. Es la que antes me pareció de brillo inteligente en sus ojos demasiado juntos—. Aunque no estoy nada de acuerdo con Olivia: por muy expuesto que se esté, por muy personaje público que sea una, siempre hay parcelas de nuestra vida que dejamos en sombras. Yo no podría vivir sabiendo que no hay nada en mi vida que no sea exclusivamente mío.

—Bah, chica, no seas ingenua —responde el imbécil de Juanma del Salto. Es de esas personas que tienen la rara habilidad de concitar de inmediato la antipatía de los demás por intrascendente que sea lo que diga. Y que al mismo tiempo estamos deseando que abra la boca para que esa antipatía se acreciente—. Yo apenas puedo salir de casa sin que la gente me atosigue. El sábado, sin ir más lejos, una señora en el híper me chuperreteó mientras me decía que ojalá su hijo fuese como yo. Así, ¿cómo piensas que podemos tener nada de privacidad, cielo?

Para que después digan que la idiocia de la víctima no puede ser un atenuante del asesinato.

Poco a poco, el interrogatorio de Sanmartín se va agotando. Veo que hay miradas a los relojes que denotan impaciencia. Ayuso juega con el paquete de tabaco rubio, que se pasa de una mano a otra. Yo también estoy que me muerdo por un cigarro.

—¿Alguno de ustedes —intervengo— ha recibido un anónimo similar al que ha recibido Conesa?

Se hace el silencio. Observo que los tertulianos se miran unos a otros.

—¿Y bien? —insisto.

Ninguno responde. Todos se limitan a negar con la cabeza. Anoto

despaciosamente en mi libreta. Me viene a la mente la frase del doctor House: «Todo el mundo miente». Mancha de embusteros, cago en la puta.

—Una última cuestión —propongo, cuando acabo de hacer mis anotaciones y apoyando ambos codos sobre la mesa—. He visto algunas de sus tertulias en Internet y me asalta una duda: ¿se llevan ustedes tan mal cómo dan a entender en el programa?

Media hora después damos por finalizado el cónclave. Me llevo una sensación equívoca: los hay tan tontos, o más, de lo que yo pensaba, y los hay que son más vivos y profundos de lo que se podía pensar de quienes, en la tele, se comportan como una tribu de caníbales danzando alrededor de la olla donde se cuece el hombre blanco.

Me llevo también, como una pelusa en la ropa, el peso de la mirada de Marieta Ayuso que, no sé por qué maldita razón, apenas si ha apartado sus ojos de mí en todo el consistorio.

Y poco más me llevo: ni una jodida pista, ni la más mínima sospecha de quién puede estar detrás del maldito anónimo recibido por Alberto Luis Conesa.

Mal rayo lo parta.

Miércoles, 15 de junio de 2016

Ve, grabada en el Ipad, la tertulia de *La Décima Magazine*.

En la cafetería, que aún huele a pan tostado, a café recalentado y a la margarina infame que sirven con el desayuno, la gente, después de un almuerzo igual de infame, apura los últimos minutos de asueto antes de regresar a las trincheras. Mientras con una mano sorbe de su taza de té rojo que, como todo últimamente, le sabe amargo, con el dedo de la otra mano, que desliza sobre la pantalla del Ipad, hace que la grabación avance hasta encontrar lo que busca. Durante los segundos que el vídeo tarda en cargarse de nuevo, distrae el dolor de su estómago abstrayéndose en el círculo blanco y rotatorio, tozudo, que valsa en la pantalla negra del aparato hasta el punto de la hipnosis.

Hasta que de pronto, con un centelleo de colores, el Ipad cobra vida.

Y aparece ella. Carla Palafox. Llenando la pantalla entera. La oye hablar, arengar, aullar, insultar, manipular. Como cada día. Y su voz sigue siendo igual de ruidosa y desaforada.

Por unos instantes siente una desazón que le colapsa los pulmones. Se dice, apretando los dientes, que todo lo que ha hecho, la carta que le ha enviado, la amenaza mortal, no ha servido para nada. Ahí está Carla Palafox, engreída, insultante, estridente. Igual que siempre. Como si las palabras del anónimo que seguro que ya ha leído hubiesen resbalado como agua por la cascada de su soberbia.

Al igual que los otros.

De pronto, Carla, que hasta ese momento ha estado lanzando miradas demoledoras hacia su izquierda, donde se sienta Pablo Mercader, sobre el que sus invectivas recaen como un aguacero, mira directa y fijamente a la cámara con sus ojos de grafito.

Y lo ve.

Tiene que acercarse hasta la cubierta de vidrio de la pantalla del Ipad hasta que nota que la punta de su nariz choca contra el cristal. Pero lo ve.

Una chispa, un fulgor, un relumbro, una pavesa efímera.

Pero ahí está: el miedo.

En los ojos de Carla Palafox.

Aunque sea breve, pequeño, fugaz.

Y, entonces, en el cielo de su boca, donde durante los últimos días (¡los últimos meses!) sólo ha habido un sabor avinagrado, se aposenta el sabor de la victoria. Un sabor que le dulcifica la saliva.

Y se dice que va a ganar, que lo va a conseguir. Que Carla Palafox se va a rendir y va a hacer lo que en el anónimo se le ordena. Que va a confesar. Ahora los millones de espectadores de *La Décima Magazine* van a ser partícipes de su miseria y de su hipocresía. Ahora todos van a saber que Carla Palafox, la adalid de la decencia y los valores, el azote de los perversos y de los corruptos, no es más que un fracaso hecho mujer, no es más que un chasco, no es más que una mentira.

Cuando Flora da a Carla la palabra para la última y breve intervención en la tertulia, vuelve a acercar su rostro hasta el Ipad. Tanto que siente que está a punto de introducirse en el aparato, alcanzar la capa del sensor táctil, la de LCD, sus entrañas mecánicas.

Y espera.

Y oye.

—Nada, Flora, sólo ratificarme en lo que antes he dicho —escucha pontificar a Carla Palafox, con una voz en la que no hay rastro de esa llama de miedo que antes ha visto efímeramente en su mirada. Sus ojos vuelven a ser duros, un carbón impenetrable—. Que este país se merece algo mejor que lo que tenemos. Que todos, tú, yo, nuestros telespectadores, la gente joven que se esfuerza cada día por salir adelante en una nación que le niega la más mínima oportunidad, nos merecemos un cambio en las formas, en los modos y en las estructuras. Que hay que acabar con lo viejo, con lo caduco, y hacer que la esperanza vuelva a renacer. Y en esa lucha, mientras tú y *La Décima* me lo permitan, voy a estar siempre. Nadie, ni con amenazas ni con insultos, va a hacer que mi fuerza decaiga. Porque mi fuerza, Flora, es la fuerza de la verdad.

La verdad.

La palabra queda flotando en el ambiente hediondo de la cafetería como un dron maléfico.

La verdad.

El dolor, aquel dolor acerado que antes le había arañado el esófago, regresa penetrante e intenso. Apura el té rojo intentando calmar el dolor, pero el líquido tibio, lejos de calmarlo, lo enardece.

Siente que la vida se le desmorona como una barraca bajo la tormenta. Y con ella el mensaje que ha querido testar. El mensaje que ha querido obligar a que otros pronuncien. El de la dignidad, el de la decencia, el del decoro, el del respeto.

Esos valores a los que ha entregado su vida, por más que la vida no le haya permitido exteriorizar esa lucha.

Y en ese preciso segundo, respirando entrecortadamente por las ondas del dolor, se ratifica en su propósito.

Va a hacerlo.

Sí. No tiene más salidas.

Va a hacerlo.

Miércoles, 15 de junio de 2016

Para mi sorpresa, la agente Sanmartín ha aceptado tomar un pisco con conmigo al salir del polígono industrial. Hemos encontrado un área de servicio donde hemos parado y en la que nuestra entrada ha levantado la curiosidad de los parroquianos. Uno de ellos me ha mirado como si por las puertas del establecimiento hubiese entrado el Yeti acompañando a Pocahontas. No puedo negar que hacemos una curiosa pareja: ella joven, esbelta, maciza; yo desastrado, mal afeitado, canoso, greñudo —aunque de greñas escasas— y vestido con camisa celeste, cazadora fina y astrosa y un pantalón vaquero por encima de cuya cintura se balancea mi barriga cervecera. O sea: un búfalo y una gacela. Lo dicho.

—Hace ya calor, ¿eh? —comento, más que nada para que no se haga un silencio incómodo, mientras, sentados en una mesa de una esquina del bar, aguardamos a que nos traigan la comanda: una Coca-Cola light y un sándwich vegetal para ella, y una cerveza de tercio que pienso beberme en trago y medio, una ensaladilla de atún y un montadito de manchego y palometa para mí —. ¿No bebes?

—No cuando estoy de servicio —responde, aunque sin reproches en el tono de su voz.

—Hombre, a tomarme una cerveza, o dos, no le llamo yo beber —me defiende de todos modos—. ¿Qué te ha parecido la mesnada?

Ella medita durante un par de segundos.

—Bueno, pues... interesante.

—¿Interesante?

—Sí, creo que sí. Me esperaba... no sé... otra cosa.

—Explícate, anda.

—Pues mire usted. —Ya he renunciado a convencerla de que me llame de tú —. De principio, creí que esa reunión con todos a la vez no iba a servir de nada. Que se iban a sentir coartados por la presencia de los demás y que se iba a mantener cada cual en su caparazón. Después me he dado cuenta, en cuanto oí hablar a Marieta Ayuso, de que no iba a ser así. Porque se trata de

gente acostumbrada a decir lo que piensa sin temor al qué dirán. Ellos no opinan: predicán, pontifican. Dicen lo que les place sin temor a las consecuencias. Y si no los cohibe el saber que lo que dicen va a ser oído y enjuiciado por millones de personas (la mayoría de las cuales, por muy enganchados que estén al bodrio, los suelen poner a caer de un burro) tampoco se iban a refrenar ante nosotros por mucha placa que llevemos y porque estuviesen delante sus compañeros de programa.

—No vas desencaminada, Raquel, estoy completamente de acuerdo contigo.

—Ya les dije que la agente es lista—. Continúa, te lo ruego.

En ese preciso instante llega la camarera trayendo la comida y la bebida.

—Yo no quiero vaso, gracias —digo, atrapando casi al vuelo la cerveza, que está helada, y llevándomela a gollete a los labios. Apuro más de la mitad de su contenido en el primer trago. El búfalo estaba seco. Intento no eructar aunque me cuesta la vida. Debo de haber hecho algún gesto raro con la cara en el intento, pues Sanmartín me mira con cierto escrúpulo—. Vaya trayendo usted otra, por favor.

—Antes de venir leí algo sobre estos programas —prosigue la agente cuando la camarera se aleja y después de mirarme de reojo al ver con cuánta fruición bebo la cerveza; mientras habla, recorta cuidadosamente con los dedos los ribetes negruzcos de la lechuga que sobresalen del sándwich; yo, por mi parte, aprovecho para dar un mordisco al montadito de palometa y me pringo la barbilla como era previsible—. Un pequeño ensayo de no recuerdo quién. Venía a decir que, en las tertulias de la prensa rosa, el tema de fondo siempre es vulgar, y su finalidad es atraer a espectadores anestesiados mediante la frivolidad de hechos que giran alrededor de la vida y milagros de famosos y famosillos. Y añadía que estas personas, los tertulianos del corazón —al contrario que los tertulianos políticos que, además de un salario, persiguen capacidad de influencia y la implantación de sus propias ideas—, sólo tienen dos objetivos, que además confluyen: uno, mantener su estatus y su puesto de trabajo, y para ello no dudan en gritar, criticar, vilipendiar y hasta pegarse si fuera preciso, todo por servir al *show*; y dos, aumentar cada día la cuota de pantalla del programa, que es, además, la mejor forma de conseguir el primer objetivo. Por eso suelen parecerse personas frívolas, exhibicionistas, incultas y groseras.

—Y no lo son tanto...

—Pues ya ve usted, no gana una para sorpresas.

—Así que han hecho que cambie la imagen que tenías de ellos.

—En cierto modo. ¿Y sabe usted cuál es la impresión más fuerte que me llevo al conocerlos?

La camarera regresa en ese instante trayendo mi segunda Mahou y aguardamos a que se marche.

—Dime —invito a mi colega, aprovechando para dar un trago del líquido helado.

—Que hay mucha persona triste entre ellos.

—A ver. Hablas de Marieta Ayuso, supongo. En ella sí que he visto... eso... melancolía, tristeza.

—Y no solamente en ella. ¿No ha sentido usted, mientras los interrogábamos —si es que a lo que hemos hecho le podemos llamar interrogatorio, que no lo sé—, cierto abatimiento en todas esas personas?

Reflexiono durante un segundo mientras me limpio con una servilleta la grasa de la barbilla.

—No lo sé. Quizá no era abatimiento, sino el desconcierto por nuestra presencia allí y por el motivo que nos llevaba. Tal vez ha sido la presencia del abogado en la reunión —bromeo—. Sabiendo que no ha ganado un pleito en su vida, no es como para estar alegre si está uno en sus manos...

—No, en serio —dice, tras una sonrisa sucinta, y sirve la Coca-Cola en el vaso y se lo lleva a los labios. Se limpia después con una servilleta de papel que coge del servilletero de propaganda. El sándwich sigue intacto, como si la operación quirúrgica que ha efectuado sobre la lechuga la hubiese convencido de que el emparedado es incomedible. Yo me he acabado el montadito y ataco ahora la ensaladilla a pesar del sospechoso color de la mayonesa—. Ayuso, que posiblemente sea la mayor de todos, sí es una persona triste, estoy de acuerdo con usted, es como si no le gustara lo que hace. Y creo que ni siquiera se preocupa de ocultarlo. Pero le hablo de Lucía Crespí, de Luz Campuzano, de Olivia Maestre y hasta de Tino Guillén. Por debajo de sus fachadas, de sus disfraces, del papel que cada uno interpreta, sólo he visto hastío, disgusto. Y si me apura, incluso vergüenza. Sí, pienso que, cuando están fuera de su hábitat natural, que es el plató, las cámaras, los focos, el público, es eso lo que sienten: vergüenza.

—Has dejado al margen a Juanma del Salto. A mí me ha parecido un absoluto gilipollas.

—Completamente de acuerdo. Gilipollas y con papeles, jefe. Nada que objetar.

—¿Y la enana? ¿Cristina Aguirre?

—Uf, un espécimen digno de estudio. Creo que en ella convergen todos los complejos diagnosticados. Recuerdo que, cuando estudiaba...

—¿Qué estudiaste, Raquel?

—Comencé Psicología, pero durante el primer curso ya me di cuenta que no era lo mío. Después hice Derecho y, poco antes de entrar en el Cuerpo, un máster de Criminología.

—Ah, vaya.

Ella no me pregunta por mis estudios. Como casi todos los polis jóvenes, piensa que los maderos viejos como yo llegamos directamente desde la caverna a la comisaría sin pasar por la universidad. En fin.

—Perdona. Sigue, por favor.

—Le decía que, cuando estudiaba ese único año de Psicología, me llamó la atención saber que el complejo de inferioridad no es un déficit psicológico en sí mismo cuando empuja a la persona a esforzarse más para lograr sus objetivos. El problema es cuando el esfuerzo se convierte en una deriva hacia la sobrestimación de las propias capacidades. Algo así creo que le pasa a esa mujer, a Cristina Aguirre.

—Puede ser.

—De todas formas, en general me voy con una imagen distinta de ellos: fuera del circo, el payaso vuelve a ser una persona más o menos normal.

—Todo lo normal que se puede ser sabiendo que se llenan los bolsillos a cambio de adocenar a la gente que ve sus programas —digo, mientras me llevo a la boca una cucharada de ensaladilla.

—Jefe —dice, Sanmartín, señalando hacia mí, primero con la barbilla y luego con el brazo extendido. Advierto en ella un gesto de asco.

Trago de prisa y bajo la cabeza, temiendo tener la portañuela abierta. Es una de mis grandes obsesiones, como habrán podido advertir si han estado atentos. Un miércoles de hace *muchíííísimos* años (como diría Conesa), en la catedral de Segovia, en mi primera adolescencia, caminé por el majestuoso pasillo hacia el señor obispo, que a la sazón se disponía a ungirme con el aceite sagrado de la confirmación, con la portañuela de mis pantalones nuevos completamente abierta, dejando a la vista unos insufribles gayumbos colorados que también eran de estreno. Todo ello para despiporre de mis compañeros de clase y descomunal enojo del prelado. Desde entonces sufro pesadillas de mingas adolescentes escapando de su cárcel de tela y reptando hacia el copón de los óleos. Pero no, hoy, ahí abajo, todo está en orden. Levanto la mirada hacia la agente, recabando explicaciones. Y veo cómo ella

me señala el brazo derecho con su dedo puntiagudo.

—Ha metido usted la manga de la cazadora en la ensaladilla, jefe.

—¡Coño! —me lamento, detestándome por mi torpeza, mientras adelanto el brazo derecho en busca del servilletero. Y, como era predecible, al hacerlo tumbo el botellín de cerveza, que derrama su contenido sobre el mantel y alcanza el sándwich de Sanmartín y amenaza con precipitarse por el borde de la mesa.

—¡Ay...! —exclama ella, apartándose y cogiendo un puñado de servilletas con las que empapa el estropicio.

—Lo siento, chica. Es que soy un auténtico desastre.

Miro a los ojos de la agente y veo que en ellos el gesto de asco ha sido sustituido por un destello de lástima. Y no sé qué es peor. Lo que me faltaba para hacer de esta jornada un día glorioso.

Si es que no tengo remedio, leches.

* * *

Regresamos a Pozuelo en un silencio algo incómodo, apenas aderezado por comentarios breves que lo salpican de vez en cuando, y escuchando la radio que desgrana su habitual letanía, ora de anuncios estúpidos, ora de desgracias. Cuando enfilamos la entrada de la ciudad estoy a punto de preguntarle a Sanmartín si le apetece tomar otra tapa (su sándwich quedó intacto sobre la mesa de la cafetería y empapado de cerveza), o un café o lo que sea que tome. Son apenas las tres de la tarde y se me hace cuesta arriba la perspectiva de calentarme un plato preparado en el microondas de mi pequeño apartamento o sentarme solo en la terraza de Casa Petra. Pero de inmediato recuerdo aquel destello de lástima en sus ojos inmensos y desisto de la idea. Habría sido capaz de decirme que sí y sin duda habría atribuido a esa lástima su asentimiento. Y si algo no soporto en mi vida, por destartalada que sea, es la compasión. Así pues, cuando ya estamos dentro del entramado urbano de Pozuelo le pregunto a la agente si quiere que la deje en algún lugar en concreto.

—En comisaría me viene bien. Tengo allí el coche y aprovecharé para ir un ratito al gimnasio. Y tenga usted cuidado con esa mancha —dice, señalando con la mirada la manga de mi cazadora donde el aceite de la ensaladilla está haciendo estragos—, que la mayonesa es muy traicionera en telas como éstas.

Llegamos a comisaría, me despido de Sanmartín y, mientras me dirijo a Casa

Petra resignado a tomarme otra cerveza y un plato de boquerones en soledad, suena el móvil. Veo en la pantalla que es un número desconocido.

—¿Sí?

—¿Inspector Patón?

El corazón me da un salto. Esa voz pausada, lánguida, ronca, es inconfundible.

—Al aparato.

—Soy Marieta Ayuso.

Durante más segundos de los debidos me quedo sin saber qué decir.

—Sí —pronuncio al fin, estúpidamente.

—Me gustaría hablar con usted.

Pienso, no sé por qué, aunque estoy seguro de no equivocarme, que en los labios de la tertuliana brilla en estos momentos una sonrisa maliciosa.

—Dígame.

—No, así no. No por teléfono. En persona.

—Ah, muy bien. ¿A qué hora le viene bien pasarse por la comisaría de Pozuelo?

—Acabará en la tele a eso de las siete y pico. ¿Qué tal le viene a las ocho y media?

—Un poco tarde, pero bien. ¿Le dará tiempo a llegar aquí?

—Prefiero no ir a comisaría. ¿Conoce la cafetería que está al lado del Wellington? ¿Sí?... La del propio hotel. Pues le espero allí a las ocho y media. En la terraza de fuera. Usted es fumador, como yo, ¿verdad?

—Pero...

—Y venga solo, por favor.

Miércoles, 15 de junio de 2016

Hace una tarde, o más bien casi noche ya, de esas que invitan a turbiedades. A la copa, al abandono. Una noche de temperatura agradabilísima que abraza poco a poco a la gran ciudad como si la fuera envolviendo en un velo esponjoso y cálido. Una noche de éstas que sólo pueden darse en esta ciudad. Pongamos que hablo de Madrid. El problema es que, aunque tal vez sigo teniendo edad para copas (pese a que cada día me cuesta más levantarme después de una madrugada de whiskies, que son más de las que mi médico, si lo tuviera, desearía), no la tengo ya para el abandono. Entre otras cosas porque ¿quién me iba a encontrar a mí?... Eso me digo mientras, sentado en la terraza del Wellington, voy ya por el segundo Ballantine's y me duelen los ojos de ver pasar a señoras empingorotadas portando elegantes bolsas de las tiendas de Serrano, a niñas bien luciendo carnes que, como las cebollas, ya se van desprendiendo de capas para el inminente verano, y a jóvenes ejecutivos junior encorbatados que regresan a las hornacinas que tienen por casas después de una jornada de esclavitud.

Miro el reloj cuando suena el carillón de una iglesia cercana: las nueve, y la jodida Marieta Ayuso continúa sin aparecer. ¿No me había dicho a las ocho y media, carajo? ¿Por qué no llega, entonces? Y a mí, que soy de la cofradía de Flavio Patricio —la de la Virgen Santísima de la Puntualidad y Nuestro Padre Jesús de la Hora Exacta—, ni las carnes prietas de las niñas que pasan por la calle ni el malsano disfrute que me produce ver las caras desencajadas de los yuppies oprimidos logran que se me atenúe el disgusto. Odio la impuntualidad y odio que me hagan esperar. Y más a solas y en lugares como éste, donde creo que todo el mundo me observa. Como a un pingüino en el Sahara. Compruebo el móvil a ver si tengo un mensaje de la tertuliana justificando su demora, pero el aparatejo permanece exánime. Me digo que lo que debo hacer es llamarla, afearle el retraso, decirle dos guasas si se terciara y citarla para mañana en comisaría. Con el alba, si es posible. Que es lo que tenía que haber hecho desde el principio, pues siempre es mejor jugar en casa y con la afición a favor. Pero hay algo, no sé muy bien qué, que me impide hacerlo. Como si

temiera que, de presionarla, se fuera a romper el invisible hilo que quiero pensar nos conecta y a través del cual me puede llegar una información valiosa.

A pesar de todos mis buenos propósitos, el segundo whisky se me acaba al mismo tiempo que la paciencia. Ya no aguanto más, coño. Hago una seña al camarero frotándome índice y pulgar de la mano diestra, requiriendo la factura. El fámulo, vestido con un impecable chaleco de extraños cuadros verdes y pajarita negra, asiente respetuosamente y se introduce en el bar, que debe de oler a cuero y maderas nobles. Uno de esos sitios en los que debe de haber un letrero elegantísimo con la leyenda PROHIBIDA LA ENTRADA A LOS BÚFALOS. Menos mal que los whiskies no me han acelerado la próstata y no he necesitado acudir al urinario. Cuando el camarero me trae la cuenta, estoy a punto de preguntarle si el whisky era Ballantine's u oro líquido, pues los dos lingotazos me cuestan poco menos que la cazadora de gabardina que llevo y en cuya manga derecha aún fulgura la mancha amarillenta de la ensaladilla, apenas difuminada después de los enérgicos frotamientos a que la sometí con una toalla empapada en agua en el cuarto de baño de la comisaría. Escena paradigmática de lo que es mi vida. Pese a lo cual, generoso que es uno, dejo propina. Unos cuantos céntimos, de acuerdo, pero propina al fin y al cabo. Que no se diga. Y cuando me dispongo a levantarme e irme, con cierto esfuerzo no tanto por el alcohol ingerido como porque mis piernas ya no son lo que eran y porque la silla minúscula se me ha encasquetado en las caderas, la veo venir. Por la acera de enfrente de calle Velázquez. A pie, a paso más bien raudo, muy erguida, la mirada fija en el bar del Wellington. Pero... ¿es ella?... Sí, sí lo es. Sin duda. Pero...

Experimento un pequeño ramalazo de decepción al verla acercarse. Esa tarde, después de haber examinado el informe de la policía científica llegado desde el laboratorio de Madrid —ni una huella destacable en el anónimo, nada relevante en el papel, nada destacable en el sobre, una tinta común y corriente, una mierda, vamos—, había visionado unos minutos del programa vespertino de *La Comunidad*. Marieta Ayuso resplandecía ante la cámara, la vi mordaz y divertida en sus diálogos, su femineidad madura lucía en todo su esplendor vestida con un traje dorado y escotado que dejaba al descubierto unas carnes todavía firmes, apenas maculadas por manchitas pardas y minúsculos pliegues allí donde sus pechos se unían bajo el escote. Ahora, sin embargo, quien cruza la acera para llegar al bar del Wellington es una mujer bien diferente: viste unos vaqueros desteñidos remetidos bajo unas botas de media caña y una

especie de poncho de color tierra que oculta sus formas y que no es nada apropiado para la temperatura más bien cálida que hace. Sus ojos, esos ojos grandes y en los que esa tarde había vuelto a distinguir una mezcla extraña de fuerza y tristeza, están ocultos bajo unas gafas de sol a pesar de que el sol hace ya un buen rato que naufragó tras de los edificios: entre el primer y el segundo whisky la noche ha caído, suave pero inexorable, sobre la ciudad, pongamos que hablo de Madrid, y los faroles de luz ambarina se han encendido para iluminar la terraza de la cafetería, que ahora me doy cuenta se llama La Llave de Oro. Y de pronto se me viene a la cabeza la frase aquella de *Juegos de tronos*: «La noche es oscura y alberga horrores». Espero que no sea el caso.

Cuando llega, se sienta enfrente de mí con una sonrisa cándida y sin un saludo. Percibo, bajo sus gafas enormes, sus ojos sin rastro de maquillaje, como su cutis. Tampoco sus labios lucen color alguno, salvo el suave y sedoso de su carne. A pesar de esa ausencia de afeites sigue pareciéndome muy guapa. Deja el bolso sobre una silla vacía, me dirige, ahora sí, un saludo apenas murmurado y esboza otra sonrisa mínima cuando el camarero, presuroso, se acerca.

—Buenas tardes, señora Ayuso —se congratula solícito, sonrisa al viento, todo consideración, al mismo tiempo que coloca adecuadamente el bolso sobre la silla—. ¿Lo de siempre?

—Lo de siempre, Jenaro. —Señala entonces mi copa, en la que sólo queda un lecho de hielo que más parece escarcha—. Veo que tiene usted el vaso vacío —me señala—. ¿Qué toma?

Ni una disculpa por su intolerable retraso. Este sería el momento, me digo, de dar un paso adelante, digno y ufano, e invitar a la señora Ayuso a que telefonee a Bertolucci y le pregunte dónde tiene que comprar la mantequilla. Porque ahí, a tomar por culo, es adonde tendría que mandarla. En cambio, búfalo amansado por la presencia intimidante de Ayuso, me limito a escrutar sus ojos, que veo difusos por detrás de las gafas de cristales siniestramente anaranjados, a pedir otro Ballantines's con hielo y a volver con extrema dificultad a encajar mis caderas en esa silla de insuficiencia endiablada. Marieta Ayuso tiene algo que me impone. No sé si es su aura de misterio, o ese hálito extraño, de melancolía tal vez, que la envuelve.

—Veo que se iba a marchar —añade, señalando el tique de abono de mis anteriores consumiciones. Percibo en su voz un retintín que no sé si es de incompreensión o de provocación—. Se iba sin esperarme.

—Le aseguro que, aunque le cueste trabajo creerlo, señora, tengo cosas mejores que hacer que esperar casi tres cuartos de hora sentado en un bar. Y solo.

—No debería usted quejarse. Éste —y hace con la mano un gesto impreciso que abarca no sólo la terraza sino algo más, todo lo que nos rodea, acera, asfalto, edificios, el hotel en cuya entrada hay un grupo de gente fumando y un portero vestido con uniforme de mayordomo inglés y chistera, la ciudad entera, pongamos que hablo de Madrid— es uno de los mejores sitios para estar solo.

«¿Hay sitios mejores que otros para estar solo?». Tal vez sí, concluyo, por más que mantenerse en soledad en medio de la gente no sea sino una forma de intentar combatirla. De apaciguar el miedo que la soledad nos provoca. Ya ven, de vez en cuando me da por la filosofía, pero no me hagan demasiado caso: cosas de la soltería a la que estoy condenado. O de los whiskies.

El camarero emerge del interior del bar trayendo las bebidas. En la copa de fino cristal que coloca ante Ayuso vierte un buen chorro de un líquido de color transparente, que sirve desde una elegante botella de color crema con letras negras que no consigo descifrar sin mis gafas de presbicia. Pero huele inconfundiblemente a ginebra. A ginebra cara. Porque lo caro huele de forma especial. Deposita también sobre la mesa un par de platitos con trocitos de queso en uno y galletas saladas en otro. Es entonces cuando advierto el hambre que tengo. No he probado bocado desde el infausto episodio de la ensaladilla, porque el camarero, cuando estaba allí solo sentado aguardando a Ayuso, no se dignó ni a ponerme una almendra garrapiñada. Aprovecho que ella enciende un cigarrillo, da un sorbo luego a la ginebra y cierra los ojos para degustar su sabor y engullo a toda velocidad dos trozos de queso y un puñado de galletitas. Doy un trago al whisky para ayudar la ingestión.

—Pues usted dirá —digo después, cuando consigo liberar la laringe. Ella, con la copa de ginebra en la mano, contempla el tráfico, como absorta. Un tráfico incesante y arterioesclerótico, que se detiene cada dos por tres, de puro colapso. El ayuntamiento ha cortado la circulación rodada por Gran Vía y ha multiplicado la de Serrano y Velázquez. Cosas de políticos, que se aburren, las criaturitas, y sólo se les ocurren patochadas—. ¿Qué quería contarme, señora Ayuso?

Vuelve sus ojos hacia mí y da un nuevo sorbo al licor. Luego, delicadamente, deja el vaso sobre la mesa.

—Siento haberle hecho esperar. Se me hizo tarde. Discúlpeme.

Algo es algo. Aunque más bien tarde. Pero decido hacer las paces.

—Está bien, no se preocupe.

—Espero que no haya sido mucha molestia pedirle que viniera hasta aquí.

¿Vive usted en Pozuelo?

—Sí.

—¿Ha habido avances en la investigación, inspector?

—Pocos. Y de todas maneras no puedo ser muy explícito.

—Lo entiendo.

—Me alegro.

—No obstante, quería preguntarle algo.

—Soy todo oídos.

—¿Qué opina usted del mensaje que ha recibido Alberto Conesa, inspector?

Sé que con esa mujer no me van a valer subterfugios. Decido, pues, ser sincero.

—Posiblemente, una opinión muy distinta de la de su destinatario. Su colega, el señor Conesa, cree que esa amenaza de acabar con su vida puede ir en serio. Piensa que el autor del anónimo está dispuesto a pasar de la palabra a los hechos. Si no, no habría denunciado, entiendo. Yo, en cambio, disiento, señora. Creo que ese anónimo es uno más de los muchos que ha recibido —afirmo, rotundo, por más que ni yo mismo esté seguro de lo que asevero. Recuerdo ahora el mal palpito que tuve cuando leí el pasquín, pero no es momento de variar el discurso ni de alarmar innecesariamente a mi interlocutora—. Miles, si no he hecho mal las cuentas. Es cierto que éste tiene... no sé... algo especial: su redacción tal vez, esa alusión a Rammusia, la diosa Némesis, esa referencia a un secreto a cuya confesión lo insta. Pero creo, y le hablo con sinceridad, que la cosa no va a ir a mayores. Que es un anónimo más de los muchos recibidos y que todo va a quedar en agua de borrajas. Y que todo eso, de camino, nos va a hacer perder un tiempo precioso. A la policía, digo.

Marieta Ayuso apura su copa de ginebra y hace una seña al camarero para que se la llene. Creo ver en su semblante una luz como de exasperación que no consigo desentrañar del todo. Aguarda a que el mesero del curioso chaleco de cuadros verdes y pajarita se lleve el vaso vacío.

—¿Qué le parece a usted el trabajo que hacemos en la tele? —me pregunta inopinadamente. Y ahora sé que sus ojos, desde detrás de las gafas, están clavados en mí.

—¿Quiere que le sea igualmente sincero?

—Se lo ruego.

Estoy a punto de decir: «Una mierda». Pero en esta ocasión prefiero ser comedido y diplomático. Aunque, la verdad, cuando intento ser diplomático es para echarse a temblar. Me doy unos segundos para pensar mientras un autobús pasa cerca de nosotros traqueteando.

—En este mundo en que vivimos, donde ver un telediario es tan agradable como sacarse la muela del juicio, el entretenimiento es necesario, imprescindible. Y reírse de uno mismo es la mejor de las medicinas que nadie puede recetar. Pero... lo que hacen ustedes...

—¿Qué?

Sé que me estoy metiendo en arenas movedizas, pero ¿quién dijo miedo? Además, una vez que se lanza la peonza y se suelta la cuerda ya no hay vuelta atrás.

—Hacen ustedes que la gente queme su tiempo, en vez de vivirlo.

—Creo que no le entiendo, inspector.

Me temo que el whisky va a hacer que comience a decir tonterías, como suele pasarme, pero decido continuar.

—Mire usted, cuando yo era joven, y sé que de eso hace una eternidad, los parques, las alamedas, los paseos estaban llenos de niños: jugaban a la pelota, a la comba, a piedra-lipe, al tocaté, corrían, saltaban, se caían, se lastimaban y volvían a levantarse y continuaban jugando. Eran eso, niños. Hoy, en cambio, los niños, en cuanto acaban las clases, se recluyen en sus casas, en sus cuartos, y dedican horas y horas a las videoconsolas, al ordenador, a los juegos electrónicos, a esos cacharros demoníacos que los padres les regalan para que no les molesten. Y los niños juegan solos, ¿se da usted cuenta? Todo lo hacen solos: juegan solos, viven solos, se distraen solos. ¿Y puede haber algo más triste que la soledad de un niño?

—Muy interesante, no lo hacía yo a usted tan profundo. —Intento detectar un tono de sorna en su voz, mas no: es seria y circunspecta—. Pero no creo que haya respondido usted a mi pregunta, inspector. Juraría que se ha ido usted por los cerros de Úbeda.

—Yo creo que sí la he respondido, señora Ayuso. Porque lo que hacen ustedes supone lo mismo: mantienen a la gente en soledad delante de un televisor. Queman el tiempo y no lo viven. No viven su vida, viven la vida de otros. Pero, en su caso, es más grave aún, porque mientras que las videoconsolas y los juegos electrónicos por lo menos obligan a los niños a un mínimo de imaginación y fantasía, además de que algunas habilidades les

proporcionan, ustedes alimentan a sus millones de televidentes con basura, con inmundicia, con las miserias propias y ajenas. Con los detritos de la sociedad. Y le niegan al entretenimiento lo que le hace ser una actividad sana y saludable: el aprendizaje, porque toda diversión ha de conllevar eso: un componente de ilustración, una enseñanza. Y, siento decirlo, programas como el suyo no enseñan a la gente, sino que las aborregan al mismo tiempo que ustedes se desacreditan y sus jefes, los dueños de las cadenas televisivas y las emisoras de radio, se hacen de oro. Perdóne si he sido demasiado descarnado, pero me ha pedido usted que sea sincero. Y eso es lo que pienso.

Coño con mi diplomacia. Está claro que me mandan de agregado policial a una embajada y desato la tercera guerra mundial.

Quedo a la expectativa, esperando un bolsazo o algo peor. Tal vez, que me estrellé el cenicero en la cara. Pero no, ella se limita a mirarme con una sonrisa nimia en los labios. Por fortuna, el camarero llega en ese preciso instante, trayendo la nueva bebida de Marieta Ayuso. Ella, mientras le sirven el licor, aprovecha para rebuscar en el bolso. Saca un paquete de tabaco de una marca desconocida para mí, extrae un cigarrillo y lo enciende. No se molesta en ofrecerme un pitillo. Supongo que estará cabreada, y con razón, porque más que sincero y descarnado he sido cruel y brutal. Pero, como dijo el otro, cuando uno pide la verdad corre el riesgo de que se la digan. Yo echo mano de mi arrugado paquete de Marlboro que está sobre la mesa y enciendo un pitillo a mi vez. Durante unos segundos ambos fumamos en silencio.

—Tal vez lleve usted razón. O mejor dicho: la lleva, sin duda. Pero no podemos olvidar que les damos lo que quieren, lo que buscan —interrumpe ella el silencio al cabo—. A la gente.

Yo chasco los labios.

—Por seguir con el símil con que empecé mi explicación, ésa es la excusa que los padres arguyen cuando se les habla de cómo educan a sus hijos hoy en día, Marieta. —Es la primera vez que la llamo por su nombre de pila. Ella me mira con curiosidad cuando oye su nombre en mis labios, pero no lo objeta—. Mire usted, en serio: la gente es muy libre de ver lo que le salga de los huevos, con perdón, aunque sólo sirva para embrutecerla. Pero los medios de comunicación, como los padres con sus hijos, deberían ser más cuidadosos con lo que emiten, escriben o radian. Es legítimo querer escapar de la realidad por unos instantes, pero hay formas y formas. Y en medio de esa disyuntiva debería estar la elección correcta de los medios.

—Muy lúcido. ¿Estudió usted, inspector?

—Historia.

Ella se quita entonces las gafas, que deposita cuidadosamente sobre la mesa. Sus ojos, a pesar de la ausencia de afeites, siguen siendo hermosísimos. Aunque hay un rastro de... no sé... ¿angustia? ¿dolor?... en ellos. Por nuestro lado pasa en esos instantes una pareja de ancianos peripuestos. Él mira durante un segundo a Marieta Ayuso, vuelve la vista al frente y la regresa enseguida con un ademán de sorpresa. Da luego un leve codazo en el brazo de su mujer y ambos cuchichean. Pienso en ese momento que esa forma de vestir y esa ausencia de maquillaje es, en Ayuso, el disfraz que usa para pasar desapercibida por Madrid, y que ese disfraz, pese a todo, hay ocasiones en que no funciona. Ella no ha advertido la curiosidad de los ancianos y está apagando el cigarrillo a medio fumar en el cenicero, creando un lecho de hebras ocres.

—¿Tiene usted hijos, inspector...? No me acuerdo de su nombre.

—Florencio —le recuerdo, con vergüenza. Como si esperara una carcajada que no se produce. Que la única herencia que mis padres me dejaran fuera ese maldito nombre manda huevos—. Y Patón de apellido.

—Ah, sí, lo dijo usted esta mañana. Le preguntaba: ¿tiene usted hijos, inspector? —le agradezco que haya omitido lo de Florencio.

—Sí, uno.

—¿Y qué tal?

—¿Mi hijo? ¿Que cómo es?

—Sí.

—Pues imbécil como la abeja Maya.

Ayuso, sorprendida por mi salida, no puede retener una carcajada breve pero sonora. La carcajada desemboca en un ataque de tos del que se repone a duras penas con un sorbo de la ginebra.

—¿Y eso? —me pregunta cuando consigue dominar la tos.

—Tiene casi treinta años y a estas horas estará persiguiendo pokémons con sus amigotes. Es a lo que se dedica, ¿se lo puede creer? No tiene trabajo a pesar de que hace tres años que acabó la carrera y creo que ni lo busca. Estudió ciencias marinas o algo así, que manda huevos la cosa. ¿Para qué puede servir en Madrid una carrera como ésa, si aquí no hay playa? En fin, es lo que hay. Se conforma con la pensión que le paso. —Es una forma tan elegante como otra de hacerle ver que estoy divorciado. Continúo:— Ya ve usted. Y sí. Sé lo que me va a decir: se me llena la boca hablando de la educación de los hijos y resulta que tengo uno que se dedica a cazar bichejos.

Así que posiblemente no he debido de ser demasiado buen padre.

Marieta Ayuso abre el bolso y vuelve a sacar el paquete de cigarrillos y el encendedor. Enciende uno con parsimonia y alza la barbilla para que el humo ascienda al aire de la noche de Madrid que no está demasiado contaminado a pesar del tráfico atroz. Me doy cuenta en ese preciso instante de que es como si ella, con esa conversación más o menos irrelevante que hemos mantenido, estuviese intentando retrasar su explicación sobre el motivo de la cita, la razón por la que me ha convocado en este lugar y en esta hora tan inapropiados. Para mí al menos, que el último sitio serio y elegante en el que estuve fue un tanatorio. Si no contamos el salón de juntas de La Décima, claro. Decido, no obstante, no presionarla. No tengo prisa, no estoy nada a disgusto compartiendo tiempo, alcohol y tabaco con esta mujer hermosa y misteriosa en la terraza del bar del Wellington. Si Pujadas o Lucas Látigo Osorio o Félix Peñalver me vieran se morían de la envidia, los muy cabrones.

—¿Y usted? ¿Tiene hijos? —se me ocurre preguntar.

Una sombra negra y ponzoñosa como los frutos del aligustre cruza repentinamente su rostro.

—Lo siento —me disculpo—. No pretendía ser impertinente.

—No lo es —repite ella—. Yo le he preguntado a usted lo mismo. Justa reciprocidad.

—No tiene por qué responderme, si no quiere.

—¿Quiere que me acoja a mi derecho a no declarar? —se mofa con una sonrisa que no consigue desterrar del todo en sus ojos aquella sombra que antes vi. Vuelve a toser peñascosamente.

—No, en serio... Si la he incomodado...

—No, no tengo hijos.

—Pero está usted casada, ¿verdad? O lo estuvo, no sé muy bien. Con ese periodista que presentaba el telediario hace unos años...¿cómo se llamaba?

—Al final va a resultar que también usted, inspector, ve los programas de cotilleo, esos que tanto asco le dan —vuelve a burlarse—. Mariscal. Joaquín Mariscal. Sí, estuve casada con él, aunque hace casi treinta años que nos separamos.

—Lo siento.

—No tiene por qué. Era tan aburrido como sus telediarios. Y tan trágico también.

Apura la ginebra y el camarero, sin necesidad ahora de ademán alguno, se acerca a la mesa. Marieta Ayuso le entrega la copa vacía y le sonrío.

—Enseguida estoy, doña Marieta —asegura el mesero, que también se lleva los platos con los aperitivos, a pesar de que ella no los ha tocado y que yo no he vuelto a servirme desde el primer puñado que engullí.

—¿Quiere usted otro? —me pregunta ella, señalando mi vaso de whisky, en el que apenas queda medio dedo de licor.

Sé que no debo, pero asiento después de apurar el contenido de mi copa. Con la suerte que tengo, igual me paran los municipales o los picoletos en mi regreso a Pozuelo y aparezco en todos los informativos de Telemadrid. Pero, qué coño, el whisky me está cayendo hoy de puta madre. Llevo tres y aún no he comenzado a farfullar. En cuanto a decir tonterías, que es lo que me pasa cuando abuso del alcohol, y lo hago más veces de las que debiera, no sé. Juzguen ustedes.

Aguardamos en silencio y fumando ambos a que el camarero regrese con las bebidas. El tráfico en Madrid poco a poco va menguando, y nos rodea un cierto silencio que se me antoja agradable además de impropio para una vía tan transitada como es Velázquez. Miro de reojo el reloj y veo que queda poco para las diez. «La noche es oscura y alberga horrores». Contemplo asimismo la terraza del bar y veo que sólo hay otras dos mesas ocupadas por parejas de mediana edad y ropas carísimas, y que no hemos despertado la atención de ninguna de ellas. Posiblemente no sean de las que se dedican a consumir las horas muertas viendo *La Comunidad*. El camarero regresa con las bebidas y con otros platitos de aperitivos. Mando a hacer puñetas mis prevenciones, me digo que comer no es de mala educación sino todo lo contrario y atrapo dos trozos de queso a la misma vez en cuanto el hombre deja los platos sobre la mesa. El estómago le gruñe al búfalo hambriento y hay que calmarlo para que los ronroneos no se conviertan en bramidos. Doy un sorbo al whisky, que se desliza por los pasillos de mi estómago con una agradable calidez.

—Así que cree que somos un factor de distorsión.

—Perdón, ¿cómo dice? —le pregunto, pues me ha cogido por sorpresa. Estaba distraído con el trocito de queso que se me ha introducido en una de las dos muelas que tengo rotas desde hace meses y decidiendo si agarrar o no uno de los palillos de madera que hay en el palillero y comenzar a hurgarme entre los piños. Opto al fin por intentar extraer el intruso con la punta de la lengua de la forma más disimulada posible.

—Los tertulianos de la prensa rosa —me aclara—. Le preguntaba si cree que en verdad somos un factor de distorsión o... ¿cómo decírselo?... una lacra de la sociedad.

—Lo que creo es que son ustedes muy gritones —intento bromear. Marieta Ayuso no se muestra nada receptiva a mi bromita y aparta sus ojos de los míos, como molesta. Me digo que el whisky debe de estar comenzando a hacerme efecto, maldita sea, a qué esa broma tan estúpida, soy gilipollas o qué—. Pero no sé si son ustedes los peores —continúo, sin saber si lo voy a remediar o a agravar aún más. Cuando improviso soy más peligroso que el gordito norcoreano—. Ayer, en los estudios de la cadena, mientras aguardábamos a que nos recibieran, pude ver unos minutos de una tertulia política que hay al mediodía. Y no sé qué es peor. Había una individua que gritaba como si la estuvieran pinchando en la médula.

—*La Décima Magazine*.

—Será.

—Se refiere usted a Carla Palafox.

—No me quedé con el nombre. ¿Una señora con la melena rizada, voz de camionero ucraniano y mirada ardiente de Savonarola?

—La misma.

—Veo que sabe usted quién fue Savonarola —matizo, y enseguida me arrepiento. Pero...¿qué estúpido! ¿Qué pretendo, cago en la puta? ¿Joder la única velada agradable que recuerdo en los últimos meses? De hoy no pasa que me cambie al *gin-tonic*, dicen que afecta menos. Pedazo de animal que soy.

Marieta Ayuso no parece irritada por mi impertinencia, sin embargo. Agarra con delicadeza su copa, toma entre los dedos la rodaja de limón y la muerde exquisitamente. Luego da un trago largo al licor.

—Le aseguro que, aunque se nos vea en pantalla gritar a diario como posesos, hablar de gente despreciable y aprovecharnos de la intimidad que los demás malvenden para conseguir escandalizar a la audiencia, no todos somos unos zoquetes. Sí, claro que sí, sé quién fue fray Girolamo Savonarola, inspector, y también sé de sus hogueras de las vanidades. Y de Lorenzo de Médici y Maquiavelo. Terminé periodismo con excelentes calificaciones y además, y sobre todo, soy ferviente lectora.

—Discúlpeme, soy un zote.

—No se preocupe. Me estaba hablando usted de Carla Palafox.

—¿La conoce?

—Por supuesto. Allí, en la casa —y cuando dice «la casa» doy por hecho que se refiere a la cadena televisiva—, todos nos conocemos, y mejor de lo que quisiéramos, muchas veces. Los pasillos de un periódico, de una radio o

de una televisión suelen ser peores que las casas de vecinos. Todos están al tanto de lo que hacen y dicen los demás. Y sí, estoy de acuerdo con usted: esa chica se pasa tres pueblos un día sí y otro también. Me temo que quiere hacer carrera política, pero en la cadena están encantados con ella, fíjese. Y es que todo aquel que levanta polémica, quien reúne por igual a admiradores y detractores, es una mina para la audiencia y la publicidad. Y si los detractores multiplican por diez a los admiradores, ya ni le cuento. La gente suele pararse a ver y a escuchar a quien más odia. Así que contra más odiado eres, más audiencia tienes.

—Es curioso. ¿Y usted? ¿Reúne más admiradores o más detractores?

Aquella sombra, no sé si de dolor o de angustia o de ambas cosas a la vez, regresa a los párpados de Marieta Ayuso. Me quedo desconcertado, pues no soy consciente ahora de haber dicho ninguna barbaridad de las mías.

—Disculpe —la inquiero—. ¿Le ha molestado la pregunta?

—¿Por qué lo dice?

—No sé, he visto como... como si se importunara.

—Para nada —asegura, con un gesto laxo de la mano. Vuelve a encender un cigarrillo y yo hago lo propio. Es un gusto dar con alguien que fuma tanto o más que tú. Cuantos más candidatos seamos para contraer cáncer de pulmón, menos posibilidades de contraerlo. Pura estadística, ¿o no? Porque nada en este mundo es infinito, ni siquiera los cánceres de pulmón. La voz de Ayuso me saca de mi pensamiento completamente absurdo, como yo—. Creo que soy una de las más odiadas de *La Comunidad*.

—No creo, Marieta. Yo...

—No es que lo crea —me interrumpe—. Lo sé. La productora suele hacer sondeos sobre los índices de aceptación de sus tertulianos y sobre la simpatía o antipatía que concitan. Y si dieran un trofeo por cada mes que quedo la primera entre los más odiados, tendría que mudarme de piso para poder guardarlos. Lo cual significa que no he de tener miedo a perder el trabajo, mire usted por dónde.

Rebusco en el baúl donde guardo mis frases más inmortales e ingeniosas pero no encuentro ninguna apropiada. Así que opto por permanecer callado, que es como mejor suelo estar. El trocito de queso en la muela me está jodiendo de lo lindo y la punta de la lengua se muestra instrumento ineficaz. Vuelvo a mirar anhelante el palillero, mas consigo contenerme.

—¿No me pregunta usted por qué soy la más odiada de los tertulianos de *La Comunidad*? —me interroga—. No me diga que no tiene curiosidad.

—Sí, la tengo. Y mucha. No deje de satisfacérmela, se lo ruego.

—No soy como los demás, y perdone la inmodestia. Si a cualquiera de ellos le hubiese hablado usted de Savonarola, le habría preguntado si era un jugador de fútbol o un cantante de rap. Y eso es lo que a mí no se me perdona. Que aunque, cuando es preciso, y lo suele ser más veces de las que me gustaría, grito igual que ellos, escarbo en la mierda de los demás igual que ellos y aviento miserias igual que ellos, en el fondo soy un espécimen raro en la tribu. Y eso la audiencia lo capta, ¿sabe usted? Y más me odia.

—No sé si puedo estar de acuerdo, Marieta.

Es la segunda o tercera vez que la llamo por su nombre de pila y aún no me ha aplastado el pitillo en medio del ojo. La noche promete. Igual la de hoy no alberga horrores.

—No tenga usted ninguna duda..., inspector. —Por una milésima de segundo creo que ha estado a punto de llamarme Florencio, mas ha debido arrepentirse, a Dios gracias. Habría sido una manera tan buena como cualquier otra de joder la velada—. Mire usted: ahora mismo estamos en unos tres millones de espectadores diarios de audiencia. De ese número, creo que unos dos millones novecientos mil se regodean con la estupidez de Juanma del Salto, o con las bravuconadas de Cristina Aguirre, o con la delicadeza imbécil de Olivia Maestre, por no hablar de los demás. En el fondo, los telespectadores perciben que la mayor parte de ellos son unos idiotas y eso los hace sentirse superiores, que es lo que al fin y al cabo buscan viendo esa clase de programas. Pero ¿qué ocurre cuando al lado de esa manada de descerebrados aparece alguien como yo? Pues que se dan cuenta de que no soy como ellos, que aparte de los gritos y de todo lo demás, podría estar perfectamente en un programa de La 2 hablando de libros, o presentando un programa serio, o hablando, como con usted, de Savonarola o de Lorenzo de Medici o yo qué sé. Y eso, inspector, no se me perdona. Y no piense que soy una soberbia porque se equivocaría.

Estoy a punto de manifestar mi desacuerdo, pues, al igual que a la agente Sanmartín, algunos de los tertulianos de *La Comunidad* como Luz Campuzano o Tino Guillén no me parecieron unos zopencos. Pero ¿para qué discutir? Sospecho que a esa mujer no le gusta ni tanto así el trabajo que desarrolla, como su pertenencia a la horda de las tertulias de la prensa rosa. Y se lo pregunto a bocajarro.

—Es lo que hay inspector —me responde con un gesto ambiguo—. Y en esta vida, las más de las veces no nos está dado elegir. Y hemos de hacer lo que

nos toca, nos guste o no. Y así seguiremos hasta que alguien no cambie el estado de las cosas.

—¿Y cree usted que el anónimo recibido por Conesa puede cambiar el estado de las cosas?

—Tal vez.

Voy a argumentar que la elección siempre es posible y que para eso no son precisos ni anónimos ni amenazas. Sin embargo, no me da tiempo a intervenir. Se la ve incómoda en esos instantes, fastidiada.

—Y ahora —dice—, si no le importa, ya está bien de cháchara.

Coge de nuevo su bolso, aunque el paquete de tabaco y el encendedor están sobre la mesa. Tarda sólo un segundo en hallar lo que busca en su interior, de donde extrae un sobre blanco tamaño A-4 que, en cuanto lo veo, hace que un repelucó recorra mi columna vertebral. Sé lo que es antes de que me lo enseñe y barrunto que la noche está a punto de irse a hacer puñetas. Oséase, que sí que alberga horrores.

—Tome —indica, tendiéndome el sobre.

Así lo hago. Lo tomo y lo primero que observo es que no hay remitente y que las letras mayúsculas donde está escrito el nombre del destinatario («María Julieta Ayuso del Campo») son idénticas a las que figuraban en el sobre recibido por Alberto Luis Conesa.

—¿Se llama usted María Julieta? —le pregunto con íntimo regocijo a pesar de la conmoción sufrida cuando he visto el sobre. Ya no sólo yo soy quien luce un nombrecito curioso.

—Me llaman Marieta desde que tengo uso de razón.

—¿Quién sabe que se llama usted María Julieta en realidad?

—Mucha gente, supongo. Es el nombre que figura en los papeles oficiales y en mi carné de identidad.

—¿Cuándo ha recibido usted esto? —inquiero, mientras voy abriendo el sobre y extrayendo el folio que hay en su interior, procurando tocarlo lo menos posible.

—Hace cuatro o cinco días. No más.

—¿Cuatro o cinco días? ¿Le llegó antes que a Conesa?

—Pues, por lo visto, sí.

—¿Y no le dio importancia?

Ella se limita a encogerse de hombros, y ahora veo cansancio, si no otra cosa peor como resignación o hartazgo, en ese ademán.

—Lea, por favor.

QUERIDA MARIETA: QUÉ PLACER CONTEMPLARTE CASI CADA DÍA EN LAS TERTULIAS DE *LA COMUNIDAD*. ERES EL CONTRAPUNTO A LA ORDINARIEZ DEL PROGRAMA, A LA ZAFIEDAD DE TUS COLEGAS. ES SORPRENDENTE VER CÓMO, ENTRE TANTA CHABACANERÍA, ERES CAPAZ CADA TARDE DE ESCAPAR CON TU VESTIDO IMPOLUTO A PESAR DE HABERTE LLEVADO HORAS SUMERGIDA EN UN LODAZAL DE MISERIAS. Y QUÉ DECIR DE TU ALTANERÍA, DE TUS GESTOS DE SUPERIORIDAD QUE TANTO IRRITAN A TUS COMPAÑEROS, DE TUS EXHIBICIONES DE CULTURA, QUE APROVECHAS PARA MOSTRAR A LA MENOR OCASIÓN QUE SE TE PRESENTA. SÍ, MARIETA, ERES EN VERDAD TODO UN PORTENTO.

PERO, SIN EMBARGO, Y COMO BIEN SABES, SÓLO QUIEN NO GUARDA UN SECRETO OMINOSO SE PUEDE PERMITIR EL LUJO DE NO RESPETAR LOS SECRETOS DE LOS DEMÁS.

Y RESULTA QUE TÚ, PESE A QUE CADA DÍA DESVELAS LO QUE LOS DEMÁS GUARDAN, ATESORAS UN SECRETO TERRIBLE.

¿NO TE PARECE QUE ES MOMENTO YA DE QUE LOS DEMÁS LO CONOZCAN Y QUE ASÍ TODOS SEPAN CÓMO ERES EN REALIDAD?.

SÉ TU SECRETO Y QUIERO QUE TODOS TUS TELESPECTADORES TAMBIÉN LO CONOZCAN.

TIENES QUE CONTARLO EN ANTENA CON PELOS Y SEÑALES YA. DE INMEDIATO. EN *PRIME TIME* Y PREVIO ANUNCIO REITERATIVO.

SI NO, MORIRÁS.

RAMNUSIA.

Permanezco en silencio, la vista fija en el papel, durante más tiempo del que habría querido.

—Así que también usted ha recibido un... un... —es todo lo que acierto a murmurar. Apuro de un trago el whisky que resta en el vaso—. ¿Cuántos de ustedes, además de Conesa, han recibido anónimos como éste?

—No lo sé.

—¿No lo ha comentado con nadie? ¿Ni siquiera con Conesa?

—¿Para qué?

—¿Cómo le llegó?

—Apareció por la mañana en el buzón de mi casa. Pero, como habré observado, no está matasellado. Alguien lo depositó en mano allí.

—¿Dónde vive usted?

—Aquí cerca, en Jorge Juan. He venido andando.

—En Jorge Juan...

—Sí, ¿algún problema?

La policía, como los juzgados, también se rigen por reglas de competencia.

La amenaza, el presunto delito, se ha perpetrado en Madrid, y por tanto deben ser los polis de Madrid quienes se encarguen de este asunto, de este anónimo que, por cierto, cada vez me parece menos inofensivo y trivial.

—Yo sirvo en la comisaría de Pozuelo, señora Ayuso —le hago ver—. Y esto —aclaro, mientras blando la carta— ha ocurrido en Madrid. Debe usted formular la denuncia ante la comisaría de Madrid-Salamanca, la que está en calle Goya, que creo que es la que le corresponde por domiciliación. Yo no puedo hacerme cargo de esta investigación, lo siento. ¿Por qué ha recurrido a mí?

Creo ver que un relámpago de decepción cruza los ojos oscuros de Marieta Ayuso.

—Me habían hablado muy bien de usted.

—Ah, ¿sí?

—Pues sí.

—No me lo puedo creer. ¿Qué le han contado de mí?

—Me aseguraron que es un policía competente y honrado a pesar de esa fachada suya y de que tiene algunos rasgos que no son políticamente muy correctos.

—Vaya. ¿Qué rasgos?

—¿Qué quiere que le diga?... Dicen que es usted bastante homófobo, bebedor, algo machista y que suele hacer gala de una cierta radicalidad en sus puntos de vista. Y también que le gusta presumir de misantropía.

—Joder. ¿Y se puede saber quién le habló *tan bien* de mí?

—Y llevando usted la investigación sobre el anónimo de Conesa —añade ella, imperturbable después de las barbaridades que me ha dicho. ¿Yo, homófobo? ¿Bebedor? ¿Machista? ¿Radical yo? ¿Y misántropo? ¡Por Dios! ¡Y un carajo!—, me dije que debería ser usted quien asumiera también lo de mi anónimo. ¿No se llama a eso una acumulación de denuncias o algo así?

—No creo que sea posible, señora, y...

Marieta Ayuso apura su copa de ginebra, agarra el bolso, guarda en su interior el tabaco y el mechero y se levanta, dejándome con la palabra en la boca. Y con el anónimo encima de la mesa. Y advierto en sus ojos una mirada que no puedo calibrar muy bien. Ambivalente, extraña, oscura. Mezcla de reto y dolor.

—¿Adónde va usted? —interpelo, intentando levantarme a mi vez. La silla se me encaja de nuevo en las caderas y tengo que desprenderla de un tirón. Jodido búfalo.

—Se me hace tarde, inspector. Debo regresar ya a casa. Mañana he de madrugar.

—Pero...

—Ya tiene usted mi móvil, ¿verdad? Pues espero noticias tuyas. Y ahora, buenas noches, y gracias.

La veo alejarse por calle Velázquez en dirección a Jorge Juan. Me digo que su paso es cansino y que, a pesar de su popularidad y suficiencia, Marieta Ayuso es una mujer triste y vulnerable. Me dejo caer en la silla, que me recibe con estrépito y vuelve a encajarse como un inmenso y metálico Dodotis en mis caderas. El anónimo, sobre la mesa, parece reírse de mí. Lo pliego, lo introduzco en el sobre y lo guardo en el bolsillo interior de mi cazadora. Rebelado, aprovecho para coger un palillo del palillero y hurgarme los dientes como un cabo furriel. El camarero se acerca, compone gesto de asco cuando me ve escarbándome los piños y deja sobre la mesa una cajita negra donde una factura de casi ochenta euros me aguarda. ¿Pero qué ginebra bebe esa mujer, carajo? ¡Dieciocho euros el lingotazo! Ni que estuviera bendecida por la reina madre de la pérfida Albión. Tengo que tirar de Visa porque ya sólo me quedan menos de diez euros en metálico en la cartera. Que se me van en la máquina automática del *parking* del hotel, donde dejé hace un par de horas el BMW de los narcos. Los polis, por no tener, no tenemos ni lugares donde aparcar en la vía pública, no como los bomberos, por ejemplo, que disponen de sus bocas de incendio y todo, los muy cabrones.

Ni los picoletos me paran en la autovía ni los municipales en Pozuelo. Es lo que me habría faltado. Por mis muertos que hubiera soplado su puta madre, hasta ahí podíamos llegar.

Antes, mientras buscaba Gran Vía para salir de Madrid, bajando por Alcalá volví a ver la pancarta cochambrosa que cuelga de uno de los edificios más hermosos de Madrid, como es el del ayuntamiento, y la noche se me fue al carajo definitivamente. No voy a escribir un impropio al respecto porque no quiero que a la ristra de edificadores epítetos con que la tertuliana ha poco me ha regalado se una ahora el de xenófobo. Porque no lo soy. Lo que soy es un esteta. Y ese trapo mugriento que flamea en el edificio de Correos —ya ven qué antigualla soy— atenta contra mi sentido de la estética y del buen gusto.

Durante todo el camino de regreso a Pozuelo, las palabras de Marieta Ayuso no dejan de resonar en mis oídos como timbales hasta que llego a mi ridículo apartamento. ¿Misántropo, yo? ¿Bebedor? ¿Machista? ¿Homófobo? ¿Radical? ¡Y una mierda!

Jueves, 16 de junio de 2016

A pesar de los whiskies que me zampé la víspera en la terraza del Wellington, de las dos cervezas con que ayudé a tragar la cena al llegar a casa y de los tres o cuatro Ballantines's que me tomé de postre, he aparecido por comisaría poco después de las ocho de la mañana. Aunque lo he hecho con aspecto de soldado napoleónico tras la batalla de Waterloo. La noche anterior, muerto de hambre como iba, me dio por calentarme al microondas una lasaña de verduras congelada cuya venta debería estar tipificada en el código penal como delito contra la salud pública, y he pasado media noche entre paracetamoles por la resaca y Almax para la ardentía. O sea, como un *punching ball* en medio de dos boxeadores esquizofrénicos.

En cuanto llego a comisaría tengo la pésima idea de ponerme un café de máquina que me revuelve aún más el estómago y me intensifica los ardores. Me trago otro Almax y durante un buen rato me encierro en el cubículo que tengo por despacho y allí escruto una vez y otra el anónimo recibido por Marieta Ayuso. Y es entonces cuando me maldigo por mi torpeza al caer en la cuenta de que ayer noche, entre tanto whisky y tantas gansadas, no le hice la pregunta crucial: no la interrogué, merluzo de mí, por el secreto al que el pasquín se refería. Saco mi libreta, busco su número de móvil y, sin importarme la hora que es, la llamo. El teléfono repiquetea hasta siete veces antes de que la voz de la tertuliana suene al otro lado de la línea.

—Disculpe que le llame a esta hora, señora Ayuso. Buenos días. Soy el inspector Patón. ¿Puede usted dedicarme unos minutos?

—¿Ha ocurrido algo?

Su voz, que ha contestado la llamada con un «¿Sí?» adormilado, se manifiesta ahora preocupada.

—No, no, nada, nada. Es sólo que ayer se me olvidó preguntarle algo. Mis disculpas de nuevo.

—Ah, bien. Dígame usted.

En casos como éste es mejor no irse por las ramas, así que saco el estoque y entro a matar.

—¿A qué secreto se refiere el anónimo, señora Ayuso?

El silencio se hace largo y pesado. Oigo la respiración de la mujer, sibilante, algo pesada también, como el silencio. Después, como si se hubiese retirado del aparato, percibo lejana una tos mañanera e insistente. Mientras aguardo, recuerdo lo que decía Carrie Mathison en *Homeland*: «¿No sería un consuelo dejar de mentir y por fin descansar?».

—¿Hablar con un policía es como hacerlo con un cura, inspector? —me pregunta Ayuso inopinadamente.

¿Un cura?, me digo. ¿De qué habla ahora esta mujer? Todo lo que yo tengo de cura es el voto de castidad con el que muy en contra de mi voluntad me veo obligado a convivir, ya que no hay forma de romperlo como no sea pagando, y la necesidad no es tanta como para eso. No soy de los que toman por precio lo que no le dan de grado.

—¿Qué me quiere decir?

—Si su profesión le obliga a la confidencialidad.

—¿Se refiere a si estoy obligado a algo así como el secreto de confesión? ¿A si no podré contar a nadie lo que usted me relate?

—Eso es.

—Siento decirle que no, Marieta. —Y lamento mi respuesta, porque barrunto que la mujer quiere decirme la verdad y por fin descansar, pero he de serle sincero—. Lo que usted me cuente habré de hacerlo constar en un informe, y ese informe será leído por otras personas. Y en caso de que no tenga que realizar informe porque en realidad no me corresponde la investigación, sí tendré que contar lo que usted me refiera a los compañeros que se hagan cargo de la misma. Y una vez que la información llegue al conocimiento de esas otras personas perderé el control sobre ella. No, no puedo garantizarle esa confidencialidad, en absoluto. Lo lamento.

—Está bien.

Oigo el chascar de un mechero al otro lado de la línea, y de nuevo la tos. Enriscada, tenaz. El silencio se prolonga como si la comunicación se hubiese cortado, hasta que vuelvo a oír la voz de Ayuso.

—Antes de dedicarme a esto —comienza su relato la tertuliana, y pronuncia la palabra «esto» con un tono que es tanto de desazón como de aborrecimiento—, yo era una joven reportera de informativos de una célebre cadena de radio. Le hablo de hace unos veinticuatro años. O, más concretamente, de hace veintitrés años, ocho meses y algunos días, fíjese si recuerdo bien la fecha. — Se hace un silencio breve, y pienso que Ayuso está dando una calada profunda

a su cigarrillo. Enciendo uno a mi vez y el humo serpentea por mis pulmones y acrecienta mi ardentía—. Todos decían que tenía una carrera prometedora. Por pura casualidad, una noche llegó a mis oídos una información increíble, inspector: esa noche celebrábamos el cumpleaños de una compañera de la radio. Estuvimos de cena, de copas después, y todos bebimos más de lo debido. No sé cómo, acabé en el apartamento de un joven ejecutivo de una gran empresa eléctrica. Yo ya estaba separada por aquel entonces. Cuando desperté, ya por la mañana, todo lo que quise hacer fue escapar de allí. Odio dejarme llevar por los impulsos y eso, la decisión de acostarme con ese hombre que era un completo desconocido, no había sido más que eso, un impulso de los que de inmediato me arrepiento. Además, el tipo era un individuo pedante y engreído que sólo me dio asco cuando al despertar lo vi desnudo y legñoso. Le pedí permiso para ducharme en su apartamento, pues necesitaba desprenderme de todo lo que había pringado mi cuerpo la noche anterior y no sabía si me iba a dar tiempo a regresar a casa. Esa mañana tenía que cubrir la rueda de prensa de un político de primer nivel. Pues bien, cuando acabé de ducharme y mientras me vestía en el cuarto de baño, a través de la puerta lo oí hablar por teléfono: conversaba con otro ejecutivo de la eléctrica y, convencido de que yo, en la ducha, no podía oír lo que hablaba, fue más o menos pródigo en detalles sobre un soborno a un alto cargo del Ministerio de Industria. Me pegué a la puerta y a través de la madera conseguí grabar algunos retazos de la conversación con la pequeña grabadora que siempre llevábamos con nosotros en la radio. Eran sólo eso, retazos, pero extremadamente significativos.

Vuelve a quedar en silencio y oigo de nuevo que el mechero chasca.

—Aquella información valía un potosí. Le hablo del año 1992, el año de Filesa, Ibercorp y de no sé cuántos escándalos más. Y la quise para mí sola, no le dije nada a nadie, ni a mi jefe inmediato ni al de informativos ni al director del programa para el que trabajaba. No hasta no contrastarla y tener todos los datos. Pensaba que si compartía esa información en el estado inicial de la investigación periodística, me la arrebatarían y que mi nombre jamás figuraría en los créditos. Así que a los dos días, después de muchas horas pensando qué hacer, con la ingenuidad de mis treinta y pocos años, telefoneé a la eléctrica y pedí hablar con su consejero delegado. Si le digo el nombre le va a sonar. —Me lo dice, y vaya si me suena. Como una pandereta—. Me costó Dios y ayuda que me pasaran con él, antes tuve que sortear a infinidad de secretarías y a un batallón de mindundis, y no lo hicieron hasta seis días

después, cuando mi insistencia y mis insinuaciones les hicieron ver que estaban ante algo realmente grave.

—Tiene usted redaños, Marieta.

—Déjeme terminar, y opine después.

De nuevo un silencio mínimo, el tiempo escueto de una calada y una exhalación.

—Me citaron un sábado por la tarde en la sede de la empresa, un edificio enorme en la Castellana. Allí no había ni un alma, ni siquiera el consejero delegado que me había convocado. Tan sólo un par de agentes de seguridad y un abogado. Un abogado de cuyo nombre ni siquiera me acuerdo, posiblemente porque ni me lo dijo. Uno de esos tipos oscuros de piel pálida que se han hecho ricos en los despachos de las grandes empresas y que jamás han salido en la prensa ni han pisado un juzgado. Me planteó su propuesta con el mismo tono de voz de quien ofrece un café o un cigarrillo: tal vez, me hizo ver, yo podría conseguir que se le abriera proceso a la empresa, a sus dueños y al alto funcionario ministerial que habían participado en el cohecho, pero me garantizaba que, a cambio, me iban a destrozar la vida, que nadie, ni mi madre, me iba a reconocer cuando acabasen conmigo. Y me dijo un montón de cosas sobre mí, algunas tan íntimas que pensaba que ni mi marido, o mi exmarido ya entonces, las conocía. La otra alternativa era aceptar un maletín con diez millones de pesetas de los de entonces. En metálico. Contante y sonante. A cambio de mi grabadora, de la garantía de que no había copias de la cinta y de mis labios sellados para siempre. Es decir, a cambio de mi silencio.

De nuevo una pausa. Las ondas electromagnéticas del móvil ahora sólo transmiten dolor, consternación.

—¿No me pregunta qué hice? ¿Por qué alternativa opté?

No respondo. La contestación a esa pregunta la conocemos perfectamente ambos.

—¿Sabe usted lo que es el miedo, inspector?

«Los hijos, los hijos son el miedo», me respondo para mí. Y me vienen entonces a la mente intempestivamente recuerdos que creía olvidados. De cuando el hoy cazador de pokémons me hacía babear de felicidad a cada instante. También le podría responder con lo que decía Walter White, el protagonista de *Breaking Bad*: «Me he dado cuenta que el miedo es lo peor de todo. Ése es el verdadero enemigo». Pero tampoco es plan de desvelar ahora mi pasión seriéfila.

—Pues el miedo —se contesta ella a sí misma cuando advierte que yo no voy

a responder a su pregunta— es lo único a lo que en realidad hay que temer. El miedo al sufrimiento es peor que el sufrimiento mismo. El miedo a la muerte es peor que la propia muerte. Porque el miedo te mutila, te cercena la vida. Y tuve clara mi respuesta.

El mechero, al otro lado de la línea, vuelve a chascar una, dos, tres veces, como si el pulso que lo sostiene no fuera lo suficientemente firme como para conseguir la llama.

—Aunque la amenaza de ese abogado no hubiese sido más que una baladronada, de lo que no estaba en absoluto segura, lo que supe enseguida fue que no estaba dispuesta a vivir durante años y años con miedo. Así que cogí el maletín y entregué mi pequeña grabadora. ¿Qué le parece?

Medito mi respuesta. No es momento ahora ni para la chanza ni para el ingenio.

—Es infinitamente más difícil juzgar a los demás que hacerlo con uno mismo —digo al cabo—. Además, juzgar a los demás es pretender que actúen como nosotros lo haríamos, cuando en verdad pocas veces sabe uno cómo va a actuar al minuto siguiente. Quiero decir que no soy quién para juzgarla, Marieta.

—Sí, no se equivocaban, es usted inteligente, inspector.

—Gracias —respondo. Sus calificativos de ayer —homófobo, machista, radical, misántropo...— quedan en cierta forma dulcificados por esas palabras tuyas.

—Pues ése es mi secreto, mi gran secreto. Y supongo que es al que se refiere el anónimo que recibí. Poco tiempo después de todo aquello dejé los informativos y desde entonces me vengo dedicando a la prensa rosa. No me sentía capaz de seguir buscando verdades políticas, sociales, económicas en los informativos cuando yo había callado la verdad por puro miedo. Además, en este mundo de los cotilleos no se corren excesivos riesgos, salvo un arañazo de una loca histérica de vez en cuando. Aparte de los arañazos al alma, claro.

—Su secreto... —murmuro, pensativo—. ¿Quién lo conoce, Marieta? ¿Quién sabe lo que pasó hace... ¿cuánto?... ¿Veintitrés años, me ha dicho? ¿Su marido, tal vez?

—Oh, no. Me había separado de él al menos tres años antes, nuestro matrimonio ni siquiera nos dio para celebrar los cinco años de casados.

—¿Algún amigo íntimo? ¿Alguna amiga? ¿Algún compañero de trabajo?

—Nadie, inspector. Nadie en absoluto. Que yo sepa, nadie lo supo entonces

ni lo sabe ahora. Excepción hecha, claro está, de ese abogado cuyo nombre ignoro. El consejero delegado de la eléctrica murió hace un par de años, como recordará. No sé si alguien más en la empresa estaba al tanto de lo que entonces pasó, pero me extrañaría.

—¿Tampoco nadie de su familia?

—Nadie. Y además casi no tengo familia, familia próxima, quiero decir. Únicamente una hermana con la que me veo poco y un puñado de sobrinos cuyos nombres confundo cada vez que coincidimos, lo que ocurre muy de tarde en tarde.

—Puede ocurrir que esa referencia a su secreto en el anónimo no sea más que un tiro al aire, una fanfarronada...

—sugiero, con escasa convicción.

—Sería una tesis digna de ser tenida en cuenta si no fuera porque también el anónimo recibido por Conesa habla de un secreto. Dos tiros al aire sería demasiado, ¿no cree?

—Sí, lleva razón, posiblemente.

—¿Y entonces? ¿Qué piensa hacer usted?

—Ya le dije ayer que esta investigación no nos corresponde. Que tendremos que pasarle el asunto a los compañeros de Madrid.

—Bueno, pero dígame qué haría si fuese usted quien estuviese al frente de la investigación.

—No lo sé ahora mismo, señora —respondo, porque en verdad el asunto me resulta complicado—. De todas formas, no sé de qué manera ese secreto... esa información, si ahora saliese a la luz sin más testimonio que la palabra de quien ha escrito ese anónimo, puede perjudicar su reputación. No hay pruebas de lo que entonces pasó, esa grabadora suya fue destruida con toda seguridad, al igual que lo que contenía. Entonces, ¿qué ha de temer usted, Marieta? No habría ni siquiera investigación judicial: el delito, si es que lo que usted hizo lo es, que tampoco lo sé, ha prescrito.

—Pero la conciencia no prescribe, inspector. La conciencia es como una campana que no cesa ni durante el sueño en su constante repique. Con eso tengo que vivir. Y no es nada fácil, se lo aseguro. Pero, bueno, hay que seguir adelante.

* * *

Prometo a Marieta Ayuso que haré cuanto pueda para ayudarla, que

consultaré el caso con la superioridad y que la tendré al tanto de la decisión que se adopte. Le pido que tenga cuidado, ella me asegura que lo tendrá y ahí acaba la conversación. Después me quedo sentado en mi sillón como un globo desinflado. Lo que había comenzado como una denuncia que enseguida había reputado intrascendente a un individuo que me lo parecía aún más, comienza a adquirir un matiz que no me gusta nada. Si el anónimo recibido por Conesa tenía, a pesar de todo, ciertos visos de que su autor no era sólo un tipo harto de la basura televisiva, el que le ha llegado a Ayuso reúne todas las características de una amenaza seria. Y más después de saber lo que había ocurrido en la sede de esa empresa eléctrica hace ahora más de veintitrés años.

Me levanto de la silla, consigo, al hacerlo, expulsar por lo menos medio litro de gases de los que se habían acumulado en mi estómago e intestinos por culpa de la maldita lasaña de verduras de la noche anterior, me planteo si bajar a por un café hasta recordar el líquido inmundo que expende la máquina de la comisaría, abro la ventana, me acodo en el alféizar y fumo durante un buen rato. E intento esbozar una línea de actuación. Exploro caminos, indago vías, sondeo senderos, y al final todos ellos me llevan en una sola dirección: Pujadas, el comisario jefe. Que él decida, que para eso es el mandamás. Y que para eso cobra un montón de euros más que yo. Y cuanto antes mejor, que, como dijo el glorioso manco de Lepanto, en la tardanza suele estar el peligro.

Pulso el número de su extensión y me sale, como era de prever, la voz de Acevedo, el perro salchicha de Pujadas.

—Acevedo, soy Patón, ¿está el jefe? Necesito verlo cuanto antes. Ahora mismo, si puede ser.

—Pero, Patón, ¿en qué mundo vives? No son ni las nueve. El comisario no llega hasta las diez como mínimo.

Y muy bien que hace el jodido, discurre. ¿Para qué coño se es jefe si no es para no tener que madrugar como un encofrador?

—Dile que quiero verlo en cuanto llegue.

—Pues tiene una mañana complicada. Hoy se reúne con los padres del chico aquel que fue asesinado hace más de tres años y cuyo caso continúa abierto.

—Tú dile que hay novedades en el asunto del anónimo al periodista. Y novedades importantes que no pueden esperar. Que me busque un hueco.

Continúo fumando en la ventana, pero no consigo concentrarme. Así que apago el cigarrillo en el alféizar, regreso a mi silla y permanezco un buen rato haciendo un resumen de mi conversación con Ayuso en mi libreta de notas.

Luego, repaso las anotaciones que tomé durante mi entrevista con Conesa y el interrogatorio de Flavio Patricio; reviso las notas que me pasó la agente Sanmartín de su conversación con Miguel José Higuera, el antiguo jugador de baloncesto, y, por último, las de la reunión con los tertulianos. Leo entonces una frase que entonces escribí con mi letra diminuta y jorobada: «Comprobar antecedentes de estos prendas»; y me digo que es momento tan bueno como cualquier otro para hacerlo.

Conecto el «abuelete» —que, como yo, hace al menos un lustro que debería estar gozando de un merecido retiro después de años y años de servicio— y con mi contraseña accedo a la base de datos del Ministerio en la que figuran los nombres y señas de todos cuantos en este país han sido alguna vez fichados por las fuerzas policiales desde que el mundo está en manos de los ordenadores, que a ver adónde carajo nos llevan estos dichosos cacharros. El «abuelete» tarda un buen rato en cargar la página y, cuando lo hace y me muestra los resultados de la búsqueda, me llevo una sorpresa que hace que una sonrisa perversa se instale en mi boca de rodaballo. De los dieciséis nombres que he introducido en el sistema —los de los diez tertulianos, el de Conesa, el de Remigio Torres, los de José Luis Taboada Pérez, alias Flavio Patricio, y Miguel José Higuera Antón; el de Joaquín Mariscal Riego, exmarido de Ayuso, e incluso el del abogado Leopoldo López-Samper y De la Encomienda, malvado que soy—, obtengo resultados positivos para seis de ellos.

Joder. Como decía Mulder en *Expediente X*: «La verdad está ahí afuera».

Vayamos por partes.

Tres de los tertulianos —Tino Guillén, el tarado de Juanma del Salto y la propia Marieta Ayuso— tienen antecedentes por conducción de vehículos a motor bajo la influencia de bebidas alcohólicas. Para que después digan que soy yo quien tiene fama de bebedor, coño. Lo de los dos primeros no me sorprende en absoluto —recuerdo el racimo de venillas rotas en la notable nariz de Guillén—, y del otro lechuguino creo que no hay nada que pueda sorprenderme. Lo de Ayuso, al principio, me deja un poco descolocado, pues lo de conducir borracha no acaba de casar con su carácter y distinción. Aunque, en cuanto recuerdo el aplomo con que ayer se metió entre pecho y espalda casi un cuarto de litro de ginebra carísima, la sorpresa mengua hasta desaparecer por completo.

El lelo, me refiero a Juanma del Salto, tiene además antecedentes por riña tumultuaria y amenazas. Dato, este último, que enseguida anoto en mi libretita con mi letra contrahecha. Porque quien amenaza una vez puede aficionarse y

tomarlo por norma, aunque no veo yo al tal Juanma firmando como Ramnusia, pues no debe de tener ni puñetera idea de quién era tal diosa. Como seguro que tampoco sabe quién fue Savonarola.

Nando Pinteño tiene casi tres páginas en la ficha policial, debido a su inveterada costumbre de llevar consigo porros y psicotrópicos y de consumirlos en lugares públicos. Lo cual ha dado con sus huesos en el sanatorio para adictos donde me han insinuado se halla, y con un buen puñado de sus euros en el erario público, si es que pagó las multas administrativas que le impusieron.

La enana, Cristina Aguirre, tiene un solo antecedente policial, pero curioso: atentado a agentes de la autoridad y lesiones. Y me digo que ésa, a pesar de su cuerpecillo de renacuajo, tiene redaños para enfrentarse a un batallón de caballeros legionarios.

La última reseña se refiere a Remigio Angulo: fue denunciado en una ocasión, hace ya once años, por estafa y apropiación indebida. No puedo acceder a más datos ni saber si esas denuncias acabaron o no en condenas, pues los maderos no podemos acceder a los archivos del Registro Central de Penados y Rebeldes. Sólo los juzgados lo pueden hacer.

El abogado López-Samper, para mi decepción, está limpio. Lo cual debe obedecer, conjeturo, a un mal funcionamiento de las fuerzas policiales y de la Administración de Justicia, otra explicación no hay. Pues un tipejo como ése, que siempre está al borde del precipicio, alguna vez habría tenido que caerse, el muy jodido. También está limpio como una patena el resto de los tertulianos y adláteres por cuyas venturas y desventuras he consultado.

Miro el reloj y veo que no son ni las diez de la mañana. Vuelvo a llamar al salchicha de Pujadas, pero éste, ole sus cojones, continúa sin llegar a la comisaría. Redacto unos informes que tenía pendientes sobre el robo en Somosaguas y sobre otras investigaciones en curso y, cuando termino —lo cual es pronto, pues soy en mis escritos concreto y veloz, para algo me sirve ser licenciado en Historia— hago una búsqueda en la red sobre los tertulianos. Sin embargo, los millones de resultados que hallo, y su absoluta intrascendencia, me acentúan la ardentía y desisto. Miro también los perfiles de Facebook, Twitter y demás estupideces por el estilo y tampoco encuentro nada de interés. Tampoco de Marieta Ayuso hallo nada relevante: tiene una página en la Wikipedia en la que ojeo su biografía; me sorprende al leer que nació en diciembre de 1956, por lo que está próxima a cumplir los sesenta, y que, además de con el locutor Mariscal Riesgo, estuvo casada con un atleta

olímpico del que se divorció en 1999, al año escaso de casarse. Tiene una web oficial que lleva meses sin actualizar y que está llena de tópicos y en la que se reseñan los dos libros que ha escrito: *La prensa rosa: un mal necesario* y *Marieta Ayuso: mi vida*. El resto de resultados de Google es vomitivo: «La traición de Cristina Aguirre a Marieta Ayuso», «*La Comunidad*: todas las imágenes, vídeos y noticias de Marieta Ayuso», «Marieta Ayuso: así es su vida tras las cámaras de *La Comunidad*» y bazofia por el estilo. Pincho, no obstante, en ese último enlace, pero sólo hallo reseñas escritas por un descerebrado cuya redacción evidencia que cursó estudios en una caballeriza en vez de en un colegio y un ramillete de fotos irrelevantes en las que aparece con colegas y gente de la farándula.

A las once no aguanto más y subo al despacho de Pujadas. El cancerbero, en cuanto me ve venir, menea la cabeza y me advierte:

—El jefe está ocupado, Patón.

—¿Le diste mi recado?

—Ya te he dicho que está ocupado. No ha dejado de hablar por teléfono en toda la mañana.

Compruebo que el teléfono del secretario tiene todas las luces apagadas, le lanzo una mirada fiera de las que aún guardo un buen repertorio y, sin más, después de un repiqueteo breve sobre la madera, abro la puerta del despacho del jefe y me adentro en su guarida. Veo que ha tenido que pasar una noche mala —sus ojeras le llegan al esternón— y siento una secreta felicidad al advertir que sufre más que yo por los excesos. En esos instantes está apurando un café que no es de la máquina cochambrosa de la comisaría sino del bar de enfrente. Ventajas del cargo.

—¿Qué, una noche larga la de ayer, jefe? ¿Recepción oficial o madrugada de picos pardos?

—Déjate de coñas, que no tengo yo el día para tus estupideces, Patón. ¿Qué coño quieres?

—Novedades —le anuncio, dejándome caer en el confidente, que es de proporciones más amplias que las sillas del bar del Wellington y no aprisiona mis caderas de Gracia de Rubens—. Y curiosas.

—Desembucha —me ordena Pujadas mientras abre un frasco de pastillas y se traga un par de ellas a palo seco.

—Lee esto —le digo, dejando sobre su mesa el anónimo recibido por Marieta Ayuso—. Te va a gustar.

El comisario me observa antes de bajar la vista hacia el papel.

—¡No me jodas! —exclama el jefe en cuanto lo ve, regresando la vista hacia mí—. ¿Otro?

—Otro.

—¿Quién es esta vez el afortunado? —inquire, mientras con un par de dedos peludos coge el anónimo por una de sus esquinas.

—Marieta Ayuso.

Pujadas extiende el pasquín ante sí, se frota las sienes con los pulgares y lee. Cuando acaba, me mira muy serio y muy fijo. Sus ojos están surcados de venillas que conforman un mapa hidrográfico con los ríos señalados en color rojo sangre. Hay en ellos, además de una resaca de caballo, preocupación. Es, como yo, un policía veterano y sabe detectar la mierda aún antes de olerla.

—El mismo autor. Aquí está Rammusia, un secreto y todo lo demás.

—Tú lo has dicho. Calcadito al otro.

—¿Quién te lo ha dado? ¿La tertuliana? ¿Ayuso?

—Ayer noche, en el Wellington.

—¿Cómo? ¿En un hotel?

—Lo que oyes. Idea suya.

—¡En el Wellington! ¡Tú!

—En el bar. En la terraza de afuera, para ser más exactos. Nada íntimo, te lo aseguro.

—Mira, Patón, cojones, lo último que quiero yo aquí es que se nos pueda acusar de trato impropio con una de las víctimas, y...

—¡Eh, eh, para, para! Para el carro, jefe. Y no seas mal pensado, que no van por ahí los tiros. —«Más quisiera yo», me falta añadir—. Me llamó, me dijo que tenía algo que contarme y me citó ahí. En el bar del Wellington. No quiso venir a comisaría. Eso es todo. ¿Qué querías que hiciera?

Pujadas se queda unos segundos pensativo sin dejar de mirarme. Al final, debe de advertir que, con mis trazas, no soy de los que una mujer como Marieta Ayuso se llevaría de folleteo a un hotel como el Wellington. Ni a ningún otro sitio, ni a un puñetero motel de carretera, creo que barrunta, pues menea la cabeza y sonrío. Molesto, estoy a punto decirle que, con todos mis respetos, él, esa mañana y casi siempre, se parece al comandante Spock, el de *Star Trek*, pero más viejo, más gordo, canoso, con menos pelo y después de una noche de farra; pero, buen subordinado como soy, opto por callarme. Para que luego se diga.

—¿Hay más? —me pregunta.

—¿Más anónimos? No lo sé. Pero no me extrañaría.

—Recemos por que no.

—Amén.

—¿Qué vas a hacer?

—Dímelo tú, que para eso eres el jefe.

—¿Te ha contado a qué se refiere esto? —me interpela, señalando el folio.

—¿El secreto a que se alude ahí? Sí, me lo ha contado.

—Pues ¿a qué esperas? Desahógate, carajo.

Le narro de la forma más fiel y sucinta posible lo que Marieta Ayuso me ha contado esta misma mañana sobre la cana al aire, la conversación grabada en la casa del zangolotino a quien se tiró la noche de autos y sus tratos con la empresa de electricidad. Y cómo acabó todo.

—Joder, pues sí que está buena la cosa —se queja el comisario jefe cuando finalizo mi relato y cruzo las piernas—. Diez kilos se llevó, la muy zorra. ¡Y diez kilos de entonces! Aquí quien no corre, vuela. Y luego, ahí la tienes, pontificando cada día en antena. En fin, dime tus planes.

—Pasar a la reserva. Y hoy mismo, si es posible.

—Déjate de jodiendas, coño, Patón. Que esto es serio.

—No nos corresponde.

—Que no nos corresponde, ¿el qué?

—La investigación, jefe. Ayuso vive en Jorge Juan, Madrid. Y ahí le dejaron el anónimo con la amenaza. En el buzón de su casa. La investigación les corresponde a los colegas de la Villa y Corte, por tanto. Claro como el agua clara. Y si eres medianamente hábil, y me consta que lo eres para quitarte los marrones de encima, igual haces que ellos se encarguen también de lo de Conesa. Así matamos dos pájaros de un tiro.

En ese momento suena el timbre del teléfono. Antes de cogerlo, Pujadas me mira sin saber si lo que he dicho acerca de sus habilidades es un halago o una pulla, mas la estridencia del aparato parece acrecentarle la jaqueca y se decide por levantar el auricular dejando su duda irresoluta.

—¿Qué quieres, Acevedo? Estoy reunido... ¿Cómo? ¿Sanmartín? ¿Qué le ocurre? ¿Tan urgente es? Qué coño... Está bien, que pase.

Si no fuera porque Marieta Ayuso me tildaría también de machista, les diría que la agente Sanmartín está hoy más que nunca para mojar sopones y dejar el plato reluciente. Viste el uniforme, que se ciñe a su cuerpo como un guante, y la tela azul de sus pantalones comprime las columnas dóricas que son sus muslos hasta confundirse con una piel que soy capaz de oler en la inmediatez turbadora de su presencia. No sé por qué me han afectado tanto las

apreciaciones que ayer hizo de mí la tertuliana —como si no estuviera acostumbrado a que me digan de todo— y me contengo de la única forma que puedo: repantigándome en la silla y fijando la vista en mi comisario.

—¿Qué ocurre, Sanmartín? —le suelta Pujadas sin un saludo, y con cierto destempe, aunque percibo en sus ojillos rojizos el mismo destello de admiración y deseo que debe relumbrar en mis ojos de búfalo—. Me dice Acevedo que es algo que no puede esperar. Y de lo que también debiera estar al tanto el inspector Patón. Expílicate. ¿Qué pasa?

—Buenos días, señor. Buenos días, inspector —nos saluda la poli, educada aunque inquieta. Pese a que Pujadas le ha hecho un gesto para que tome asiento junto a mí, permanece de pie. Tengo a apenas quince centímetros de mi mejilla sus caderas rotundas, espectaculares. Huelo cosas que no quiero oler: juventud, calor, voluptuosidad. O eso creo. Igual sólo huelo el sabor metálico de los whiskies de ayer, que aún regurgitan en mi estómago, y el de la maldita lasaña congelada de verduras, así esta mañana atropelle un tren de mercancías al cocinero que la hizo—. Creí que deberían ver esto.

Muestra el Ipad que porta en su mano izquierda, lo abre, lo conecta y le muestra a Pujadas una pantalla que no puedo ver. Lo que sí puedo advertir es el gesto del comisario, que se demuda.

—¡La puta que me parió! —exclama—. ¿Cómo se han enterado?

—No lo sé, señor —responde Sanmartín.

—¿Os importaría decirme qué coño pasa? —pregunto, algo mosca.

—Mira esto —me dice Pujadas, volviendo hacia mí el Ipad. Y leo:
AMENAZADO DE MUERTE ALBERTO LUIS CONESA, EL PRESENTADOR DE *LA COMUNIDAD*.

La noticia la ofrece *El Confidencial*, y la firma un tal Jorge Ambrosio. Ha sido colgada esta misma mañana, a las 9:50 horas, y es pródiga en detalles: relata que el cruce entre Postigo y Parada recibió hace unos días un anónimo en el que se le compelia a desvelar en antena un gran secreto de su pasado bajo amenaza de muerte. Describe que el anónimo lo firma una tal Ramnusia, nombre que se corresponde, cuenta el plumilla, «con la diosa Némesis en la mitología griega». Continúa sosteniendo que «la policía, que se ha tomado muy en serio la amenaza, está realizando intensas gestiones para descubrir al autor del anónimo y se ha ofrecido protección a Conesa; asimismo se ha procedido a interrogar a su círculo más cercano, y, entre los que han sido llamados para ofrecer su testimonio, figura el cantante Flavio Patricio, con quien Conesa mantuvo hasta hace unos meses una relación sentimental que se prolongó durante años y que finalizó intempestivamente no hace mucho. Desde

El Confidencial hemos intentado recabar declaraciones tanto de Conesa como de Flavio Patricio, quienes han rehusado manifestarse públicamente». Y bla, bla, bla.

—Ayer configuré —nos explica la agente Sanmartín cuando finalizo la lectura con un exabrupto— una alerta de Google con el nombre de Conesa y del resto de tertulianos. Y acabo de encontrarme con esto.

—Pues si no queríamos lentejas, dos platos, chica —le digo, y le acerco el anónimo recibido por Marieta Ayuso. Ahora sí, la agente se sienta, lee velozmente el texto del pasquín y luego, cuando acaba, mira a Pujadas y luego a mí. Los ardores, y no sólo los del estómago, se me acentúan. Pienso en qué tal juego haría el de concupiscente con el resto de títulos con que ayer Ayuso me bautizó.

—No hay duda de que el autor de ambos anónimos es el mismo —argumenta Sanmartín.

—Evidente.

—Esto se nos va de las manos —interrumpe Pujadas mi edificante reflexión—. Demasiado grande para un sitio como Pozuelo. —Descuelga el teléfono, pulsa una tecla y no aguarda ni medio segundo—. ¿Acevedo? Sí, ponme con Madrid, con la Dirección General... Con el comisario Caballero, de la Jefatura Central Operativa... Sí... ¿Que si no está? ¡Pues que lo busquen, coño!

Jueves, 16 de junio de 2016

A pesar de mi malestar general y mi ardentía, decido ver esa tarde en comisaría la tertulia televisiva donde Marieta Ayuso interviene.

Enciendo el ordenador y contemplo los rótulos y la cabecera, me arrellano en mi sillón y me preparo para lo peor.

Comienza la función.

* * *

La cámara, mientras suena la melodía de la cabecera de *La Comunidad*, hace un barrido lento durante el cual se va deteniendo, uno por uno, en los rostros de los tertulianos del programa, para quedar fija después en el semblante extremadamente serio de Alberto Luis Conesa. Son sólo unos segundos de encuadre, pero son suficientes para que la audiencia capte el estado de ánimo de quien hoy, sin duda, y más que nunca, va a ser el protagonista absoluto del programa: sus cabellos, de común tan pizpiretos y llenos de tornasoles, tienen hoy un brillo apagado, están rendidos en vez de crespos, su piel tiene un tono mate y hay en todo él un fulgor de desvalimiento que mueve a la lástima. Los rostros de los tertulianos —esta tarde, excepcionalmente, están todos, salvo Pinteño, que continúa ingresado en un sanatorio de la sierra recibiendo un tratamiento a base de baclofeno, modafinilo y disulfiram para combatir su adicción a la coca— manifiestan emociones diversas, variopintas: Olivia Maestre, ojerosa, apenas puede contener las lágrimas en sus ojos verdes; sus carnes anoréxicas presentan hoy un temblor más enfermizo que nunca. Marieta Ayuso enfrenta a la cámara con una mirada en la que cohabitan la prevención y el desafío; hay en ella algo, no se sabe muy bien qué, que la diferencia de los demás; tal vez sea esa sensación que transmite de provisionalidad, de que su presencia allí es circunstancial, efímera. Luz Campuzano, la de mirada inteligente, contempla el plató con aire divertido, como si fuera consciente de que todo allí, pese a la circunspección y la medida, es pura comedia en la que el final será el de siempre: el desmán y la demasía. Cristina Aguirre, cuya

melena blanca aparenta estar más indómita que nunca, acentuando su ceño salvaje, se sienta en su silla como agazapada, presta al ataque y la embestida. El ademán de Juanma del Salto, que pretende trasminar suficiencia, es más estúpido de lo habitual, logro que no es escaso; su sonrisa deja a la vista unos dientes grandes que todavía muestran imperfecciones después de dos ortodoncias carísimas y consecutivas. Incómoda porque ha sido ubicada en una esquina del escenario, Lucía Crespí intenta llamar la atención luciendo una minifalda imposible que revela unas estrías blanquecinas en el interior de sus muslos, a punto de rendirse ya a la celulitis y de que su esplendor de antaño capitule. Fofi León, peinado con gomina y luciendo un atuendo juvenil que chirría en contraste con su rostro estragado y la piel colgante de sus mejillas, tiene el gesto contraído y los puños cerrados, quizá intentando ocultar sus uñas roídas y las cutículas sanguinolentas. Lola Hermosilla, melena corta de paje, traje pantalón de color oscuro, piernas cruzadas y manos alhajadas sobre las rodillas, compone su habitual ademán modoso bajo el que se esconde un rencor perenne y ubicuo. Finalmente, Tino Guillén, que viste traje sin corbata bajo el cual sus músculos de gimnasta parecen a punto de descoser los hilvanes de la tela, no puede esconder su impaciencia y mueve los labios imperceptiblemente, como ensayando un discurso próximo.

Los aplausos del público que atesta el plató retumban histéricos cuando la melodía de la cabecera se va extinguiendo, como si también los asistentes al programa fuesen conscientes de que están a punto de vivir un momento crucial y crítico, memorable.

La cámara uno realiza un gran plano general que empequeñece a los tertulianos y enfatiza su soledad en el enorme plató, creando un efecto dramático. Remigio Angulo, en un alarde que esta mañana ha discutido largamente con su ayudante cuando esbozaban la escaleta, da la señal para que la cámara dos vaya realizando un contrapicado de cada uno de los tertulianos, que ensalza y magnifica sus semblantes, ahora, sin excepción, extremadamente graves. Y cuando los contrapicados finalizan, y al mismo tiempo que en el plató estallan a todo volumen las notas de «Qué sabe nadie» en la voz de Raphael, y en el mismo instante en que la ovación del público se redobra siguiendo las instrucciones del regidor que manotea frenéticamente aun a costa de invadir el plano conjunto que ahora pone en pantalla la cámara tres, la cámara cuatro toma un plano entero de Tino Guillén que, majestuoso y con gesto juicioso, se levanta muy despacio de su asiento y se endereza con gran lentitud mientras los acordes de la canción y los aplausos del público van

menguando y dejando su lugar a un silencio tan inhabitual en la tertulia como abrumado y tenso.

—Buenas tardes a todos, queridos amigos y amigas de *La Comunidad* —saluda a la audiencia con su voz alquitrana. Aunque intenta aparentar que improvisa, no hay duda de que acaba de comenzar un discurso memorizado para el que ni siquiera precisa el *teleprompter*—. Como todos sabéis, pues esta mañana la noticia ha saltado a la mayor parte de los medios de comunicación de nuestro país, uno de nosotros ha sido amenazado de muerte. La amenaza, que las fuerzas policiales consideran seria e inquietante, ha sido dirigida al conductor de este espacio, a Alberto Luis Conesa, a quien todos queremos y admiramos en un sentimiento que estamos seguros es compartido por todos vosotros, queridos espectadores, que sois quienes hacéis posible que este programa vea la luz cada tarde y lleve ya más de diez años en antena con unos índices de aceptación y audiencia que nos llenan de satisfacción. — Conforme a lo acordado, hace una pausa que Remigio Angulo aprovecha para dedicar un veloz plano americano a cada uno de los tertulianos, la mayoría de los cuales parece escuchar embelesados a Tino Guillén. Sólo en el gesto de Marieta Ayuso se adivina algo parecido al aburrimento que obliga a Remigio Angulo a avisarla a través del pinganillo para que avive el semblante. Cristina Aguirre, por su parte, continúa como agazapada, como el indio que espera a que su caballo acabe de beber en el arroyo para seguir cortando cabelleras de colonos americanos—. Pero hoy, queridos amigos y amigas de *La Comunidad*, hoy todos somos Alberto Luis Conesa, hoy todos somos —y señala con un ademán de su mano enorme al conductor de la tertulia, que lo mira con tribulación— este hombre decente y bueno cuyo único pecado es permitir que la libertad de expresión reine en este programa donde no hay lugar ni para las mordazas ni para las censuras. Un hombre bueno cuyo único secreto es su tolerancia y su destreza a la hora de moderar tertulias y debates que, como bien sabéis, hay ocasiones en que alcanzan cotas de tensión inimaginables. No nos van a callar. —Nueva y trágica pausa—. ¡No nos van a callar! —repite ahora con voz estentórea. Alza la mano, extiende el dedo índice y con él señala a la cámara cuatro que lo enfoca en este instante en un plano medio—. Si alguien cree que una amenaza va a suponer el fin de la libertad que programas como *La Comunidad* representan, donde no nos plegamos ni ante famosos ni ante poderosos, se equivoca. ¡El periodismo es la artillería de la verdad! —aúlla, citando a Hans Dietrich Gensher—. ¡Y, sépanlo todos, este cañón va a seguir disparando! Y a su frente, prendiendo la mecha y

sosteniendo la llama, va a seguir estando Alberto Luis Conesa! ¡Porque hoy y siempre Alberto Luis Conesa somos y seremos todos nosotros! ¡Y espero que también vosotros, queridos amigos y amigas de *La Comunidad!*

El público, que se pone en pie a los aspavientos del regidor, estalla en una ovación atronadora. La cámara uno toma un primerísimo primer plano de Conesa, que cruza ambas manos sobre el pecho, inclina la cabeza repetidamente y murmura de forma inaudible. La cámara dos ejecuta un plano en rotación y la cinco lleva a cabo un *travelling* aéreo mientras el plató es invadido por las notas de «No nos moverán», interpretada por Joan Báez. Todos los tertulianos se ponen en pie y aplauden mientras la cantautora entona: «No, no, no nos moverán / no nos moverán. / Como un árbol firme junto al río/ no nos moverán».

Después de casi un minuto de aplausos, Remigio Angulo ordena un fundido encadenado mientras el sonido disminuye progresivamente y el público, aunque sin dejar de palmear, toma asiento de nuevo. La ovación finaliza cuando el fundido concluye en un primer plano de Conesa, que se levanta, vuelve a cruzar las manos sobre el pecho y sonrío a un lado y a otro.

—Gracias, gracias, gracias, mil veces gracias, mil millones de veces gracias —retribuye, con la voz atribulada—. No tengo palabras para agradecer tanto apoyo, tanta solidaridad. Pero no dejemos que la maldad de alguno turbe la normalidad de nuestra vida. Y relajémonos. Y para eso, nada mejor que un consejo publicitario. ¿Sabían ustedes que el colchón Las Vegas, con su diseño único y su textura, es capaz de garantizarles el sueño perfecto y sin pesadillas? ¡Colchón Las Vegas, para un descanso eficaz!

* * *

Apago el «abuelete» de un manotazo que hace crujir sus tripas osteoporósicas. Me quedo pensativo, diciéndome qué coño habré hecho yo para merecer esto. Suena el teléfono y me descompongo: por Dios, que no sea otro tertuliano denunciando un anónimo de Ramnusia. Pero no, es Lucas Osorio, el buen Látigo, que me anima a bajar a ver unas imágenes de las cámaras de seguridad de Somosaguas que pueden ser de interés para el robo que estamos investigando. Le digo que muchas gracias pero que no, que para más cámaras estoy yo.

Me asomo a la ventana y enciendo un cigarro.

Medito.

«Lo trágico no es morir, sino desperdiciarse», decía Hannibal Lecter en la serie que lleva su nombre pero no su apellido.

Y es verdad, por mis muertos que sí. Le mando un correo a Pujadas rogándole acelere el papeleo para mi pase a la segunda actividad.

Viernes, 17 de junio de 2016

Me levanto con una opresión en el pecho que me impide respirar bien. Me siento en la cama y, cuando piso el suelo, mi respiración es espasmódica y en mi sesera rebotan negros presagios. Intento recordar alguna pesadilla nocturna que justifique el malestar, pero no hallo ningún recuerdo onírico e infausto. Lo cual, lejos de ser bueno, es pésimo, pues no hay nada peor que levantarse huérfano de sueños o, al menos, del recuerdo de esos sueños que en el fondo conforman una parte importante de nuestra vida. Aunque sean sueños trágicos, pues con su recuerdo se puede justificar el sabor acre de la saliva al despertarnos. Mientras que la ausencia de ese recuerdo hace que el día nazca repleto de desasosiegos. Y algo de eso es lo que me ocurre hoy.

Bufff, qué de tonterías he dicho seguidas, vaya forma de comenzar el día, cago en la puta.

A pesar de que caminamos a pasos agigantados hacia el mes de julio, el día amanece nublado y melancólico. En cuanto intento ponerme en pie, una tos húmeda, llena de flemas, me toma por asalto, me deja floja la próstata y tengo que cerrar con fuerza las piernas para que la cosa no vaya a mayores y empape las sábanas y deje hecha un asco la colcha. Como cada día, me digo que tengo que dejar de fumar y, como cada día, en cuanto el pensamiento se evanesce enciendo un cigarrillo que me calma las expectoraciones. Abro la ventana de la alcoba y veo que afuera, a pesar de las nubes que amenazan lluvia, el aire es cálido. Cualquiera otro día me habría dado energías y vigor, pero hoy sólo hace que crezca la zozobra que se ha apoderado de mí en cuanto he abierto los ojos. Y no sé por qué. La verdad es que, más allá de la gilipollez que he dejado escrita sobre los sueños, no tengo ni puñetera idea. Cosas de la próstata y de la edad, supongo.

Tengo, como las mujeres, un par de días tontos al mes, y hoy debe de ser uno de ellos. El tabaco me sabe áspero y tengo en la garganta como un nudo que me la ensoga. No sé qué me pasa, pero no auguro nada bueno. Ayer noche, todavía con la congoja de haber visto la tertulia televisiva de *La Comunidad*, cené solo en Casa Petra, que es, la de comer solo en un bar, una de las peores

soledades que existen. Peor que la de los niños que juegan solos, como le había contado a Marieta Ayuso. Para aliviarla, y pese a que aún tenía bien presentes las reminiscencias de la ardentía con que me había levantado esa mañana, decidí meterme entre pecho y espalda una botella de rioja peleón, un bocadillo de anchoas con pimientos morrones y un entrecot a la plancha del tamaño de la suela del zapato de Kareem Abdul Jabbar. Y un tocino de cielo y un par de whiskies de postre. Lo que se dice una cenita frugal que, en vez de ardentía, debe de haberme traído esta mañana este flujo de augurios funestos dispuestos a joderme el día. Viene ahora, no sé por qué, a mi memoria el nombre de Spurina, el arúspice romano que advirtió a Julio César de su asesinato en la Curia Hostilia, y mis pensamientos divagan a continuación sobre los libros sibilinos, sobre el valor de los agüeros, sobre sacerdotes y augures y sobre un montón de tonterías más, hasta que concluyo diciéndome que estoy mayor y cada día más gilipollas. Y que qué tendrán que ver las aprensiones de un policía viejo y gordo de Pozuelo con los idus de marzo y su puñetera madre.

Sin embargo, en ese preciso instante suena el teléfono.

Con un escalofrío, miro la hora, veo que sólo son las siete y cuarenta y cinco de la mañana y me convenzo de que los antiguos romanos llevaban más razón que un santo. Ruego a Dios por que desde el otro lado de la línea no me llegue la voz de un policía local dándome la noticia de que mi hijo ha sido atropellado por un camión de la basura mientras cazaba pokémons por el Retiro a altas horas de la madrugada. O algo así.

La voz que me llega es, no obstante, la de Pujadas, el comisario jefe.

Y no sé qué es peor, entonces.

—¿Sí? —pregunto, con un hilo de voz.

—¿Patón? —oigo a Pujadas excitado. Me recuerda viejos tiempos, aquellos de Ciudad Lineal en los momentos previos a una redada. Sé, sin embargo, que detrás de esa excitación no se esconden aventuras, sino desgracias.

—Al aparato, jefe.

—¿Qué haces?

Preguntar a un hombre de cincuenta y muchos años qué hace a estas horas de la mañana es arriesgarse a recibir una respuesta rigurosa.

—Fumando. Y a punto de prepararme un café para que me entren ganas de cagar y luego ducharme.

—Pues déjate de duchas y de cagancias y vente zumbando para comisaría.

—Si no voy al cuarto de baño y no me ducho no respondo de...

—Ahora mismo, he dicho, joder, Florencio. Te espero en un cuarto de hora en la puerta. Y ni se te ocurra retrasarte.

—¿Se puede saber al menos qué coño ha pasado?

—Marieta Ayuso.

—¿Marieta Ayuso? ¿Qué le ha ocurrido?

—Se ha suicidado.

—¿Suicidio?

—Se ha tirado por el balcón. O, al menos, eso me han dicho los de Madrid. Acaban de llamarme. Ya he dado aviso a Sanmartín, que también viene. Así que déjate de preguntas tontas y vente para acá. Tenemos que salir para Madrid cagando leches.

* * *

Llego a la puerta de la comisaría de Pozuelo a las ocho y siete minutos, esto es, siete minutos después de la hora convenida. Interrumpo la regañina de Pujadas en cuanto, de forma muy educada, le hago ver que he tenido que ducharme, aunque a carajo sacado, y que sin duda preferirá haber perdido unos pocos minutos aspirando el aire reconstituyente de la mañana en la puerta de comisaría esperándome, a tener que estar casi media hora, que es más o menos lo que vamos a tardar en llegar a Madrid, metido en el mismo coche conmigo olfateando cebollas pútridas. Si no cosas peores. Pues a eso suelo oler si no me ducho. Explicación que, por razonable y demoledora, acalla la homilía del comisario.

Después de tan atinada explicación, conecto las luces de emergencia en el BMW de los narcos y salimos a toda pastilla hacia Madrid. Nos acompaña, sentada en el asiento trasero, la agente Sanmartín, que ha fruncido su naricita de ángel cuando ha escuchado mis disquisiciones sobre mis tufos mañaneros. Momento en el cual he perdido definitivamente toda esperanza de intimar algo más con ella, si es que alguna vez la tuve, la esperanza, digo, que creo que no. No se me olvida uno de los últimos dardos con que la bruja de mi ex me asaeteó poco antes de la separación: «¿Tú —me espetó cuando le dije que estaba hasta los huevos de ella y que me iba a liar con otra— liarte con otra? ¡Pero si tú eres el remedio de la concupiscencia, majadero!».

En el trayecto, Pujadas, con ese estilo directo suyo, nos explica lo ocurrido.

—Ayer, como sabéis, llamé a la Dirección General, a la Jefatura Central Operativa, para informar del anónimo recibido por Ayuso y de que el asunto se

estaba poniendo muy serio y que escapaba de nuestras posibilidades. Fermín Caballero, que es buen amigo y que ahora está en la Jefatura Central, me dijo que tomaba nota y que esta mañana me llamaba para comunicarme la decisión que se adoptara. Y, en efecto, esta mañana, poco después de las siete y media, me han llamado, pero no Caballero, sino un tal Germán Villaescusa, un inspector de la Brigada Central de Investigación de Delitos contra las Personas, que es, por lo que se ve, a la que desde la Jefatura se le iba a encomendar la investigación de las amenazas a los periodistas de marras.

Dentro de la estructura de la Policía Judicial del Cuerpo, la Brigada Central de Investigación de Delitos contra las Personas, que está adscrita a la Unidad Central de Delincuencia Especializada y Violenta, es la encargada de la investigación de los delitos contra la vida y la libertad, tales como asesinatos, homicidios, secuestros, violaciones, desapariciones y barrabasadas por el estilo. Constituyen un grupo competente y altamente especializado, y el simple hecho de haberles encomendado la investigación de los anónimos a los tertulianos pone de manifiesto que desde las altas esferas no se habían tomado el asunto a broma en absoluto.

—Según me ha contado Villaescusa, poco antes de las seis de la mañana — prosigue Pujadas su relato; yo, por mi parte, permanezco atento al tráfico, en el que de poco sirven nuestras luces estroboscópicas, de tan espeso como va, y me muero por encender un pitillo, pero en el coche está prohibido fumar, a pesar de que la tapicería del BMW aún huele al humo de los puros habanos que se fumaban los jodidos narcos—, una individuo que hacía *footing* por Jorge Juan descubrió un cuerpo de mujer espachurrado en la acera y, cuando se le pasó el pánico, acertó a llamar a los municipales. Éstos, que se personaron en el lugar de los hechos de inmediato, identificaron a la interfecta, y enseguida...

—¿Cómo identificaron el cuerpo? —pregunto, extrañado—. ¿Me estás diciendo que manosearon el cadáver?

—No, no, déjame que me explique, hombre. No tocaron el cuerpo más que para cerciorarse de que estaba caput, para lo cual además no había que ser muy avisado teniendo en cuenta que había caído desde un cuarto. La identificaron gracias al bolso. En su interior hallaron la documentación de la occisa y, a mayor abundamiento —Pujadas suele expresarse de vez en cuando de esta manera: estuvo un tiempo sirviendo en la Academia de la Policía y todavía se siente medio catedrático—, uno de los municipales que acudió al aviso reconoció a la tertuliana, a Marieta Ayuso, de verla por la tele.

En ese instante me comienzan a repicar campanillas en ese lado del cerebro que los maderos solemos tener más desarrollado; es ese lugar donde el instinto natural del policía se teje con la experiencia para conformar una especie de alarma que suena destemplada en cuanto un testigo nos miente o un relato está lleno de incongruencias. Ha habido algo en la narración de Pujadas que ha despertado ese instinto y ha hecho tañer las campanas, pero no consigo averiguar qué ha sido.

—¿Y cómo es que desde Madrid han dado aviso a Pozuelo, jefe? —pregunta la agente Sanmartín, que, sentada en el asiento trasero, se ha colocado en el centro del mismo y apoyado cada uno de los codos en los respaldos de los delanteros, para no perderse ni tanto así de la conversación. Cuando la miro por el retrovisor intento fijarme únicamente en su rostro: no quiero ni imaginarme otras perspectivas posibles si quiero que el BMW, que conduzco a toda la velocidad que el tráfico me permite, siga circulando por el carril correcto y no termine empotrado en la mediana.

—A eso iba —explica Pujadas, que se gira brevemente para mirar a la agente y enseguida retira la vista, como si en el escote de Sanmartín hubiese un escorpión—. Los municipales dieron parte a la comisaría de Madrid-Salamanca y, desde allí, en cuanto introdujeron el nombre de la víctima en el sistema y supieron lo de los anónimos y demás, avisaron a Villaescusa, que ha tenido la deferencia de llamarnos. Quieren que les informemos de todo cuanto sepamos.

—¿Y están seguros de que es un suicidio? —inquiero.

—No han sido muy explícitos, aunque si alguien se tira por un balcón lo primero en que se piensa es en un suicidio, ¿no? De todas formas, Villaescusa me ha dicho que barajan todas las hipótesis y que todavía no descartan ninguna. Esta gente, si no lo tiene claro, no se moja. Y todo está en una fase muy preliminar. ¿Por qué lo preguntas?

—No sé... —me tomo unos segundos para reflexionar—. No la conozco de casi nada, pero jamás habría dicho que en Marieta Ayuso había una suicida en potencia. Es... Era... no sé... una mujer fuerte, una tía que los tenía bien puestos, o esa impresión me llevé cuando estuve con ella. ¿Qué opinas, Raquel? Tú también la conociste.

—Apenas, jefe —responde Sanmartín tras una mínima vacilación, como si la sorprendiese que yo requiera su opinión. Me encanta eso de que también me llame jefe: me pone al mismo nivel que Pujadas, lo cual no debe de ser muy del agrado de éste—. Sólo de cuando estuvimos en los estudios de La Décima

interrogándola junto al resto de los tertulianos. Pero sí, estoy de acuerdo: parecía una mujer segura, fuerte. Aun así, ¿no cree usted que había también en ella algo... no sé cómo decirlo... un halo de tristeza? ¿Un algo de fatalidad?

Se me viene a la mente la imagen de Marieta Ayuso sentada en el bar del Wellington. Pese a que ese día no iba muy arreglada —¡Fue sólo antes de ayer, Dios bendito, y me parece que ha pasado un año!—, la recuerdo confiada, dominando la situación y muy segura de sí misma. Sí, es cierto: como dice la agente Sanmartín, había en ella un aire melancólico, un deje de zozobra. No soy psicólogo y creo en la psicología lo mismo que en el poder afrodisíaco de un documental de La 2 sobre el cangrejo rojo; es decir, absolutamente nada. Soy de los que piensan que, como decían en *Los Soprano*, no recuerdo exactamente quién, hablando del mundo actual, «el cunnilingus y la psicología es lo que nos ha llevado a esto». Pero, después de no sé cuántos años de policía y teniendo que tratar con romanos y cartagineses, algo conozco del alma y de la naturaleza humanas. Y sé que cuando se habla de suicidas, hablamos de personas depresivas o con un trastorno psiquiátrico; de personas que arrastran un profundo sentimiento de culpabilidad y se piensan que son responsables de todo lo malo que ocurre a su alrededor; de personas que se comportan como si buscasen la muerte; de personas agresivas, bien hacia sí mismo, bien hacia los demás; personas autodestructivas, etcétera. Y ninguno de esos rasgos concurren... concurrían en Marieta Ayuso.

Mientras me he hecho esta reflexión, ya hemos entrado en Madrid y Pujadas ha aprovechado para conectar la radio del BMW de los narcos. Sintoniza una emisora generalista y, en el boletín de las ocho y media de la mañana, la noticia de la muerte de la tertuliana ocupa el tercer lugar en la letanía de infortunios que el locutor desgrana. No sé cómo coño los buitres de la prensa se han enterado tan pronto, pero así es. El presentador habla de que las causas de la muerte no han sido determinadas, aunque fuentes extraoficiales hablan de suicidio, y luego se deshace en loas acerca de las virtudes de la muerta y finaliza con una brevísima reseña de su carrera periodística. Cuando oigo en la voz del locutor la palabra «suicidio», las campanas de mis alarmas cerebrales vuelven a repicar con fuerza, mas no consigo dilucidar la razón. O sí, y es que me choca que Marieta Ayuso se suicidara. Y más tirándose por un balcón, expuesta a la vista de todos, hecha una butifarra. Mientras el presentador sigue desmenuzando desventuras con la misma indiferencia que un pescadero troceando un rape, intento encontrar la razón de la inquietud. Si es que hay otra que no sea que no me trago que la tertuliana se haya suicidado.

—¡Eh, eh, Patón! —me sobresalta Pujadas cuando voy a girar para tomar Alcalá—. ¿Adónde vas, hombre?

—¿Cómo que adónde voy, cojones? —replico, cabreado porque, con el grito que me ha dado Pujadas, he estado a punto de llevarme por delante a un agente de movilidad, y lo último que quiero en esta vida es que en la posteridad se me recuerde al lado de Esperanza Aguirre en la galería de los desaguisados. Veo por el retrovisor que la agente Sanmartín ha puesto primero cara de susto al observar mi maniobra y luego de sorpresa al oír mi exabrupto; no conoce las andanzas de Pujadas y mías en el pasado y los lazos de confianza que, al menos eso creo, nos unen—. Pues a Jorge Juan, ¿adónde coño quieres que vaya? ¡Al lugar de los hechos!

—¡Toma la Castellana de nuevo en cuanto puedas, joder, que vamos a Miguel Ángel!

No me puedo creer que Pujadas sea tan considerado como para invitarnos a un desayuno bufet en el hotel Miguel Ángel, que creo que ya no se llama así pero es igual, por lo que supongo que nos dirigimos a la Dirección General, que radica en el número cinco de esa calle.

—¿Adónde vamos —pregunto—, a la Dirección General?

—Ya deberíamos estar allí, si no fuera por tu retraso. Nos esperaban a las ocho y media.

—¿Y qué coño se nos ha perdido en la Dirección General, Pujadas? Donde deberíamos ir es a Jorge Juan, al lugar de los hechos, donde se corta el bacalao.

Pujadas me insiste desabrido en que tome dirección a calle Miguel Ángel, número 5, adonde llegamos a las nueve menos veinte. A menos cuarto ya estamos reunidos en una sala de la planta segunda con tres tipos —Villaescusa no se encuentra allí, está, nos dicen, en Jorge Juan, donde nosotros también debiéramos estar, y no allí, perdiendo el tiempo, carajo— que no han pateado las calles ni perseguido a un yonqui ratero ni esgrimido un arma en su puta vida y que nos obligan a relatarles con pelos y señales cuanto sabemos de los anónimos a Conesa y Ayuso. No puedo dejar de pensar que todo esto es excesivo, seis policías, tres de ellos —o cuatro, si incluimos al comisario de Pozuelo— de alto nivel, dedicando la mañana a unas amenazas anónimas y al supuesto suicidio de una tertuliana. Y, de nuevo, en cuanto se ilumina en el escenario de mi mente la palabra «suicidio», el carrillón de mi instinto vuelve a parecer una atracción de feria. A las nueve me corroe la impaciencia, soy capaz de matar por un cigarrillo y las campanas de mis alarmas cerebrales

siguen repicando como si se hubiese muerto un obispo.

Y es entonces cuando caigo en la cuenta. Y suelto, sin venir a cuento, interrumpiendo a uno de los polis madrileños que está pontificando acerca de la obligación de reserva policial:

—Marieta Ayuso no se ha suicidado.

—¿Cómo dice usted? —me pregunta el madrileñín blanquiñoso.

—Dicen que el bolso estaba en la calle, con el cuerpo. ¿Y quién carajo —lo instruyo— se tira desde un balcón con el bolso entre las manos, hombre de Dios?

Viernes, 17 de junio de 2016

A las diez y diez de la mañana llego a la calle Jorge Juan. Veinte minutos antes, y tras pasar un buen rato explicando a los sesudos colegas de la Dirección General que el suicidio no casa en absoluto con la personalidad de Marieta Ayuso, que ni Sanmartín ni yo detectamos en ella rasgos autolíticos y que, en cualquier caso, es absurdo sostener que una suicida se lance al vacío llevando consigo su bolso, como si necesitara maquillarse antes de estamparse contra el suelo y quedar como un huevo de Casa Lucio, se me permite abandonar la reunión e irme en taxi al lugar de los hechos. Donde me espera, me dicen, el inspector Villaescusa, que está a cargo de las pesquisas y a quien telefonean para solicitar y obtener su consentimiento acerca de mi presencia allí. El BMW de los narcos se lo queda Pujadas para regresar a Pozuelo con Sanmartín en cuanto se lo permitan los de la Dirección General.

Cuando me persono en Jorge Juan, ya se han llevado el cadáver de Marieta Ayuso al Anatómico Forense de Ciudad Universitaria, donde le practicarán la autopsia. En la calle sólo queda un grupo bastante nutrido de periodistas, un hatajo de curiosos truculentos, dos polis de uniforme que mantienen alejados y a raya a unos y a otros, las cintas blanquiazules que preservaron el lugar donde cayó el cuerpo, los restos del material usado para cubrirlo y una gran mancha rojiza de sangre más o menos reseca sobre la acera. También hay, aparcados de cualquier modo, dos zetas, un coche camuflado y un furgón con distintivo policial. Y un coche y dos motos de los municipales, que reordenan el tráfico. Levanto la vista y diviso, en la cuarta planta del edificio, el balcón desde donde la tertuliana cayó, en el que un miembro de la científica vestido con mono blanco y mascarilla se afana en sus meticulosos quehaceres. Mientras uno de los polis de uniforme se me acerca, me digo que el lugar está siendo tratado como la escena de un crimen y se han adoptado las medidas pertinentes para su protección y aislamiento, lo cual habla muy bien de la diligencia de Villaescusa y de que la hipótesis del suicidio no está en absoluto cerrada.

—Circule, por favor. Aquí no se puede estar.

Enseño la placa al agente y, como suele ser habitual, me contempla con cierta

perplejidad, como si no se pudiese creer que el tipo gordo y viejo que tiene ante sí sea un inspector de primera de la policía.

—Me esperan arriba —le hago saber. Al mismo tiempo percibo los centelleos y traquidos de los *flashes* de los fotógrafos de la canalla, que han visto cómo me cuelgo la placa al cuello.

Tardo un rato en entender los mandos del ascensor, que es una caja vieja de madera y latón donde quepo yo y, con algo de esfuerzo, un niño eritreo, no más. Sube traqueteando y a la velocidad de un caracol asmático, y tardo otro buen rato en conseguir abrir la puerta del trasto cuando se detiene en la cuarta planta. Me ayuda desde fuera otro uniformado, que, cuando le señalo la placa que cuelga de mi cuello como un escapulario, pone idéntica cara de extrañeza que su compañero que monta guardia abajo.

—El inspector Villaescusa —le indico, agrio—. Me espera.

—¿Patón?

—¿Villaescusa?

El individuo que se me acerca es alto y delgado, tiene poco más de cuarenta años, barba casual donde ya afloran canas y ojos grises e inteligentes que, a pesar de denotar severidad, me contemplan con cierto brillo irónico. Viste pantalón vaquero desteñido, camisa celeste y, como casi todos los maderos, yo incluido, cazadora con la que tapar la pistola que lleva al cinto. Su apretón de manos es seco y recio, como a mí me gusta. Odio las manos húmedas y endebles como babosas. Pienso que el colega me va a caer bien.

—Encantado de conocerte.

—Lo mismo digo. Te avisaron de que venía, ¿verdad?

—Sí —asevera. Y añade—: me han dicho que estabas muy interesado en conocer el lugar de los hechos. Y también me han hablado de lo que dijiste sobre lo del bolso.

—Así es. No tengo nada claro lo del suicidio. Espero que no te moleste que haya venido.

—En absoluto. Me han hablado bien de ti.

—No sabía que conocieras a mi madre.

—¿Tu madre? ¿Cómo?

—No, hombre, nada, es una broma.

—Ah, sí, ya, vale... Pero, en serio, me han hablado bien de ti.

—Mejor así. Ya se fueron los del juzgado, por lo que veo.

—No hará ni veinte minutos. Llegaron pronto por una vez, ordenaron el levantamiento del cuerpo y se piraron. ¿Por qué?

—No, por nada. Me habría gustado ver el cadáver.

Villaescusa asiente. Sabe que en mis palabras no hay morbosidad, sino la consideración de que en los cuerpos de las víctimas se puede descubrir en muchas ocasiones un montón de cosas sobre los detalles de un homicidio. Cada vez me gusta más el tipo, aunque sea atractivo, alto y esbelto, cualidades éstas que, por lo habitual, suelen predisponerme contra quien las luce.

—¿Puedo entrar? —pregunto, señalando la puerta abierta de la vivienda.

—En cuanto acaben los técnicos. Y están a punto de hacerlo.

—¿Dejó nota?

—¿De suicidio? Bueno, hay un texto escrito en el portátil. Luego te lo enseño. Pero cualquiera pudo haberlo escrito.

—¿Te importa? —inquiero, sacando el paquete arrugado de Marlboro del bolsillo de mis pantalones de pana.

—Si no te lo fumas a cara de perro, claro que no.

—Joder, qué alegría. Uno que fuma. Cada vez somos menos los que nos damos al vicio. Coge.

Le ofrezco un pitillo y candela, y ambos fumamos en silencio durante unos segundos. El humo penetra en mis pulmones como un lenitivo, calmando la avidez con la que llevo luchando toda la mañana.

—¿Seguís con la hipótesis del suicidio?

—Descartada casi por completo.

—¿Y eso?

—Ahora lo verás.

—¿Por lo del bolso?

—De lo del bolso ya nos habíamos percatado nosotros, no te vayas a creer que fuiste el único. Cuando tengamos el resultado de la autopsia y el informe de la científica podremos opinar con mayor conocimiento de causa, pero, ya te digo, descartamos casi al cien por cien la hipótesis del suicidio. ¿Cuál es tu interés en el caso, Patón?

Pronuncia mi apellido con completa naturalidad. Sí que me está cayendo bien el colega.

—Como ya sabrás, la denuncia por el anónimo que recibió Alberto Luis Conesa, el colega de la fallecida y que inició todo esto, se interpuso en Pozuelo. Y después tuve oportunidad de interrogar a la mayor parte de los tertulianos, entre ellos a Marieta Ayuso. Antes de ayer, ahí al lado, en el bar del Wellington, pasé más de una hora hablando con ella. Fue entonces cuando me reveló que también había recibido un anónimo igual, con la misma

amenaza. Tengo que reconocerte que hasta esta mañana estaba loco por salirme del caso, pero ahora, con lo que ha sucedido, me ocurre todo lo contrario. Todo esto me intriga, y mucho.

—¿Piensas que todos recibieron amenazas?

—Pienso que, si las recibieron Conesa y Ayuso, varios más, si no todos, las pueden haber recibido también. Y que han estado callándose porque no les dieron credibilidad, porque no querían que nadie supiera que guardaban un secreto o por lo que coño fuera. Pero ahora, con lo que ha pasado aquí, pueden ver las cosas de distinta manera. Y ya te puedes figurar la que se nos puede venir encima.

—¿Nos? —de nuevo esa sonrisa cargada de ironía—. Habría jurado que los de Pozuelo ya estabais fuera de esto. Y a petición propia, además.

—Germán, aquí ya casi hemos terminado.

Quien se nos acerca es un tipo delgaducho vestido de astronauta que, cuando se quita la capucha, enseña un cráneo mondo y lirondo. Se desprende también de los guantes de látex y rebusca en sus bolsillos hasta dar con un paquete de Winston. La mascarilla cuelga de su cuello como un fular.

—Supongo que este es el fumadero, ¿no?

—Patón, te presento a Chema Soto, jefe de la científica. Chema, éste es Patón, inspector jefe de Pozuelo. Fue quien comenzó la investigación de los anónimos.

El apretón del astronauta también es sólido, aunque más fugaz que el de Villaescusa.

—¿Algo de interés? —pregunto.

—Bueno, siempre hay cosas de interés —repone, después de una larga calada y mientras expulsa el humo por la nariz—, y esta escena del crimen no iba a ser menos. Dejadme que me acabe esto —añade, blandiendo el pitillo— y ahora os lo enseño.

Enciendo un nuevo cigarrillo con la colilla del primero y, al hacerlo, observo que la cerradura del piso está intacta, sin rastros de que nadie la haya intentado forzar.

—¿Cómo habéis entrado?

—Con las llaves. Estaban en el bolso.

—Muy oportuno, sí, señor. Veo que la cerradura no estaba forzada.

—Así es. Si alguien más entró en el piso, o bien tenía llave o bien le abrió la propietaria.

Fumamos mientras un par de técnicos de la científica abandona la vivienda

portando sus maletines y las bolsas con las pruebas recogidas en la vivienda. Aunque aún se oye ajeteo dentro del piso. Soto comenta algo con sus técnicos en voz baja mientras se quita el mono protector de color blanco y los patucos, que entrega a uno de sus subordinados. Por debajo del mono aparece un jersey raído y el cuello de una camiseta blanca.

—¿Se llevan el ordenador? —pregunto, señalando a uno de los técnicos, que aguarda la llegada del ascensor cargado con una caja grande de cartón—. Me gustaría ver la nota.

—No, el portátil aún está dentro, dos de Informática Forense están ahora clonando el disco duro del ordenador de sobremesa, que también sigue allí. El portátil se lo llevarán ellos después. Ahora te enseño la nota. Y también quedan dos técnicos que están acabando en la cocina. Oye, Germán —inquire, dirigiéndose a Villaescusa—, ¿qué pasa?, ¿qué vais a llevar la investigación con los de Pozuelo o qué?

Ésa es la pregunta del millón: ¿qué coño pinto yo aquí? Villaescusa me contempla, y lo hace larga y valorativamente, como buscando una respuesta adecuada, y por un instante me temo que vaya a darme matarile.

—No, la investigación la vamos a llevar nosotros —expresa, en cambio—, pero no hay nada malo en que aquí el compañero eche un vistazo, ¿no crees?

Así se habla, Germán, cojones. Sí que me está gustando el colega.

* * *

El piso de Marieta Ayuso es antiguo, de techos altos, parqué de color claro y molduras de escayola. Es también oscuro, a pesar de que las puertas de los tres balcones que dan a Jorge Juan están abiertas, los visillos están descorridos y penetra por ellos una claridad agrisada. En el salón, que es la primera estancia en la que entramos después de acceder por un vestíbulo cuadrado, los muebles son clásicos y, a pesar de ello, impersonales, como si la vivienda hubiese sido adquirida con ellos dentro. Únicamente algunos detalles (marcos con fotos sobre un aparador, muchas de ellas de la fallecida con personajes públicos y del famoseo, unos pañitos de ganchillo sobre los brazos de los butacones, el inmenso televisor de plasma, un revistero rebosante de semanarios del corazón y de revistas de moda, un paraguero con un par de paraguas de cuyos mangos cuelgan sombreros...) pueden hacernos entrever la personalidad de su moradora. En la vivienda hay una extraña mezcla de olores: huele a ambientador, a perfume de mujer, a comida

especiada y a sustancias químicas. En todas las superficies donde han podido quedar impregnadas huellas dactilares se ven los rastros de los reactivos usados para fijarlas: el cianocrilato para revelar impresiones dactiloscópicas en superficies dúctiles, y el carbonato de plomo en las superficies sólidas y en el cristal. Pienso qué diría Marieta Ayuso al ver así su casa. Y también en lo que ella querría que hiciéramos. Y me acuerdo de lo que decía Thea Queen en *Arrow*: «Los muertos no quieren nada. Es una de las ventajas de estar muerto». Cuánta verdad, carajo.

En cuanto entro en el salón me doy cuenta de lo que Villaescusa ha querido decirme cuando ha afirmado que la hipótesis del suicidio está casi descartada. Por todas partes se ven rastros de lucha que han querido ser disimulados apresuradamente. Sobre la alfombra redonda que hay bajo una mesa de centro se aprecia una mancha todavía fresca de líquido derramado. Me acerco, olisqueo y adivino que es una bebida alcohólica, ginebra tal vez. Tres de las sillas que rodean una mesa de caoba ovalada están de pie pero fuera de lugar. Sobre el tapete de una coqueta vitrina hay una tortuga de cerámica cuyos trozos rotos han sido recompuestos de mala manera; aún hay en el suelo pequeñas esquirlas que, por debajo de la pintura polícroma, enseñan el color blanco de la loza. Hay una bandeja finamente tallada con un botellero y seis copas de cristal de Murano, dos de las cuales están rotas sobre el recipiente. Todo es como si de forma apresurada se hubiese intentado recomponer el desorden pero sin llegar a culminar el trabajo. Quedan, como flecos, pequeñas reminiscencias de un reciente caos.

—Joder —espeto, en un alarde de pura originalidad. De los míos. Ante tal exhibición, Villaescusa, temiéndose lo peor, me tiende un par de guantes de látex de color azul, que me enfundo con dificultad. Y unos patucos que me calzo con mayor dificultad aún—. En este sitio ha habido movida.

—Ya te dije que lo del suicidio estaba descartado.

—Comprendo.

Sigo examinando el salón y diviso que, sobre la tapa de la mesa de centro, todavía quedan los cercos pringosos de dos vasos. Hay también una fuentecita con frutos secos, algunos de los cuales están derramados por el suelo.

—¿Y los vasos? —pregunto, señalando la mesa con los cercos.

—Uno de ellos, que estaba sobre la mesa, nos lo hemos llevado al laboratorio. El otro estaba en la cocina, reluciente como los chorros del oro. Recién lavado, y a conciencia. También nos lo hemos llevado, aunque no vamos a sacar nada de él.

—El que estaba sobre esta mesa, ¿qué contenía?

—Ginebra, casi con toda seguridad.

—Marieta Ayuso bebía ginebra.

—Hay ocho botellas de Citadelle Reserve en la despensa —me informa Soto.

—¿Citadelle Reserve? ¿Qué es eso? ¿Una gin?

—Y de las caras. Alrededor de sesenta euros la botella.

Ahora me explico el importe de la cuenta que pagué el otro día en el bar del Wellington.

—Ya. ¿Puedo? —pregunto, señalando el balcón abierto.

—Tú mismo —me permite Villaescusa—. No creo que ya vayamos a escacharrar nada, pero, de cualquier forma, ve con cuidado.

Desde el balcón se otean los edificios de enfrente y, a lo lejos, las confluencias con la calle Velázquez. Antes de aproximarme a la barandilla, la inspecciono y veo que sobre la madera pintada de blanco que reviste el borde de hierro del balcón se aprecian lo que parecen ser unos arañazos livianos, de escasa profundidad pero con pinta de ser muy recientes. Son dos grupos que están en dos zonas de la barandilla, separados por cosa de un metro más o menos. Es como si alguien hubiera clavado las uñas de los cinco dedos de cada mano y arañado la madera. Siento un estremecimiento al imaginarme a Ayuso clavando sus uñas en la barandilla para no despeñarse. Para no ser despeñada.

—¿Habéis visto esto? —pregunto a mis acompañantes, señalando las rasgaduras.

Ambos asienten al unísono.

—Cayó desde este balcón —me señala Villaescusa—. Y parece que la pobre mujer se resistió. El cadáver tiene las uñas de ambas manos destrozadas y con residuos de pintura blanca. También se han recogido restos orgánicos bajo sus uñas.

Me asomo al balcón, que tiene una altura considerable, y veo que justo abajo están los maderos de guardia, la tropa de curiosos y periodistas, y la mancha de sangre. Los *flashes* de los fotógrafos centellean cuando me asomo. Abajo, las cintas blanquiazules revolotean como libélulas enloquecidas.

—Vamos al despacho —me indica Villaescusa cuando salgo del balcón—. Es la siguiente puerta a la izquierda.

El despacho es una estancia cuadrada, de tres por tres aproximadamente, con las paredes forradas de estanterías en madera oscura y repletas de libros, más

fotos enmarcadas en los anaqueles, una mesa recia en el centro, un sillón giratorio en cuero verde y dos sillas a juego. En el sillón está sentada una agente de policía, rubia y con gafas de fina pasta negra, también enfundada en un mono protector, que manipula un Mac de sobremesa. A su lado, un compañero tiene el portátil, también un Mac, en las manos. Soto se adelanta a hablar con ellos indicándonos que esperemos en la puerta del despachito.

—Este Soto, ¿es de los tuyos? —pregunto en voz baja a Villaescusa.

—No. De la Central.

—Coño. Pues sí que se toman en serio el asunto.

En cada comisaría de cierto nivel suele existir un grupo de policía científica. Pero hay, dentro de la estructura del Cuerpo, una Comisaría General de Policía Científica de la que depende el SAID (el Sistema Automático de Identificación Dactilar) y que tiene diferentes unidades (de Investigación, de Criminalística, de Investigación Científica y Técnica, de Análisis Científicos y de Coordinación Operativa) dentro de las cuales se hallan algunos de los instrumentos que para los polis nos son imprescindibles en nuestro trabajo, oséase, cazar chorizos y delincuentes, sean de cuello blanco o de pescuezo negro como el de la grulla coronada. Entre esos instrumentos y servicios están el Laboratorio de Biología y ADN, el Químico-Toxicológico, los departamentos de Documentoscopia, Identificación Lofoscópica, Balística Forense y un largo etcétera. Dedicar los caros y especializados recursos de esos superpolis a la resolución de este caso pone una vez más de manifiesto la preocupación que el mismo ha suscitado en las alturas.

—Pasad, por favor —nos solicita Chema Soto.— Éstos son Paula Martínez y Rafa Santamaría. Son de Informática Forense. A Villaescusa ya lo conocéis —se dirige ahora a ellos—. Patón es de la comisaría de Pozuelo, donde comenzó la investigación.

Ambos jóvenes —porque lo son, ni treinta años tendrán; podrían ser mis hijos, si no fuera porque, en vez de cazar pokémons, dedican su vida a descubrir fechorías— nos saludan con sendas inclinaciones de cabeza, a las que correspondo.

—Rafa —le pide Soto al chico, que tiene en sus manos el portátil—, enséñale a Patón la nota.

El informático deposita el ordenador sobre la mesa, con la pantalla mirando hacia mí; pulsa sobre una tecla que hace que el aparato cobre vida, y aparece un documento de Word breve y conciso:

Nadie va a decidir por mí. Ni el miedo ni el mal.

El miedo cercena la vida. El miedo es el bisturí que corta la carne sana de la vida.

El mal es únicamente la rendición del tiempo.

Que mi muerte sirva de reflexión.

Me prometía una vida feliz y al cabo sólo he obtenido desdicha y frustración. El periodismo no es más que comunicación. Es la expresión de una interacción de los seres humanos a través de la cual se comunican bien novedades, ideas, sucesos; bien sentimientos, pasiones; bien espectáculo, entretenimiento. Y debe causar en quienes reciben esa comunicación una reacción, una emoción: confianza, recelo, un debate acerca de la verdad. O, al menos, distracción, divertimento. Pero cuando lo que origina es sólo la convicción de la condición patética del comunicador, y cuando lo que provoca es sólo la constatación de la existencia de seres humanos peores que quienes reciben la interacción, entonces todo falla. Y lo que debiera ser transmisión de la noticia o, al menos, la creación de un espectáculo, se convierte exclusivamente en estercolero. Lo que debiera enriquecer, embrutece.

No puedo más. Ni con el miedo ni con el mal.

Ni con la desdicha.

Alcanzada la certeza, nadie, pues, va a decidir por mí.

Permanezco en silencio. Durante tanto tiempo que la pantalla se apaga con la suavidad de un suspiro. Las campanas de mis alarmas cerebrales tañen con fervor insólito.

—¿Qué ocurre, Patón? —me pregunta Villaescusa, apercibido de mi azoramiento.

—¿A qué hora fue creado este documento?

—Hoy. —Es Rafa Santamaría, el de Informática Forense, quien me responde. Tiene pinta de actor de cine, el muy cabrón—. Según los metadatos, a las cuatro y veintidós de esta madrugada.

—Vaya carajera —suelto, en otro alarde. Meditabundo, me rasco la testa. Percibo que Soto, que está a mi lado, da un respingo, y temo que pueda haberle salpicado un chaparrón de caspa. Me recuerdo que tengo que reponer mis existencias de champú anticaspas, que se me agotaron hace ya más de diez días. Siento que mis tripas se remueven sospechosamente. Lo que faltaba: la puta lasaña enlatada del otro día y las anchoas y los whiskies de ayer amenazando con hacer de las suyas.— Nada de esto tiene sentido, joder.

—¿Qué es lo que no tiene sentido? Explícate —me urge Villaescusa, algo fastidiado—. ¿Qué es lo que pasa que ninguno de nosotros ha advertido?

—Ese documento —digo, señalando la pantalla apagada— ha sido escrito por Marieta Ayuso.

—¿Cómo puedes saberlo? —me interpela Soto, que se mantiene a prudente distancia, como si temiera otro chaparrón de caspa.

—Me jugaría la pensión a que estoy en lo cierto.

—¿Eres experto en psicología forense? —Es la joven informática quien me hace la pregunta, mientras se ajusta las gafas en el puente de la nariz. Por debajo de su mono se adivinan formas rotundas. Me mira de arriba a abajo tras formularme la interrogación y yo, inconscientemente, me llevo la mano a la portañuela. Está todo bien guardado, afortunadamente.

—Antes de ayer estuve más de una hora conversando con Marieta Ayuso, como supongo sabéis, y si no lo sabéis os lo digo ahora. Y en esa hora y pico hablamos de muchas cosas: del periodismo, de las tertulias de la prensa rosa. Y del miedo. Y esas palabras que hay ahí —digo, señalando la pantalla apagada del portátil— son un calco casi literal de lo que me dijo ella. Eso de que el miedo cercena la vida. Estoy casi seguro de que esas palabras fueron escritas por esa mujer.

—Pudo ser obligada a escribirlas —sugiere Villaescusa.

—Cierto, pero entonces lo normal es que hubiese escrito lo que le dictaran. Y aquí no estamos hablando de algo escrito al dictado, bajo coacción: esas palabras son creación suya. Podéis creerme.

Se hace un silencio que aprovecho para echar un vistazo a los libros que atestan las librerías del despacho de Marieta Ayuso. Hay novelas, biografías, y mucho, mucho libro sobre periodismo.

—Bueno, ya veremos —rompe el silencio Villaescusa—. Chema, ¿habrán acabado ya en la cocina y en los dormitorios? Vamos para allá. Dejé a Roldán con tus técnicos.

* * *

En el piso de Marieta Ayuso sólo hay dos dormitorios: el que la tertuliana usaba, con una gran cama repleta de almohadones, que está perfectamente hecha, sin una arruga la colcha de extraño tejido verde oscuro con brillos; y una segunda alcoba más pequeña, con una cama individual, también perfectamente hecha y recubierta con una colcha de croché y una muñeca de trapo de cabellera amarilla y largas trenzas que me provoca un pujo de ternura. Pese a que ambas estancias están impecables, los técnicos de la científica han espolvoreado sus reactivos por cabeceros, pomos, mesillas de noche, armarios y por la superficie de la gran cómoda que preside el

dormitorio principal.

Cuando salimos del segundo dormitorio, hago un gesto a Villaescusa, un ademán mudo llevándome los dedos índice y medio de la mano derecha a los labios, preguntándole si puedo fumar. Me responde con una negación de cabeza y una mueca de los labios que denota contrariedad.

Los dos técnicos que quedan en la casa se hallan en la cocina, recogiendo ya sus bártulos, cargados de bolsas y adminículos. Soto los presenta como Pujol y Santos. Los acompaña una mujer de vaqueros ajustadísimos, bien entrada en la treintena, de generosas carnes, morena y de buena alzada. Tiene la mirada dura de las mujeres hermosas que, a las puertas de la madurez, recuentan arrugas cada mañana ante el espejo del cuarto de baño.

—Éste es Patón, Pepa —nos presenta Villaescusa—. Ella es Pepa Roldán, mi compañera.

Pepa Roldán me mira con un brillo de guasa en los ojos. No sé si es que hoy en día todos los polis de Madrid tienen brillo de guasa en los ojos (en mis tiempos teníamos otra cosa que a los buenos complacía y a los malos espantaba) o si es que yo se lo provoqué. Pero sea como sea estoy empezando a cabrearlos. Después de observarme con esa mirada guasona, contempla a Villaescusa con los párpados fruncidos, y no sé por qué se me ocurre que está como preguntándole si de verdad ese tipo gordo con cara de búfalo que está delante de ellos es el poli de Pozuelo del que les han hablado (más o menos bien, según se me ha dicho), y me dan ganas de enseñarle la minga para que se cerciore.

—Encantada, Patón —me saluda, regresando a mí la mirada, risueña, con algo de insolencia en la sonrisa, sin ofrecerme la mano—. Y tu nombre de pila es...

Ya estamos.

—Florencio —admito, displicente—. Pero soy feliz.

El técnico llamado Pujol estalla en una carcajada que resuena inapropiada en ese lugar y en ese momento y que enseguida congela en sus labios. Los demás, sin saber muy bien cómo reaccionar ante mi ocurrencia, me miran como si estuviesen viendo a un tiranosaurio jugando a voleibol. Muy especialmente Villaescusa. Y me digo que este hombre, por bien que me caiga, tiene menos sentido del humor que el increíble Hulk.

—Veo que estáis recogiendo —les comenta Soto a sus técnicos, rompiendo el encanto del instante—. ¿Algo de interés aquí?

La cocina es de tamaño mediano, con paredes de azulejos de color crema

muy pálido. Los muebles, antiguos, son de madera oscura, y en todos ellos resaltan las manchas blancas del carbonato de plomo. También las hay esparcidas aquí y allá en los electrodomésticos, que son de última generación y que desentonan en esa cocina vetusta.

—Había dos juegos de platos y cubiertos —explica el llamado Santos—, que, según todo indica, habían sido usados para la cena. Uno de ellos estaba en la encimera —añade, señalando la tapa de mármol donde el paso del tiempo ha incrustado máculas oscuras—, con restos de comida. El otro juego estaba limpio, en el fregadero, recién lavado con ese producto. —Y señala un bote verde con tapón rojo medio lleno de un líquido espeso—. No se usó el lavavajillas.

—La comida provenía de un tailandés situado aquí mismo —es ahora Pujol quien habla—, en Jorge Juan. El pedido fue hecho *on line* a las 21:50 horas de ayer y servido a las 22:25. El menú consistió en algo llamado... a ver... buff... es complicado...—y consulta entonces unas notas— ...sí, aquí está: *Ha kao, Too man talay, tallarines pad thai kiew krob kung* y arroz *khao pad kung*. Sin bebidas. El total pagado fue de treinta y ocho euros con treinta céntimos, más el recargo por el servicio a domicilio. Tenemos el tique. Nos llevamos los restos de la comida, para el laboratorio.

Cuando oigo el nombre de los platos me imagino salsas agridulces, perro asado, gusanos rebozados, grillos fritos y delicatessen por el estilo. Y me consuelo al pensar que hay cosas peores que las lasañas congeladas y que llamarse Florencio: que te gusten esas asquerosidades orientales. Me muerdo por un pitillo y, ahora, también por un café. Sólo pude tomarme uno, y precipitadamente, antes de salir esta mañana de casa y soy de al menos tres cafés largos mañaneros. El problema, me digo, es que un café a estas alturas de la mañana puede soltarme el vientre, que ya está movidito, y resulta que las toallitas húmedas que uso en el wáter —también tengo problemas de almorranas, no me falta un detalle— están en el maletero del BMW de los narcos, que se quedó Pujadas para regresar a Pozuelo. Una auténtica cabronada.

—¿Os habéis llevado también la basura? —pregunto, poniendo fin a mis escatológicas reflexiones.

—Sí —responde Santos—, van en ese contenedor.

—¿Qué había?

—Poca cosa. Así, de memoria, te digo: una lata casi vacía de pimientos del piquillo precocinados, rellenos de bacalao, que suponemos fue el almuerzo de

la fallecida; dos latas de Coca-Cola light, también vacías; cáscaras de limón, las mondas de un par de plátanos, cáscaras de huevo, dos yogures caducados, un envase vacío de un yogur griego, un tetrabrik de leche semidesnatada, varias cápsulas de café y... y creo que eso es todo. Ah, y un par de guantes de plástico, de los que se usan en la cocina para proteger las manos.

—¿Guantes en la basura? —inquiero, extrañado—. ¿Puedo verlos?

Uno de los técnicos interroga con la mirada a Chema Soto, que se encoge de hombros, asintiendo. El técnico abre uno de los contenedores y husmea entre sus compartimentos hasta dar con lo que busca. Saca unos guantes de plástico de color naranja introducidos en una bolsa transparente de pruebas. No me los tiende, sino que me los exhibe.

—Parecen nuevos —arguyo—, ¿no?

—Nuevos, no sé —responde Pujol—. Pero tampoco están como para tirarlos a la basura, eso es cierto.

—¿Algo más? —me pregunta Villaescusa. Creo que está tan loco como yo por fumarse un cigarro.

—Nada —aduzco.

—Pues entonces, creo que hemos terminado. ¿Nos vamos para que puedan precintar el piso? —Se vuelve hacia mí y me tiende la mano—. Patón, ha sido un placer conocerte, ya nos...

Me está largando, soy consciente de ello. Pero mis alarmas cerebrales siguen sonando con estrépito y no quiero que mi intervención en el suicidio/asesinato de la tertuliana acabe aquí y de esta manera.

—Me permitiréis que al menos os convide a desayunar, ¿no? —lo interrumpo antes de que pueda enviarme a hacer gárgaras—. Aquí al lado, en la terraza del bar del Wellington —propongo, esnob perdido—, sirven unos desayunos formidables. Dicen. Y así podremos echar un pitillo, que estoy que me muero con el mono. ¿Hace?

—Nosotros nos vamos —rehúsa Soto—. Tenemos la furgo abajo y no es plan de seguir colapsando el tráfico, que de eso ya se encarga solito nuestro ayuntamiento.

—¿Y vosotros? —pregunto a Villaescusa y Roldán. Aunque ésta no acabe de caerme bien del todo, tampoco está la cosa como para descortésias.

—¿En el bar del Wellington? —me pregunta la poli, levantando mucho la ceja izquierda—. Vaya, no sabía yo cómo os las gastáis los de Pozuelo. Por mí, encantada.

Me toco el culo disimuladamente. Gracias a Dios, no me he dejado la cartera

en el BMW de los narcos. Porque no creo yo que los dos billetitos de cinco euros y la calderilla que llevo en el bolsillo delantero de los pantalones den para pagar tres desayunos en la terraza del Wellington. La nota de gastos de este mes va a traer cola. Reflexiono.

* * *

Ávidos, nos fumamos un cigarrillo a caladas veloces en el breve trayecto que hay entre el edificio donde vivía Marieta Ayuso en Jorge Juan y el hotel Wellington. Pepa Roldán fuma, me dice, como una carretera. Cuando llegamos a La Llave de Oro, sólo queda una mesa libre en la terraza. Conseguimos ocuparla adelantando en la línea de meta a una pareja de chinos que, a pesar del desaire, nos sonríen educadamente, nos prodigan dos o tres cabezazos y una reverencia y siguen hacia delante cargados de bolsas. El camarero que nos sirve es el mismo que nos atendió la noche que estuve con la tertuliana, y veo que me observa con cierta curiosidad. Yo pido un café americano doble y sacarina. No, nada de comer, gracias. La verdad es que sí tengo hambre, y mucha, pero, en mi estado, con el vientre gorgoriteando y sin haber tenido tiempo esta mañana de pasar en el trono mi habitual cuarto de hora, no me atrevo a echarle nada sólido a la barriga sin mis toallitas a mano. Villaescusa pide café con leche y tostadas, y Roldán, descafeinado de máquina y cruasán con jamón york y queso. Aguardamos a que el camarero nos traiga el pedido hablando de trivialidades, aprovecho para hacerle saber a mis colegas que yo también, y no hace tanto, estuve sirviendo en Madrid, en Ciudad Lineal primero y en el Distrito Centro y en Chamberí después, y luego les cuento mi reunión aquí con Ayuso y la llamada posterior, en la que me reveló lo de su episodio con la eléctrica. Hasta que en cosa de diez minutos el hombrecillo regresa con nuestros desayunos. Las tostadas de Villaescusa, tres, son minúsculas como los zapatitos de una Barbie, y sólo le sirven una porción de mantequilla que, mientras hablamos, extiende sobre el pan en capas finísimas. El cruasán de Roldán tiene una pinta estupenda. Cuando doy el primer sorbo al café, lo siento bajar hasta mi estómago insuflando su droga a mis sentidos, reviviéndome. Espero que cuando llegue a las tripas no me obligue a la desbandada.

A estas alturas de la mañana y de la película, creo que tengo calados a mis dos colegas de los madriles. Germán Villaescusa es un tipo serio, un poli de los de antes, obseso del trabajo, metódico, de los que odian perder el tiempo y

prefieren las sombras de la auténtica investigación a las luces de la fama. Pepa Roldán es más mundana, más superficial, hay en ella una sensación de prisa, de urgencia. Tal vez por su forma de fumar sus cigarrillos Fortuna, de esa forma veloz, golosa, apurando el tabaco hasta el filtro; o por la manera en que se zampa el cruasán, a bocados succulentos. Y porque no para de menear el pie de la pierna que tiene cruzada sobre su rodilla. No se está quieta ni un momento.

—Bueno —inquiero, cuando Villaescusa ya se ha acabado su tercera tostadita y enciende un pitillo—, ¿cuáles son vuestros planes?

El inspector de la Brigada Central de Investigación de Delitos contra las Personas mira su reloj.

—Son casi las once ya, así que marcharnos —responde—. Nos queda un montón de cosas que hacer y vamos a tardar lo nuestro en llegar a la Comisaría General.

La Comisaría General, donde radica la brigada en la que mis dos contertulios sirven, está en la calle de Julián González Segador, en el distrito de Hortaleza, a sus buenos quince kilómetros como mínimo desde Velázquez, un trayecto que les va a llevar casi media hora. Si no más, con el tráfico como está, puñetero hasta decir basta.

—Ya. Es sólo un momentito nada más. Me refería a qué líneas de investigación contempláis.

—¿Cuál es tu interés? —me pregunta Pepa Roldán, de nuevo los párpados fruncidos, aunque esta vez creo que es por el humo del Fortuna, que se le ha colado entre los ojos.

—Profesional, por supuesto.

—Lo primero, aguardar los análisis del laboratorio y las conclusiones de Lofoscopia —me informa su compañero—. Después, terminar de redactar el informe de inspección ocular, cuando tengamos todos los resultados. Y luego ya veremos.

—¿Tú qué opinas? —interviene Roldán, que está pizcando con sus dedos manchados de nicotina los restos del hojaldre del cruasán.

Apuro el café antes de responder, dándome tiempo a una mínima reflexión. El líquido, aún muy caliente, penetra en mi organismo como en la tierra húmeda la barrena de un pozo de petróleo. Me llevo la mano al vientre, intentando contener un inmediato alboroto intestinal.

—El suicidio está descartado, eso está claro —contesto, urgido—. Pero todo es muy extraño, ¿no creéis? Parece como si se hubiese intentado simular un

suicidio por un criminal tela de torpe. Eso de arrojar el bolso junto con el cuerpo, limpiar sus vasos y platos, y no los de la víctima, dejar rastros de la pelea que se produjo antes de que la mujer cayera... Todo me da mala espina, no sé. Y si le sumamos el hecho de que pienso que ese texto en el portátil lo escribió Marieta Ayuso, más inri todavía. Es como si, a pesar de que se ha simulado un suicidio, se hubiese pretendido que supiésemos enseguida que estamos ante un asesinato.

—Lo de que la mujer cayese con el bolso —aduce Roldán, entre calada y calada— sería comprensible si nos hallásemos ante un robo. La víctima intentó proteger sus pertenencias y, en la lucha, que la llevó hasta el balcón, cayó junto con el bolso. Pero, claro, resulta que la cerradura no está forzada y que todo parece indicar que la interfecta cenó con su asesino. Y que, además, se encontró dinero, casi tres mil euros, en uno de los cajones de la cómoda del dormitorio principal. Y todas sus joyas, algunas de las cuales no eran ninguna baratija. Por tanto, el móvil del robo, descartado.

—¿Qué vais a hacer con los buitres? —pregunto

—¿Con la prensa? —interpela a su vez Villaescusa.

—Sí.

—Pues no lo sé. Se decidirá luego, supongo. En lo que a mí respecta, soy partidario de dejar que sigan pensando que estamos ante un suicidio.

—Una última cosa, Germán. —Me dirijo a él ahora por su nombre de pila, intentando suscitarle una confianza que le haga ser generoso con la petición que a renglón seguido le formulo—: ¿Hay inconveniente en que me tengáis al tanto de lo que vayáis descubriendo?

Villaescusa y Roldán se miran. El primero, luego, vuelve a contemplar su reloj y descruza las piernas. El cónclave está a punto de finalizar.

—Creí que en Pozuelo estabais locos por quitaros el muerto de encima —arguye—. Y nunca mejor dicho, ahora.

—Ya, ya, llevas razón. Pero, ya te digo, todo esto me intriga. Además, las cosas han cambiado, ya no estamos ante unas simples amenazas a famosetes. Conocí a Ayuso, y quizá mi punto de vista os pueda ser útil. Y aunque todo lo que me contó está en los informes que esta mañana os hemos remitido, hay cosas que no se transmiten en un papel, ya sabéis. Aparte de ello, me jode lo que le ha ocurrido y me jode quedarme al margen. Además, estamos posiblemente ante un homicidio, y a qué poli no le despierta el gusanillo un crimen como éste. Sólo os pido que me mandéis el informe de la autopsia cuando lo tengáis, y los resultados de los técnicos. Y os prometo que no

interferiré.

—Déjame tu correo electrónico —repone Villaescusa, tras unos segundos de vacilación—, y ya veremos. Lo consultaré.

Le escribo mi dirección de *email* en una servilleta del bar (eso de que los polis llevemos tarjeta sólo se ve en las películas), intercambiamos números de móvil y le hago una seña al camarero (ahora recuerdo su nombre, Jenaro) para que traiga la cuenta. De cincuenta euros no baja, seguro, me apuesto lo que sea, y a ver cómo le explico yo a Pujadas el dispendio. Enciendo un pitillo y la primera calada, que es profunda e intensa, desencadena la calamidad. Un sonido, como un borboteo ronco nacido de abruptas profundidades, incómodo y desagradable, excrementicio, pone espectacular colofón a la mañana.

—Oye —se dirige a mí Pepa Roldán, fruncido el ceño—, cómo te suenan las tripas, ¿no?

Me cago en la puta.

—¿Sabéis dónde queda por aquí la farmacia más cercana?

¡Mira que ocurrírsele al cabrón de Pujadas quedarse con el BMW de los narcos! Jodidas toallitas de los cojones.

Viernes, 17 de junio de 2016

Regreso a Pozuelo en autobús, pues no está la cosa para provocarle a Pujadas un vapor añadiendo la factura de un taxi —treinta y pico de euros mínimo— a la nota de gastos del mes, que bien crecida está. En las casi dos horas que tardo en llegar a comisaría, no ceso de ver carteles electorales y de pensar en lo sucedido. Y no me refiero a las consecuencias de mis efervescencias intestinales, que discretamente omito. Sino en Marieta Ayuso y en su muerte. No se me van de la cabeza sus ojos profundos, su aire misterioso, oscuro, sus reflexiones. Aquella hora y pico —o menos tal vez; o más, no recuerdo— que compartimos en el bar del Wellington. Las cosas que me dijo. La forma triste en que miraba. Y, claro, sumido en tales cavilaciones, atraco en previsibles puertos: que si la vida es tan frágil como una juncia, que si el tiempo es tan etéreo como un suspiro, que si somos una mierda y que si la vida no vale un carajo. Y que si esto y que si lo otro. Y eso que no tengo ni un whisky encima. En fin. Sentado en el incómodo asiento del bus, aprieto los párpados para dejarme de zarandajas e ir a lo que de verdad debería interesarme. Reflexiono acerca de si el anónimo que recibió tiene algo que ver con el homicidio de Marieta Ayuso —pues estoy casi seguro de que nos hallamos ante un crimen— o si ambos hechos no son más que una terrible casualidad. Y es entonces, antes de alcanzar ninguna conclusión, que se me antoja evidente por demás, cuando me acuerdo de Conesa y reparo en que no le he preguntado a Villaescusa si se van a adoptar medidas de protección respecto a él. Marco su número de teléfono en mi móvil pero, al décimo tono, salta el buzón de voz. O está ocupado o harto de mí. Espero que sea lo primero y no lo segundo, pues tampoco le he dado motivos para la hartura. Excepción hecha del desagradable final del concilio, he estado bastante modosito durante toda la mañana.

Cuando llego a Pozuelo es casi la una de un mediodía radiante. El gris nublado y triste de la mañana se ha tornado esplendor y luz clara. El sol luce, pleno pero suave, en un cielo completamente azul. La temperatura es agradable. Aún no han llegado las calores, afortunadamente, pues con ellas

suelen venir las manchas de sudor en la ropa y el abuso de la cerveza. Y con éste, las lorzas, de las que ya poseo una colección notable. Pese a ese día espléndido que invita a un chato en la terraza de Casa Petra, me enclaustro en mi cubículo de comisaría. Intento distraerme con mis casos abiertos y organizar la semana próxima, pero el caso de la tertuliana me corroe los sesos como una termita y me impide la concentración. Subo a ver a Pujadas. Entre otras cosas, tiene que devolverme la llave del BMW de los narcos. Y mis toallitas.

—Cuéntame —me espeta, sin un saludo, cuando entro en su despacho tras una breve demora en la perrera.

—Oye —le suelto, a la recíproca y sin sentarme—, lo he pensado mejor y no quiero quedarme fuera del caso.

—¿De qué caso?

—¿De cuál va a ser? Del de los periodistas. De las amenazas a los tertulianos. Y de la muerte de Marieta Ayuso. De ése.

—Coño, Patón —me dice, meneando la cabeza como con resignación. Como si el haberme conocido fuera la penitencia por sus pecados—. Anda, siéntate.

—Así lo hago, después de coger y guardarme las llaves del BMW, que están sobre su mesa. No quiero que se me olviden, por lo que pueda pasar—. ¿Qué mosca te ha picado ahora? Dime.

—Pues que la cosa ha cambiado.

—Explícate.

—Vamos a ver, Ángel, ya no estamos hablando de unas amenazas a periodistas de tres al cuarto, sino de un crimen, o de un posible crimen, que plantea un porrón de interrogantes. Y para una cosa bonita que toco, no querrás que la suelte al primer roce, ¿no? Aquí, en Pozuelo, ya sabes a lo que estamos acostumbrados: a chorizos de medio pelo, robos en las urbanizaciones de los ricachos que ni en buenos sistemas de seguridad gastan, traficantes de tres al cuarto, violencias de género y poquito más. Yo creo que, desde lo de Pietro Arcan, en esta puta ciudad no pasa nada que merezca la pena. —Pietro Arcan fue un moldavo chiflado, psicópata de armas tomar, que, hará más o menos quince años, antes de que yo llegara, si no no se habría atrevido, je, je, tuvo aterrorizado a Pozuelo después de dar muerte salvajemente a un abogado en cuya vivienda entró a robar, violar a una de sus hijas y dejar malherida a la otra y a la esposa. Después, antes de ser detenido, se lio a tiros con una patrulla policial—. Me gustaría disfrutar un poco antes de hacer mutis por el foro. ¿Qué me dices?

—Que estás majara. Hace unas cuantas horas estabas deseando quitarte el mochuelo de encima y ahora me vienes con éstas. Anda, anda, Patón, déjate de gilipolleces.

—No son gilipolleces, jefe, carajo. Yo fui quien empezó el caso, yo fui quien interrogó a Conesa y yo fui a quien acudió Marieta Ayuso cuando decidió hacer pública su amenaza. Y a quien le contó sus verdades entre whiskies y ginebras. A mí y sólo a mí. Simplemente por eso debería tenerseme en cuenta. Algo puedo aportar, ¿no crees? La tela de años que llevo en el cuerpo también tendría que servir para algo. Por lo menos, para que me concedan la última voluntad, como a los condenados a muerte. Anda, te lo pido por favor. Sé que tienes contactos en Madrid y que puedes conseguirlo. Será lo último que te pida. De verdad.

—No me jodas, Florencio. ¿Qué te va en esto, cuando tú lo que de verdad quieres, según me decías hace nada y menos, es irte a la segunda actividad? No te metas en jaleos que no te conciernen, coño, que a ver cómo acaba todo esto. Además, tú mismo me lo dijiste: está el tema competencial. Tú estás aquí, en Pozuelo, y la investigación ahora se lleva en Madrid. Es imposible y lo sabes. Tienes que dejar de ver tantas series en la tele, Florencio, estás perdiendo la noción de las cosas.

—Déjate de series y de polladas, jefe. No pretendo formar un trío con Villaescusa y Pepa Roldán ni convertirme en su sombra. Tampoco quiero interferir ni molestar. Lo haré todo desde aquí y en mi tiempo libre. Lo que pido es poco: simplemente que me tengan al tanto.

Pujadas se queda un ratito pensativo, contemplándose muy serio. Como masticando lo que le pido y sus consecuencias. Con ese gesto trascendente me resulta hoy clavadito, no ya a Spock el de *Star Trek*, sino al Gorrión Supremo de *Juego de tronos*. Pero en gordo.

—¿Qué es lo que quieres exactamente? —inquire al cabo.

—Eso, que me tengan al tanto. Que me envíen el informe de la autopsia, los resultados de la inspección ocular, los análisis del laboratorio, las conclusiones de Lofoscopia, lo que vaya saliendo. Nada más que eso. Se lo pedí a Villaescusa, pero no sé si me hará caso. Tú puedes conseguir que me lo haga.

—¿Y para qué, si puede saberse?

—¿Y por qué no? ¿Qué mal puedo causar? Ya te he dicho que trabajaré en ello en mi tiempo libre. Que, con la mierda de vida que llevo, sabes que no me falta.

—¿Me prometes que no harás nada sin mi conocimiento y consentimiento?

—Claro.

—Prométemelo.

—Te lo prometo, coño.

—Veré qué puedo hacer.

Cuando salgo del despacho de Pujadas, el hambre ya se ha convertido en un asunto extremadamente serio. Así que abandono la comisaría y me refugio en Casa Petra. No obstante, soy consciente de la hecatombe que, a modo de movimiento sísmico, un almuerzo en exceso copioso puede provocar en mis pobres intestinos, sobre todo después de los dos días de abusos que llevo, así que me obligo a pedir con comedimiento. Y elijo, de entre el menú de diez euros con bebida, café y postre, tortilla de atún de primero y merluza en salsa verde de segundo. Todo ello regado con un par de cervezas y un café, sin postre, a pesar de que el menú ofrece un arroz con leche al que me ha costado la misma vida renunciar. Y no pido ni un whisky, para que después digan que no sé contenerme.

Cuando regreso a comisaría no son ni las tres de la tarde. Intento cumplir la promesa que le he hecho al jefe y me dedico, aplicado, a poner al día varios expedientes, a husmear en las bases de datos buscando cerrar otros, a repasar informes y a actualizar investigaciones. Pero durante todo el tiempo experimento un runrún que me intranquiliza. Poco más de una hora después, manipulo el «abuelete» y consigo conectarme al programa de *La Comunidad*. Estoy realmente intrigado por cómo van a reaccionar los tertulianos ante la muerte violenta de Marieta Ayuso.

Después de una interminable retahíla de anuncios que a punto han estado de adormecerme, el espacio comienza con una originalidad que me obnubila: luces fúnebres, tétricas, y los compases de «Cuando un amigo se va», de Alberto Cortez. Me digo que el guionista del engendro es de Nobel. Todos los intervinientes —la cámara los va enfocando uno a uno— están muy serios, hieráticos, llenos los ojos de relumbres de agua. Macabros. Tribales. Menos mal que no les ha dado por vestirse de riguroso negro, pues aquello habría parecido una obra de teatro de García Lorca. *La casa de Bernarda Alba*, o algo así. Y el público, como en un velorio. Faltan sólo el cura, el viático, los monaguillos, los cirios y los crespones, porque las plañideras ya han concurrido y en abundancia. Aparece luego, llenando la pantalla, una fotografía de Ayuso de medio cuerpo, viva, pujante, sonriente, desafiante. Al pie de la foto, un rótulo: «Siempre estarás con nosotros, Marieta». Y a renglón

seguido, sin solución de continuidad, se emite un video de unos tres o cuatro minutos, dramático y lacrimógeno, con una voz en *off* de rapsoda del medievo y con el telón de fondo de una sinfonía que no identifico —no tengo ni puta idea de música clásica y poseo menos oído que Goya—, que muestra, todo muy trágico, los momentos estelares de la fallecida en el programa: enfrentamientos, discusiones, un breve monólogo, carcajadas. Berlanga habría hecho maravillas con todo esto. Hasta el «abuelete» traquetea de pura consternación.

Cuando la necrológica termina, la pantalla se centra en Alberto Luis Conesa, que se pone en pie, sobria vestimenta para lo que acostumbra, rictus severo, maquillaje calizo, greñas domesticadas. Y esa voz suya rasposa, endoscópica. Dice, recitante:

—Ya nada será igual sin ti. Hemos perdido tu referencia. Se nos ha ido el carácter de nuestra comunidad, el temperamento, tu talante único. ¿Qué te hizo la vida para que tan poco la quisieras? —Y repite, categórico, definitivo:— ¿Qué te hizo la vida para que tan poco la quisieras? —Pausa melodramática, al estilo de una serie española—. ¿Cómo no fuimos capaces de darnos cuenta de tu angustia? ¿Cómo pudimos estar tan lejos de ti, tan indiferentes, tan distantes? —La cámara hace un barrido fugaz por el público. Muchas marías lloran esmorecidas—. Todo suicidio es un sublime poema de melancolía, dijo el poeta. —Lo dicho: pedazo de guionista: esta frase es de Balzac, creo; un poema del inefable Honoré. Por lo que se ve, éstos siguen pensando que estamos ante un suicidio y no ante un asesinato. Mejor así. Sigo escuchando a Bertito, empalagándome, corriendo el riesgo de un empacho de ternura que empeore el estado pachucho de mis tripas—. La muerte no existe; las personas sólo mueren cuando se las olvida. —Ésta no sé de quién es, pero del guionista, no, seguro. Conesa continúa, ademán contrito—. Pero a ti... ¡jamás te olvidaremos! ¡Jamás! Jamás olvidaremos tu decencia, tu pasión por el periodismo, tu amistad, tu compañerismo, tu amor por la verdad, tus enojos y tus risas. Siempre estarás con nosotros. Siempre serás uno de nosotros. Aquí —y hace ahora un gesto laxo con el brazo, como de fallera mayor recogiendo el traje para acceder al casal— siempre habrá un hueco, un lugar vacío. Tu lugar, tu sitio, que, al igual que en nuestros corazones, siempre estará aquí junto a nosotros, esperándote, Marieta Ayuso. Querida Marieta Ayuso.

Un frenesí colosal de aplausos corales (de pie el público, de pie los tertulianos, hasta yo me he puesto de pie sin darme cuenta; llorando a moco tendido Olivia Maestre, mueca fiera de Cristina Aguirre, como si estuviera

enfadada con Ayuso por morirle, Lucía Crespí a punto de enseñar una teta siliconada porque de tanto aplaudir se le ha abierto el escote, un largo puchero en los labios de Tino Guillén, una sonrisa equívoca en los labios groseramente húmedos de Juanma del Salto, puto mutante, qué mal me cae—) hace que el «abuelete», que tiene el volumen al máximo, traquatee y se sacuda como cafetera vetusta. Bajo el volumen antes de que explote. Torpe que soy, lo que hago es dejarlo sin sonido. Sólo veo ahora, y no oigo, lo que ocurre en el plató. Mientras manoteo los mandos del cacharro, y cuando por fin consigo ajustar el volumen, en lo que tardo un buen rato, escucho la voz, ya más serena, de Alberto Luis Conesa:

—...el colchón Las Vegas, con su diseño único y su textura, es capaz de garantizarles el sueño perfecto y sin pesadillas. ¡Colchón Las Vegas, para un descanso eficaz!

* * *

Intento seguir contemplando la tertulia, pero, entre los anuncios y las simplezas, y entre el tufillo necrófilo de determinados comentarios y observaciones, desisto. Son ya casi las cinco y llevo desde primerísima hora de la mañana de servicio. Podría, pues, dar de mano. No lo hago, sin embargo. Sólo tengo unas seis horas grabadas de series en el Iplus y ya está aquí el fin de semana y tengo que economizarlas. No tengo ninguna novela atractiva sobre la mesilla de noche, ningún libro de historia en el que me apetezca sumergirme y, más allá de ello, no tengo nada que hacer fuera de la comisaría. Ni nadie con quien estar. Y lo de irme con mi vástago a cazar pokémons como que no. Y eso contando con que él estuviese dispuesto, que no lo tengo nada claro. Recuerdo la hora y pico pasada con Marieta Ayuso en el bar del Wellington y me entra algo parecido a la nostalgia, a una abatida morriña. Siento su muerte de una forma muy poco profesional. ¿Seré imbécil?

Decido, en vista de lo cual, quedarme en mi despacho y refrescar la memoria para un par de juicios a los que tengo que asistir la semana próxima en los juzgados de lo penal de Julián Camarillo, junto a Arturo Soria —uno de ellos, por el robo en la casa de un futbolista del Madrid—, y hago que me traigan los atestados. En su lectura me aplico durante algo más de tres cuartos de hora, al cabo de los cuales me embarga de nuevo el vacío y el abatimiento. Y entonces el pensamiento, que es libérrimo, se va hacia Villaescusa y su equipo, hacia las investigaciones que estarán llevando a cabo para desembrollar el crimen

de Marieta Ayuso. Porque es un crimen, de eso estoy seguro. ¿Qué estarán haciendo? Los supongo interrogando a los vecinos de la fallecida, a los habitantes de las casas aledañas de Jorge Juan donde la tertuliana vivía. Los imagino escrutando las cámaras de seguridad de la propia calle y de las vías adyacentes y de los comercios y entidades bancarias cercanos al lugar de los hechos. Los conjeturo preparando informes al Juzgado de Instrucción para obtener autorizaciones judiciales con las que acceder a los datos telefónicos, bancarios, postales y electrónicos de la víctima. Los presumo decidiendo cómo afrontar el tema de la eléctrica, el secreto de Marieta Ayuso, lo ocurrido hace tantos años. Preparando interrogatorios a los íntimos de la fallecida, para poco a poco ir expandiendo el círculo. Dando forma al atestado, induciendo teorías y posibilidades. Pero, sobre todo, los sospecho impacientes por recibir los datos de los técnicos, los resultados del laboratorio forense, de la autopsia que se estará practicando o estará a punto de practicarse en el anatómico, de los estudios lofoscópicos. Hoy en día, toda investigación policial descansa en la técnica, en los avances científicos, en habilidades que para mí son enigmáticas, misteriosas y oscuras, por más que también, a trancas y barrancas, haga uso de ellas, porque, *o tempora, o mores*, sé que la ignorancia crece al mismo tiempo que la ciencia y tengo que pelear contra ella. ¿O no?

Murrioso, porque sé lo que me espera después de que, en este viernes lleno de emociones y sobresaltos, abandone mi lugar de trabajo —soledad absoluta, ¿por qué no decirlo a las claras?—, me acodo de nuevo en el alféizar de la ventana y fumo. Es entonces cuando las alarmas de mi sesera vuelven a campanear destempladamente. Y, al cabo, después de mucho comerme el caletre, me acuerdo de que en la basura de Marieta Ayuso aparecieron dos guantes de plástico, «de los que se usan en la cocina para proteger las manos», creo que me dijo el técnico —¿se llamaba Santos?—, y ese recuerdo me inquieta y me pone a cavilar, aunque no sé exactamente por qué. Así que, por no pasar por pelmazo, en vez de llamar a Villaescusa le pongo un whatsapp: «Oye, Germán, los guantes de fregar que se encontraron en la basura de la casa de la víctima, ¿los vais a analizar?». La primera respuesta me llega a los pocos minutos. Mientras, fumo. «Mira, Patón, deberías hacértelo mirar, ¿eh?». No replico. La segunda respuesta me llega cuando estoy a punto de abandonar comisaría. «Pues claro que sí». Escribo: «No dejéis de buscar huellas en su superficie interior». «Gracias, Sherlock».

Supongo que Villaescusa se ha molestado. Le prometí que no iba a interferir y aquí estoy, sugiriendo la manera de hacer las cosas. Pero es que no sé qué

me pasa. Es simplemente que hay cosas en este caso que me inquietan y me ponen de los nervios. Como si algo se me estuviera escapando. Y me digo que soy un capullo: con lo tranquilo que podía estar yo ahora tomándome una caña en Casa Petra y preparando el cuerpo para ver varios capítulos seguidos de *Billions*, que me está alucinando. Está claro que soy absolutamente gilipollas. Qué me gusta complicarme la vida, santo Dios.

Cuando me dispongo a marcharme, suena mi móvil. Observo la pantalla: es un número que no tengo grabado.

—¿Diga?

—¿Inspector Patón?

—Sí, ¿quién es?

—Inspector, buenas tardes. Perdone que lo moleste. Soy Constantino Guillén. Tino. Tino Guillén.

Ahora reconozco su voz. Aunque hoy la voz de Guillén, habitualmente tan sonora, me parece más apagada, como asustada, algo sobrecogida. Me pregunto qué puede querer conmigo este tío y en la tarde de un viernes. Salir conmigo de farra no, eso seguro. Enseguida el pensamiento me lleva hasta el lago de los malos agüeros donde tan a menudo suele atracar. Es el segundo tertuliano que me llama en escaso margen de tiempo. Espero que éste no me cite también en el bar del Wellington y pretenda que yo pague la cuenta. O que, ya puestos a lo peor, se tire por un balcón después de hablar conmigo y mañana aparezca cadáver.

—Ah, sí, por supuesto —contesto—. Buenas tardes.

—¿Tiene unos minutos?

—Pues claro, dígame.

—No sé si hago bien en llamarle, inspector.

—Si me dice el motivo, tal vez pueda ayudarle a salir de dudas.

—Es... es por la muerte... por el suicidio... de Marieta.

—Ah, bien.

—¿De verdad que tiene tiempo de atenderme?

—Ya le he dicho que sí.

Ahora debe venir la cita en el bar del Wellington. Pero no.

—No sabía a quién recurrir y me he decidido a llamarle a usted.

—Pues usted dirá.

—Supongo que, después de la muerte de Marieta, habrá una investigación, ¿no inspector? Aunque haya sido un suicidio...

Es la segunda vez que Tino Guillén pronuncia la palabra «suicidio» en tan

pocos minutos. Por supuesto, no pretendo sacarlo del error.

—Evidentemente.

—¿Es usted quien está a cargo de la investigación?

—En absoluto, señor Guillén. La muerte de su compañera se ha producido en Madrid, y yo estoy en Pozuelo.

—Lleva usted razón, pero...

—Pero, de todas formas —lo animo—, dígame. Si tiene usted algo de interés que contarme, yo puedo hacerlo llegar a los compañeros que llevan el tema en Madrid.

—Ah, sí, de acuerdo... Pues verá usted...

Me apercibo de que el hombre duda. Lo imagino, al otro lado del auricular, un armario ropero, de sonrisa por lo habitual suficiente, y hoy, en cambio, traspuesto, pálida la cara, temblorosos sus labios. Permanezco en silencio. Muchas veces, por no decir casi siempre, el silencio, en situaciones como ésta, es el mejor acicate.

—Yo estuve ayer noche con Marieta Ayuso.

Cago en la puta. El tipo, sin saberlo, se está situando en el lugar de un crimen y, a lo mejor, en la hora y momento en que sucedió. Me pregunto si es correcto mantener esta conversación, puesto que el hombre piensa que estamos ante un suicidio y no, como es lo más probable, ante un asesinato. Pero, bueno, ha sido él quien me ha llamado, ustedes son testigos. Yo me limito a escuchar, ni lo obligo ni lo fuerzo.

—Está bien —digo, animándolo a seguir.

—No sabía a quién más llamar. Como usted estuvo el otro día con nosotros, y como tenía su teléfono a mano... Además, pensé que usted tendría algo que ver con el tema.

—Bien, lo comprendo. De todas formas, ¿por qué no ha recurrido a su abogado, a López-Samper? Él, tal vez, podría haberle ayudado a...

—No trago a ese picapleitos, inspector. Además, no es mi abogado, es el de la cadena.

—Pues también lo comprendo, claro que sí. Cuénteme qué pasó ayer.

Tino Guillén me relata que ayer jueves, a última hora de la noche, recibió una llamada de Marieta Ayuso. Le pedía que fuera a verla, que estaba mal, que se sentía sola y...

—¿Solía usted verse con Marieta?

«Si se la follaba», es lo que pregunto. Pero para mi peculio.

—Bueno, sí, nos veíamos de vez en cuando... No era nada serio, inspector,

no vaya usted a creer... —¡El cabrón se la follaba!, ¿será hijoputa?—. Comenzó, la cosa, a principios del año pasado, pero, como le digo, no era nada serio. Más aún, estoy convencido de que ella le iba a poner fin de un momento a otro... Si no hubiese pasado lo que...

—Creo recordar que estaba usted casado... —Si el muy rijoso piensa que se va a ir de rositas, va apañado.

—Sí, aunque las cosas en casa no van del todo bien. Espero que todo esto, inspector, pueda ser tratado con la máxima confidencialidad. —Sí, sí, confidencialidad te voy a dar yo a ti, ya verás, ya verás—. Después de todo, estamos ante un suicidio, supongo que no será preciso que nada de esto trascienda.

—¿A qué hora llegó usted a casa de la señora Ayuso?

—Poco después de las once y cuarto, creo. Estaba terminando de cenar en Ten con Ten con mi representante. Y como me cogía a mano...

—¿Cómo fue usted a la casa? ¿Andando?

Sé que Ten con Ten se halla a escasa distancia a pie de Jorge Juan. Y no es porque yo haya estado en ese restaurante, pues por lo general no puedo permitirme menús de sesenta u ochenta euros el cubierto. Además, ¿qué puede tener Ten con Ten que no tenga Casa Petra?

—No, en moto. Suelo usar la moto para moverme por Madrid.

—¿Qué moto es? —le pregunto, para confirmar la hora en las grabaciones de la cámaras de seguridad, si es que tenemos la suerte de que Guillén aparezca entrando o saliendo del edificio de Marieta Ayuso o circulando en la moto por los alrededores.

—Una Kawasaki. Una J125.

—¿Color?

—Plateado —me contesta Guillén, algo suspicaz ahora—. ¿Por qué?

—No, no, por nada en especial. Y dígame: ¿qué sucedió en casa de Marieta Ayuso?

—Pues, en realidad, nada. Llegué, me sirvió una copa, hablamos del programa de la mañana y de pronto, al rato, me dijo que estaba cansada y que me fuera. Que lo había pensado mejor.

—¿Y se fue usted?

—Sin acabar la última copa siquiera. Estaba rara. Marieta. Y ahora, claro, no paro de preguntarme si... En fin. Que estoy jodido y necesitaba contárselo a alguien. Por eso le he llamado, supongo. Tal vez, si yo hubiese sido más perspicaz, si me hubiese dado cuenta de su estado de ánimo, de que podría

hacer lo que hizo... No paro de darle vueltas a eso, inspector.

—¿Estaba todo en orden en casa de Marieta?

—¿A qué se refiere?

—A si vio usted algo raro.

—¿Algo raro? No, nada, la verdad.

—¿No cenó usted con ella en su casa, Tino?

—No. ¿Por qué lo pregunta?

—Había restos de una cena en su piso.

—Me dijo que ni había cenado ni iba a cenar, que no tenía hambre.

—Pues hizo un pedido a un restaurante tailandés a eso de las nueve y cincuenta de la noche. Es decir, antes de que usted llegara.

—No lo entiendo.

—Está bien, no se preocupe.

Le hago algunas preguntas más e intento tranquilizarlo. Y aliviar su peso de conciencia. Aunque el tío, follador de mierda, no se lo merezca. Cuando pienso que ya lo he exprimido todo lo posible, me despido.

—Gracias por llamar, Tino. Trasladaré la información que me ha transmitido a los compañeros de Madrid que llevan la investigación. Sólo le ruego que esté usted disponible.

Cuando al fin cuelgo, me quedo pensativo. Enciendo un nuevo cigarrillo, el penúltimo que me queda en el paquete, y repaso la conversación con Guillén, sin parar de campanear en mi cabeza las alarmas policiales. ¿Con quién cenó Marieta esa noche? ¿Por qué le dijo a Guillén que no había cenado? ¿Por qué lo llamó? Cuando acabo el pitillo, telefono a Villaescusa. De nuevo, no me coge el móvil el muy cabrón, mal rayo lo parta. Ya está empezando a caerme mal. Le pongo un whatsapp: «Me acaba de llamar Tino Guillén. Estuvo con Marieta Ayuso la noche de autos».

Villaescusa no tarda ni dos minutos en llamarme. Y yo, en justa correspondencia, no se lo cojo a la primera. Lo obligo a telefonarme por segunda vez antes de atender su llamada.

—Cuéntame —me espeta. Como si yo fuera su criada panchita.

—¿Que te cuente qué?

—¿Qué cojones va a ser? La llamada de Tino Guillén.

—Ah, eso.

Le relato la conversación con el tertuliano de la forma más fiel posible. Cuando acabo, Villaescusa permanece unos segundos en silencio.

—¿Por qué te ha llamado a ti? —me inquiere, al cabo.

—Porque soy más guapo que tú, no te jode. Y yo qué coño sé. El hombre piensa que estamos ante un suicidio, y no sabía a quién llamar. Creo que tiene remordimientos. Que piensa que, a lo mejor, si se hubiese quedado y le hubiera echado un polvo, ella no... ¿me entiendes?... ¡Yo qué carajo sé!

—Está bien. Pero la próxima vez, si la hay, haz que me llamen a mí, ¿de acuerdo?

—Lo que tú digas, Poirot. Pero me debes una. Espero que te comportes y me hagas llegar el informe de la autopsia y lo que tengáis.

Cuando Villaescusa se despide, tarda unos segundos en conseguir cortar la comunicación. Y oigo que le dice a alguien que debe de estar a su lado, tal vez Pepa Roldan: «Oye, que Guillén ha llamado al orondo y...».

Clic. Estática.

Así que «El orondo», ¿eh?... ¡Será mamón!

Cuando consigo que la ira amaine un punto, decido marcharme. Parece que mis tripas se han recuperado por completo de los trastornos matutinos o que el enfado me ha abierto el apetito. La tortilla de atún y la merluza ya sólo son un recuerdo difuso en mi estómago siempre insatisfecho. Tengo una gazuza feroz. Una gazuza de orondo, así el Ganimedes del edificio Metrópolis de la Gran Vía se caiga sobre las cabezas de Villaescusa y Roldán. Acaricio la posibilidad de darme un homenaje culinario para quitarme el mal sabor de boca que el comentario de Villaescusa me ha dejado en el paladar, y ahora que veo que están mis intestinos estabilizados y que estoy en Pozuelo, en mi casa, en mi ambiente, en mis dominios. Y bien provisto de toallitas.

Pues claro que sí. Qué coño. Es viernes. Y estoy cabreado y orondo. Así que «Tengan cuidado ahí afuera», decía el sargento Esterhaus, el de *Canción triste de Hill Street*.

Domingo, 19 de junio de 2016

—...no, ya, nada. Deseando cenar y acostarme. Vengo muerta, cariño. Ha sido un día agotador. Bueno, la verdad, es que ha sido un fin de semana agotador, no se acababa nunca. Desde lo de Marieta, ya te puedes suponer... ¿Que cómo me siento? Bueno, bien, un poco fastidiada, para qué te voy a mentir. Y con pena. Nunca es agradable la muerte de una compañera de trabajo, y más si ha sido ella misma la que se ha quitado la vida. Muy desesperado hay que estar para quitarse la vida, ¿verdad?... No, no, qué va. Ninguno de nosotros vimos en ella nada raro en los últimos días. Estaba... bueno... como siempre. Hosca, soberbia, en su plan. Ya sabes que nunca fuimos amigas, sino más bien al contrario. Pero sí, me da pena, ¿para qué voy a decir que no? No, no creo que nada cambie, serán unos días difíciles en el programa, pero al final todo seguirá igual... Bueno, tal vez sí. Alguien tendrá que asumir su papel, ¿y por qué no puedo ser yo? Lo sé, mi vida, sé que, si por ti fuera, yo sería la conductora del programa, pero ya ves, así es la vida. Y bueno, tú ¿qué tal? ¿Cómo ha estado el día hoy? No me digas... Pues no sabes cuánto me alegro... Bien, bien, están perfectamente los dos, liados con los exámenes finales, acabo de hablar con ellos... Pues claro, perfecto, yo se lo digo. Un beso, amor mío. Te quiero. Buenas noches.

Cristina Aguirre cuelga el teléfono con una mueca de cansancio. Le duelen las piernas cuando se levanta del sofá, pero, como cada noche, prepara, antes de cenar, las prendas de *running* para la mañana siguiente. Por exhausta que esté, por mucho que le duelan los huesos, no va a renunciar a sus cinco kilómetros de *footing* diarios, eso sería como reconocer que ya la juventud quedó atrás, muy atrás, y que lo que se abre ante ella no es sino la escarpada sombría de la decadencia. Y ése es un reconocimiento al que se va a resistir mientras le queden fuerzas. Y le quedan, le quedan fuerzas bastantes, por todos los santos. Y más ahora que, después de la tragedia de Marieta Ayuso, puede que se le abran nuevas perspectivas profesionales.

Se asoma al amplio ventanal del salón de su chalé de lujo en el Golf de Las Rozas. Contempla el extenso jardín, la noche calma, la piscina, el seto de

bordes irregulares y, más allá, el resplandor naranja de uno de los coches de la vigilancia privada de la urbanización, que debe de estar pasando por delante de su casa ahora mismo. Se abraza su cuerpo diminuto y permanece, silenciosa y sosegada, observando la oscuridad pacífica, contemplando esa noche de junio que augura el estío. A los pocos minutos, sin embargo, y pese a la calidez de la noche, siente frío. Corre el visillo del ventanal y se refugia en el cuarto de estar de la casa.

No tiene demasiada hambre. Conecta la televisión, le quita el sonido y mira sin ver las imágenes mudas de bustos parlantes, ciudades asiáticas arrasadas, el Congreso de los Diputados, la fachada de unos juzgados valencianos... El pensamiento, como una cámara de televisión, realiza un barrido progresivo sobre su vida reciente. Está sola, pero es una soledad apacible y circunstancial, que finalizará con las inmediatas vacaciones que supondrán el regreso de sus seres queridos. Su esposo, Luciano, catedrático de Filología Hispánica en la Universidad Rey Juan Carlos, está, desde principio de curso, impartiendo clases de español en Estados Unidos, en Connecticut, en la universidad pública estatal de Storrs, en virtud del Programa de Profesores Visitantes españoles en centros educativos de Estados Unidos del Ministerio de Educación. Regresará a últimos de este mes de junio, con el fin del curso lectivo estadounidense.

También sus hijos están fuera, en el extranjero. Carlos, el mayor, de veintitrés años, cursa un máster de Derecho Internacional Público en Bruselas después de acabar Derecho en ICADE. ¡Pretende acceder a la carrera diplomática en cuanto acabe el máster! Un hijo suyo diplomático, por Dios. Ella, que es el polo opuesto: impolítica, entrometida, indiscreta. Pero así es la vida. Y su hijo Carlos es todo lo contrario a ella: no sólo es alto, como su padre, casi uno ochenta, sino que es discreto, comedido, prudente, conciliador. Sí, será, se dice, si todo va bien, un diplomático brillante. Y es que los hijos, en tantas ocasiones, no sólo no son los espejos de los padres, el retrato de sus progenitores, sino sus antípodas, su antítesis. Y en más ocasiones aún, suelen convertirse en aquello que los padres no pudieron llegar a ser.

Su hija, la menor, Almudena, de veintiún años, sí que es su viva estampa: pequeña, aunque con unos centímetros más que ella, rubia, luchadora, tenaz, contestataria. Está en Italia, en la Universidad de Bolonia, cursando tercero de Periodismo en la órbita del programa Erasmus. Ambos, Carlos y Almudena, como su esposo, Luciano, regresarán de aquí a sólo unos días, cuando falte poco para julio y las vacaciones. El ansiado momento del reencuentro

familiar.

Pese a todo, desde Semana Santa que no los ve, no se ha sentido sola en ningún momento. Cristina Aguirre sabe que la soledad, como dijo alguien cuyo nombre ahora no recuerda, es la experiencia crucial del ser humano. Sabe, además, que su soledad es llevadera, porque tiene fecha de caducidad. Tan llevadera ha sido su soledad, tan apacible y tan enriquecedora, que teme incluso echarla de menos cuando su marido y sus hijos regresen. Pero ya afrontará ese problema cuando llegue. Si es que llega.

Aunque no tiene apenas hambre, sabe que tiene que cenar. Su nutricionista se lo ha dejado claro: nada de saltarse ninguna de las cinco comidas que cada día se han de hacer. Se levanta del sofá, se despereza y camina cansinamente hacia la cocina. Gladys, la chica ecuatoriana que cada mañana viene a realizar las tareas de la casa, le dejó el viernes una pechuga de pollo guisada con verduras. La saca del frigorífico, la examina, la huele y la aleja. No le apetece nada esa carne en exceso cocinada ni la salsa de tomate donde las judías verdes y los trozos de pimiento nadan. Escruta la nevera, rebusca en su interior y no encuentra nada que le apetezca. Decide hacerse una tortilla con queso y, mientras bate los huevos, empuña el mando a distancia de la tele de la cocina y la conecta. Aparecen en la pantalla, alborotados, los tertulianos de la cadena rival, que la deprimen. Zapea por la programación —una serie policíaca, un documental, un reportaje de investigación, un programa de entrevistas...— hasta apagar el aparato. Está saturada de televisión.

Vuelca los huevos batidos en la sartén, añade dos lonchas de queso cheddar y, mientras el aceite chisporrotea, piensa en Marieta Ayuso. Se le viene a la mente su estampa suficiente, despectiva, soberbia. Rememora las muchas disputas que mantuvo con ella en las tertulias y en algún que otro artículo de opinión en la prensa rosa. Recuerda aquella mirada suya, en la que, sin una palabra, le hablaba de todos sus defectos, de los que Cristina Aguirre es tan consciente, por más que los esconda debajo de una capa de agresividad y de perenne ira. Y concluye diciéndose que nadie puede ser obligado a lamentar la muerte de un prójimo.

Cristina Aguirre no siente, no lamenta la muerte de Marieta Ayuso.

Sonríe.

La tortilla, en la sartén, mientras el aceite chispea, está a punto de quemarse. La retira rápidamente del fuego y se la sirve. Se sienta ante la mesa y disecciona lentamente la tortilla. El queso caliente rebosa humeante sobre los bordes metálicos del cubierto, impregnándolos. Y es entonces cuando se

acuerda de la botella de vino. De ese magnífico Ribera del Duero, un Pesus de 2005 de más de trescientos euros la botella. De ese inesperado obsequio en el que Cristina Aguirre vio, cuando lo recibió, una sorprendente e inesperada bandera de paz.

¿Por qué no?

Claro que sí. Es el momento de disfrutar de ese vino exquisito. De sentirse vencedora. Y hoy, a la vista de lo ocurrido, de brindar por ella, por Marieta Ayuso.

Se levanta luciendo una sonrisa infrecuente en ella. Una sonrisa que no es sarcástica ni guerrera. Una sonrisa de satisfacción.

Va al botellero y allí, junto al Viña Real que por lo común consume —ella, que es una amante del tinto, de la Rioja, de Ribera del Duero, de donde sea— está, espléndida, la botella de Pesus 2005. Cuando la toma en las manos y la luz de la cocina acaricia el líquido, por debajo de la etiqueta blanca asoman sus destellos de cereza picota, sus resplandores granates. Se le hace la boca agua.

Abre el vino con el sacacorchos eléctrico y lo sirve en una copa de cristal tallado. Ya presiente su sabor mineral y, al mismo tiempo, frutal, de compota, y también de chocolate y de sándalo y tomillo. Cuando el vino cae sobre el vidrio, encarnándolo, percibe sus aromas de especias y hierbas.

Alza la copa y permite que la luz blanca atenúe el color carmesí del líquido. Y se la lleva a los labios.

«Por ti, Marieta».

«A tu salud, pedazo de zorra».

Y, luego, bebe.

Lunes, 20 de junio de 2016

La mañana de este lunes llego a la comisaría apenas pasados unos minutos de las ocho de la mañana. En cuanto enchufó el «abuelete», que tarda en ponerse operativo más que yo en gastar un chándal, accedo al correo electrónico y observo que, casi arriba de la bandeja de entrada, hay uno con un título («Informe autopsia») y una dirección de remitente («german.villaescusa@cnp.es») que hace que por mi columna vertebral corra un repelucos como un ciempiés. Veo que el colega de Madrid me envió el correo el pasado sábado. Este Villaescusa, pienso, es un tío de palabra. Eso, o bien que Pujadas ha sido eficaz en sus peticiones a la superioridad. Sea como sea, abro el correo y, para mi sorpresa, veo que no sólo figura, como documento adjunto, el informe de la necropsia, sino también el de dactiloscopia y una primera versión de la inspección ocular. A esto se llama empezar con buen pie un lunes, máxime después de un fin de semana tan aburrido que me he pasado enclaustrado en mi apartamento terminando la tercera temporada de *Line of Duty* y viendo por segunda o tercera vez la última de *House of Cards*. He pospuesto para más adelante los capítulos grabados de *Billions*, serie que está recién comenzada. El cazador de pokémons se fue de acampada con su panda de retrasados y dejamos para mejor ocasión nuestro encuentro sabatino. Y no ha aparecido ningún yonqui con sobredosis ni a ningún troglodita le ha dado durante el *weekend* por vapulear a su sufrida parienta. Así que eso: calma chicha durante el finde.

Accedo al informe, que está en PDF, de la autopsia de Marieta Ayuso, que fue realizada el mismo viernes. Lo leo con prisas, pues he de estar a las nueve y media en Julián Camarillo para un juicio ante el Juzgado de lo Penal. El informe está plagado de fotografías del cadáver: primeros planos del rostro de la interfecta, de las heridas terribles en el cráneo, de su cuerpo desnudo. A pesar de que sé que soy de lo que no hay, este tipo de fotografías me produce un respeto imponente y paso por ellas de puntillas. Ver el cuerpo desnudo, muerto e indefenso de alguien a quien conociste me resulta algo parecido a una profanación. Es como estar mancillando una intimidad sagrada, como

adentrarse en un lugar prohibido. Es una impresión que siempre me desconcierta, tan búfalo como soy. Pero pienso que nadie tiene derecho a contemplar a una persona en esa situación de desamparo absoluto, cuando todo atisbo de dignidad y de decoro han sido devorados por la muerte. Y me digo también que nadie es lo suficientemente malo para verse sometido a esa última infamia, a esa deshonra final. Inspiro profundamente para alejar de mí la sensación de bajeza que la contemplación del cadáver desnudo me provoca y aparto la vista de inmediato de esas fotos trágicas, tremendas. Las ganas de fumar me regresan como una bofetada. Leo en horizontal y a toda velocidad los preliminares (fecha, hora, necropsia realizada por orden del juzgado de instrucción número tal) y los datos de la víctima (sexo, talla, edad, peso, raza, biotipo morfológico...). El patólogo detalla a continuación la vestimenta con la que la occisa, como diría Pujadas, llegó a la morgue y los signos externos del cadáver. Decido saltarme la palabrería y me voy a las conclusiones. Leo que la muerte es de posible etiología homicida y que se ha producido como consecuencia de lesiones vitales a nivel de cráneo con hundimiento de la bóveda craneal y fracturas múltiples con sensación de «bolsa de nueces», que a saber qué coño significa eso; se comprueba penetración de la cavidad craneana a través del agujero occipital de gran parte de la columna cervical, producto de la dimensión del traumatismo y del asiento del impacto. Existen lesiones agregadas menores, secundarias, como excoriaciones, equinomas y hematomas que no contribuyen a la causa de la muerte. La sorpresa viene al final del párrafo. Marieta Ayuso presentaba un adenoma carcinopulmonar en estadio IV con metástasis ósea en cadera, con pronóstico fatal y sin indicios de haber tenido tratamiento radiológico ni quimioterapéutico.

Dejo de leer, respiro agitado, llevo la mirada al techo amarillento de mi cubículo. Cago en la puta.

¡Se estaba muriendo, Dios santo!

A pesar de mis urgencias, necesito fumar. Y pensar. Así que me asomo a la ventana, que es el único lugar de mi cuchitril donde puedo hacer esas dos cosas a la vez. Hay en la mañana una claridad veraniega, casi brumosa, que difumina los contornos de los edificios lejanos. Después de la primera calada, la imagen de Marieta Ayuso llena por completo mi mente. Recuerdo en estos instantes el brillo de zozobra de su mirada, y ahora me explico muchas cosas. También me explico esa tos persistente suya, y algunas de sus palabras: sobre el miedo, sobre el dolor, sobre la muerte. Intento acordarme de las frases escritas en el documento de Word que parpadeaba en su portátil. ¿Cómo eran?

Algo así como que nadie iba a decidir por ella, ni el miedo ni el mal. ¿Era el cáncer que crecía en sus pulmones y que poco a poco iba invadiendo sus huesos como un parásito virulento aquel mal al que se refería? Entonces, si esa nota es auténtica, si fue escrita por Ayuso, como había sostenido ante Villaescusa y Roldán, ¿cómo se compadece eso con que Marieta haya sido asesinada? ¿No habíamos quedado en que la autopsia era un instrumento para clarificar lo sucedido? ¿Por qué, entonces, me siento ahora tan confundido? ¿Qué significa todo esto?

Sólo soy capaz de alcanzar una conclusión: sea quien fuere el que ha matado a Marieta Ayuso, le ha ahorrado un sufrimiento gigantesco, posiblemente mayor que el dolor de su muerte.

Y otra pregunta me surge: ¿sabía el asesino que Marieta Ayuso sufría un cáncer fatal? Si no lo sabía, ¿qué pensará cuando se entere? ¿Que su crimen ha sido un gasto inútil, un riesgo innecesario? ¿O, muy al contrario, seguirá disfrutando de lo que ha hecho, porque el crimen fue un acto de odio, porque necesitaba matar y no estaba dispuesto a dejar que la naturaleza siguiera su curso, aun de haberlo sabido?

Y si lo sabía, ¿era tan grande ese odio como para no haber podido aguardar unas semanas, unos pocos meses todo lo más, a que el cáncer la corroyera?

¿O es que ese asesinato fue un acto no premeditado en el que no hubo tiempo para la reflexión?

Lanzo la colilla del cigarrillo por la ventana de un papirotazo, sin preocuparme de que pueda caer sobre el uniformado que hace guardia a las puertas de la comisaría y provocarle una tostadura en la gorra. Pulso la tecla de espaciado para poner de nuevo en marcha el «abuelete», que chasca y zumba antes de que en la pantalla aparezca de nuevo el informe de la necropsia. Me queda menos de una hora para salir pitando hacia Julián Camarillo. Leo ahora con mayor detenimiento y fijo la vista en los antecedentes, donde dejé la lectura para irme a las conclusiones. Y encuentro algunas cosas de interés. Por ejemplo, que en el examen externo del cadáver, el patólogo detecta excoriaciones en las uñas de las manos, y que en sus bordes se hallan rastros de lo que pudiera ser pintura blanca, una muestra de la cual se manda al laboratorio. Lo que parece confirmar que la víctima intentó aferrarse al barandal del balcón antes de caer al vacío. También consta que vestía camiseta de algodón de color negro, talla 32, que presentaba áreas de sangre en la región posterior y en la parte del hombro y de la axila derecha, de forma más alargada que ancha; vaqueros de color azul y zapatillas casuales sin

tacón. En la parte anterior del cuello se observan eritemas o hematomas leves que pudieran corresponder a la presión de dedos humanos. Examen sin relevancia de las zonas genitocrurales, vagina y ano. Sin signos de coito reciente. Restos de alimentos en estómago que se remiten igualmente al laboratorio. El último dato de interés es la fijación de la hora de la muerte: el forense, en base al rigor mortis y al estado de la función digestiva, la sitúa entre las cuatro y las cinco de la mañana del viernes. Es decir, medito, mucho después de que Tino Guillén se fuera de casa de Marieta, si es que me contó la verdad, claro. Y eso es más o menos todo.

Minimizo el PDF de la necropsia por si lo necesito posteriormente y abro el informe lofoscópico. Me salto los prolegómenos y voy directo al meollo de la cuestión: las huellas de Marieta Ayuso están por toda la casa, también en las teclas del ordenador de sobremesa. Sin embargo, en algunas de las teclas del Mac portátil, y más concretamente en las utilizadas para escribir el documento de Word que apareció en pantalla (la presunta nota de suicidio), las huellas dactilares de su propietaria aparecen desdibujadas al haber sido tales teclas presionadas por dedos protegidos, posiblemente por los guantes de plástico hallados en el cubo de la basura de la casa de la interfecta. De donde Chema Soto, que es quien firma el informe, deduce que aquel documento pudo ser escrito por alguien distinto a Ayuso cuyas manos estaban enfundadas en esos guantes. Sin embargo, analizados el interior de éstos, las únicas huellas que se pueden obtener, y muy difuminadas, son las de la difunta. Dejo de leer y me quedo cogitabundo. ¿Qué carajo ocurre? ¿Que el asesino enfundó sus manos en unos guantes de látex y después introdujo sus manos enguantadas en las manoplas de plástico halladas entre los desperdicios? Y si fue así, ¿para qué coño lo hizo?

Mis alarmas policiales campanean enloquecidas.

También están por todos lados las huellas dactilares de Genoveva Alfonsa Quiroz Santiago, llamada Gene, la criada sudamericana de Ayuso. Se le tomaron sus impresiones dactilares la misma mañana del crimen, antes de que, al enterarse de lo que le había ocurrido a su ama cuando llegó a las ocho de la mañana a la vivienda, le diese un vahído y hubiese que conducirla de urgencia a La Paz.

Y, por fin, también se encuentran por doquier las huellas papilares de Constantino Guillén Alcaraz, alias Tino Guillén, que, como ya estaba fichado, fueron identificadas de inmediato. Se hallaron sus huellas en el salón, en la cocina y en el dormitorio principal. También en el juego de cristal de Murano

que se encontró roto sobre la tapa de la vitrina y en el barandal y en los herrajes del balcón por donde cayó Ayuso. Sobre algunas de sus huellas aparecen otras superpuestas, no identificadas, lo cual da a entender que las de Guillén son antiguas. Otras, sin embargo —y las del balcón entre ellas— son nítidas, diáfanas y recientes. Lo que no hace sino colocarlo en una situación muy complicada. Sin embargo, no se detectan sus huellas en las cajas de comida tailandesa ni en los platos y copa que quedaron sin lavar.

Chema Soto deja constancia, por último, de que se descubren en la vivienda varios grupos de huellas que, sometidas al escrutinio del SAID, no han podido ser identificadas.

Pensativo, con sensaciones contrapuestas, cierro el informe lofoscópico y abro la inspección ocular. La firma Villaescusa, que redacta de modo conciso y muy formal. Detalla el lugar de los hechos, el día y hora en que se lleva a cabo la inspección, las condiciones climáticas, el tipo de calzada donde se halló el cuerpo, la señalización existente y todos los datos de rigor. Puntualiza que el cadáver de una mujer, a quien posteriormente se identifica como María Julieta Ayuso del Campo, se halla tendido sobre la acera, invadiendo levemente su brazo izquierdo, que se halla extendido, el asfalto; que el cuerpo se encuentra en situación de decúbito prono y presenta considerables lesiones en su mitad superior, principalmente en cráneo. Describe la vestimenta de la víctima, que coincide con la catalogada por el forense, aunque hace constar que el cadáver está descalzo y que ambos zapatos, posiblemente por consecuencia del impacto del cuerpo sobre las piedras de la acera, se encuentran desplazados a, respectivamente, ciento ocho y doscientos un centímetros del cadáver, en la posición de las tres en el reloj el zapato izquierdo, y de las siete, el derecho. Al informe se une un croquis explicativo del lugar de los hechos y un reportaje fotográfico exhaustivo. En varias de las fotos se ve el cuerpo de Marieta Ayuso, bocabajo, desmadejado como un muñeco de trapo, como un títere sin cordeles. Sus piernas, enfundadas en los tejanos azules, presentan posturas extrañas, aunque no parecen quebradas. Ambos brazos están extendidos, hacia la izquierda el brazo siniestro, invadiendo en parte la calzada, y por encima de la cabeza el diestro. Busco entre las fotografías alguna que presente un primer plano de piernas y brazos, porque hay algo, no sé muy bien qué, que me intriga. Las que hallo no me sacan de dudas y lo que hago es maximizar el informe de la autopsia. Busco en su contenido hasta encontrar lo que buscaba: ni las piernas ni los brazos de la interfecta presentaban fracturas. ¿Qué significa eso? Pues, en primer lugar, que

Ayuso impactó en la acera con la cabeza, de ahí que no se quebrara las piernas. Y, en segundo lugar, que no intentó protegerse con los brazos, pues, de haberlo hecho, éstos presentarían fracturas gravísimas.

Es curioso que una mujer que se despeña por un balcón no adelante los brazos para protegerse de la caída. Aunque fuera un gesto inútil, sería algo instintivo, ¿no? Anoto el dato en mi libreta y elucubro. Tal vez, me digo, estaba inconsciente cuando cayó al vacío. Rebusco en la necropsia por ver si el forense enumera alguna lesión en la cabeza que no fuera producto de la caída, pero no encuentro nada. Lo cual, concluyo, es lógico, pues teniendo en cuenta cómo quedó el cráneo de la pobre mujer, pura pulpa, no habría sido posible diferenciar las lesiones producto del brutal impacto de las hipotéticas lesiones previas, si es que existían, pues no hay indicio alguno. Aunque también releo la reseña sobre los hematomas en su cuello, y me planteo si por consecuencia de la presión realizada sobre él pudo perder el sentido. Tal vez, pero no tengo forma de saberlo. Sigo, pues, leyendo. Pero ya hay poco de interés. Tan sólo la conclusión final de Villaescusa: muerte violenta de origen posiblemente homicida. Aunque hace constar que tal conclusión es preliminar, pues se está a la espera de los resultados del laboratorio biológico, del estudio de las imágenes de las cámaras públicas y privadas, para lo que no ha existido tiempo material, y de las investigaciones sobre los sistemas electrónicos de la víctima y sobre su teléfono móvil y los de los posibles implicados, para lo que es precisa orden judicial que aún no ha sido dictada, dice, por su señoría.

Reflexiono y concluyo que tengo la picha hecha un lío. En todo esto hay algo que no cuadra, algo que me impide procesar las ideas con orden y método. Comparto las conclusiones de Villaescusa, claro que sí, pero también hay otras posibilidades que debieran ser tenidas en cuenta. Aunque sean improbables. Me viene a la cabeza una frase de Nietzsche: la inverosimilitud de una cosa no es prueba de su inexistencia. O algo así. Pero ni yo mismo estoy seguro de por qué se me viene esa cita a la sesera. Tras la cual me imagino el cáncer de Ayuso mordiendo sus pulmones como un bicho asqueroso. ¿Sabía ella lo enferma que estaba? ¿Sabía que su vida tenía ya fecha de caducidad? ¿Lo sabía el asesino? Y si lo sabía, ¿por qué matarla?

Desvarío, está claro. Quien dio muerte a Marieta Ayuso nada podía saber de sus padecimientos. ¿O sí? Joder, qué lío.

El tercer documento que abro contiene las declaraciones de la empleada de hogar de Ayuso, de vecinos del inmueble y del portero del edificio. Ninguno

de ellos aporta nada. Tampoco el portero, pues la portería cierra a las ocho de la tarde.

Cierro los documentos después de guardarlos en la memoria del «abuelete» y dejo que lánguidamente su vieja pantalla se apague. Regreso a la ventana, donde me fumo un pitillo a caladas ávidas y con su colilla enciendo un segundo. Me enredo de nuevo en pensamientos y cavilaciones que en conclusión me proporcionan más dudas que certezas, hasta que veo en el reloj que ya pasan de las nueve. Hora de salir pitando hacia Julián Camarillo si no quiero dar el cante llegando en el BMW de los narcos con la sirena puesta.

Informo a Margarita, la administrativa civil que hace las funciones de secretaria de inspectores y subinspectores y que lleva tanto tiempo en la comisaría como los azulejos de los cuartos de baño, del motivo de mi salida y de que a lo mejor no regreso hasta la tarde. Va a depender de cuán grande sea el retraso del juzgado. Cuando paso por la puerta abierta del despacho del subinspector Lucas Osorio, oigo su voz guasona:

—¡Oye, Floren, tráeme un autógrafo, ¿vale?! Mi hijo chico dice que ese central va a ser de los mejores del mundo.

—Sí, para autógrafos estoy yo, Látigo.

Y es que el juicio al que acudo ante el Juzgado de lo Penal es por un robo con fuerza que se produjo a principios del año pasado en uno de los imponentísimos chalés de La Finca, propiedad de un futbolista francés del Real Madrid, que resolvimos en un plis plas. ¿Ven ustedes que cuando me opuse a que el bueno de Látigo interviniese en el asunto de los tertulianos porque acabaría pidiéndoles autógrafos como una adolescente cachonda, tenía más razón que un santo?

Lunes, 20 de junio de 2016

—Buenos días, Pedro.

—Buenos días, Elena.

—¿Qué tal el fin de semana?

—Un horror, como me temía. Un auténtico espanto.

—¿Fuiste por fin a la Warner?

—Con los dos varones. La niña se quedó en casa con Lourdes. Por lo visto, no respiraba bien por la alergia. La madre, no la niña. Para mí que fue un escaqueo puro y duro.

—Cómo eres. Con lo que a mí me gustan los niños, me cambiaría por ti sin dudarlo.

—Lo tendré en cuenta para la próxima visita a un maldito parque de atracciones. Pedrito, al poco de llegar, se vomitó encima. Un infierno. ¿Ha habido algo?

—Nada. Con la hora que es... Ni siquiera he podido revisar el correo todavía, acabo de llegar.

—Venga, pues luego te veo. Vete preparando la contabilidad de la que te hablé el viernes, la de la empresa del actor, tenemos a las once reunión para cerrar sus cuentas anuales.

—Oye, Pedro, te has enterado de lo de...

—Sí, claro que sí. Una desgracia. Supongo que en esa reunión abordaremos el tema. ¿Sabes cuándo es el entierro?

—No, aún no se ha anunciado. Se ha dicho que será mañana martes por la mañana, pero aún no hay confirmación. En cuanto me entere te lo digo.

Pedro Fabregat, abogado, ha llegado a su despacho en María de Molina a las ocho en punto de la mañana. Como cada día. Como siempre. El bufete es, en comparación con las grandes firmas multinacionales, un despacho mediano, donde trabajan dieciocho abogados, todos especialistas en derecho tributario y poseedores de diversos másteres y laureles, nueve economistas, tres auditores y una decena de contables y secretarías. Su mesa es un perfecto reflejo de su vida: está pulcramente organizada, sin nada fuera de lugar. Un marco con una

fotografía de su mujer y sus tres hijos. Un ordenador portátil de última generación. Una modernísima calculadora de sobremesa. Una bandejita de alpaca con lápices, bolígrafos y estilográficas. Un abrecartas de plata en forma de espada. Un grueso manual que contiene las principales leyes fiscales del reino. Un pisapapeles de cristal. Una agenda. Y las carpetas blancas perfectamente apiladas en una esquina. Fabregat sabe que la organización es la base de la eficacia, y que la eficacia es la clave principal del éxito. No cree ni en las coincidencias, ni en la suerte ni en la improvisación.

Aborda el trabajo de inmediato, sin un segundo que perder. Tiene sus tareas perfectamente planificadas, pues ha estado durante todo el fin de semana proyectando cada uno de los quehaceres de la mañana de este lunes de finales de junio. Incluso cuando estuvo en la Warner, con Pedrito y Bruno, sus hijos, no dejó ni por un momento de pergeñar los detalles de complicados artificios fiscales, de idear sugerencias que compartir con el resto del equipo, de forjar planes para dar satisfacción a sus clientes. Recuerda ahora, mientras pone en marcha el ordenador, que fue mientras montaba en una de las atracciones del parque —las sillas voladoras de Mr. Freeze, cree que se llamaba— cuando se le ocurrió el mecanismo de ingeniería financiera —un elaborado «sándwich holandés» complementado con la creación de una sociedad pantalla en Massachusetts— con el que ahorrar más de ochenta millones de euros en carga impositiva española a una célebre cadena de supermercados y, de camino, otro buen puñado de millones de euros a sus dueños y altos directivos a la hora del inminente reparto de dividendos. Y a perfilar el mecanismo se aplica de inmediato. El tiempo transcurre, en esa soledad silenciosa, imperceptiblemente.

—Pedro.

Es Elena, su secretaria, que, como acostumbra, entra sin llamar en el despacho.

—¿Ya son las once? —pregunta Fabregat mientras se ajusta las gafas de montura dorada.

—No, qué va. Acaban de dar las diez. Toma. Mensajeros.

Y le entrega tres paquetes envueltos en blancas bolsas de plástico festoneadas con etiquetas multicolores.

—Gracias.

—¿Quieres un café?

—No, gracias.

—Vale. Te aviso un poco antes de las once.

Rasga con el abrecartas en primer lugar el paquete más pequeño. En su interior hay un sobre blanco, sin distintivos, del que extrae un *pen drive* encriptado que contiene datos confidenciales y sensibles de una empresa catalana cliente del bufete. Se levanta, abre la caja fuerte de su despacho, teclea la combinación y guarda en ella el *pen* recibido. Regresa a la mesa, se sienta y sonríe, con esa sonrisa suya raquítica, cuando lee el nombre del remitente del segundo paquete. Lo abre y extrae un sustancioso cheque bancario, expedido por un banco de Luxemburgo, en cuyo margen derecho figura una cifra de cinco ceros. Así liquida los honorarios semestrales del bufete uno de sus principales clientes, una SOCIMI con un capital de ciento treinta millones de euros bajo la cual se esconde, en el anonimato que proporcionan sesenta accionistas fiduciarios, un famoso deportista nada amigo de las transferencias desde el extranjero. Vuelve a guardar el cheque en el sobre y lo pone a un lado, para hacerlo llegar al departamento de contabilidad.

El tercer paquete es el que le estropea la mañana. Contiene dos sobres, uno de mayor tamaño que el otro. Cuando ve el nombre que, en el lugar del destinatario, aparece en el de mayor dimensión, parpadea, atónito. Porque no tiene ni idea de quién pueda ser esa persona cuyo nombre figura en el exterior del sobre tamaño A4. Vuelve a leer ese nombre desconocido y por un segundo está a punto de requerir la presencia de Elena, la secretaria, para llamarle la atención por haber admitido un envío que no es para él. Pero sabe que eso, en Elena, es impensable. Recupera el envoltorio de plástico rasgado y comprueba que es su nombre el que aparece en la etiqueta pegada sobre el plástico, que ese envío está dirigido a él. Que no hay error que valga. Deja el sobre grande sobre el escritorio con ese nombre desconocido en el lugar del destinatario. Intacto, sin abrir, bien lejos de él, sobre el tocho de leyes fiscales del reino, como si pudiera morderle, y coge el sobre pequeño. En éste sí figura su nombre —Sr. D. Pedro Fabregat Gutiérrez, Abogado—, y lo rasga cuidadosamente con el abrecartas de plata. Saca de su interior, desconfiando, una cuartilla de papel verjurado, de color amarfilado, con el membrete del remitente. Le extraña sobremanera leer ese membrete y un repelucó le recorre el espinazo como una mano helada. Cuando lee su contenido, pestañea estupefacto. Contiene unas instrucciones insólitas, extravagantes.

La sorpresa se apodera de cada uno de sus músculos faciales. Y Pedro Fabregat sabe que la sorpresa es como una termes gigantesca capaz de carcomer los cimientos del orden. Sabe que todo lo que no es previsible, incluso rutinario, es un foco infeccioso, patógeno, que sólo puede traer el

caos.

¿Qué es todo esto?

¿Por qué esas pautas?

¿Quién es la persona destinataria de ese sobre?, se pregunta, mirando el sobre grande como a una planta venenosa.

¿Y por qué yo?

Y la mañana se le trastorna inevitablemente.

Lunes, 20 de junio de 2016

Al juicio por el atraco en el domicilio del futbolista del Real Madrid comparecemos como testigos un antiguo subinspector de Pozuelo hoy destinado en Cantabria (que declarará por videoconferencia), dos guardias jurados de la urbanización La Finca y un servidor. Además, claro está, de la propia víctima, que ha declarado el primero entre chasquidos de innumerables *flashes* y los runrunes de siete cámaras de televisión, como si el hecho de que un chavalote tatuado, larguirucho, con cara de pánfilo, que tiene como única habilidad el pegarle patadas a un balón de fútbol, comparezca como testigo en un juicio por robo fuese la crónica del siglo. Afortunadamente, entre los buitres que cubren la noticia no está el periodista deportivo del falso secuestro de su hija, el putón verbenero. Habría sido la rehostia encontrarnos allí y recordar viejos tiempos. Del sopapo no lo habría librado ni el picoleto jubilado de la puerta ni su señoría ilustrísima ni Dios bendito.

Entro en sala cerca de las diez y cuarto de la mañana. Y me puedo dar con un canto en los dientes, pues otros días se ha multiplicado por dos y por tres el tiempo de espera. Un antiguo colega, subinspector en Chamartín, definió genialmente a los jueces: «Los jueces son individuos —o individuos, que son las que en verdad proliferan hoy en día en los juzgados, infiernos para los misóginos— que visten bata negra y puñetas, que piensan que sonreír es pecado mortal, que sólo conocen la postura del misionero y que están convencidos de que el único tiempo valioso en el mundo es el suyo». Lo bordó, ¿a que sí? La verdad es que con tantas martingalas sobre los derechos de los delincuentes, me fío bastante poco de los jueces hoy en día. Excepto de los de los Juzgados Centrales de Instrucción de la Audiencia Nacional. Ésos sí que valen. Me recuerdan a Richelieu: «Dadme dos líneas escritas por el hombre más honrado y encontraré en ellas motivos suficientes para hacerlo ahorcar». Unos monstruos, eso es lo que son esos jueces de la Audiencia Nacional.

Las preguntas del fiscal son claras, directas y sucintas. Los fiscales también son especímenes curiosos, más bien raritos, pero al menos, por lo general,

suelen estar en la trinchera apropiada. Éste termina conmigo en apenas un cuarto de hora, más o menos lo mismo que tarda en su interrogatorio el letrado del futbolista esquilmado, que ejerce la acusación particular. Para mi sorpresa, no es Leopoldito López-Samper. Toda una lástima, pues habríamos proporcionado al auditorio un espectáculo bastante distraído.

Me figuro que el abogado que defiende a los tres zarrapastrosos acusados del robo es del turno de oficio. Lo digo porque esos tres no deben de tener dinero ni para pagarse un polo de menta. No obstante, es, el tal picapleitos, un tipo atildado, presumido, que derrocha suficiencia, aunque los puños de su camisa, que sobresalen bajo la toga, están raídos y deshilachados. Cuando llega su turno de interrogatorio, me mira con descaro, baja los ojos hacia mi barriguita cervecera y me contempla con aire de perdonavidas. Me temo durante un segundo que vaya a soltarme aquello que decía Jack Bauer en la serie 24: «Vas a decirme lo que quiero saber, es sólo una cuestión de cuánto quieres que te duela». Sin embargo, en apenas diez minutos le bajo los humos al muy gilipollas y lo pongo donde debiera estar, que es vendiendo castañas en otoño en una esquina de Arganzuela. Y aunque el individuo prolonga su interrogatorio más de media hora, lo que ya formula son preguntas agónicas que más perjudican que benefician a sus clientes.

Un poco antes de las once y cuarto he terminado en el juicio. Cuando salgo a Julián Camarillo, enciendo un cigarrillo y conecto el móvil, que, por mandato judicial, he tenido apagado durante la sesión. Y para mi conmoción, en cuanto lo enciendo veo que tengo cinco llamadas perdidas de la centralita de comisaría, dos de Pujadas, cuatro de la agente Raquel Sanmartín y una de mi colega inspector jefe Félix Peñalver. Todo lo cual no augura nada bueno sino todo lo contrario. Igual, me digo, ha aparecido por la comisaría de Pozuelo con sabe Dios qué propósitos el hijo de Ortega Cano. O un zombi con forma de Lina Morgan, que es lo que nos faltaba. O algo peor. Como, verbigracia, que mi querido hijo el cazador de pokémons haya sido sorprendido intentando introducirse en el palacio de la Zarzuela persiguiendo a Pikachu. He de salir urgentemente, pues, de la terrible incertidumbre y telefonar a Pujadas.

—¿Dónde carajo te metes, Patón? —me espeta en cuanto la conexión se establece. Hoy debe de ser una de sus mañanas jodidas.

—Coadyuvando en la administración de justicia, jefe. Tenía hoy el juicio por el robo en la casa del futbolista del Real Madrid, ¿recuerdas?

—Pues vente para Las Rozas Golf, y a carajo sacado.

—¿A Las Rozas Golf? —me sorprende—. ¿Puedo preguntar humildemente,

jefe, qué coño se me ha perdido a mí en Las Rozas Golf?

Pujadas guarda silencio durante unos segundos, y pienso que ese silencio es como el de las bombas antes de explotar.

—Cristina Aguirre, la tertuliana —me dice—. Está muerta. Ha sido asesinada.

* * *

Durante la casi media hora que tardo en llegar a Las Rozas Golf, aprovecho para llamar a la agente Sanmartín, que procede a ampliarme las someras explicaciones que conseguí arrancarle a Pujadas y me ha puesto al tanto de las nuevas.

—Esta mañana, a las ocho, como cada día —me relata, con ese tono narcótico suyo. Ay, quién tuviera treinta años y treinta kilos menos, cago en la puta—, llegó al chalé de Aguirre en Las Rozas Golf la criada, una muchacha de Usera-Villaverde llamada Gladys. Se encontró a la señora en la cama, lo cual le resultó muy extraño, pues habitualmente, cuando ella llega, Cristina Aguirre ya no está en la casa: suele, o solía quiero decir, acudir al gimnasio cada día a las siete de la mañana y hasta las ocho y media o las nueve no regresaba. Intentó despertarla, pero la sintió fría, con un charco de vómitos junto a la cama y se temió lo peor y perdió los nervios. Llamó al SAMUR entre hipidos y sollozos, y los paramédicos de la ambulancia, en cuanto llegaron, y aunque se percataron de que Aguirre era cadáver, se la llevaron al Puerta de Hierro, que era el hospital más cercano. Posiblemente porque se dieron cuenta de quién era y no quisieron problemas. Allí, en el Puerta de Hierro, los médicos sólo pudieron certificar su fallecimiento. Al parecer...

—¿Causa de la muerte?

—A eso iba —me reprocha Sanmartín la impaciencia—. Según los doctores, todo apunta a un envenenamiento mortal. Los signos que presentaba el cuerpo eran, según han dicho, inconfundibles, aunque por ahora, y hasta que se le practique la autopsia, no pueden precisar qué sustancia causó la muerte. Sospechan de... uf... a ver... lo tengo por aquí apuntado... Fluor... Fluoroacetato de sodio, o algo parecido.

—¿Fluoro... qué?

—Fluoroacetato de sodio —me repite la joven, estoica—. Lo deducen por los síntomas. Pero no hay nada seguro todavía.

—¿Pudo haberse suicidado?

—Por lo visto, no fue una manera muy agradable de morir. Lo que quiero decir es que no es la manera que uno elegiría para quitarse de en medio, vamos. Tampoco había nota de suicidio ni razones conocidas que lo justificasen. El comisario está convencido de que nos hallamos ante un asesinato y ha ordenado que se trate la muerte como tal. Por cierto, don Ángel ha tenido sus más y sus menos con los picoletos. ¿Tarda usted mucho en llegar, jefe?

—Estoy en camino, ni diez minutos, creo. ¿Qué pinta la Benemérita en todo esto?

—Como usted sabe, en Las Rozas no hay comisaría, sino un cuartel de la Guardia Civil con un comandante al frente, que, por lo que se ve, es bastante dado al protagonismo y ha pretendido hacerse cargo de la investigación, aduciendo que es de su competencia.

—Nada, que no se acostumbran a que lo suyo es el tráfico y la conducción de presos, los muy jodidos. ¿Cómo ha quedado la cosa?

—Don Ángel ha tenido que llamar a Madrid. Nos quedamos la investigación.

—Bien por Pujadas.

—Por ahora.

Cuando escucho ese «Por ahora» en labios de Sanmartín, pienso de inmediato en Villaescusa, pero aparco el pensamiento para mejor ocasión.

—¿Qué más me puedes contar?

—Pues que hasta cerca de las diez no nos dieron aviso desde el Puerta de Hierro. De inmediato, el comisario le asignó a usted la investigación, mandó que le buscáramos y, mientras tanto, envió al inspector Peñalver con la científica y cinco agentes, yo entre ellos, para que aseguráramos la casa e impidiéramos la entrada de familiares o curiosos. Los de la científica siguen dentro, recogiendo pruebas.

—¿Ha trascendido la noticia a la prensa?

—Lo supieron casi al mismo tiempo que nosotros, jefe. Una filtración del hospital, seguramente. Esto está lleno de furgonetas, de cámaras y de alcachofas. Hasta un helicóptero se ha visto.

—Pero ¿saben la causa?

—Creo que no. Saben que Aguirre ha muerto, pero poco más. Y están como locos pidiendo explicaciones.

—¿Se le ha dado aviso a Villaescusa y a los de la Brigada Central?

—Creo que el comisario ha hablado con ellos, pero no sé. Algo he oído de que vienen para acá.

—Es decir, que no han llegado.

—No, no. Aquí sólo estamos nosotros. Y los municipales de Las Rozas, que nos están echando una mano con el tráfico y con los periodistas. También hay un coche de los picoletos aparcado fuera, pero no se entrometen.

—Está bien, Raquel, muchas gracias. Llego enseguida.

Aprieto a fondo el acelerador cuando me introduzco en la A-6 que, como es habitual, es un hormiguero de coches en un sentido y en otro. Y mientras voy adelantando vehículos con la sirena a todo trapo y las luces estroboscópicas girando como una peonza coruscante, me pregunto, trascendente y metafísico, que adónde coño nos va a llevar todo esto.

* * *

Las Rozas Golf, enclavada en el ámbito competencial de la comisaría de Pozuelo, es una urbanización con campo de golf, chalés lujosos, muchos de ellos aislados, naturaleza, montaña, arbolitos, ardillas, pajaritos y mucha gente vip. No es un complejo tan ostentoso y exclusivo como, por ejemplo, La Finca, atiborrada de ricachos, vividores y futbolistas como el que me ha hecho perder un tiempo precioso esta mañana en Julián Camarillo, pero no está nada mal. Igual el día menos pensado dejo mi apartamento de sesenta metros cuadrados en la calle Doctor Cornago de Pozuelo de Alarcón y me mudo a vivir allí.

Llego a la urbanización a las doce menos veinte de la mañana y, como era de prever, me encuentro la calle donde se ubica el chalé en el que vivía Cristina Aguirre atestada de periodistas y cotillas. A los que no hago ni puñetero caso, ni a los unos ni a los otros. A los primeros, porque estoy hasta los huevos de ellos; y a los segundos, porque no tienen ningún interés, pues eso de que el criminal suele volver al lugar de los hechos después de cometido el crimen es una trola de las películas americanas. A trancas y barrancas me abro paso entre la multitud de plumillas, reporteros y curiosos patológicos, hasta que Sanmartín me divisa y, acompañada de otro uniformado, sale a mi encuentro y me rescata.

—Uf —me quejo—, esto es de locos.

—Sí, y la que nos queda —replica la agente.

—¿Llegaron los de los madriles?

—Qué va.

En el vestíbulo del chalé me topo con Pujadas y Peñalver, ambos monísimos

con sus guantes de látex y sus patucos azules. Por las estancias de la vivienda brujulean los técnicos de la científica con sus monos, sus adminículos y sus trastos. Buena parte de las superficies visibles de muebles, picaportes y puertas está embadurnada con los polvos reactivos para el revelado de las huellas dactilares. Las luces de la cámara del fotógrafo policial me deslumbran de vez en cuando. En cuanto Peñalver me ve, me tiende unos guantes y unos patucos que no tengo más remedio que enfundarme. Y ya somos tres los payasos del circo Price.

—Parece que esto se complica, ¿no? —suelto, por todo saludo.

—Y tanto —replica Peñalver. Es éste un tipo con más pinta de oficinista que de policía, desgarrado, mal vestido y buena persona, aunque también se las gasta cuando la situación lo exige. Es, además, del Atlético de Madrid, lo cual lo define a la perfección. Desde siempre me he llevado bien con él—. Te queda una buena, ¿eh, Florencio?

—Y que lo digas —reconozco; y me dirijo a Pujadas a continuación—: Oye, jefe, ¿se sabe algo más?

—Lo que te he contado —me responde, mientras mira el móvil. Parece que está deseando que alguien lo llame para largarse de allí ahora mismo. Ya Ángel Pujadas no es como en los viejos tiempos: ahora sólo se siente a gusto en su despacho, entre papeles y burocracia, o preparando memorándums o reunido con los mandamases. Y jugando al golf, claro. Sobre todo, jugando al golf. Ha perdido el placer por la calle y las escenas de los crímenes, y se le ve a la legua—. Y parece que se confirma la hipótesis del veneno —prosigue, contemplando el móvil como el náufrago la vela en el horizonte—. Al parecer, y a expensas de los análisis, se cree que estaba en una botella de vino tinto que la pobre mujer abrió para la cena. Bueno, yo he de irme. Ahora Escalante te pone al tanto. Ahí viene.

Roberto Escalante es el jefe de la brigada de Policía Científica de nuestra comisaría. Es un muchachote grande, alegre, recién entrado en la treintena, licenciado en Ciencias Químicas, arquetipo del anuncio para animar las vocaciones policiales. Si es que hiciera falta, que no es el caso, pues, con la que está cayendo en la piel de toro, hay más aspirantes que vacancias.

—¿Podemos pasar ya, Roberto? —le pregunto, una vez que nos hemos saludado y despedido de Pujadas. Peñalver se queda conmigo, se sobreentiende que me va a ayudar en la investigación, aunque ya veremos. Sospecho que Villaescusa está a punto de llegar y que va a venir con orden de asumir ellos, los de Madrid, las pesquisas.— ¿Os queda mucho aquí?

—Un ratito —me responde—. Pero lo principal ya está hecho. Podéis pasar, si es eso lo que queréis. Y procurad no mancharos —añade, señalando las superficies pringadas.

—¿Cómo es que Cristina Aguirre podía pagarse esta casa? —interrogo, aunque a nadie en particular. La vivienda de la tertuliana envenenada es un casoplón. Aunque yo no sea perito en la materia ni venga de fábrica equipado con un telémetro mental, le echo al chalé algo así como cuatrocientos metros contruidos, chispa más, chispa menos. Y todo en una sola planta. Lo que, en Las Rozas Golf, equivale a unos cuantos, muchos, centenares de miles de euros—. ¿Se sabe si era propiedad o si era alquilada?

—Propiedad. Su marido, según hemos podido saber, heredó de sus padres un dinerito. Y además lo gana bien con la cátedra y los derechos de autor de los manuales de filología que escribe.

—Su marido... —No sé por qué, me había figurado que la Aguirre estaba divorciada. Tal vez, por su carácter colérico, por su intolerancia. Y ya se sabe que hay mucha gente que confunde la intolerancia con la sinceridad. Y la sinceridad, en un matrimonio, suele ser el mejor trampolín hacia el desastre—. ¿Qué es de él? ¿Está aquí? ¿Y los hijos? ¿Tenían hijos?

—Dos hijos. Según la criada, estudian en el extranjero. El chico, que es el mayor, en Bruselas. Y la chica, en Italia, en Bolonia. El marido se llama Carlos Pliego y está ahora en Estados Unidos, dando clases de español en un programa de intercambio. Ya se le ha dado aviso. Él va informar a sus hijos y me asegura que vendrán en el primer vuelo que puedan coger.

—¿Has hablado tú con él? —le pregunto a Escalante.

—He sido yo —interviene Peñalver.

—¿Cómo se lo ha tomado?

—Mal. Muy mal, más bien. Vive en Connecticut —Peñalver, que va de políglota, pronuncia algo así como «Conética» y, al hacerlo, le brota una pompa de saliva entre los labios— y, cuando le he telefoneado, a esos de las diez y poco, allí era de madrugada. Y entre que lo he despertado en plena noche y la noticia que he tenido que darle, ya te puedes figurar. Parece un tipo hecho y derecho, pero ha estado en un tris de derrumbarse.

—¿Te ha dicho algo de interés, Félix?

—Nada. Cuando he hablado con él aún no teníamos el diagnóstico provisional del toxicólogo de Puerta de Hierro. Le pregunté, de la mejor forma que pude, si creía que su esposa tenía alguna razón para suicidarse. Descartó el suicidio de inmediato. Me vino a decir, más o menos, que si existía en el

mundo una persona que amara la vida, ésa era su mujer.

—Está bien. —Me dirijo ahora a Escalante—: ¿Qué me puedes contar del veneno?

—Seguidme —nos indica.

Pasamos junto al salón de la casa, amplísimo y decorado con el gusto minimalista tan de moda, dejamos atrás lo que parece ser un cuarto de estar, un despacho y un cuarto de baño, y entramos en la cocina. Todos los muebles son de color blancuzco (blanco roto, creo que se dice ahora, una cursilada como otra cualquiera) y los electrodomésticos tienen la pinta de valer cada uno el importe acumulado al día de hoy de mi plan de pensiones. En uno de los extremos de la cocina hay una mesa y cuatro sillas. Es, como se dice ahora, un *office*. Sobre la mesa hay un mantel de hilo de color salmón con manchas de lo que parece ser vino tinto. Sobre la vitrocerámica hay una sartén pequeña con restos de aceite y, sobre la encimera de Silestone, un plato con restos de huevo batido, cáscaras de huevo y un paquete de queso cheddar en lonchas a medio consumir.

—Cristina Aguirre cenó ayer noche aquí —nos informa Escalante, señalando la mesa del *office*—. Sola, según todo parece indicar. Se preparó una tortilla con queso, que no se acabó, y bebió de una botella de Ribera de Duero, un tinto de una marca que nunca había oído: Pesus, cosecha de 2005. He buscado en Google y vale entre trescientos y cuatrocientos euros la botella, según donde se adquiera. Ahí estaba el veneno.

—¿Cómo lo habéis podido saber tan rápido?

—Es una suposición, pero basada en un dato objetivo irrefutable. Aguarda un momento. —Se acerca a la puerta de la cocina y asoma la cabeza. Hace una seña y regresa acompañado por uno de sus hombres, que porta un maletín ancho, una especie de nevera de playa. Lo conozco, se llama Rufino no sé qué, es también joven, escuálido y lleva menos de un año con nosotros en Pozuelo—. Conocéis a Rufino Quijano, ¿verdad? —nos pregunta, como si la comisaría de Pozuelo de Alarcón fuese la NASA y allí no nos conociésemos todos—. Saca la botella, Rufino, ¿quieres?

Quijano abre la nevera y extrae una bolsa transparente de pruebas donde guarda una botella de vino tinto de setenta y cinco centilitros, de la que faltan unos tres dedos de su contenido.

—Ten —le dice Quijano a Escalante.

Éste, con manos enguantadas, abre la bolsa, extrae la botella de Ribera de Duero y nos la muestra.

—Fijaos en el corcho —nos propone—. ¿Veis el agujerito que hay justo en el centro?

—Ah, sí —admite Peñalver, que señala donde Escalante le indica—. Ahí está, lo veo.

Yo no veo un carajo. Saco del bolsillo de mi camisa celeste mis gafas de presbicia y me acerco hasta casi tocar el tapón con las nupias. Ahora sí, observo que en la superficie del corcho, que es de color claro, como de carne de castaña, y justo en el centro, hay un circulito minúsculo y oscuro con sus bordes microscópicos levantados como granos de arena de color de almagre. Estas gafas de lupa me costaron dieciocho euros en la farmacia y, con sus tres dioptrías y media, el máximo que se despacha, son la rehostia.

—Con todas las precauciones posibles hasta que el laboratorio no nos confirme la hipótesis —añade Roberto Escalante, señalando el circulito—, eso que veis es la señal dejada en el corcho al ser traspasado por una aguja hipodérmica de cierto calibre, yo diría que de diez o quince Gauges más o menos.

—¿Gauges? —interrogo, quitándome las gafas—. ¿Qué coño es un Gauge?

—El calibre de los angiocatéteres o agujas usadas en medicina —me explica Escalante, nada pretencioso ni suficiente, sino como dando por hecho que cada cual tiene que saber de lo que sabe y no más— se mide en Gauges. Es una escala inversa, es decir, cuanto más Gauges, menos grosor. —Ya me estoy perdiendo, aunque lo escucho con cara de sumo interés—. Un Gauge, que representa la aguja más gruesa, equivale aproximadamente a doce milímetros. Por el tamaño del agujero, yo diría que la aguja usada para inyectar el tóxico en el vino medía entre un milímetro y medio y dos milímetros. O sea, entre diez y quince Gauges, en números redondos.

—Vaya, pues mira qué bien —repongo, cáustico, como cabreado, y sin saber realmente por qué. Quizá por constatar una vez más que la ignorancia es una enfermedad que, aunque nos llevemos toda la vida combatiéndola, jamás se cura—. No sabía que existían agujas de ese tamaño. Me ha contado Raquel Sanmartín que el veneno era... algo así como fluor... fluoro de... de no sé qué coño, ¿no?

—Bueno, según los toxicólogos del hospital, podría tratarse de fluoroacetato de sodio, una toxina mortal de necesidad. Pero hasta que en la autopsia no analicen los restos gástricos y la sangre, no podremos estar seguro.

—¿Nos puedes decir algo más sobre ese veneno, Roberto? —interpela Peñalver.

—Lo poco que recuerdo y lo que he visto en la red. El fluoroacetato de sodio es un potente tóxico usado desde la década de los cincuenta para el control de la fauna nociva. Se comercializa bajo la denominación de Compuesto 1080, aunque en España está prohibida su venta. Es una sal sintética, soluble en agua, no volátil, inodora e insípida. Por tanto, aunque en el vino se echase una buena cantidad del veneno, la mujer no notó nada. El sabor del Ribera de Duero permaneció inalterable.

—Dices que su venta está prohibida en España. ¿Se puede conseguir por Internet?

—¿Y qué no se puede conseguir por Internet hoy en día, Patón? Pues claro que sí. Esta mañana, en cinco minutos di con cuatro páginas que ofertaban el producto. Y eso sin hablar de los foros y los chats, donde se vende de todo entre los internautas. O de la Dark Web.

—¿Qué diablos es la Dark Web?

—Otro día te lo explico más detalladamente. Es el Internet profundo.

—Está bien. ¿Cuáles son los efectos de la toxina?

—Bastante desagradables. El veneno inhibe el ciclo de Krebs, que es el responsable de la obtención de energía en los seres vivos, y...

—En román paladino, Roberto —lo interrumpo. Sé de la propensión de estos cerebritos a perderse en jerigonzas y galimatías y con lo de la Dark Web ya he tenido bastante por hoy.— Algo que yo, que vengo de la caverna, pueda entender.

Escalante sonríe, paciente.

—Pues verás, una vez que el veneno se ingiere en una dosis mortal...

—¿Cuál es la dosis mortal? —vuelvo a interrumpirlo. Ya no sonríe. Me mira como preguntándome si estoy dispuesto a dejarlo terminar o no.

—La dosis mortal es de aproximadamente 0,7 miligramos por kilo de peso de la persona a quien se le suministra. Si ponemos que la víctima pesaba unos cuarenta y cinco kilos, pues calcula. —Es él quien lo hace, rápida y mentalmente. Yo, como buen hombre de letras, soy un negado para las matemáticas y permanezco a la expectativa, sin permitir que mi mente se enrede en cálculos—. Con treinta y un miligramos de producto, la muerte está garantizada. Y treinta y un miligramos, aunque no lo parezca, es nada. Para que te hagas una idea, si hablásemos de líquido, treinta miligramos sería algo así como siete u ocho gotas.

—Gracias, Roberto, muy instructivo —reconozco—. Me estabas contando cuáles son los efectos del veneno.

—Vamos a ello, a ver si consigo explicarme para que me entiendas. Verás, lo primero que experimenta la víctima, en cuanto ingiere la ponzoña, es un picor intenso que comienza en la nariz y posteriormente se extiende a las extremidades. Continúa con náuseas, vómitos, dolor abdominal, hemorragias intestinales, calambres, taquicardias y convulsiones para finalmente desembocar en un coma con depresión respiratoria, hipotensión arterial e insuficiencia renal, taquicardia ventricular y fibrilación. Después de las dos horas de la ingestión ocurre la muerte. Y no hay antídotos contra el veneno. Como te he dicho, una muerte nada agradable, la verdad.

Permanezco unos segundos ensimismado. Recuerdo ahora a Cristina Aguirre en sus intervenciones televisivas, belicosa, pendenciera, bravucona, toda ella desprendiendo un aura de petulancia y de indestructibilidad. Y me la imagino después de ingerir el veneno, apercibiéndose de cómo toda su fuerza, toda su arrogancia, todas las energías destinadas a superar sus complejos, se desaguaban inevitablemente, como agua sucia, por el sumidero que el tósigo había perforado en su cuerpo diminuto como una broca brutal. Y siento pena por ella.

—¿Qué es de la criada? —pregunto, dirigiéndome a Peñalver ahora—. ¿Puedo hablar con ella?

—Una patrulla se la llevó a comisaría para tomarle declaración. Allí estará ahora, supongo. Osorio se iba a encargar.

—Pues ocúpate tú de que no se marche sin que yo hable con ella.

—Por fortuna —interviene ahora Roberto Escalante—, la pobre chica, con el susto, decidió irse al hospital detrás de la ambulancia y estuvo todo el rato allí, pendiente de su señora. De no ser así, me temo que le habría dado por recoger y tirar los restos de la cena de la víctima y por limpiar platos y cubiertos, y nos habríamos quedado sin un material valiosísimo. Y además...

Un ruido de voces que nos llega desde el vestíbulo interrumpe el relato del policía científico. Oigo, inconfundible, la voz de Villaescusa.

—Parece que ha llegado la caballería —anuncio, y añado, subiendo el tono de voz—: ¡Para adentro, Romerales! —como decía María de la Encarnación, la poli municipal que tan cojonudamente interpretaba María Garralón en *Farmacia de guardia*.

* * *

Germán Villaescusa llega acompañado de Pepa Roldán, que hoy luce una

indumentaria bastante desaliñada: vaqueros rotos, camisa con unos extraños dibujos de parches y una cazadora tejana también harapienta; parece talmente una diputada de la CUP. Eso sí, ésta es guapa a rabiar a pesar de su vestimenta ácrata. Villaescusa, si ha oído mi chuscada sobre Romerales, no da muestras ni de haberse reído ni de haberse disgustado. Llega con su rostro pétreo de siempre. Su apretón de manos vuelve a ser sólido. El de Pepa Roldán, cuyos ojos escrutan admirativamente la vivienda de Aguirre, dura una fracción de segundo menos de lo que, para mi gusto, habría debido. Les presento luego a Peñalver y a Escalante.

—Ponme al corriente, ¿quieres?

Le relato en pocas palabras lo que hasta este momento sabemos de la muerte de la tertuliana. Roberto Escalante me ayuda en aquellos pormenores más técnicos hasta que entre ambos conseguimos darle una versión bastante precisa de lo sucedido.

—Por lo que sabemos —concluye el poli de la científica—, Cristina Aguirre llegó a su casa a eso de las ocho de la tarde, y...

—¿Cómo lo sabéis? —lo corta Pepa Roldán, alerta—. ¿Habéis visto ya las cámaras de la urbanización?

—No, y tampoco hay controles horarios de las entradas y salidas de los residentes —explica Escalante—. Lo suponemos porque, en primer lugar y según la criada, era su hora habitual de regresar a casa por la noche; y, en segundo lugar, porque desde las ocho y cinco estuvo pegada al teléfono. Llamó primero a sus hijos, y luego a su esposo, en Estados Unidos.

—¿Entiendo que habéis inspeccionado el móvil de la víctima? —pregunta Villaescusa, adusto.

—Sí, claro. Sólo para ver las últimas llamadas. Estaba en la mesilla de noche, con algo aún de batería y sin bloquear.

—No deberías haberlo hecho. No, sin orden judicial.

—Nadie se va a enterar, joder.

—Cosas como éstas les dan vida a los abogados defensores en los juicios —argumenta Villaescusa—. Que no conste nada relativo al móvil en vuestros informes.

—Está bien. ¿Sigo? —Y sin dar tiempo a su auditorio a replicar, Escalante, algo ofendido por el rapapolvo, continúa con sus explicaciones—: La llamada a su marido concluyó cerca de las nueve, a las ocho y cincuenta y siete de la noche exactamente. Y sí, no te preocupes, esto sólo es para nosotros. Después, suponemos que se hizo la cena, una tortilla de queso, y decidió abrir esa

botella de vino caro: un Pesus de 2005. Donde, como ya os ha explicado Patón, casi con toda seguridad estaba el veneno. Debió de sentirse mal al poco de beberlo, porque dejó casi la mitad de la tortilla en el plato. Supongo que se acostó, que al poco le vinieron los calambres, los vómitos y casi de inmediato la muerte. Aunque es una mera elucubración, creo que moriría antes de la medianoche.

—¿Qué sabéis del vino?

—Que valía más de trescientos euros. Según la criada, Aguirre era muy mirada con el dinero. No cree que lo comprase ella, aunque tampoco sabe cómo llegó a la casa.

—Está bien —dice Villaescusa—. Quiero que me pongáis por escrito todo lo que nos habéis contado. A partir de ahora, la investigación es cosa nuestra.

Ya estamos. Estaba esperando oír esta frase desde que ambos policías entraron por las puertas del chalé de Aguirre. Y aunque he estado intentando prepararme para la contingencia, la verdad es que no se me ocurre qué argumentar.

—¿Y eso? —es todo lo que repongo, timorato.

—Órdenes. Se considera conveniente que la investigación se unifique, ante la posibilidad, que más que posibilidad es probabilidad, de que ambos crímenes, los de Ayuso y Aguirre, estén relacionados.

—Te advierto que no soy un chico fácil.

—¿Perdona? —E inmenso rictus de perplejidad.

Definitivamente, este hombre tiene el sentido del humor de un bizcocho borracho.

—Quiero decir que no hay ninguna evidencia de eso, de que ambas muertes estén relacionadas —explico—. Creo que en esta vivienda no se ha encontrado ningún anónimo. ¿No es verdad, Roberto?

—Pues no sabría decirte —contesta el aludido, dubitativo—. Nosotros nos dedicamos a la recogida de muestras biológicas, fibras, huellas dactilares y demás. Lo cierto es que no hemos registrado el chalé. Así que...

Se podría haber quedado calladito, el muy capullo, ¿no?

—Bueno, pero...

—Pero ¿qué? —me aguijonea Villaescusa.

—Que no hay ninguna prueba de que se hayan recibido anónimos en esta casa, joder. Y hasta entonces, tampoco la hay de que los dos asesinatos estén vinculados.

—¿Te importaría facilitarnos unos guantes, Escalante? —pregunta

Villaescusa al poli científico, que se los entrega de inmediato. Un par para él y otro para Pepa Roldán—. Pues no elucubremos más y pongámonos manos a la obra. Cada uno a una habitación, ¿de acuerdo? El registro no debiera durar más de media hora.

—¿Sin orden judicial? —pregunto, aunque bien que sé que es innecesaria.

Villaescusa me mira con ojos ceñudos.

—Cállate, Patón —me dice—. Y venga, que ya vamos tarde.

Lunes, 20 de junio de 2016

Elijo registrar el dormitorio principal de la casa. No subyace en esta elección mía ningún motivo inconfesable, por más que les cueste creérselo. Simplemente ocurre que siempre he pensado que es en las alcobas maritales donde los sujetos suelen esconder no sólo sus más íntimos secretos, sino aquello que no desean que otros puedan ver y conocer. Como si esa alcoba, en donde se han fraguado vidas, amores y desencuentros, estuviese protegida por un aura sacrosanta que pudiese repeler la curiosidad ajena.

Ese dormitorio principal de la casa, de buenas dimensiones, está presidido por un tálamo conyugal que debe de medir casi dos por dos. Pienso que, en él, Cristina Aguirre, tan diminuta, tan liliputiense, debía de sentirse perdida en las noches solitarias. Palpo la colcha, procurando no pringarme con los restos químicos que la científica ha dejado por todos lados, y el tacto me devuelve una suavidad de seda. Examino las mesillas de noche, llena de prendas íntimas la de la izquierda, casi vacía la del lado diestro de la cama. No hay nada raro en ellas. Sobre la primera, hay una pequeña efigie olotense de san Antonio de Padua. No me imaginaba a Aguirre religiosa, quizá porque, en su trabajo, no parecía practicar en exceso la caridad cristiana, tan agresiva y pendenciera como era. Tampoco hay de qué extrañarse: sabido es que hoy en día la religión suele destilar odio y venganza, más que caridad y amor fraterno como debiese. Enfrente de la cama hay una cómoda de madera que, aunque no tengo ni repajolera idea de maderas, me parece buena. Sobre la tapa hay marquitos con fotos familiares y más santos que no identifico. Tiene tres grandes cajones, todos ellos con cerradura y llave que más parecen de adorno que de otra cosa. Abro el primero, y me encuentro ropas de cama. En el segundo hay más sábanas, fundas de almohada y un joyero grande de piel que saco del cajón. La parte superior del estuche tiene cuatro compartimentos forrados de terciopelo rojo colmados de anillos, pendientes, sortijas y collares. Hay algunas alhajas que enseguida veo que son de bisutería, no sé si fina o no, pues tampoco entiendo de joyería —con las cosas que ignoro se podrían escribir miles de libros, como podrán advertir—, pero otras me parecen de oro macizo de

buena ley. De las gemas y piedras que hilvanan algunos brazaletes y coronan algunos anillos no puedo pronunciarlos, aunque me parecen todas hermosas. Extraigo los cuatro compartimentos del joyero procurando que no caiga ninguna alhaja y bajo ellos encuentro otros cuatro compartimentos también forrados en terciopelo rojo. Y, sobre ellos, oculto por los compartimentos superiores, un sobre blanco y grande con el nombre de Cristina Aguirre Solano en su exterior.

El anónimo, me digo. Cago en la puta. Ya me veo fuera del caso.

Mas no.

Con las manos protegidas por mis guantes de látex, abro el sobre y saco de su interior simples facturas de compra de las joyas que atestan el cofre.

Poco más hallo de interés en el registro del dormitorio de Aguirre. Ni anónimos, ni amenazas, ni cartas comprometedoras, ni ninguna de esas cosas que los maderos suelen encontrar en las pelis y en las novelas negras. Ni un mal consolador o un artefacto sexual de esos que las parejas modernitas suelen utilizar ahora. Lógico, me digo. Porque, ¿quién coño se va a poner a utilizar consoladores o utensilios sexuales teniendo a san Antonio de Padua en la mesilla de noche?

La voz excitada de Pepa Roldán me saca de mis escolásticas cavilaciones.

—¡Aquí! ¡En el salón!

Doy un último vistazo a la alcoba de Aguirre y salgo de ella con la impresión de que la pobre mujer, a pesar de toda su furia televisiva, no era más, en la intimidad, que la protagonista de una historia aburrida, tediosa.

En el salón, Pepa Roldán blande en sus manos enguantadas, solemne, un papel como si fuera un estandarte.

—Aquí está —anuncia, clavados sus ojos en los míos, triunfante—. Estaba en un cajoncillo disimulado en esa vitrina.

Le tiende el documento a Villaescusa, que lo lee en menos de un minuto y me lo ofrece, circunspecto. En cuanto poso la vista en él, observo las letras mayúsculas inidentificables y la trivial tinta azul. Es una amenaza tan directa y tan inflexible como las que contenían los anónimos recibidos por Conesa y Ayuso: «...SI NO, MORIRÁS». Con la misma derechura. Habla también de un secreto a cuya revelación se le conmina y está firmado de igual forma: Rammusia.

Cierro los ojos mientras le tiendo el papel a Peñalver, que lo lee susurrando las palabras.

—Bueno, yo os dejo —anuncia Escalante cuando mi colega acaba de leer—.

Tengo a mi equipo esperando fuera y aún tenemos que ir al hospital a tomar las huellas dactilares del cadáver.

Hoy en día, la identificación de un cadáver se realiza casi siempre mediante técnicas dactiloscópicas. Sólo en algunos casos, y cuando las impresiones digitales son defectuosas debido a la acción de factores externos como el fuego o el agua, se acude a otros sistemas de identificación, tales como el serológico, el radiológico, el odontológico o por evidencias físicas como prótesis, cicatrices u operaciones quirúrgicas previas. Eso de llevar a rastras y entre sollozos a los pobres familiares a la morgue para que allí, a través de un cristal o a pelo, identifiquen el cadáver de su ser querido, que un forense de rostro enigmático descubre alzando una sábana blanca, es decimonónico y sólo se ve en las malas películas.

—¿Cuándo podré tener los resultados? —le pregunta Villaescusa mientras el técnico recoge sus bártulos.

—Hoy es lunes... Pues el miércoles como tarde.

—Que estén mañana —ordena el inspector de la Brigada Central de Investigación de Delitos contra las Personas—. Este asunto es prioritario.

—A tus órdenes —se despide Escalante, tras una mueca que pasa a todos inadvertida menos a mí—. Haremos todo lo posible.

Se hace un silencio incómodo en el salón de la vivienda de Cristina Aguirre. Los madrileños nos miran y nosotros, Peñalver y yo, los miramos. Ahora pegaría que sonara un móvil, que se cayera con estrépito uno de los muebles minimalistas del salón, que el horno de la cocina comenzase a humear o que apareciera Spider-Man por la campana extractora. Cualquier cosa con tal de no tener que soportar el jodido silencio. Pero no sucede nada. Me devano los sesos pensando qué decir, cómo convencerlos de que me permitan seguir participando en una investigación de la que al principio, en cuanto me vi al cruce de Parada y Lauren Postigo sentado en una de las salas de la comisaría de Pozuelo, quise huir como de una caldera de aceite hirviendo y que, sin embargo, ahora me apasiona de una forma que no pueden ustedes ni figurarse.

—¿Mantenemos nuestro acuerdo? —es todo lo que se me ocurre preguntarle a Villaescusa, contemplándolo como un perro que mira la mano del dueño enfadado que sostiene el hueso, con su tuetanito y todo.

—¿Nuestro acuerdo? ¿A qué te refieres?

—Yo accedo a que os hagáis cargo de las pesquisas sin rechistar y vosotros, a cambio, me tenéis al tanto de lo que vayáis sabiendo.

—¿Acceder? —repite Roldán, con retintín—. No nos hace falta tu

consentimiento para asumir la investigación de este crimen, Patón.

—Ya, sí, es verdad, claro —aduzco—. Pero no olvidéis que, más temprano que tarde, tendré que declarar ante el juez, pues fui yo quien recibió las denuncias de Conesa y de Ayuso. Y quien habló con Tino Guillén. Y a todos nos conviene que los polis demos sensación de unidad, de cohesión y de coordinación en las investigaciones, ¿no creéis?

Sé que es una apuesta arriesgada, pero cuando uno no tiene cartas y pretende seguir en la partida, tiene que levantarse de la mesa o ir de farol. Y en la memoria de todos están muy presentes las sonadas contiendas en los juzgados entre polis de altísimo nivel que están llenando de gozo a los plumillas del país. Y no es que yo sea un poli de altísimo nivel, pero, en un caso como éste, sobre el que todos sabemos que van a correr ríos de tinta, más vale que los maderos ofrezcamos ante los jueces, ante los fiscales, ante la prensa y ante el público en general una imagen unida y coherente. De coleguitas bien avenidos, oséase.

—¿Qué pretendes dar a entender? —me pregunta Villaescusa, huraño.

—Pues que, si he de declarar como es previsible, estando al corriente de todo lo que va pasando y por dónde van las pesquisas, no habrá peligro de que caiga en contradicciones que puedan alegrar el día a los abogados, ¿no crees?

Entiendo que es una explicación harto plausible, ¿verdad? Debe de serlo, porque Villaescusa, después de una rápida mirada de reojo a Pepa Roldán, asiente.

—Está bien —confirma—. Mantenemos nuestro acuerdo.

—¿Habéis tomado declaración ya a Tino Guillén? —inquiero, lanzándome de lleno por el boquete que me han abierto—. Lo digo porque como fue el último que vio con vida a Marieta Ayuso...

—Teníamos pensado tomarle declaración hoy —responde Roldán, que ya tiene un cigarrillo sin encender entre los dedos—, cuando ha pasado lo que ha pasado.

—Como testigo, supongo.

—Supones bien. Por ahora no hay motivos para hacerlo declarar en otra condición.

—¿Os importaría que estuviera presente?

Villaescusa meneaba suavemente la cabeza, como diciéndose que soy incorregible.

—No abuses, Patón —me reprende—. Cada uno en su casa y Dios en la de todos.

Voy a replicar pero en ese instante irrumpe en el salón de la vivienda la agente Sanmartín. Se la ve preocupada.

—Lo siento, señores —nos dice—. Pero creo que deben saber que la prensa se ha enterado ya de que Cristina Aguirre ha sido envenenada. —Y añade, tras una breve pausa—: Dan por hecho que se trata de un homicidio y requieren explicaciones. Me temo que no voy a ser capaz de contenerlos. Están como locos.

* * *

Doy horroroso en la pantalla. Me veo y me entra una depresión de caballo. O de búfalo, mejor dicho. Parezco mucho más calvo de lo que en realidad creo que estoy, parece que mis ciento once kilos se han convertido en ciento veinticinco por arte de birlibirloque, mis greñas son un revoltijo canoso, mis carrillos cuelgan como guayabas en octubre, la barriga me pende del cinturón como una pelota estrangulada y transmito una imagen de desaliño y abandono que me pone al borde del llanto. Ni los propósitos de enmienda que en ese instante me hago consiguen que salga del abatimiento. No logro quitar la vista de mi deprimente imagen pese a que la pantalla de la tele la llenan las estampas bizarras de Villaescusa y Roldán y que sólo se me ve en segundo plano y difuminado. Intento apartar la vista de mi triste figura y centrarme en las palabras de Villaescusa.

—Si guardan silencio durante un minuto, haré una breve declaración sobre los hechos —dice, con su voz bien modulada. Su aspecto de poli eficaz, maduro pero sugerente y atractivo, me desazona aún más. Cuando Sanmartín nos comunicó que la noticia del asesinato había trascendido a la prensa, Villaescusa telefoneó a sus superiores y recibió órdenes desde Madrid de intentar apaciguar a la horda. Y en éstas aparece ahora en el vídeo que contemplo desde mi casa, de regreso al dulce hogar después de una tarde de locos: a Látigo le ha dado por descubrir, mediante el visionado de horas y más horas de grabaciones de cámaras de seguridad, a los asaltantes del chalé de Somosaguas y hemos estado hasta las tantas preparando la entrada y registro en la vivienda de los sospechosos y su detención, que se llevará a cabo en mitad de la madrugada. Acompañados de un equipo táctico, pues tales sospechosos, tres albanokosovares y un búlgaro, son, por sus antecedentes, de armas tomar. En el vídeo que ahora veo mientras engullo un triste sándwich de atún y una cerveza de tercio, Villaescusa comienza su discurso cuando por fin

el silencio se hace entre la cuadrilla: «Como ya saben, la periodista Cristina Aguirre ha aparecido muerta esta mañana aquí, en su casa. En este estadio de la investigación sólo les puedo contar que contemplamos todas las hipótesis y que no descartamos ninguna. Por parte de la Dirección General de la Policía y, por supuesto, de la fiscalía y del Juzgado de Instrucción número cuarenta de Madrid que coordina las investigaciones, se pondrán cuantos medios tenemos a nuestro alcance para averiguar lo que realmente ha ocurrido. En breve, desde el gabinete de prensa de la Dirección General se ampliará la información y se les tendrá al tanto de cualquier avance en el proceso. Eso es todo. Muchas gracias».

Sus palabras, lejos de contentar a la bandada de pajarracos que lo rodea, parece excitarlos aún más. Caen en un frenesí de alcachofas multicolores, teléfonos móviles amenazando con estrellarse contra la cara de Villaescusa, cámaras que ponen en peligro la integridad física de sus portadores y de quienes le rodean. Y preguntas, decenas de preguntas que se superponen unas a otras:

—¿Inspector, ¿es cierto que Cristina Aguirre ha sido envenenada?!

—¿Es verdad que estamos ante un asesinato?!

—¿Se han producido detenciones?!

—¿Hay sospechosos?! ¿Podrían estar relacionados con el trabajo de Cristina?!

—¿Tiene algo que ver la muerte de Cristina Aguirre con la de Marieta Ayuso?!

—¿Contemplan la posibilidad de que Marieta Ayuso también fuera asesinada?!

—¿¿Qué relación tienen estas muertes con los anónimos recibidos por varios periodistas, inspector?!!

—¿Les van a ofrecer protección a los amenazados?!

—¿Recibió amenazas Cristina Aguirre?!

La imagen se funde a negro en la pantalla de mi tele y aparece de inmediato el rostro cariacontecido de Alberto Luis Conesa. La cámara acerca el enfoque y en sus pupilas dilatadas se vislumbran sentimientos que van desde la conmoción hasta el pánico, pasando por la ansiedad y la pesadumbre. Los colores imposibles de sus greñas aparecen hoy, un día más, apagados y exangües. Me sorprende al percibir que su voz sudada y pastosa le brota con cierta firmeza, pese al agotamiento que su estampa transmite.

—Muchísimas gracias a nuestros compañeros que tan magníficamente han

cubierto la triste noticia de la muerte de nuestra inolvidable compañera Cristina Aguirre —dice. La cámara enfoca entonces un lugar vacío en el plató, una especie de puf de color rojo y aspecto blando que se sitúa, desierto, entre los muslos celulíticos de Lucía Crespi y el gesto envarado de Tino Guillén. Sobre el puf hay un pequeño ramo de flores. La música de fondo es una melodía fúnebre que no identifico. Tras un plano efímero, la cámara regresa al rostro de Conesa. Descubro un leve tic en su párpado inferior izquierdo—. La ausencia de Cristina se une a la tan reciente de nuestra queridísima Marieta Ayuso, que también nos dejó hace unos días. —Mientras los ecos de su voz se apagan, la cámara enfoca otro lugar vacío: un butacón de aspecto recio y formas cuadradas tapizado en color morado al que colorean los tonos blancos y amarillentos de otro ramillete de flores—. Como habrán podido observar en las imágenes que nuestros compañeros nos han servido y que acaban ustedes de ver —prosigue Conesa; frunce sus ojillos como si le costara ver las palabras que procesionan en el *teleprompter*—, la policía ha adoptado una actitud hermética y no ha revelado ni motivos ni causas de esas dos muertes deplorables. La muerte de dos personas buenas que han provocado un agujero irrellenable en nuestros corazones y —estamos seguros— también en los de todos ustedes, queridos amigos de *La Comunidad*.

Conesa hace una pausa solemne y, mientras dura su silencio, la cámara enfoca el rostro de Olivia Maestre primero, que, como era de esperar, lagrimea, inclinada la testa. Me recuerda a la Magdalena penitente de Caravaggio en plan anoréxico. Y, después, el de Juanma del Salto, muy abiertos los ojos, desafiantes, una sonrisa esquiva en sus labios. El imbécil este me recuerda al niño con pipa del cuadro de Picasso, pero en plan gilipollas.

—No podemos comprender —prosigue Conesa, prosopopéyico— ese silencio hermético de la policía ante las muertes trágicas de dos de las mejores periodistas de nuestro país. Porque eso es lo que eran Marieta Ayuso y Cristina Aguirre: PERIODISTAS. Con mayúsculas. —Otra pausa dramática durante la cual la cámara busca ahora los rostros de Tino Guillén, pétreo, aunque la preocupación parece destilar por sus poros como si fuera sudor; de Luz Campuzano, hierática, muy pálida hoy; de Lola Hermosilla y de Fofi León; en los rostros de estos dos últimos sólo hay miedo—. Hacemos un trabajo digno y necesario para la sociedad —continúa Conesa su filípica—. Porque aunque desde algunos sectores, incluso desgraciadamente entre algunos de nuestros compañeros, se intente denigrar lo que hacemos, en este mundo

nuestro es necesario el entretenimiento, la noticia desenfadada, el desparpajo y la espontaneidad que caracteriza a este trabajo nuestro, tan incomprendido a veces y tan vilipendiado.

Pienso, mientras escucho la diatriba, en Marieta Ayuso, y me pregunto qué diría de poder oír a Conesa en esos instantes. Recuerdo sus palabras como si las estuviera oyendo ahora mismo: «Mire usted: estamos hoy en día en unos tres millones de espectadores diarios de audiencia. De ese número, creo que unos dos millones novecientos mil se regodean con la estupidez de Juanma del Salto, o con las bravuconadas de Cristina Aguirre, o con la delicadeza imbécil de Olivia Maestre, por no hablar de los demás. En el fondo, los telespectadores perciben que la mayor parte de ellos son unos idiotas y eso los hace sentir superiores, que es lo que al fin y al cabo la gente busca viendo esa clase de programas».

Cuando regreso de mis pensamientos, la tertulia de *La Comunidad* ya se ha iniciado, pero hoy es más sosegada. Sin embargo, me digo que por debajo de ese sosiego es muy fácil adivinar una sensación rayana en el pánico.

Y mientras me amodorro en el sofá, me planteo cuántos de esos tertulianos habrán recibido un anónimo amenazante que les conmina a revelar secretos oscuros.

Y qué nos van a deparar los próximos días.

Lunes, 20 de junio de 2016

—¿Tardas mucho, Luis?

—¡No, enseguida voy, Carla!

La voz de su marido le llega preñada de whisky. Se lo imagina en el cuarto de estar, en pijama, con la tele sin volumen, delante de su ordenador portátil, buscando una inspiración que ni el whisky le va a traer. Y aunque lo sabe a sólo unos metros, lo siente lejano como la otra orilla de un océano. A pesar de que no hace ni pizca de frío en esa noche de junio, Carla Palafox se cubre con el cobertor y lo lleva hasta su barbilla como si pudiera protegerla.

Tiene miedo. Un miedo paralizante. Un miedo que le impide razonar.

—No tardes, por favor, Luis.

—¿Te encuentras bien?!

—Sí, pero no tardes.

—¡Acabo con esto y voy!

Carla sabe que el miedo se mide por el tamaño de las cosas que se pueden perder. Y es tanto lo que ella, ahora, en la flor de su vida, puede perder. Su estatus, la fama, su profesión, su relevancia pública.

Y su vida.

Por encima de todo, su vida.

Piensa que todo esto no puede estar pasando, no aquí y ahora, en este país donde todo está a punto de cambiar, de transformarse como una crisálida de la que va a brotar, tras la metamorfosis, una realidad nueva y radiante. En la que personas como ella, progresistas, libérrimas, van a tomar el mando.

No puede ser. Pero es. Y ahí está el miedo que experimenta para recordárselo.

Cuando recibió aquel anónimo, hace ahora de eso... ¿cuántos días?... ¿cinco, seis, siete?... ¡qué más da!... pensó, tras el desconcierto y la conmoción iniciales, que las amenazas, las coacciones, los intentos de hacer callar la voz que molesta son cosas tan habituales en el oficio como las prisas, y que sólo el periodista acomodaticio, irrelevante, se libra de ellos. Reconoce, sin embargo, que ese anónimo, con sus referencias a un secreto y su tono

inexorable, la inquietó en un principio y le hizo plantearse muchas cosas. Pero poco después, casi de inmediato, la sensatez regresó a ella y concluyó que ese panfleto no era sino uno más de tantos y que su secreto estaba bien a salvo, protegido por muros infranqueables.

Ahora, en cambio, no se le va de la cabeza la imagen de Marieta Ayuso y de Cristina Aguirre.

Las conocía poco, holas y adioses en los pasillos de la cadena cuando coincidían, que tampoco era a menudo, y conversaciones insustanciales y breves en el almuerzo anual, navideño, del personal de La Décima. Poco más. Tal vez, si acaso, recuerda, tenía un mayor conocimiento de Marieta Ayuso, pues departió en un par de ocasiones con ella sobre libros, prensa y medios de comunicación en sendas cenas con Ángeles Gallego y otros autores y editores, hace tiempo ya, pues publicaban en la misma editorial. Pero, más allá de esa relación escasa, lo que en este momento de verdad importa es que ambas, Marieta y Cristina, eran personas, periodistas, compañeras, y que ambas recibieron anónimos como ella y que ahora las dos están muertas.

Muertas.

Esa palabra la paraliza como un tósigo.

Siente las sábanas frías como si fueran de nieve. No puede creer que la temperatura de la alcoba sea tan cálida y que la de su interior, en cambio, sea glacial, de escarcha y hielo. Y es que el miedo es una garra gélida que congela la sangre.

«¿Qué puedo hacer?», se pregunta. «¿Qué opciones tengo?».

Un ramalazo de furia se le enreda en el miedo cuando se recuerda poderosa, severa, contundente, en sus apariciones televisivas, en sus artículos de prensa. Y cuando se ve ahora empequeñecida, arrojada en telas que no alejan ese miedo que la agarrota. Maldice su esterilidad intelectual, que sólo para sí se reconoce, y su decisión de acceder a la propuesta de Antonio Nebreda. Lo impreca en silencio cuando reconoce en él todo lo que a ella le falta: imaginación, fantasía, disciplina, la capacidad para juntar palabras y hacer que esas palabras, todas unidas, compongan una historia hermosa.

«¿Qué puedo hacer? ¿Qué opciones tengo?».

Sabe que sólo son dos las alternativas que tiene: callarse y convivir con el miedo, afrontando unos riesgos terribles; o hablar, y contar al mundo lo que el autor del anónimo, el diablo se lo lleve, quiere que cuente.

No hay más.

Y se dice que ambas alternativas son a cada cual más espantosas.

—Luis, por favor, ven ya.

Muertas.

Esa palabra terrible cabrillea una vez y otra en la penumbra suave de la alcoba de Carla Palafox.

Martes, 21 de junio de 2016

—...¿Cómo que estáis haciendo todo lo posible?... ¡Pues yo no veo que hagáis nada, joder! ¡Yo sólo sé que hay dos periodistas compañeras mías muertas y que sólo veo pánico a mi alrededor!... Sí, sí, ya me tranquilizo, ya... Sí, sí, por supuesto... Pero es que, claro, es muy fácil pedir tranquilidad a los demás, Jesús, cuando uno no está siendo amenazado de muerte... Sí, ya, muy bien, pero no te creas que es fácil, joder... Vale, pero, al menos, ¿podrías decirme cómo van las investigaciones? ¿Se confirma que lo de Marieta Ayuso fue un suicidio o tenéis indicios de que también pudo ser asesinada? ¿Hay sospechosos en relación con el homicidio de Cristina Aguirre? ¿Alguna detención, alguna actuación inminente?... ¿Cómo que no puedes contarme nada, Jesús, joder? ¡No irás a decirme que no lo sabes, coño, que estoy hablando con el director general de la Policía y no con un mindundi cualquiera!... Sí, sí, muy bien, lo entiendo... Sí, ya, la discreción, la prudencia y todo lo demás. Es una cantinela que me conozco, Jesús. Me la sé de puta madre. Pero, digo yo, algo podrás contarme, ¿no? ...¿Nada? ... ¡Pues está bien la cosa, cojones! ¿Me vas a obligar a llamar al ministro?... ¿Qué...? ¿Cómo...? ¡Pues muy bien, coño! ¡Eso mismo os voy a decir yo cuando me pidáis el próximo favor!...

Ignacio Feliú, director de *Al filo de la noticia*, cierra los ojos mientras oye la larga parrafada al otro lado de la línea telefónica. Se siente exhausto, y la voz de su interlocutor, pausada, calmada, sólo sirve para acelerarle aún más los pulsos. Percibe el latido de sus sienes como un gong cuya vibración amenazara con quebrarle la fina piel.

—Está bien —repite cuando, al otro lado del hilo, el alto cargo ministerial cesa en sus explicaciones—. Confío en ti... De acuerdo... Una última cuestión, Jesús: ¿contempláis la posibilidad de ofrecer protección a los demás amenazados?... ¿Cómo? ¿Que no te consta que haya más anónimos dirigidos a otros periodistas?... Ah, bien, bien, está bien... No, yo no, hombre, por supuesto que yo no. Yo no tengo ningún secreto que esconder y soy inmune a las amenazas, faltaría más, coño... Ya, pero cuando dije antes que había más

amenazados no era más que una forma de hablar, sí... Una suposición... Claro, porque la amenaza a uno de nosotros es una amenaza a toda la profesión... Sí, eso es... Gracias... No, no, no te preocupes... Sí, está bien... Espero tu llamada. Un gran abrazo.

Separa el móvil de la oreja y luego, pensativamente, abre el cajón central de su mesa de despacho, que está cerrado con llave, y extrae el anónimo que recibiera días atrás. Lo vuelve a leer, sus palabras directas como dardos, la amenaza explícita, su tono implacable. Lo guarda después, echa la llave del cajón, clic en la tecla de espaciado de su ordenador y, mientras la pantalla cobra vida, permanece en silencio, contemplando la portada de su periódico digital. Por un instante, el cristal del aparato le devuelve su imagen, ve la delgada capa de grasa que ahora redondea unos rasgos que en otro tiempo fueron afilados, angulosos; las ojeras cárdenas de sus ojos, su brillo de preocupación, su mirada, que destila estrés y zozobra, la expresión de su rostro, de derrota inaplazable. Él, que siempre fue de victoria en victoria, como si los triunfos fuesen las piedras que ayudaban a vadear el río.

Menea la cabeza con hastío, con un cansancio infinito.

Sabe que lo que se está librando es una batalla en la que está en juego la supervivencia del periodismo. Del periodismo tal como él, Ignacio Feliú, siempre lo ha concebido, un periodismo tan alejado de los actuales medios de comunicación, que deforman y devalúan la verdad, que luchan no por comunicar ideas y noticias, sino únicamente por hacerse apetecibles a los publicistas, por subsistir y mantenerse. Unos medios de comunicación donde conceptos antes inmutables (la rigurosidad, la búsqueda de la verdad, la necesidad de contrastar la información...) han sido sustituidos por conceptos banales (la denuncia inmediata sin verificaciones, lo episódico, lo altisonante, lo improvisado...) y donde cada día se pone en juego, sin darse cuenta de que es bien precedero, el valor fundamental del periodismo: la credibilidad.

La credibilidad.

La palabra, tan hermosa, suena en sus tímpanos como un eco lejano.

Antes, piensa Ignacio Feliú con un desespero creciente, lo relevante, lo socialmente importante, era, no lo que en realidad ocurría, sino lo que se contaba en la prensa, hasta tal punto de que lo que no aparecía en los medios de comunicación no existía realmente. Ahora, lamentablemente, lo que aparece en los medios de comunicación no es sino una pequeña ventana en el inmenso edificio que conforman las redes sociales. Y para que su voz se escuche se corre el peligro de que el periodista se convierta definitivamente en un

sicofante desquiciado. Que es lo que por desgracia está ocurriendo hoy en día, concluye.

Acercas la mano al teclado del ordenador y ve que tiembla. Tal vez de forma imperceptible, pero tiembla. Sonríe luego. Mas lo hace con una tristeza profunda y se dice que la vida es una fuente inagotable de sorpresas. Durante años, él, y todos los periodistas, se han dedicado a atemorizar a la sociedad: años y años de titulares rebosantes de catástrofes, de desastres y calamidades; años retratando un futuro apocalíptico; años enfatizando situaciones de inseguridad y riesgo; años debilitando la confianza pública. Conformando un discurso de incertidumbre que ha venido generando en la ciudadanía una cultura de inseguridad y temor.

Años ganando la vida a costa del miedo de los demás.

Y ahora, qué paradoja de la vida, es el miedo el que lo gana a él.

Y, supone, a otros como él.

Lleva la memoria a años atrás, a muchos años atrás. Y piensa en lo que aconteció entonces.

En su secreto.

Y cómo lo que aconteció entonces puede acabar definitivamente con sus esperanzas, tan débiles, de tener un futuro.

Martes, 21 de junio de 2016

—¡Hombre, Floren, si te has dignado a venir y todo! ¡Qué detalle!

—Sé que no puedes vivir sin mí, Látigo, así que aquí me tienes. ¿Está todo dispuesto?

Son las cinco menos diez de la mañana de este martes cuando llego a la comisaría de Pozuelo. Legañoso y con apenas dos o tres horas de sueño encima, pues me he levantado a eso de las tres para que me diera tiempo a mis quehaceres matutinos (los tres cafés largos y mi cuarto de hora en el trono) a fin de que hoy no me ocurra lo que me pasó el día que conocí a Villaescusa y Roldán sin mis toallitas.

—Todo dispuesto.

—Pues ponme al día, Látigo.

—Los cuatro sospechosos del robo en Somosaguas, que han sido identificados gracias a las imágenes obtenidas de dos cámaras de seguridad y de los que sospechamos que han podido cometer otras fechorías de parecida índole en Aravaca y en Boadilla, han sido localizados en Getafe, concretamente en el barrio de la Alhóndiga, en un segundo piso de un bloque de la calle Lope de Vega, cerca de la iglesia de Fátima. Son individuos muy peligrosos. Los cuatro tienen antecedentes penales, y en concreto el búlgaro, que se llama Anastas Bozhidarov, está en busca y captura desde 2011 por un robo a una sucursal bancaria de Valdemoro en el que un vigilante jurado resultó herido de bala. Se usaron entonces varios Kalashnikov y pistolas automáticas, así que el tipo se las trae. Y los tres albanokosovares no son precisamente monjitas de la Caridad. Más bien, todo lo contrario: unos auténticos hijos de puta capaces de dar matarile a su propia madre. Así que vamos preparados y pertrechados.

Lucas Látigo Osorio me cuenta que estamos citados con los colegas getafeños, que son los que dirigirán la operación, y con el equipo táctico a las cinco y media de la mañana en la comisaría de Getafe, y que vamos con el tiempo justo, por lo que me urge a ponernos en marcha. Nos montamos en el BMW de los narcos y, mientras conduzco a buena velocidad por la M-40, que

a estas horas está desconocida por casi desierta, Látigo me cuenta los detalles del operativo.

—Según los informes de los compañeros de Getafe y de la Unidad de Inteligencia Criminal de Madrid, los sospechosos viven en un segundo piso de un bloque de vecinos de cuatro alturas —me explica—. Sabemos que en este preciso instante los cuatro están en la vivienda, durmiendo. Todos los pisos del bloque están ocupados, por lo que tendremos que ser sumamente cuidadosos para que no haya daños colaterales. Doce uniformados de Getafe asegurarán la calle y las otras plantas del edificio, para evitar que los vecinos entren en modo pánico y salgan cuando comience la movida. Todo el peso de la operación recaerá sobre un comando del Grupo Especial Operativo, dada la peligrosidad de los objetivos. Vamos allá de espectadores tan sólo, ¿de acuerdo, Floren? Y para hacernos cargo del interrogatorio de los sospechosos una vez sean detenidos.

Llegamos a la comisaría de Getafe a las cinco y veinte de la mañana, con diez minutos de adelanto sobre la hora convenida. Para entonces ya están allí los compañeros de Getafe, seis inspectores y los doce de la escala básica que asegurarán el edificio, y diez comandos del grupo 10 (antes se llamaba Alpha, pero les han cambiado el nombre, no sé por qué, algo de política, supongo) del Grupo Especial Operativo, oséase, los célebres GEOS, al mando de un oficial. Siempre que los veo me recuerdan a un *geyperman* negro que le pusieron los Reyes a mi hermano pequeño (ahora, el pequeño de la familia me saca una cuarta y trabaja de práctico en Canarias ganando un pastón) y del que me apropié en cuanto lo vi. Aunque el uniforme de estos polis es bastante más sofisticado, con su mono táctico negro y el casco de astronauta que hoy sustituye a su tradicional boina granate. Vienen armados hasta los dientes: pistolas semiautomáticas HK-ESP Compact, subfusiles Heckler & Koch MP5 y fusiles de asalto SIG 551 SWAT. Portan también granadas fumígenas, linternas de xenón, láseres de apuntamiento y gafas de visión nocturna. Cualquiera diría que nos vamos a Mosul en vez de a un barrio de Getafe.

En una sala de la comisaría getafense se ultiman los detalles del operativo y a las seis menos veinte partimos para la Alhóndiga. Nosotros vamos en un zeta acompañados por dos de los inspectores locales, nos siguen dos zetas más y un furgón con los uniformados, y abren la marcha dos todoterrenos URO VAMTAC (Vehículos de Alta Movilidad Tácticos) de los geos. Aparcamos a la espalda de la calle Lope de Vega y en un santiamén nos plantamos a pie y amparados por las sombras de la noche delante del edificio donde viven los

tres albanokosovares y el búlgaro. Las farolas de la calle permanecen apagadas, gracias a las gestiones hecha con la suministradora eléctrica del municipio. Uno de los geos abre la puerta de entrada del bloque con la llave que se había solicitado el día anterior, muy discretamente y con los apercibimientos de rigor, al administrador de la finca, y dan paso a seis de los uniformados getafeños, que se apostan en las plantas primera, tercera y cuarta, atentos a que ningún vecino salga de sus viviendas.

—Toma esto —me susurra Látigo, tendiéndome un chaleco antibalas.

—¿Es de mi talla?

—No me toques los huevos, Floren. Es el mayor que he podido encontrar.

Tengo que pedir ayuda a Osorio para enfundarme el chaleco de kevlar, que hace que me sobresalgan las lorzas de los costados y los michelines de la cintura y que tenga graves dificultades respiratorias. Resollando, apostado al lado del zeta donde hemos venido, observo cómo dos de los geos quedan fuera del edificio, vigilando las ventanas de la vivienda de los sospechosos, mientras el resto del comando, a la orden del oficial, penetra en su interior como una fila de escarabajos gigantescos. Poco después accedemos nosotros: Látigo, los inspectores de Getafe y un servidor, todos con nuestros chalecos y esgrimiendo nuestras armas reglamentarias; en mi caso, una antigua Star 28 PK que me acompaña desde mis años mozos.

Desde donde nos apostamos, que es agazapados en el rellano situado entre el primer y el segundo piso del bloque, podemos oír el operativo, pero no verlo. Escuchamos un estruendo monumental cuando el ariete arremete contra la puerta de la vivienda de los objetivos y, luego, voces, gritos y, al final, un silencio que espanta más que la vocería. Pronto, desde las otras plantas del edificio se oyen ruidos y preguntas inquietas formuladas a gritos. La operación dura menos de dos minutos y se salda con la detención de los cuatro sospechosos sin necesidad de disparar un solo tiro. Cuando podemos acceder a la vivienda, nos encontramos a los tres albanokosovares y al búlgaro tirados en el suelo, esposados y en calzones blancos, patéticos.

Como dirían *Los hombres de Paco*, el cuento ha acabado como tienen que acabar los cuentos: la princesa en el castillo y el hijo de puta del ogro hecho un desgraciado.

* * *

Trasladamos en un furgón a los cuatro detenidos hasta los calabozos de

Pozuelo. Disponemos de setenta y dos horas para tomarles declaración antes de pasarlos a disposición judicial, y sólo necesitamos algo menos de la mitad para conseguir que confiesen. Dejamos que ese martes se les haga a los tipos más largo que la infancia de Heidi: no les dirigimos la palabra, los encerramos en celdas diferentes y evitamos todo contacto con ellos. Ya por la madrugada, cada dos por tres un uniformado se acerca a ellos siempre con la misma cantinela: «Tu amiguito Besnik (es uno de los albanokosovares) está hablando como un loro». O: «¿Sabes que Flamur (otro de los albanokosovares) te está llenando de mierda?». U: «Oye, Besnik, que dice Anastas el búlgaro que habéis sido los albanos los del robo y que él no tiene nada que ver. Y también os acusa de otros seis atracos en Madrid y los alrededores, ¿es verdad? Pues estáis jodidos, machos, porque en uno de ellos hubo heridos de bala». Y así una vez y otra durante toda la noche, jodiéndoles la calma y el sueño. Sabemos que los cuatro chapurrean el español y que, aunque se hagan los suecos y finjan no entender el idioma, se están enterando de todo. Así que por la mañana están más blandos que un plátano pasado y cantan por todos los palos. Es lo que suele pasar con estos tipos duros, que en cuanto se los aprieta se cagan patas abajo. Un colega que estuvo destinado en el País Vasco en los tiempos del plomo me contaba que con los etarras era igual: en cuanto se los detenía comenzaban a cantar como los niños de San Ildefonso el 22 de diciembre. Decían que eran órdenes de la cúpula para evitar torturas, pero la realidad es que cuando se les quitaba la nueve milímetros parabellum, el pasamontañas y el apoyo de los herriko-cabrones, eran más cobardes que el Chapulín Colorado.

El miércoles por la noche tenemos las confesiones de los cuatro detenidos y el atestado finiquitado, y nuestro trabajo ha finalizado. Y con vuelta al ruedo y aplausos del respetable. Tengo derecho a dos días de libranza, sin más obligación que la de acudir el viernes por la tarde a la comisaría para estar presente en el cónclave donde se van a preparar los dispositivos policiales para el día de las elecciones. Tiempo, pues, para regresar a los crímenes de las tertulianas, que he tenido durante demasiado tiempo abandonados.

Jueves, 23 de junio de 2016

—¿Algo de interés, Raquel, en el tema de Ayuso y Aguirre durante estos dos últimos días? Es que he estado perdido, como sabes.

Me he cruzado con la agente Sanmartín cuando, en la mañana de este jueves, a eso de las ocho y media, he dejado todo dispuesto para la conducción de los tres albanokosovares y del búlgaro a los juzgados de instrucción de Pozuelo, en la Vía de las Dos Castillas, y, desmayado como estaba, le he dicho que me iba a desayunar y si me acompañaba. Para mi sorpresa, ha aceptado, y ambos, gacela y búfalo, hemos caminado hacia Casa Petra, donde, infatigables, también sirven desayunos. Le he contado, a su requerimiento, con pelos y señales y entre bocado y bocado a mi tostada con zurrapa de lomo, el operativo de Getafe, mientras la agente sorbía su descafeinado y comía con buen apetito un sándwich mixto. Qué bonito es ver comer a una mujer, carajo. Cuando he terminado el relato, que ha provocado brillos no sé si de envidia en los ojos de Sanmartín, le he hecho esa pregunta.

—Pues la verdad es que no sé nada, ni oficial ni extraoficialmente. Como ya sabe usted, jefe, el mismo día del asesinato de Cristina Aguirre le llegó a Escalante una orden de Madrid para que mandara al laboratorio central todas las muestras que habían recogido en el domicilio de la víctima, porque ellos se encargarían de analizarlas. Así que nos hemos quedado al margen por completo.

—¿Se sabe cómo se ha enterado la prensa de que lo de Marieta Ayuso fue un homicidio y no un suicidio?

El martes por la noche, cuando llegué casi de madrugada y derrengado a casa después de un día larguísimo, me topé con que en las últimas noticias de una de las cadenas se afirmaba que Marieta Ayuso había sido asesinada y que la policía había descartado totalmente la hipótesis del suicidio. A la mañana siguiente, en uno de los escasos momentos de respiro que tuve, llamé a Villaescusa, que me respondió cabreado: «¡Y yo qué coño sé! ¡Aquí, por lo visto, es imposible mantener nada en secreto!». Y aunque no era el mejor momento, le recordé su compromiso de mandarme el informe de la autopsia de

Cristina Aguirre, compromiso que hasta el día de la fecha, y ya han pasado un montón de horas, sigue sin cumplir.

—Ni idea, jefe —me explica Sanmartín—. Se comenta que desde Madrid llamaron a don Ángel, pidiendo explicaciones, como si la filtración se hubiese producido desde aquí. Y según se dice, el jefe los tuvo bien puestos, se mantuvo firme y por poco manda a hacer gárgaras a los de la central.

—Bien por Pujadas, joder —aduzco, basto como yo solo—. Y a todo esto, ¿has podido ver alguno de los programas de *La Comunidad*? ¿Cómo se lo han tomado los tertulianos?

—He visto algunas tertulias, tanto de *La Comunidad* y otras de las prensa rosa, como de las políticas. Y más allá de las evasivas, de los subterfugios y de las manifestaciones de unión, perseverancia y valentía, la palabra que mejor los define es pánico, jefe. Pánico cervical y total. Están todos acongojados, por no decir otra cosa. Si cae otro, no sé qué pueda pasar. Menos mal que ya no estamos en el fregado, ¿no?

* * *

Yo, evidentemente, sí sigo en el fregado. Y van a tener que usar los fórceps si pretenden sacarme. Cuando Raquel Sanmartín mira su reloj y dice que tiene que irse, yo le digo que tengo el día libre y que me quedo en Casa Petra a tomarme otro café. En cuanto la agente se va, saco el móvil y llamo a Villaescusa. Oigo nueve o diez tonos hasta que salta el buzón de voz. Cuelgo y vuelvo a llamar, pero salta el buzón de nuevo. Y así tres veces más. «Te recuerdo que me prometiste mandarme la autopsia de Cristina Aguirre y demás. Soy Patón», grabo después de la sexta llamada, sin poder evitar el tono de enfado en mis palabras, y cuelgo.

Al tercer café largo en Casa Petra, comienzo a sentirme pesado, y dudo entre si pedir un anís o darme un paseo. Aprovechando que hace un día magnífico, me decido por la segunda opción y salgo al exterior del bar, dispuesto a dejarme unas cuantas decenas de calorías en la caminata. Pero mis buenas intenciones se frustran en cuanto veo que la plaza está prácticamente tomada por una cohorte de políticos y sus sacristanes y monaguillos que reparten propaganda electoral y piden el voto para los comicios del próximo domingo. No soy lo suficientemente ágil para evadirme del acoso y tengo que componer una sonrisa de compromiso cuando una jovencueta buenísima, con un escote de vértigo, se me acerca y me tiende un panfleto con una sonrisa hollywoodiense.

Acepto el panfleto, que después tiro enseguida a una papelera, pero no el discurso que pretende endilgarme. Ni por buena que esté la muchachita, y lo está, soy capaz de soportar una arenga sobre partidos y promesas electorales, que valen menos que la palabra de Francis Underwood. Y me doy la vuelta y me voy, dejando a la chica buenorra con la prédica y la sonrisa en la boca. «No me sigáis, no quiero más sombra que la mía», me falta decirle, remedando a la reina Juana en la serie *Isabel*. Pues eso.

Decido, por tanto, ante el riesgo de toparme con nuevas mesnadas políticas que deben de tener tomado Pozuelo y todas las plazas, parques y mercados de España, refugiarme en comisaría. En cuanto me siento, pongo un whatsapp a Villaescusa: «¿Me mandaste el informe de Aguirre?». La respuesta llega enseguida: «Sí. Hace unos minutos, y el del laboratorio. Y deja de llamarme. Es lo último que te voy a mandar». «¿Por qué?», lo interrogo. Pero mi pregunta se queda sin respuesta, como si se hubiera perdido en el limbo informático.

Conecto el «abuelete» y accedo a mi correo electrónico. Y, en efecto, allí está el email de Villaescusa con el informe del patólogo y el del laboratorio. Descargo el primero, lo abro y durante media hora me zambullo en los pormenores de la necropsia. Cristina Aguirre tenía cincuenta y cuatro años y diecisiete operaciones de cirugía estética. Para lo que le han servido. Según parece, menos la planta de los pies, se había operado todas las partes del cuerpo, la pobre. Más allá de eso, no hay en el cadáver datos de interés, como no sea la descripción de las secuelas de los horribles sufrimientos y daños internos provocados por el veneno. Y el contenido del estómago, que muestra los restos del huevo y del queso de la tortilla, bastante digeridos, y del vino tinto que bebió aquella infausta noche.

El informe del laboratorio confirma las sospechas de los médicos de Puerta de Hierro. Cristina Aguirre fue envenenada con fluoroacetato de sodio, del que se halla una cantidad significativa en su organismo. No se encuentran otras sustancias de interés.

Cierro ambos documentos y permanezco mirando la pantalla del ordenador con una sensación de frustración. Villaescusa me ha facilitado esos informes, que pocas novedades arrojan, pero me está negando lo esencial: el informe lofoscópico de las huellas obtenidas en la vivienda de Aguirre, la inspección ocular, los dictámenes técnicos, los interrogatorios a testigos y sospechosos... Recuerdo también que a estas alturas, y ya ha transcurrido casi una semana desde el asesinato de Marieta Ayuso, sigo sin conocer la declaración que haya

podido hacer Tino Guillén, que fue, hasta donde sabemos, la última persona que la vio con vida, además, por supuesto, del homicida. Tampoco conozco los resultados de los visionados de las cámaras de seguridad, ni los rastreos telefónicos, ni los exámenes de las cuentas bancarias de las víctimas, ni las indagaciones efectuadas sobre sus ordenadores y tabletas. No conozco nada, prácticamente. Constató que Villaescusa y Roldán quieren dejarme al margen de las pesquisas, incumpliendo el acuerdo que habíamos alcanzado. Me dan una golosina y pretenden que con ello me conforme, renunciando al banquete. A lo que por supuesto, faltaría más, no estoy dispuesto. Y eso me pone de un mal humor de cojones.

Agarro el teléfono móvil y pulso de nuevo el número de Germán Villaescusa. No lo coge, como me temía, ni esta vez ni las dos siguientes. Pulso después el de Pepa Roldán, que, claro es, tampoco me atiende. Le dejo a ésta un mensajito sardónico: «Hola, Pepa, soy el Orondo. Dile a tu amiguito que no juegue conmigo. Tenemos un acuerdo y hay que cumplirlo. Mandadme lo que tengáis o la lío».

Mientras espero, iluso de mí, que alguno de los dos me responda, o que sus correos electrónicos aparezcan en mi bandeja de entrada, abro mi libreta de notas y comienzo a hacer anotaciones y apuntes, a desbrozar ideas. Es el método que uso cuando me atoro en una investigación (y para investigación atorada, ésta), y la verdad es que no suele darme malos resultados. El ver los pensamientos escritos en negro sobre blanco suele aclararme la mente.

Y escribo:

Alberto Luis Conesa: Anónimo recibido el día 14 de junio, martes. Hace ya 11 días y no le ha pasado nada. ¿Se le ha ofrecido protección?

¿Cuál es el secreto que esconde Conesa?

Marieta Ayuso: Recibió el anónimo antes que Conesa. Posiblemente, el 10 u 11 de junio.

Su secreto: había aceptado el soborno de una empresa eléctrica hace 23 años para callar una noticia. ¿Quién sabía de estos hechos?

El jueves 16 de junio pide comida tailandesa para dos a las 21:50 h. Le es servida a las 22:25 h.

A eso de las 11 de la noche llama a Tino Guillén. Éste va a su casa a las 11:15. No cena con ella ni ve restos de la cena. Tampoco ve nada raro. Según él, se va poco después, sobre las 12.

¿Para quién era entonces esa cena para dos?

Ayuso aparece muerta en la calle Jorge Juan el viernes 17 de junio. Murió esa madrugada, sobre las 4 o las 5. Todo indica que fue arrojada por la ventana: en sus uñas hay restos de la pintura blanca del barandal y lesiones en su cuello que no fueron producto de la caída.

Se intenta simular un suicidio. Sin embargo, había en la casa evidentes señales de lucha. ¿Por qué el asesino no eliminó por completo esas señales? ¿Fue porque, a pesar de todo, quería que se supiera que era un asesinato?

Tino Guillén mantenía una relación sentimental con Ayuso. Sus huellas están por toda la casa. ¿Cámaras de seguridad? ¿Se puede comprobar su coartada?

La nota de suicidio del portátil, ¿quién la escribió? ¿Fue Marieta Ayuso, como pienso? Y si fue ella, ¿por qué? Y si no fue, ¿cómo conocía el asesino pensamientos íntimos de Ayuso?

La víctima padecía un cáncer de pulmón terminal. ¿Relación con el crimen?

¿Quién mató a Marieta Ayuso?

Cristina Aguirre: Muere envenenada el domingo 19 de junio, sobre las 12 de la noche. Su cadáver es encontrado el lunes. Fluoroacetato de sodio en el vino. ¿Quién le mandó ese vino de más de 300 € la botella? ¿Cuándo?

¿Dónde pudo conseguir el asesino el veneno? ¿Dónde se compró ese vino caro? ¿Se vende en cualquier sitio? ¿Cómo se lo hizo llegar a la víctima? ¿Cámaras de seguridad? Teléfono móvil de Aguirre.

También había recibido anónimo. ¿Cuándo? ¿Por qué no denunció? ¿Cuál era el secreto de Cristina Aguirre?

Otras cuestiones: ¿Hay más tertulianos amenazados? ¿Se les está brindando protección? ¿Cómo van a reaccionar? ¿Quién puede tener interés en acabar con ellos? ¿Quién puede conocer todos sus secretos?

Leo y releo las notas hasta que los ojos me duelen. Para mi desesperación, veo que de ellas sólo brotan preguntas y más preguntas y ninguna respuesta. ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Cómo? ¿Quién? ¿Por qué?... Todo es una pura interrogación.

La desesperación se convierte en cabreo, y de los grandes, cuando advierto que, de disponer de los datos de que seguro manejan Villaescusa y Roldán, podría responder a algunas preguntas y no estaría en la inopia en que me hallo. Soy buen policía, coño, por desastre que sea y por orondo que esté. ¿O es que los búfalos gordos y greñudos no podemos ser buenos polis, carajo? ¿Por qué entonces me mantienen tan al margen?

Vuelvo a telefonar a los inspectores madrileños pero sólo encuentro los yermos buzones de voz de sus teléfonos. Les dejo mensajes ora amenazadores, ora conciliadores, ora suplicantes. Y sólo recibo silencio. Un silencio que interpreto como desprecio, pues no hallo razón para no compartir conmigo sus pesquisas. ¿Qué mal podría causarles?

Como no sé qué otra cosa hacer, subo al despacho de Pujadas. Estoy a punto de pagar mis frustraciones con su cancrbero Acevedo, que pretende obstaculizarme la entrada. Hasta que se apercibe de que el búfalo viene con

los cuernos retorcidos y recula. «Lo siento, Patón, pero no puedo hacer nada por ti», me dice el muy cabrón de Pujadas en cuanto le pido que intente agenciarse una copia de los documentos que le solicito. Me asegura que no tiene excusa para requerir a Madrid que le envíen las pruebas de la investigación y que no está dispuesto a jugarse por mí ni el cargo ni la paga. «Además, ¿no te das cuenta de que el domingo son las elecciones y estoy de cabeza?». Me insta a que lo deje en paz, a que no le complique la vida, y me insiste en que debo dedicarme a lo mío, dejarme de chorradas y olvidarme de las muertes de las tertulianas. «¿Y qué es lo mío?», le pregunto, desabrido, casi a voz en grito. «¿Perseguir chorizos? ¿Convertirme en consejero matrimonial de quienes denuncian por violencia machista? ¿Tengo yo edad para esas chorradas? ¡Para eso ya está Osorio, carajo! ¿O es que quieres que me pase el resto del tiempo que me queda aquí solucionándoles la crisis a los mamones de Somosaguas, que pongo el cuello a que cobran del seguro dos o tres veces el valor de lo que les roban?». Después de mucho rogar, y demudado al verme tan agresivo y descompuesto, le saco el compromiso de que, en cuanto pueda, hará un par de llamadas a conocidos de la Dirección General a ver si consigue hacerse con algo. No me fío ni un pelo. Conozco a Pujadas y sé que difícilmente va a pedir favores que después puede verse obligado a pagar multiplicados.

Regreso a mi cubículo, frustrado y con un rebote de padre y muy señor mío. Si pretenden que me olvide de lo que ha pasado, lo tienen crudo. No me conocen. Y casi seguro que tampoco conocen lo que dijo Tom Branson, el de *Downton Abbey*: «Lo siento, pero no puedo convertirme en otra persona para complacerles».

Así que me lío la manta a la cabeza, cojo el teléfono y marco el número de Tino Guillén.

Y a tomar por culo, dijo David, tirando el arpa.

Jueves, 23 de junio de 2016

Tino Guillén me coge el teléfono al segundo timbre, como si estuviese esperando la llamada a pesar de que no debe de reconocer el número, a no ser que lo memorizara cuando me telefoneó hace... ¿cuánto?... ¿Cuándo me llamó?... Sí, el viernes pasado. Cómo pasa el tiempo, demonios. Su voz, cuando pronuncia un seco «Diga», me suena aturdida. Me identifico y entonces la turbación se torna silencio, un silencio como angustiado.

—Sí, le recuerdo, claro que le recuerdo —me dice cuando ese silencio se vuelve incómodo—. ¿Qué desea?

—Necesito hablar con usted.

—¿Otra vez?

—¿Cómo?

—Ya hablé con sus compañeros, y en dos ocasiones.

—Ya, pero... ¿Cuándo podemos vernos?

Calla y pienso que Guillén está valorando las razones de mi llamada o las consecuencias de verse conmigo.

—Creí entender, cuando lo llamé —aduce, aunque vacilante—, que usted no lleva ya la investigación por la... por la muerte de Marieta.

—Eso fue entonces. Recuerde que también ha sido asesinada Cristina Aguirre, que vivía en término municipal de Pozuelo.

No he dicho ninguna mentira, ¿no es cierto? Ahora bien, si Tino Guillén entiende que esa simple frase supone que yo tengo competencias en la investigación de la muerte de Aguirre, es su problema.

—¿De verdad que le es imprescindible verme?

—De verdad.

—¿Cuándo?

—Cuanto antes. Ahora mismo, si es posible.

—Tengo que salir para los estudios de La Décima en cosa de media hora, inspector. Ahora no va a ser posible. Podríamos...

—Es de la máxima urgencia que nos veamos, señor Guillén —lo interrumpo—. Y una investigación policial es prioritaria. Dos compañeras suyas han

muerto, se lo recuerdo. ¿Dónde vive usted?

Resulta que Tino Guillén vive en Madrid, en el barrio de la Ópera, en un ático de la calle de la Escalinata. Y eso me sorprende. Lo hacía viviendo en un chalé tipo Aguirre o, al menos, en una urbanización estilo El Encinar de los Reyes, El Plantío o algo así. Aunque no digo ni pío, enseguida, sin que yo diga nada, argumenta: «Soy un redomado urbanita, ya ve usted».

Pienso en dónde quedar con él. Descarto, por supuesto, citarlo en la comisaría de Pozuelo: me ve Pujadas y es capaz de llamar a una Unidad de Intervención Policial para que me castre. No me viene a la memoria ningún bar, café o garito en el barrio de la Ópera, así que tiro de originalidad y propongo:

—¿Le viene bien dentro de media hora? Nos vemos en el bar del Wellington, ¿hace?

* * *

Llego antes que Guillén a La Llave de Oro, que afortunadamente tiene mesas libres en la terraza. Es la hora que media entre los desayunos y el aperitivo y está la cosa tranquila. El camarero que me atiende es Jenaro, el mismo que nos sirvió a Marieta Ayuso y a mí, y quien también nos atendió el día que estuve allí con Villaescusa y Pepa Roldán. Me pregunto si ese hombre vivirá allí, amarrado al duro banco de la galera turquesca. Cuando me ve me pregunta, servicial y educado, como si yo fuera cliente habitual (y creo que estoy comenzando a serlo), por lo que deseo tomar. Dudo. Miro el reloj y veo que aún no son ni las doce y que, por tanto, el papa todavía no ha bebido. Pese a lo cual le pido la primera mariconada que se me ocurre, un vermú, pues no tengo el estómago para más cafés y odio el agua con gas.

—¿Rosso o bianco, señor?

—Martini.

Veo que el fámulo me mira pasmado, y no sé por qué, pero, acostumbrado como debe de estar a todo, no dice ni mu. Mientras aguardo a que mi amigo Jenaro me traiga el vermú, suena el teléfono. Miro el aparatejo y veo que es Villaescusa quien me llama. Coño, ¿quién se habrá querido morir?, medito. Voy a aceptar la llamada cuando veo que una moto plateada se detiene en la acera, a apenas unos pasos de mí. Es Tino Guillén, cuyas facciones vislumbro por detrás del enorme casco también plateado que lleva en la testa. Decido, pues, rehusar la llamada de Villaescusa. Sin embargo, sin solución de

continuidad, el móvil vuelve a sonar: es Villaescusa de nuevo. ¿Habrán matado a otro tertuliano? Descarto la idea porque, si así fuera, seguro que Villaescusa no me llamaría, exiliado como me tiene de las pesquisas. En la banda e inútil como el cuarto árbitro. Así que declino de nuevo la llamada. Además, Guillén ya se acerca a mi mesa y no es plan de que sea testigo de una conversación policial que podría llegar a ser bastante movidita.

—Buenos días, inspector —me saluda, tendiéndome la mano y dejando el casco en una silla libre. Añade entonces, con desánimo—: Pues aquí me tiene.

—Buenos días, señor Guillén. —Intento levantarme para estrecharle la mano, pero la jodida silla se me vuelve a quedar encasquetada en los cuadriles, componiendo lastimosa estampa. De un manotazo me libero y estoy a punto de hacer rodar la sillita de los cojones y de liarla en el breve espacio de la terraza—. Gracias por haber venido. Tome asiento, por favor. ¿Desea tomar algo?

Jenaro, presuroso, se acerca a nuestra mesa en cuanto ve que quien ha llegado es Tino Guillén, a quien saluda efusivamente. Ahora caigo en la cuenta de que debió de haber estado aquí en más de una ocasión con Marieta Ayuso. A quien el muy hijo de puta se follaba, así el diablo se lo lleve.

El teléfono vuelve a sonar. Es otra vez Villaescusa. Tiene que haber pasado algo gordo para que sea tan insistente, con lo comedido que es el tipo, pero decido no contestar. Que le den, que bastante me ha dado él ya a mí.

Guillén pide un té rojo, algo que jamás me hubiera esperado de un individuo de su estampa y de su fama. La gente, que te decepciona a la mínima de cambio. Saca su paquete de tabaco y me ofrece. Acepto —es rubio del bueno — y ambos encendemos nuestros pitillos en silencio, y fumamos. Jenaro llega enseguida con nuestras bebidas. Cuando pone ante mí la mía, dice con retintín: —Su Martini rosso, caballero.

Se lo agradezco con un cabezazo. Lo pruebo. No está mala la mariconada. Veo cómo Guillén prepara con minuciosidad su té.

—Pues usted dirá, inspector —me insta, mientras saca la bolsita de los hierbajos orientales del agua hirviendo—. Tengo mucha prisa, la verdad. Y sigo sin comprender la necesidad de declarar de nuevo. Y menos aquí, en una terraza de la vía pública.

—Sí, lo entiendo —me excuso—. Pero esto no es una declaración oficial. Es...

Y me quedo sin saber qué decir. Porque ¿qué carajo es esto? ¿Qué estoy haciendo? Afortunadamente, el móvil vuelve a sonar. Es la cuarta o quinta

llamada de Villaescusa en apenas cinco minutos. Alzo la vista a ver si desde el bar del Wellington puedo ver la humareda saliendo del edificio del Congreso de los Diputados o del palacio de la Moncloa, o un camión bomba explotando en la Gran Vía, porque algo así ha debido de ocurrir. Si no, no se entiende. Pese a lo cual vuelvo a rehusar la llamada y desconecto el teléfono. Lo que tenga que ser, será. ¿O es que acaso Villaescusa piensa que yo, el Orondo, voy a ir con un extintor a apagar el incendio o con una camilla a recoger cadáveres? Sí, hombre, para eso estamos. Que se joda.

—Necesito que vuelva usted a contarme lo que pasó aquella noche, señor Guillén. La noche en que murió Marieta Ayuso.

—Ya se lo conté a sus colegas, y no una, sino dos veces. Y la segunda, con mi abogada presente, pues, al parecer, declaraba como investigado o algo así. Y por cierto, ¿es esto correcto? ¿Debo hablar con usted? ¿No debería estar presente mi abogada?

¡Córcholis! ¡Villaescusa ha interrogado a Guillén como imputado! ¡O como investigado, como eufemísticamente se dice ahora! ¿Qué parte de la función me he perdido? Aunque si Guillén está ahora delante de mí, es que quedó en libertad tras la declaración, lo cual significa que muchas pruebas contra él no ha de haber. Y tampoco ha trascendido a la prensa, lo cual es un verdadero milagro. Recuerdo ahora la circular de la Dirección General que los polis recibimos hace unos años en la que se nos instruía para que tomásemos declaración como investigados, y no como testigos, a aquellos contra quienes pudieran existir indicios de haber participado en el hecho criminal. Por débiles y remotos que fueran esos indicios. Al parecer, es para proteger los derechos constitucionales de los declarantes en cuestión y para evitar futuras nulidades procedimentales, según decía la dichosa cartita de los mandamases. Y así andamos, que tenemos que estar todo el tiempo cogiéndonosla con papel de fumar.

—Ya le he dicho que esto no es una declaración oficial ni tiene nada que temer —lo tranquilizo—. En lo que a mí respecta, no es usted sospechoso de nada. Afortunadamente —prosigo, intentando sonsacarlo—, aquello, lo de su declaración con su abogada presente, no trascendió a sus compañeros de los medios.

—Ya, pero a ver cuánto dura la discreción. Le aseguro que no duermo desde entonces.

—¿Le importaría contarme lo que ocurrió aquella noche? La noche en que murió Ayuso.

—¿Qué quiere usted saber?

—¿Desde cuándo mantenía usted una... una relación con Marieta Ayuso? — pregunto. Que desde cuándo se la follaba, vamos.

—Ahora en junio hacía año y medio. Pero, como creo haberle dicho entonces, cuando hablamos la primera vez, la relación estaba a punto de terminar.

—¿Era Ayuso quien iba a ponerle fin?

—Sí.

—¿Y usted no se sentía molesto u ofendido por ello?

—En absoluto.

—¿Y eso? ¿Es que no le importaba?

—Vamos a ver —dice, después de dar un sorbo a su té rojo, momento que aprovecho para dar un trago largo a mi Martini rosso, antes de que se agüe—. Usted ha llamado relación a lo que había entre Marieta y yo, pero no sé si llamarla así, pues ninguno de nosotros esperábamos nada de ella. Y tampoco nos exigíamos nada. Marieta estaba muy sola y de vez en cuando necesitaba... no sé, sentirse acompañada, el contacto físico, que alguien la abrazara. Sentir. —Da un sorbo a su té rojo y hace un gesto como si quemase, aunque el líquido ya debiera de estar templado—. Y si ella tenía la intención de que la cosa se acabara, yo no tenía nada que objetar.

—¿Era para usted entonces como un juego?

—Marieta no era mujer con la que se pudiera jugar, inspector.

—Pues es lo que parece que hacía usted.

—Usted no me conoce. Ni la conocía a ella. Nos teníamos aprecio y nos gustábamos, y decidimos hacernos compañía hasta que uno de los dos decidiera dejarlo. Eso es todo.

—Muy bien. ¿Sabía que tenía cáncer? ¿Que le quedaban semanas, meses de vida?

Un ramalazo de tristeza cruza los ojos de Tino Guillén.

—Sus colegas me lo dijeron cuando me interrogaron. No tenía ni idea. Jamás me dijo una palabra al respecto.

Me doy cuenta de que estoy pisando arenas movedizas: no sé qué le ha contado Villaescusa a este tipo y qué ha dejado de contarle, por lo que corro el riesgo de desvelar pormenores de la investigación que en Madrid pueden haber decidido no revelar. Pero me da igual. Sigo adelante.

—¿Sabe usted si se trataba, si estaba en manos de los médicos?

—No lo sé. Jamás me comentó nada, como le he dicho. En alguna ocasión la

acompañé a la farmacia que hay junto a su casa, cuando las jaquecas no la dejaban vivir. Pero nunca la vi comprar nada que me llamara la atención. Y no vi medicamentos extraños en su cuarto de baño ni en su dormitorio. Paracetamol, algún Lexatin, sólo cosas así.

—¿Le explicó que había recibido un anónimo como el de Conesa?

—No.

—Y usted, ¿ha recibido uno?

—No.

—¿No tiene usted ningún secreto, Tino?

—Todos los tenemos. Pero ninguno por el que me jugara la vida.

—¿Sabe usted si algún otro de sus compañeros ha recibido anónimos?

—No.

—¿No? ¿Así, a secas?

—¿Qué más quiere que le diga? Como dice el otro, no es no.

—¿A qué hora le llamó Ayuso aquella noche?

—Poco después de las once. Recuerdo que ya estábamos en los postres. Cené con mi representante en Ten con Ten. —Largo además de cansancio—. Ya se lo dije.

—¿Y a qué hora llegó usted a Jorge Juan?

—Once y cuarto. Once y media. Cosa así.

—Ayuso había pedido una cena para dos a un tailandés, más o menos a las diez, y le fue servida a las diez y media.

—No sé nada de eso.

—¿No vio usted restos de la cena?

—No.

—¿Le dijo Marieta si había cenado con alguien?

—Todo lo contrario. Le pregunté si había cenado y me dijo que no, que no tenía hambre. Insistí para que tomara algo, pero me dijo que no le apetecía.

—Cuando usted llegó a la casa, ¿qué pasó allí?

—Nada.

—¿Nada? ¿Para qué lo llamó Ayuso entonces?

—Llegué, me sirvió una copa, hablamos de todo y de nada en concreto durante un rato y de pronto me dijo que estaba cansada y que prefería estar sola. Y me fui.

—¿A qué hora?

—Las doce. Las doce y media tal vez. La una como máximo.

—¿Dónde fue usted?

—A mi casa.

—¿Alguien lo puede corroborar?

—Ya se lo dije a sus compañeros, inspector: mi hija Patricia. Vive conmigo.

—¿Y su mujer no?

—Está pasando unos días con sus padres en Galicia. Los dos pequeños están con ella.

—¿Están ustedes en proceso de separación?

—¿Importa eso?

—Tal vez.

—No. Nos hemos dado un respiro, simplemente. Ella necesitaba estar lejos de mí unos días. Tomar aire. Tener espacio. Pensar. Espero que pronto todo vuelva a ser como antes.

—¿Su hija Patricia ha prestado declaración?

—¿Y cómo es que no lo sabe usted? Todo esto me está resultando muy raro, inspector.

—¿Sabe usted que sus huellas dactilares están por toda la casa de Ayuso?

—Lo raro sería que no estuvieran. Lo que me resultó más extraño fue lo de las otras huellas.

—¿Las otras huellas? —pregunto, sorprendido—. ¿De qué otras huellas habla usted?

—Las que aparecieron en la botella.

—¿En qué botella?

—En la botella donde estaba el veneno que mató a Cristina Aguirre.— Me mira con suspicacia—. ¿No lo sabía usted?

—Sí, claro que sí. Por supuesto que lo sabía.

Apuro de un trago mi Martini rosso, rogando que no se me note el desconcierto. Saco el paquete de tabaco y le ofrezco a Guillén, que acepta. Así me procuro unos segundos de tiempo para pensar de prisa. ¡Carajo, las huellas dactilares de Tino Guillén estaban en la botella de Pesus, el Ribera de Duero donde estaba el veneno que acabó con la vida de Aguirre! ¡Ahora me explico que Villaescusa lo interrogara en calidad de investigado! ¡Lo que no me explico es cómo no fue directamente al Juzgado y de allí a Soto del Real o a Alcalá-Meco! Aunque también es cierto que si partimos de la premisa de que ambas tertulianas, Ayuso y Aguirre, fueron asesinadas por la misma persona, parece que Guillén no pudo ser el autor, pues tiene coartada para la primera de las muertes. Qué lío, carajo.

—Pero lo dejaron a usted en libertad... —intento de nuevo sonsacarlo,

cuando el estupor mengua.

—Claro.

—¿Claro por qué?

—Yo no pude matar a Marieta. ¡Y no tenía ningún motivo para envenenar a Cristina!

Con lo grande que es, de cuerpo y de edad, lo dice como un niño chico defendiéndose ante el profesor que lo ha acusado de copiar en clase.

—Pero sus huellas estaban en la botella...

—Y no sé cómo pudieron llegar allí. Yo no bebo tinto. Más aún, odio el vino tinto. Soy incapaz de distinguir entre un vino de mil euros y uno de garrafón. No me explico cómo mis huellas estaban en la botella. Tiene que ser un error, estoy seguro.

—Las huellas dactilares no mienten.

—Alguna explicación tiene que haber.

—¿Cómo era su relación con Cristina Aguirre?

—Normal. La de compañeros de trabajo. Cristina era una persona complicada, pero nuestra relación era cordial. No como la de otros.

—¿La de otros? ¿Con Aguirre? ¿A quién se refiere usted?

—A varios.

—Póngame un ejemplo.

—¿Un ejemplo? Pues Olivia Maestre, por ejemplo.

—¿Olivia Maestre?

—Olivia Maestre. Ahí donde la ve usted, tan sensible y llorona, es un bicho. Se llevaba a matar con Cristina. Y con Marieta también.

—¿Alguien más mantenía enemistad con Ayuso y Aguirre?

—Lucía Crespí es un ejemplo de egoísmo y había tenido más de un rifirrafe con ambas. Nando Pinteño, cuando venía con el mono, también. Y Juanma, Juanma del Salto, se lleva mal prácticamente con todos.

Esto último me da en la vena del gusto. Me encantaría componer un buen ramillete de sospechas contra el tarado ese y ponerlo a los pies de un altar donde inmolarlo.

—Hábleme de Juanma del Salto.

Tino Guillén se deshace, y muy a gusto, en un rosario de explicaciones sobre el tal Del Salto. Que si es un estúpido, que si es un irresponsable, que ha provocado más de una docena de demandas contra la productora y la cadena, que disfruta avivando los enfrentamientos entre bastidores. No es la de *La Comunidad*, por lo que se ve, una familia en exceso bien avenida.

Cuando Tino Guillén mira cada diez segundos el reloj, me digo que es momento de poner fin a nuestra charlita. Poco más voy a sacar de este individuo, así que nos despedimos y dejo que se vaya. Me levanto de mi silla con mucho cuidado, para que no se me vuelva a encajar en los cuadriles, y me dispongo a marcharme. Llega entonces el amigo Jenaro, que me trae la cajita con la cuenta. En esta ocasión son solamente quince euros, menos mal. Porque esta factura no la voy a poder incluir en mi nota de gastos: hoy es día de libranza y no se me admiten expendios a cargo de la caja de la comisaría.

Mientras ando hacia el *parking* a recoger el coche, conecto el teléfono que, como si hubiera estado agazapado esperando el muy cabrón, suena de inmediato. Es Villaescusa. Esta vez, qué remedio, atiendo su llamada. Y me preparo para la catástrofe.

—¿Qué coño te crees que estás haciendo, Patón?! ¿A qué coño estás jugando?!

—Buenas tardes, querido Germán —le respondo educada y cariñosamente—. ¿Puedo saber a qué viene el exabrupto?

—¿Qué coño estabas haciendo con Tino Guillén?!

¿Cómo sabe Villaescusa que acabo de verme con Tino Guillén? ¿Es que tiene poderes, o qué? Desconcertado, miro a mi alrededor, intentando divisar maderos apostados en cualquier parte, al acecho, vigilándome. Me palpo luego en la camisa y en la correa e incluso me miro las suelas de los zapatos, por si me hubiesen puesto micrófonos. Hasta que caigo en la cuenta. ¡Hijo de puta!

—¿Tenéis su teléfono intervenido! ¡El de Tino Guillén!

—¡Pues claro que tenemos su teléfono intervenido! ¡Es el principal sospechoso, Patón, joder! Así que dime: ¿qué coño te crees que estás haciendo?

Si tuviera una respuesta para esa pregunta, se la tiraría a la cara. Pero no la tengo.

—¿Qué mal hay en que me vea con Guillén? —repongo, gahnápiro.

Oigo cómo Villaescusa bufa al otro lado del auricular y cómo intenta contenerse para no cagarse en mis muertos.

—Vamos a ver, Patón, coño —me dice luego, cogiendo carrerilla—. Creo que ya eres mayorcito para estos juegos, joder. Estamos ante dos asesinatos, y ante dos asesinatos de personas públicas además. Personas cuyo trabajo nos podrá gustar más o menos, pero que eran conocidas por millones de españoles que esperan de nosotros una actuación policial diligente y seria. ¿Y crees que

estás contribuyendo con tu actitud a esa investigación diligente y seria? ¡Pues claro que no, joder! Tienes que quedarte al margen de una puñetera vez, si no quieres que dé parte a la Secretaría General, a la Dirección Adjunta Operativa o a la Unidad de Asuntos Internos. ¡O a todas a la vez! ¡Y entonces te van a joder bien jodido, ¿me entiendes?!

Claro que lo entiendo. Y percibo que están en juego mi carrera, lo que me queda de ella, muy poco, creo, y mi pensión. Pero, como decían en *Californication*: «No se trata de ganar o de perder, sino de jugar». Y no estoy dispuesto a que me echen de esta partida. Así de burro soy.

—Lo entiendo perfectamente —aduzco, intentando que no se me note el nerviosismo—. Pero tú también tendrás que entender dos cosas: en primer lugar, que nadie, ni la Secretaría General, ni la Dirección Adjunta Operativa ni la Unidad de Asuntos Internos, me puede prohibir que en mi día de libranza me tome un café o un vermú con un tertuliano si me apetece y si el tertuliano accede. En el bar del Wellington, en un puticlub, encima de La Cibeles o donde carajo sea. No conozco norma que me lo prohíba. Y, en segundo lugar, tienes que entender que teníamos un acuerdo y que, si lo hubieses cumplido, no estaríamos hablando ahora de lo que estamos hablando. ¿Me entiendes o no me entiendes, Villaescusa?

Lo oigo respirar, reprimiéndose. Sé que es un tipo que va por ahí presumiendo de imperturbable y que no le gusta perder los papeles. Aprovecho, pues, el resquicio que me deja.

—Seamos sensatos, Germán —le digo, apaciguador—. Estoy metido en esto, lo queramos o no. Todo empezó conmigo y no es justo que me arrincones. Te propongo lo siguiente: tú me haces llegar los informes que tenéis, las declaraciones de los testigos, el meollo de la investigación y yo te prometo que te dejo en paz definitivamente. Y que no volverás a saber de mí. A no ser, claro, que en esos papeles encuentre algo que tú debas conocer. ¿Qué te parece?

Villaescusa duda. También debe de ser un tipo al que no le gustan los problemas internos si puede evitarlos.

—Creo que no es un mal trato —apostillo.

—Está bien —asiente, tras otro minuto de vacilación—. Mañana a primera hora los tienes. Y espero que esta puñetera vez sepas cumplir tu promesa. Si no, Patón, te lo aseguro, te las vas a ver conmigo. Y muy seriamente.

* * *

Tardo tan sólo unos minutos en incumplir la palabra que le acabo de dar a Villaescusa. Sentado en el parking en el BMW de los narcos, vuelvo a revisar mis notas. Y en ellas leo una pregunta sobre Marieta que se me antoja crucial:

Su secreto: había aceptado el soborno de una empresa eléctrica hace 23 años para callar una noticia. ¿Quién sabía de estos hechos?

Me digo que en la respuesta a esta pregunta puede estar la solución del caso. ¿Quién conocía el secreto de Ayuso? Nadie, además de ella y los de la empresa eléctrica. Fundamentalmente, el abogado de la empresa eléctrica. Y ya que estoy en Madrid, me digo que por qué no. Así que arranco el coche, salgo del *parking* y en unos pocos minutos me planto en la Castellana, en la sede de la susodicha empresa. Lo dicho: no tengo remedio.

El edificio donde se ubica ésta es enorme, blanco y funcional, pero no desentona mucho entre los edificios de época que lo rodean. Exhibo mi placa al segurata de la puerta, que se muestra encantado, como si mi visita le hubiese alegrado la vida. Le digo que deseo ver al abogado de la empresa, asiente con varios cabezazos, que están a punto de hacer que las cejas se le desprendan, y me hace pasar a un vestíbulo inmenso y marmóreo. Conferencia durante breves segundos con un colega que está enclaustrado en una cabina acristalada, y ambos miran hacia el exterior, como si pensarán que afuera están los furgones de los geos y los maderos provistos de cajas de cartón para el registro que prevén se va a producir. Cuando se cercioran de que la calle está tranquila, el de la garita hace un gesto de decepción con cara y hombros, y marca un número en el teléfono que tiene ante sí.

El primer segurata regresa adonde me hallo, de pie, mirando de reojo un mural enorme e indescifrable.

—El señor Núñez de Prado baja enseguida.

—Gracias.

Núñez de Prado. Qué categoría. Eso es un apellido, sí señor. Y no Patón.

—Puede tomar asiento si lo desea.

—No es necesario, gracias.

—Pues ahí estoy, para lo que quiera mandar.

Núñez de Prado tarda casi diez minutos en aparecer por las grandiosas puertas acristaladas. Justo cuando el Martini rosso ya está arañándome la vejiga. Es un tipo que no tendrá ni treinta años, viste traje entallado,

pantalones pitillo, un cuello imposible y una corbata cuyo nudo es tan grande como mi puño. Uno de los tipos que me suelen caer mal nada más verlo. Joven, guapo y apuesto. Y para colmo, abogado. La rehostia.

—¿Inspector?

Voz de barítono y tenue sonrisa que muestra unos dientes perfectos. No le falta un detalle al cabrón. Me tiende la mano y se la estrecho con más fuerza de la que debiera. Él ni se queja del apretón ni de la grasa de mi palma, que ha debido pringar la suya. Pero ni se cosca.

—Florencio Patón, de la UDEV.

—Encantado. Luis María Núñez de Prado. ¿De la central o de Madrid-Centro?

Ya me cogió. Bien empezamos.

—Ejem... no... más bien no.

—¿No...? No ¿qué?

—De Pozuelo. Pozuelo de Alarcón —aclaro, ceporro.

—Ah —se limita a medio exclamar el joven.

—Quería hablar con el abogado de la empresa, señor Núñez de Prado.

—¿Y puedo saber para qué?

Estoy a punto de decirle que se lo comunicaré a su padre y que lo avise, que quiero hablar con el jefe y no con un mindundi cualquiera, pero prefiero tirar de diplomacia.

—Deseo hablar con el abogado jefe de la asesoría de la empresa, señor.

—Está usted hablando con él, inspector...¿Patón, ha dicho?

—Sí, Patón, ¿algún problema?

—Ninguno. Así que usted dirá.

No puede ser, este mundo se va al carajo seguro. ¿Cómo es posible que la asesoría jurídica de una empresa del IBEX que factura miles de millones al año pueda estar en manos de un pisaverde como éste, por muy Núñez de Prado que se llame?

—¿Aquí? —pregunto, señalando con mi mano diestra y grasosa el descomunal vestíbulo. Veo que el segurata no nos quita ojo.

—He salido de una reunión muy importante, inspector Patón, y he asegurado que volvería en no más de diez minutos. Es todo el tiempo que puedo dedicarle. Así que será mejor que no lo perdamos. ¿Puedo saber qué desea?

Me reprimo las ganas de darle un soplamocos al gilipollas este y decido ir al grano.

—Necesito hablar con el abogado que estaba a cargo de la asesoría jurídica

de la empresa hace veintitrés años, en concreto en...

—¿Hace veintitrés años? —me interrumpe Núñez de Prado, como si le estuviera hablando de la Edad Media.

—Justo. Hace veintitrés años.

—Inspector, quitando dos o tres empleados que deben de estar a punto de jubilarse, creo que nadie en esta empresa tiene veintitrés años de antigüedad. Hicimos un ERE hace unos años, como sin duda recuerda, y podemos presumir de tener una plantilla extremadamente joven y preparada. Me temo que no voy a poder ayudarle.

—Supongo que los archivos de la compañía no se fueron también en el ERE, ¿no?

—Claro que no.

—¿Y entonces? ¿No podríamos mirar en los archivos y ver si...?

Esbozo una sonrisilla que pretende ser cómplice y que creo me sale lela. El abogadito me dedica una mirada escrutadora, repleta de suspicacias.

—¿Trae usted orden judicial, inspector? Más aún, ¿conocen sus superiores que está usted aquí ahora? No sé por qué, todo esto me resulta extremadamente anómalo.

—Sólo le entretendré un minuto. Mi visita está relacionada con la muerte de Marieta Ayuso. ¿La conocía?

—Me suena.

—Es crucial, para la investigación policial, constatar si hace veintitrés años esta empresa hizo un pago de diez millones de las antiguas pesetas a la señora Ayuso. Quiero saber quién autorizó ese pago y quién estaba al tanto de que se hizo y sus razones. Después de eso, me iré.

—No ha respondido usted antes a mis preguntas, inspector. Y eran dos: una, ¿trae usted una orden judicial?; dos, ¿están sus superiores al tanto de esta visita? —Saca del bolsillo interior de su chaqueta un móvil dorado y minúsculo, y añade, mirándome muy fijamente—: Aunque, bien pensado, esta última cuestión la puedo responder yo mismo, llamando al Director General de la Policía, buen amigo de la casa. ¿Me permite un momento?

Viernes, madrugada, 24 de junio de 2016

Es una noche agradable, cálida, tranquila, a pesar de ser noche de jueves a viernes en Madrid y vísperas de San Juan. Realmente, ya es día de San Juan, pues las doce de la noche del viernes sonaron hace ya tiempo. Es una noche para caminar y hacer que la caminata mitigue los vapores del mucho alcohol que ha consumido en la marisquería de Reina Mercedes primero y, después, en el pub de inspiración oriental de calle Orense. Desde allí hasta su casa en la calle del Padre Damián hay poco menos de dos kilómetros tirando por Castellana y Alberto Alcocer, y ha decidido hacerlos a pie. Veinte minutos, todo lo más. Tiempo suficiente, cavila, para que la cogorza se le alivie. Aunque sólo sea un poco.

Pablo Mercader, aun entre la bruma alcohólica, se dice que ha hecho bien. Es consciente de que el alcohol suele cortocircuitarle las conexiones que mantienen alerta la conciencia y afectarle al autocontrol, tan necesario en una profesión como la suya, y por eso se siente más satisfecho todavía. Cuando, bien pasadas las tres y media de la mañana, han abandonado el pub después de dar buena cuenta de dos botellas de Macallan de doce años y de fumarse una cachimba de miel, ha dicho que no a la propuesta de su hermano Juan, cuya onomástica celebraban, y se ha mostrado imperturbable ante las chanzas de Pedro y Antonio Calatayud, sus primos hermanos, y de José María Cantalapiedra y Pancho de Casas, sus amigos, los de todos, de la infancia, manteniéndose firme en su decisión de poner fin ahí a la noche de celebraciones. Sabía muy bien adónde esos calaveras se dirigían: al garito que, bajo la apariencia de club privado, lleva desde no hace mucho tiempo abierto en el recinto que otrora fue el santo y seña de una famosa, y extinta, cadena de restaurantes situado unos números más arriba del pub, y en donde venden sus carnes firmes jovencitas ambiciosas y de escasos escrúpulos. Y no es que sus escrúpulos sean mayores que los de esas muchachas, no. Ocurre únicamente que no es noche para esos desenfrenos: por un lado, y por muy firmes y jóvenes que sean las carnes que en el lujoso lupanar pudieran ofrecerle, sabe cómo el whisky afecta a sus potencias genitales, que ya no son,

ni con mucho, las de sus veinte, treinta o incluso sus cuarenta años; y, por otro lado y sobre todo, es consciente de que su imagen ha circulado a toda mecha durante toda la tarde y toda la noche por las redes sociales, pues su enfrentamiento con Carla Palafox en la tertulia del mediodía de *La Décima Magazine* ha sido de los de órdago, hasta el punto de que el video en YouTube tiene miles de reproducciones y de que algunos fragmentos del debate entre ambos han provocado miles de tuits y enseguida se han convertido en *trending topic*. Y no es cuestión de que alguien en la mancebía lo reconozca y su imagen alcoholizada y acaramelada con una rusa de dieciocho años, captada por un teléfono móvil indiscreto en la barra del burdel, sustituya a esos fragmentos del debate en las tendencias de Twitter, Facebook, Instagram o cualquiera de esos malditos escaparates en los que la intimidad de uno vale lo que un paquete de palomitas. Lo que no se explica es cómo el descerebrado de Josema Cantalapiedra, que a pesar de ser de joven el más lerdo de la clase es ahora diputado en la Asamblea de la Comunidad, se atreve a ir a un sitio de esos. Y en jueves por la noche y vísperas de San Juan, por Dios. Y es que hay gente para todo, se dice. No obstante lo cual, y a pesar de todo, no puede evitar el picotazo de la envidia.

Cuando gira en calle Orense para buscar Capitán Haya, trastabilla y tiene que agarrarse a un árbol para mantener el equilibrio. Y se lleva ambas manos al estómago para contener un eructo que amenaza con convertirse en vómito. «¿Tanto hemos bebido?», se pregunta. «Pues va a ser que sí», se responde a sí mismo en voz alta, farfullando eufórico entre risitas inmarcesibles. Cuatro botellas de albariño de cuarenta y pico de euros cada una (es decir, casi tres cuartos de botella cada comensal) y varios chupitos de orujo en el restaurante, no menos de seis por cabeza, y al menos cuatro o cinco Macallan él solo en el pub oriental, aromados con el humo meloso de la cachimba. Más que suficiente para encontrarse como se encuentra, mareado y exultante. Y más también teniendo en cuenta que el menú de la cena, marisco y pescado a la sal, hace ya unas horas que se habrá convertido en agua en sus tripas, incapaz de esponjar tanta cantidad de alcohol como ha consumido. Se alegra en ese instante de no haber parado un taxi: no sabe si habría sido capaz de vocalizar la dirección de su casa —«A la calle del Padre Damián, por favor. Sí, al número... al número... ¿en qué número vivo, amigo?...»—, ni tampoco si los vaivenes del coche le habrían permitido contener el alcohol que borbolla en su estómago. Ni, sobre todo, si habría podido sujetar la carcajada al vislumbrar la cara de pasmo del taxista, que seguro no tardaría ni medio segundo en

reconocerlo. Y ya se sabe lo chismosos y deslenguados que son los taxistas...

Avanza trompicando, amparándose en los edificios para mantener la estabilidad. Cuando llega a la Castellana, ve que una pareja de tortolitos va a confluir con él en el semáforo. Se detiene para evitar el encuentro y simula trastear en el móvil, que saca con dificultad del bolsillo de su chaqueta y a punto está de caérsele de sus manos pendulares, torpes. Observa en ese momento que tiene dos llamadas perdidas de Carmina, su esposa. Ve en el reloj del aparato que son las 3:43 de la mañana y se dice que Carmina está cada día más comedida: sólo dos llamadas desde las nueve en que comenzó la parranda. Eso está muy pero que muy requetebién. Va aprendiendo.

Deja que la pareja de tortolitos, que no parece haberle reconocido, se adelante, y cruza la Castellana apurando los últimos parpadeos verdes del peatón del semáforo. Al acelerar el paso, vuelve a eructar, pero es un eructo seco, sin regurgitaciones, y la risa le escala de nuevo la garganta en forma de carcajada. Recuerda ahora algunos de los momentos del debate que lo ha enfrentado esa tarde (bueno, la tarde de ayer, ¿no?) con Carla Palafox en *La Décima Magazine*. Fue poco antes de que el programa finalizara, a eso de las dos menos cuarto del mediodía, más o menos. El asunto que había provocado el duelo había sido... ¿cuál había sido?... ¡Ah, sí, coño, claro!... Había sido un artículo que el diario *El País* publicaba en la edición de ese jueves sobre el precio de los escaños en las elecciones del 20 de diciembre del año anterior. Carla Palafox, leyendo el gráfico que dominaba el artículo, se quejaba de que en muchas circunscripciones donde ganaba con holgura el partido gobernante el precio de un escaño era prácticamente la mitad que en otras donde ese triunfo o no se producía o era por estrecho margen. Extrañamente, a pesar de que sus argumentos iban en la misma línea de siempre (el apoyo sin ambages al partido de la extrema izquierda), su aspecto era muy diferente al de otros días: se la veía como compungida, cabizbaja, al borde de las lágrimas. Y si no fuera porque la conoce desde hace casi una década y sabe de su insensatez disfrazada de coraje, habría jurado que Carla estaba muerta de miedo. Fuera como fuese, había aprovechado la brecha que había entrevisto en su coraza y había atacado sin misericordia. Y como ella solía hacerlo: casi a voz en grito y comiéndole el espacio.

—¿Qué estás afirmando, Carla? —le había espetado a las primeras de cambio—. ¿Qué un ciudadano de Soria, por ejemplo, vale menos que uno de Zaragoza? ¿Eso es lo que quieres darnos a entender, querida? ¿No estás de acuerdo con el lema de una persona, un voto? ¿Ése es el concepto de

democracia que manejan tus amigos neocomunistas? ¿Tú también, como ellos, te alimentas de los bolívares de Maduro mientras los auténticos demócratas se pudren en cárceles venezolanas? ¿Eso es lo que quieres decirnos, Carla?

Había esperado con cierta aprensión la respuesta inmediata, mordaz y exaltada de Palafox que, sin embargo, no se produjo. Carla se había limitado a mirarlo con los ojos húmedos y con la voz como amarrada a sus cuerdas vocales, incapaz de surgir de sus labios, que parecían temblar. Y no era de rabia, de ira, como acostumbraba. Era, Mercader lo habría jurado, de puro miedo. Incluso Flora, la moderadora del debate, que en tantas ocasiones había sonreído (porque no podía aplaudir, que es lo que, según muchos, entre ellos el propio Pablo Mercader, pensaban, le habría en verdad gustado) con las réplicas abruptas,

apasionadas y fanáticas de Palafox, la contempló con los párpados fruncidos, como aturdida por ese silencio entelerido de la tertuliana. Y entonces él aprovechó para atacar sin piedad hasta acabar con Carla esmorecida y abandonando el plató entre hipidos. Todo un espectáculo. Un espectáculo sin igual.

«¿Qué le pasaría a Carla hoy?», se pregunta cuando gira trastabillante a la derecha, enfilando el camino a su casa. «Bueno, ayer, ¿no?». . . Ayer, y hace ya más de un día y dos, en que su habitual belicosidad parece haber sido sustituida por una pasividad impropia en ella. ¿Pasividad? Cree que no ha utilizado bien el término. Lo correcto sería desolación, abatimiento. Repara ahora, a pesar del enturbiamiento alcohólico de su mente, en que su compañera de tertulias lleva así prácticamente toda la semana. Desde que se supo de la muerte de Cristina Aguirre. Aunque, ¿Carla Palafox entristecida por la muerte de Cristina Aguirre, una tertuliana de la prensa rosa, uno de los especímenes que denigran a diario la profesión? ¡Joder, por Dios que no! La simple idea hace que estalle en una carcajada que resuena cacofónica en el silencio de la noche, sólo interrumpido por los motores de los vehículos noctámbulos.

Más de un coche de los que circulan por Alberto Alcocer hace sonar su bocina cuando lo observa carcajeándose a esas horas de la noche e inclinado y con las manos en las rodillas para evitar que la risa lo ahogue. Cuando se recupera, inspira con fuerza, intentando recomponerse. Sabe que puede llamar la atención y eso es lo último que le conviene. Que lo pare una patrulla de la policía municipal, que lo reconozca, que lo denuncie por Dios sabe qué («¿Es infracción administrativa andar de madrugada con una curda de espanto por la vía pública?»), que Carmena se entere, que ésta informe a una de sus

concejalas descocadas y que mañana medio Madrid desayune con la noticia de su jumera. Acelera el paso hasta llegar a la esquina de Padre Damián y se tranquiliza al contemplar los contornos cercanos del edificio donde vive, apenas visibles en la oscuridad de la noche. Cruza sin mirar la calle y de pronto escucha un ruido que primero lo sorprende y después lo aterroriza. El estruendo de un motor inmisericorde. El de unos neumáticos rodando inexorables sobre el asfalto.

«¿Qué coño...?».

Los vapores del alcohol se le difuminan instantáneamente, parecen elevarse de su mente como humo por la chimenea. Y lo gana una claridad sólida y absoluta, clarividente. Tanto, que lo paraliza.

Ve los faros enormes cernirse sobre él como los ciclópeos ojos luminiscentes de un monstruo oscuro y prehistórico.

Luego, no ve nada.

Sólo siente. Y oye.

Oye su cuerpo quebrándose.

El sonido trágico de lo que era uno y sólido y ahora es diverso y fragmentario.

De lo que era hueso y ahora es sólo esquirra.

Y siente.

Un golpe brutal y un dolor efímero.

Fugaz.

Brevísimo.

Porque enseguida deja de sentir.

Viernes, 24 de junio de 2016

Ha sido una noche agitada, en la que he soñado con el cabrón de Núñez de Prado, con el nudo gigantesco de su corbata, con el chasco que me llevé en la sede de la eléctrica y con el jefe de Asuntos Internos que me correteaba por la Castellana. Me despierto sudoroso a las seis y media de la mañana de este viernes y enseguida, en cuanto enchufó la radio como acostumbro, me entero de lo que ha sucedido. Y lo que ha sucedido se lleva el regusto amargo de aquellos sueños. Los boletines informativos de todas las emisoras abren con la misma noticia, que los locutores lanzan a las ondas con voces disonantes y estremecidas: «El periodista Pablo Mercader, comentarista político de La Décima, ha muerto. Un vehículo que se dio a la fuga lo atropelló mortalmente poco antes de las cuatro de esta madrugada en la calle donde residía. Es el tercer tertuliano de esa cadena televisiva que pierde la vida en los últimos días. Ya nadie cree en coincidencias. ¿Qué está ocurriendo? ¿Nos encontramos ante una cadena de homicidios en la que los periodistas son las víctimas de un psicópata desalmado? ¿Qué hacen nuestras autoridades?».

Quedo conmocionado cuando escucho las trágicas nuevas. Lo primero que pienso es que nos van a llover, a la policía, guantazos de todos los colores y desde todos los lados. Y lo segundo, y no sé qué pensamiento me horroriza más, es que podemos hallarnos antes unos crímenes seriados cuyo final no puedo ni imaginar. Me hago un tajo de considerables dimensiones con la cuchilla de afeitar, de alterado que me encuentro, y tardo un buen rato, e invierto en ello unos cuantos metros de papel higiénico y un buen puñado de mis sacrosantas toallitas, en contener la hemorragia. Mientras lo hago, no dejo de cavilar: tres periodistas muertos, tres homicidios, tres *modus operandi*. Marieta Ayuso, arrojada por el balcón de su casa. Cristina Aguirre, envenenada con fluoroacetato de sodio. Y Pablo Mercader, atropellado mortalmente. Enseguida se me viene a la cabeza, como quien se agarra a un clavo ardiendo, la figura de Tino Guillén: ¿dónde estaba esta madrugada, a eso de las cuatro? Porque nos hace falta un sospechoso a la mayor brevedad posible y una detención inmediata, si no queremos que todos los plumillas del

país se alcen en pie de guerra. Y Tino Guillén es tan bueno como cualquier otro. Y además hay muchos indicadores que apuntan hacia él, por más que yo, en mi interior, albergue muchas dudas sobre su implicación en los hechos. Estoy a punto de telefonar a Guillén, hasta que recuerdo que tiene el teléfono intervenido y que de enterarse Villaescusa de que intento de nuevo contactar con él me puede caer encima una gorda. De hecho, ya me puede caer como trascienda mi papelón en la sede de la eléctrica, de la que salí con el rabo entre las piernas y cagando leches. Así que restaño la sangre de la barbilla como puedo, me tomo los cafés de rigor, abrevio al máximo mi tiempo intestinal, me ducho raudo y tiro para la comisaría a pesar de que hoy es el segundo día libre de los que me he ganado tras la detención de los tres albanokosovares y el búlgaro. Pero no están las cosas para holganzas, cago en la puta.

Mientras conduzco hacia la comisaría, reparo en que los boletines radiofónicos, hasta donde he podido oír, no precisaban el lugar del atropello de Mercader. Y rezo por que haya sido en algunos de los muchos sitios donde las cámaras de seguridad y video-vigilancia que están instaladas por doquier en la Villa y Corte avizoran con sus ojos electrónicos que todo lo graban. Y que a través de alguna de sus imágenes podamos identificar el vehículo homicida y poner fin a la locura.

Raquel Sanmartín parece haber aceptado sin demasiados problemas el rol que en los últimos días le ha tocado asumir: el de ser portadora de malas noticias. En cuanto me ve, pues para llegar a mi despacho he de pasar por la sala donde ella tiene su mesa, se apresura a dirigirse hacia mí y me comunica la muerte del tertuliano Mercader. Le digo que ya me he enterado, aunque le pregunto si sabe en qué calle sucedió el atropello.

—En la calle del Padre Damián —me responde—. Vivía en el número 39.

De mis tiempos de poli madrileño recuerdo, aunque vagamente, la calle del Padre Damián. Se encuentra en el distrito de Chamartín, relativamente cerca del Bernabéu, y creo recordar que por allí se ubican o se ubicaban unas oficinas de la Seguridad Social, otras de una compañía de gas y varios restaurantes célebres. Una calle de edificios lujosos con pisos de muchos metros cuadrados y precios cercanos al millón de euros. Y me digo que estos tertulianos, si algo tienen, es gusto para elegir el lugar donde vivir. No soy capaz de recordar si en esa calle hay cámaras públicas de video-vigilancia, pero de lo que sí estoy seguro es de que más de uno de los edificios en los que se ubican oficinas públicas o empresas de alto nivel han de contar con

cámaras de seguridad privadas que, con un poco de suerte, han captado, aunque sea de la forma granulada en que lo hacen, el atropello mortal del tertuliano Mercader.

Agradezco a Sanmartín la información y me refugio en mi cubículo. Tengo todas mis neuronas policiales —las que me quedan, que yo creía que eran menos, la verdad— palpitantes, en estado de ebullición. Como si me hubieran metido en la sesera una aspirina efervescente con un chorreón de agua caliente. En contra de lo que muchos de ustedes puedan suponer, la actividad policial suele ser bastante aburrida: mucho papeleo, muchas horas de despacho, mucho informe y mucho delito menor. Y mucha tontería. Retos como éste —el asesinato de tres tertulianos famosos en cuestión de días, que están haciendo que la canalla se cague patas abajo, y bien está que por una vez prueben de su propia medicina— no se dan muchas veces en la vida. Y mi pena es que tengo que permanecer entre bambalinas, apartado de la función, o como el taquillero en el teatro, que a pesar de haber vendido las entradas se queda sin saber lo que pasa dentro, ajeno a los oropeles y las emociones del público.

Resignado, abro el correo electrónico y compruebo que Villaescusa me ha remitido tres *emilios*. Antes de abrirlos, y a pesar de que me muero por conocer los detalles de la investigación, me conecto a Internet y buceo en las noticias que hablan de la muerte de Pablo Mercader. Son pocas, sin embargo, las novedades que me ofrecen. Hay mucha hagiografía y pocos datos objetivos. También hay muchas fotos del tal Mercader, y lo recuerdo enseguida: es uno de los tertulianos que participaban en los debates políticos del mediodía en La Décima, junto con la loca esa, cuyo nombre ahora no recuerdo, Palafox tal vez, que despotricaba y bramaba como un sioux de Caballo Loco arremetiendo contra el regimiento de caballería de Custer en la batalla de Little Bighorn. Leo que Mercader era periodista de formación, que trabajaba en un diario de gran tirada como columnista político, que tenía cincuenta y cuatro años, que estaba casado y con cuatro hijos y que desde hacía cinco años colaboraba en el programa matinal de debates de La Decima denominado *La Décima Magazine*. Y poquito más. Todo lo restante son alabanzas a su trabajo, lamentos por su viuda e hijos y por el gran vacío que deja. Navegando por la red, encuentro en YouTube un fragmento del programa de debates de ayer jueves, donde el tal Mercader mantiene un enfrentamiento épico con la loca a que antes me refería, que en efecto se llama Carla Palafox. En ese fragmento del programa, el fallecido Mercader pega un repaso de

padre y muy señor mío a la Palafox, que aparece capitidismuida, al borde del llanto al principio y llorando a lágrima viva al final, nada que ver con la individua cavernaria que recuerdo. Y eso, no sé por qué, me da que pensar. ¿Qué le ocurre a esa mujer? ¿A qué obedece el cambio drástico en su actitud? ¿Dónde quedó su carácter indomable? ¿Dónde su bravuconería? ¿Cómo soporta de esa manera la agresión verbal del tertuliano fallecido? Detengo la imagen cuando el rostro de Palafox ocupa todo el encuadre y me acerco a la vetusta pantalla del «abuelete» intentando escrutar los ojos de la tertuliana, pero, con la mierda de vista que tengo, lo veo todo turbio. Me pongo mis gafas de aumento y vuelvo a acercar la cara a la pantalla, y ahora sí diviso mejor los ojos de Carla Palafox. Y veo en ellos angustia, ansiedad, zozobra. Miedo. Y en mi cabeza de búfalo comienza a forjarse una idea: esa mujer, esa tal Carla Palafox, está tomada por el pánico. Y esa idea, como un río embravecido, desemboca en una pregunta inmediata: ¿Habrá recibido también esa mujer un anónimo conminándola a revelar un secreto bajo amenaza de muerte?

Por mi santa madre que creo que no voy descaminado.

Miro la hora y veo que son ya más de las nueve. Y no me lo pienso y me dejo llevar por una intuición. Otra de las mías, cago en la puta. Pero allá voy. Y sea lo que Dios quiera.

Busco en la red el teléfono de la Palafox, pero no aparece, debe de ser un número restringido, como tantos famosos y famosetes hacen. Busco luego el número de La Décima y lo marco. Al tercer tono me sale una musiquita dulzona y, enseguida, la voz armoniosa de una telefonista. Por su voz conjeturo que debe de estar buenísima, y líbreme Dios de las sorpresas.

—Buenos días. La Décima. Le habla Lara Clavijo. ¿En qué puedo servirle?

—¿Puedo hablar con Carla Palafox?

Se hace un silencio al otro lado de la línea. No debe de ser, el que le hecho, un pedimento muy habitual para Larita.

—¿Perdone?

—Clara Palafox. La tertuliana de *La Décima Magazine*. Que si puedo hablar con ella.

Otro silencio y un crepitar de teclas. Larita debe de estar buscando el nombre en un directorio. Como sus jefes se enteren de que no sabe quién es la Palafox porque no ve las tertulias que emiten, le cae un marrón de cojones.

—Ah, sí. Carla Palafox. Pero la señora Palafox no está. No llegará hasta las diez, más o menos.

—Bien. ¿Puede darme su teléfono, por favor?

—Lo siento, no me está permitido facilitar...

—Soy policía —la interrumpo—. Inspector jefe Patón, del Cuerpo Nacional de Policía.

—¿Patón?

—Sí, hija, sí, Patón, qué le voy a hacer.

La telefonista se queda de nuevo en silencio. Me planteo si relacionarle mis medallas, méritos y distinciones, para ver si la impresiono. O si pegarle un grito sin más y hacer que se le caiga el pinganillo que debe de llevar en su preciosa orejita.

—Espere un momento, por favor. ¿Ha dicho inspector Patón?

«¡Que sí, coño, que sí!».

—Sí.

Vuelve a saltarme la musiquita empalagosa, que recomienza hasta en tres ocasiones. Al cabo, oigo un chasquido en la línea.

—¿Inspector Patón?

—Al aparato. ¿Con quién hablo?

—Clara Camisón.

Porompompom. Ésta también va servidita con el apellido.

—Nos conocimos cuando estuvo usted aquí hace unos días —me aclara Clara. Vaya: «Me aclara Clara». ¿Es esto una aliteración o una dilogía? Creo que lo primero, pero no me hagan mucho caso. A lo mejor no es ni una cosa ni la otra. Estoy cada día peor, la verdad—. Soy de la asesoría jurídica interna de la cadena. Estuve en la reunión que mantuvieron ustedes con los colaboradores de *La Comunidad*, ¿recuerda? ¿En qué puedo ayudarle, inspector?

—Necesito el número de teléfono de Carla Palafox. —Voy a añadir «señora Camisón», pero omito la cortesía: igual me sale una broma después y voy y lo jodo todo. Vaya, ¿otra aliteración?

—No acostumbramos a facilitar los teléfonos privados de nuestros empleados y colaboradores.

—¿Ni a la policía?

—¿Es un asunto oficial?

«No, si te parece va a ser para quedar con ella en el bar del Wellington». Aunque, con las costumbres que estoy cogiendo, cualquiera sabe...

—Por supuesto.

Finalmente, la abogada me facilita el número de móvil de la tertuliana. Cuelgo, tras las gratitudes de rigor, y sin solución de continuidad marco el

número del móvil de la Palafox. No me coge y lo intento en dos ocasiones más. Me digo que estará en el váter, en la ducha, en la peluquería, pegándole al marido o vete a saber dónde, y me decido a dejarle un mensaje en el buzón de voz con mi nombre, cargo y mi necesidad de hablar con ella a la mayor brevedad posible. «Por la cuestión del anónimo», le dejo caer, echándome un rentoy. Y apuntillo, tal vez demasiado arriesgadamente: «Puede usted estar en peligro».

Cuando corto la comunicación, salgo a la ventana a fumar. Llevo casi una hora sin meterme nicotina en los pulmones y apenas si la he echado de menos. Lo que tienen las investigaciones interesantes. Dos como ésta e igual acabo con el vicio. Apuro el cigarro y me embebo en los correos electrónicos remitidos por Villaescusa.

En el primero de los *emilios* vienen como documentos adjuntos el informe del laboratorio biológico de las muestras halladas en casa de Marieta Ayuso, las conclusiones de los técnicos sobre el rastreo de los móviles de algunos de los implicados, los listados telefónicos del móvil y del fijo de la tertuliana, los extractos de sus cuentas bancarias y un informe sobre el estudio de las cámaras de seguridad de la zona. En el segundo de los correos figuran el informe lofoscópico de las huellas obtenidas en la vivienda de Aguirre, la inspección ocular, los listados telefónicos y bancarios y los dictámenes técnicos, incluido un informe sobre las cámaras de la urbanización donde Cristina Aguirre vivía y sus alrededores. Y en el tercero de los *emilios*, los interrogatorios a testigos y sospechosos. Así que me voy a tener que pasar mi día de libranza entre las cuatro paredes asquerosas de mi cubículo. Pese a lo cual no me quejo sino todo lo contrario. Estoy excitado como un ciervo en la berrea. Mentalmente excitado, puntualizo.

Abro en primer lugar el informe, que tiene fecha de antes de ayer, del laboratorio biológico y de ADN de la central de Madrid, que es el departamento que se encarga del análisis de los vestigios biológicos recogidos en el lugar del crimen durante la práctica de la inspección ocular técnico-policia. Aunque en los últimos años he tenido que leerme un buen número de este tipo de informes, para mí siguen siendo chino mandarín. Verbigracia: «La mayoría de los perfiles de ADN que se obtienen se basan en el estudio simultáneo de un conjunto de 10 a 17 regiones cortas del ADN nuclear, denominadas Short Tandem Repeats (STRs), que están distribuidas en los distintos cromosomas humanos y que presentan una alta variabilidad de tamaño entre los distintos individuos. Se trata de pequeñas regiones de 100-

500 nucleótidos compuestas por una unidad de 4-5 nucleótidos que se repite en tándem <n> veces». ¿Han entendido ustedes algo? Ni papa, ¿verdad? Pues del resto, ni les cuento. Fórmulas y grafemas oscuros y complicadísimos.

Así que me voy directo a los resultados, como siempre hago. Y resulta que, como era de esperar, el ADN de Tino Guillén aparece hasta en la ropa bajera de la fallecida. Estaba en la casa de Ayuso por todos lados, como las medusas en la playa. Además, se identifican como tuyas dos muestras recogidas del cuerpo de Marieta Ayuso: una, de la muñeca izquierda, y otra, del pantalón que llevaba en el momento de su muerte.

La bomba viene al final, en la última conclusión, y cuando leo el par de frases se me corta la respiración. Y recuerdo ahora lo que Villaescusa me dijo en casa de Ayuso:

—Cayó desde este balcón —me había dicho, señalando el balcón por donde la tertuliana se había precipitado al vacío—. Y parece que la pobre mujer se resistió. El cadáver tiene las uñas de ambas manos dañadas y con restos de pintura blanca. También se han recogido restos orgánicos bajo sus uñas.

Pues esos restos orgánicos han resultado ser microscópicos fragmentos de piel humana. Y los análisis realizados son concluyentes: el ADN de esa piel pertenece a Tino Guillén.

Ahora sí que me entran unas ganas locas de fumar. Me voy a la ventana y enciendo un pitillo, mientras los pensamientos se me aturullan en la mente.

¿Intentó Marieta Ayuso evitar su muerte agarrándose a su agresor con tanta fuerza que logró desgarrarle la piel?

Si el ADN pertenece a Tino Guillén, ¿fue éste quien arrojó al vacío a Ayuso?

Y si es así, como todo indica, ¿por qué Tino Guillén no está ya en los calabozos de la Dirección General de la Policía?

Algo tiene que haber que no conozco. Así que me termino el cigarrillo con intensas caladas ávidas y regreso a la mesa de mi cubículo. Hago algunas anotaciones rápidas en mi libreta de apuntes, recupero el primer *emilio* de Villaescusa y abro el segundo de los documentos adjuntos: el informe sobre las cámaras de seguridad y video-vigilancia, públicas y privadas, instaladas en Jorge Juan y sus alrededores.

Viernes, 24 de junio de 2016

Los pensamientos le borbotean en la mente como si quisieran hacer hervir el agua de su miedo. Oye la voz destemplada de Ignacio Feliú, que a duras penas, ganada por la emoción, hace un panegírico del compañero muerto, de Pablo Mercader. Escucha frases y palabras que apenas rozan el crisol de su entendimiento y que enseguida se desvanecen: «...un hombre íntegro... una pérdida irreparable... a pesar de nuestras diferencias, siempre alabé su probidad y su hombría de bien... alguien tendrá que poner freno a este sinsentido...».

Advierte que le falta la respiración, que el corazón le bombea descompasadamente, que todo está a punto de derrumbarse a su alrededor. Baja los ojos y ve sobre la superficie de cristal de la mesa del plató su móvil, y lo cierra enseguida con un sobresalto. El mensaje que esta mañana, recién salida de la ducha, oyó en el buzón de voz del teléfono no ha parado de reproducirse dentro de sus oídos desde entonces: «Buenos días. Mensaje para Carla Palafox. Soy el inspector jefe Patón, del Cuerpo Nacional de Policía. Es de la máxima urgencia que hablemos, y a la mayor brevedad posible. Le insisto: a la mayor brevedad posible. Por la cuestión del anónimo. Puede estar usted en peligro. Le ruego me llame en cuanto oiga este mensaje».

«Por la cuestión del anónimo».

«Puede usted estar en peligro».

Dios mío.

Siente con mayor intensidad que antes, que nunca, que todo está a punto de venirse abajo. De desplomarse. Todo el edificio de su vida, tan minuciosamente levantado con cimientos que creía tan sólidos.

Desde entonces, desde que escuchó ese mensaje en su buzón de voz, no sabe cuántas veces ha estado en un tris de devolver la llamada a ese policía llamado Patón, de buscar en su autoridad —se la supone a pesar de ese apellido tan... inarmónico— un auxilio que acabe con su miedo. Y no sabe por qué no lo ha hecho, pero la realidad es que, cada vez que ha pulsado la tecla para llamar, ha cortado la comunicación de inmediato. Tal vez no estaba, se

había dicho, preparada para contestar a sus preguntas. Para responder cuando la interpelara: «¿A qué secreto se refiere el anónimo, Carla?».

Su secreto.

Su vida, que se tambalea.

Además, ¿cómo iba a hallar en un extraño el consuelo, la ayuda que no había encontrado en su propia casa?

Esta mañana, cuando ya salía para La Décima, descompuesta después de oír en su móvil el mensaje del policía, su esposo Luis, que se había dado cuenta de que su mujer estaba llorando, se dirigió hacia ella, la tomó por los hombros, le levantó la barbilla luego cariñosamente, le sonrió, le dijo:

—Pero ¿estás llorando, Carla? ¿Qué te ocurre, vida mía? ¿Qué le pasa a mi mujercita? ¿Es por lo de Pablo?

—Sí... Bueno... No... no...

Y el llanto arreciando como lluvia nortea.

—Pero ¿qué te ocurre, Carla? Dime qué te pasa, venga, mi vida, por lo que más quieras, estás llorando, ¿qué te pasa?, si no me lo cuentas a mí, ¿a quién se lo vas a contar? Venga, amor mío...

Amor mío.

Y se agarró a esas dos palabras.

Amor mío.

Y a pesar de la voz ingenua de su marido y de su blandura, se abandonó a él. Se refugió en sus brazos y le contó todo. De sopetón, en una cascada de reconocimientos terribles donde no hubo lugar ni para preguntas ni para aclaraciones. Para nada.

Todo.

Se lo contó todo.

Le habló de Nebreda. De la novela. De su primera y única novela, *La confesión de una monja*. De que en realidad no la había escrito ella. De su incapacidad con sujetos, verbos y predicados. Y de su recurso a lo fácil y a lo falso. Se deshizo después de su abrazo y miró a los ojos a Luis. ¿Y qué vio en ellos? Pasma, decepción, desengaño, enfado.

Una mirada de ella a él. Una mirada de él a ella. Dos miradas en las que, en los ojos de ambos, sólo había incomprensión. Ella, porque no entendía que él no la reconfortara sin reproches. Él, porque no podía comprender tanto engaño.

—Dime algo, Luis.

—Carla, yo...

—Por todo los santos, Luis. Dime algo. Lo que se te ocurra. Por lo que más quieras.

—Yo... No sé... De verdad que ahora mismo estoy confundido... Tengo que pensar en todo lo que me has dicho... Dame tiempo.

Ahí estaba su maldita decencia, su simpleza vestida de honestidad, su mirada de desencanto.

Y eso fue todo. No sabe ni cómo condujo su descapotable hasta el polígono industrial.

Ahora sí, en cambio, mientras oye brumosamente cómo sus colegas de tertulia en la tele hablan encomiásticamente de Pablo Mercader, siente que va a tomar una decisión. Más aún, que la necesita. Por su mente ronda implacable la idea de plegarse, de conservar la vida, de confesar y revelar al mundo su felonía, su secreto. De hacer con millones de televidentes lo que ha hecho con Luis. Y le da igual todo. Aunque sepa que, si no la ha entendido Luis, su marido, nadie la va a entender. Le da igual, se dice, de nuevo. Ha de acabar con todo. Terminar con el miedo insoportable. Recuperar la paz. Aunque sea la paz de los vencidos. La paz del fracaso y de su aceptación. Y afrontar lo que venga.

Siente cómo las manos comienzan a temblarle incontroladamente y ha de agarrarse la una con la otra para evitar los estremecimientos.

Es consciente en ese momento de cuán profundamente se ha equivocado. Al principio pensaba que ese anónimo que recibió, no sabe ya ni cuánto tiempo hace, no era más que otro de tantos. Cuando después supo de la muerte de Marieta Ayuso, el miedo, que al principio era domeñable como un ternero nervioso, se convirtió en algo más, en una inquietud que se atenuó cuando se le dijo que lo de Marieta había sido un suicidio. Luego, cuando supo de la muerte de Cristina Aguirre, ahora sí, sin duda, asesinada, la inquietud se había convertido en miedo pujante. Y cuando esta mañana ha sabido de la muerte de Pablo Mercader, ese miedo se ha convertido en pánico. Más aún, en terror. En puro pavor. Y así se siente.

Porque no se le oculta que la próxima puede ser ella. Que le pueden arrebatarse lo que más quiere: su vida. Su existencia. Su futuro. ¿Quién puede asegurarse lo contrario?

—¿Carla?

Levanta los ojos. Ve cómo los labios de Flora, la conductora del debate, se mueven. Pero apenas oye su voz, como si Flora le hablara desde dentro de una campana de cristal impenetrable.

—¿Carla?

El terror es como nitrógeno líquido que le helara la sangre. Piensa que un extractor gigantesco ha succionado todo el oxígeno del plató.

—¿Carla?

El realizador del programa cancela el plano múltiple que había dispuesto con las imágenes de Carla Palafox y Flora compartiendo la pantalla y ordena un plano general de la presentadora. Por el pinganillo la inquiere, desabridamente: «¿Qué le pasa a esta tía?».

—Carla, te estaba preguntando por tu opinión acerca del comentario de Castresana —Castresana es otro de los tertulianos habituales del programa— acerca del papel fundamental del periodismo en la sociedad nuestra. Te veo realmente afectada. Es comprensible, la muerte de Pablo nos ha dejado sin habla a todos. Pero tu opinión, Carla, como sabes, es muy importante para nosotros. ¿Qué nos dices?

—No... Yo...

—¿Carla?

—Yo...

—¿Sí, Carla?

—Yo no... Yo... Verás... He de decirlo... Ahora... *La confesión de una monja...*

Ha dicho esta última frase musitándola. En un hipido.

En el plató, un murmullo de intranquilidad y sorpresa recorre el silencio electrónico.

—*La confesión de una monja* es tu primera novela, ¿verdad, Carla? —interviene Flora, desesperada por recibir a través del auricular unas instrucciones del realizador que no le llegan. Se lleva la mano a la oreja y se ajusta el pinganillo, por si es que está fallando. Nada de esto estaba en la escaleta, por Dios. ¿Qué está ocurriendo?—. Y fue un gran éxito de ventas, si no recuerdo mal.

—No la escribí yo.

—¿Cómo dices, Carla?

—Que no la escribí yo.

Carla Palafox levanta la vista y, sin ser consciente de ello, mira fijamente a la cámara dos, que es la que la enfoca. Por sus mejillas bronceadas corren dos lágrimas enormes y solitarias.

—No... No la escribí yo —repite por tercera vez, como una negación apostólica.

—Carla, entiendo el estado en que te encuentras —intenta Flora auxiliarla— pero...

—No —la interrumpe Castresana—, déjala que continúe, Flora. ¿Qué ibas a contarnos, Carla?

La cámara abre ahora un plano general, absolutamente desconcertado el realizador, que por el auricular advierte a la presentadora: «Nos vamos a publicidad en cuarenta segundos, joder. Controla esto». No se apercibe del ademán de desconsuelo y desesperación que otro de los tertulianos, Ignacio Feliú, muestra en su rostro redondeado.

—Todo fue un gran engaño —continúa Carla, la mirada hundida en el cristal de la mesa—. Fue Antonio Nebreda, un desconocido, un *negro*, alguien que tiene la inspiración de que yo carezco pero al que las editoriales no hacen caso pues es un don nadie, quien en realidad escribió esa novela. —Y repite —: Fue todo un gran engaño.

Nadie dice nada. Todos quedan sumidos en un pasmo magnífico.

Y Carla continúa.

Las palabras ahora le brotan de corrido. Cuenta cómo conoció a Nebreda, cómo éste le propuso dar su autoría a un manuscrito que llevaba dos años rodando de editorial en editorial sin que le hicieran ni puñetero caso, hartado de recibir gélidas misivas «lamentando que su obra, a pesar de sus indudables méritos, no pueda incluirse en ninguna de nuestras colecciones» y bla, bla, bla... Relata cómo aceptó la propuesta, consciente de su incapacidad creativa. Narra cómo contactó con Ángeles Gallego, a quien presentó como propio el manuscrito de Nebreda, que entonces se titulaba, como la película de Walerian Borowczyk, *Interior de un convento*. Explica el entusiasmo de Angie con el manuscrito, su propuesta de modificar su título —«*La confesión de una monja*, Carla, y arrasamos seguro—, el lanzamiento, las sucesivas ediciones, las campañas de promo, las firmas de libros, los clubes de lectura, los encuentros con bloggers, las ventas de miles y miles de ejemplares. Las cesiones de los derechos a editoriales extranjeras. Y su nueva e inevitable aridez creativa.

Lo cuenta todo.

Después, como el corredor cuando llega a la meta aun ocupando el último lugar en la maratón, se queda en paz. Satisfecha. Desoladamente satisfecha.

Y piensa que todo ha terminado.

Un silencio funerario se hace en el plató cuando la voz de Carla Palafox se apaga.

«Nos vamos a publicidad, coño», le dice a Flora el realizador por el pinganillo.

Y la pantalla se funde a negro por una milésima de segundo.

Viernes, 24 de junio de 2016

Abro el segundo de los documentos del primer *emilio* de Villaescusa: el informe sobre las cámaras de video-vigilancia de Jorge Juan y alrededores.

En toda gran ciudad hay decenas, cientos, miles de ojos electrónicos que todo lo ven. Lentes indiscretas que en cuanto comparten su omnisciencia mandan al limbo de las cosas violentadas algo que debería de ser sacrosanto, como es la intimidad de las personas. Incluso cuando caminan por la vía pública. Pero bueno, de eso vivimos y con eso trabajamos los maderos.

En Madrid tenemos en primer lugar las cámaras que dependen de la policía municipal, que constituyen lo que se llama el CCTV o Circuito Cerrado de Televisión. Existen cámaras en la Plaza Mayor, en Eduardo Dato, en Montera-Ballesta y en Latina-Lavapiés, además de las cámaras móviles instaladas en vehículos y las que gestionan la circulación rodada.

Tenemos después las cámaras de la Dirección General de Tráfico, con las que se controla el tránsito de los vehículos y las incidencias de la circulación en la Villa y Corte. Están instaladas en la A-1, la A-42, la M-40, la M-600 y calles como Princesa, el paseo de las Delicias o el paseo de la Castellana, por citar sólo unas pocas ubicaciones.

Y están, por último, las cámaras del servicio meteorológico, que informan del tiempo que está haciendo en la capital. Las hay en Cibeles, en Arturo Soria, en Avenida de América y en un porrón de sitios más.

Pero no acaba ahí la cosa, no vayan a creerse: además de estos ojos oficiales, están los privados, comenzando por los de la empresa VisioRay, que vigila las principales ciudades del mundo y cuyas cámaras, en Madrid, están situadas en la puerta del Sol, en la plaza de Callao, en la calle de Alcalá, en la Gran Vía, en el edificio Metrópolis y en la plaza de España; y terminando, por si fuera poco, con los cientos, por no decir miles, de cámaras que protegen edificios oficiales y negocios privados y que cubren la práctica totalidad de las calles madrileñas.

Como verán, una red intrincada que conforma un monstruoso Gran Hermano, nunca mejor dicho.

Así que está la cosa para irse de picos pardos por los madriles: se te entera la parienta a la primera de cambio y en cuanto te descuides un pelín. Problema que no es el mío, por supuesto, porque si, por un acto de misericordia de la divina providencia, en alguna ocasión ligara, sería yo mismo quien se encargaría de mandar la foto a mi exseñora, así le revienten los higadillos.

Pero a lo que íbamos: al informe sobre video-vigilancia que me hace llegar Villaescusa. No hay ninguna cámara pública que controle Jorge Juan, pero sí varias de negocios privados. Desgraciadamente, ninguna de ellas enfoca la entrada del edificio donde Ayuso vivía, ni tampoco queda registrada su caída al vacío (menos mal, pues, de lo contrario, ahora tendríamos su cuerpo machacado en cualquier red social), ni se detecta que por allí rondara ninguna de las personas a las que se extienden las pesquisas. No obstante, una de esas cámaras, la de una joyería, ha captado la llegada de Tino Guillén, montado en su Kawasaki J125 de color plateado, a la calle Jorge Juan justo a las 23:18:46 del jueves 16 de junio. Se identifica su moto, cuya matrícula ha quedado perfectamente encuadrada por la lente de alta resolución de la cámara, y se le identifica a él cuando, después de candar el vehículo en un hueco donde puede estacionar, a unas decenas de metros del edificio de Ayuso, se quita el casco y muestra sus facciones a la videocámara. Hasta las 00:21:17 del viernes no hay movimientos de interés. A esa hora se ve cómo Guillén regresa al lugar donde tiene la moto estacionada, portando en la mano diestra su casco, que se encaja antes de quitar el candado de la motocicleta. Hay un fotograma nítido con sus facciones: no se le ve ni preocupado, ni tenso, ni cariacontecido, ni hay en su aspecto nada que delate anomalía de ningún tipo que mueva a la sospecha. Y se monta en la moto y se va. Desde la cámara que vigila la calle de Alcalá, y desde la que se obtiene una espléndida perspectiva de esa ancha vía con la fuente de Cibeles y el ayuntamiento de Madrid al fondo, con su pancartita de los cojones perfectamente visible, se obtiene una nueva toma de Guillén circulando en su potente motocicleta. Y ya no regresa a Jorge Juan en toda la madrugada, pues ninguna cámara de la zona capta su Kawasaki, lo cual parece confirmar su versión de los hechos.

Así pues, salvo que lo hiciera en otro vehículo o montado en la alfombra de Aladino, es verdad que Tino Guillén abandonó la vivienda de Marieta poco después de las doce de esa noche y que ya no regresó. Su coartada, por consiguiente, parece quedar confirmada. Y ello se ratifica en el tercer documento que abro: el estudio técnico sobre el móvil de Tino Guillén realizado por la UIT, nuestra Unidad de Investigación Tecnológica, previa

autorización del juzgado.

Lo que hacen estos tipos a mí me parece cojonudo y milagroso. A un servidor, que, por poner un ejemplo, jamás consiguió entender cómo era posible mandar un papel desde un sitio a otro por medio del fax, los avances del mundo en los últimos decenios me parecen cosa de brujería. Así pues, no me pidan que les explique cómo se puede localizar con precisión de centímetros la ubicación de un teléfono móvil en un momento determinado. Me limito, por tanto, a transcribir lo que dice el informe de la UIT: «A través del uso de las redes GSM para localizar un teléfono celular, ya no es necesario efectuar una llamada a un teléfono móvil con el fin de poder ubicar geográficamente al dispositivo, aunque cabe destacar que el equipo debe estar encendido para que la búsqueda pueda concluir con resultados exitosos. El método de localización por intermedio de GSM funciona de manera muy sencilla, ya que básicamente se trata del establecimiento de una triangulación del teléfono celular en base a su posición actual en el planeta». Ja, una manera muy sencilla. Sí, sí, lo que yo les diga. En fin.

El informe de la UIT es taxativo en lo que respecta al teléfono móvil de Tino Guillén: el jueves 16 de junio estuvo desde las 21:04:16 y hasta las 23:19:34 en la calle Ayala de Madrid, presumiblemente en Ten con Ten, tiempo durante el cual recibió ocho llamadas, de las cuales sólo una tiene interés para la investigación: la que recibió a las 23:01:41, que provenía del móvil de Marieta Ayuso. A partir de las 23:19 y hasta poco después de las 12:20 de la noche, estuvo en Jorge Juan, y desde poco antes de la una de la madrugada del viernes y hasta la mañana de ese día, en la calle de la Escalinata. Es decir, en su casita. Aunque la triangulación de los teléfonos móviles sólo prueba dónde estuvo el teléfono y no la persona, todo parece indicar que lo que ha declarado Tino Guillén acerca de sus movimientos durante la noche en que murió Marieta Ayuso es rigurosamente cierto.

Entonces, ¿cómo es que bajo las uñas de Ayuso se halló materia orgánica perteneciente a Guillén?

Es una pregunta para la que no tengo respuesta, por lo que decido no embrollarme con cavilaciones que seguramente no me van a conducir a parte alguna y comenzar el examen de los listados telefónicos y bancarios de la víctima. Los primeros comprenden los diecisiete días de junio, hasta el día de su muerte. Hay cada día una media de entre treinta y cuarenta llamadas salientes, un número algo mayor de llamadas recibidas y una cantidad ingente de whatsapps. Sin embargo, en los listados no se identifican los números de

aquellas llamadas, por lo que nada me dicen sus dígitos. Los whatsapps son, en su gran mayoría, chismes relacionados con el trabajo de Ayuso. Que si tal famoso o famosa le pone los cuernos al pariente o la parienta, que si en este preciso instante fulano de tal está en tal restaurante o pub con mengana, que si zutano ha sido embargado por el banco y chorradas por el estilo. Me sube la tensión al momento, en cuanto veo cuánto desocupado, correveidile, holgazán y chismorrero hay en este país nuestro, que así nos va. Y que si dedicaran a las buenas obras sólo la mitad del tiempo que dedican a las habladurías y a los comadreos, otro gallo nos cantarían. Que somos un pueblo de palanganeros, carajo.

Examino después los extractos de las cuentas de la interfecta, que comprenden los movimientos habidos desde principios de año. Marieta Ayuso tenía poco más de diecinueve mil euros en tres cuentas bancarias, y diez mil en valores y en un fondo de pensiones en el momento de su muerte. Inspeccionando los listados de las cuentas, reparo en que en los dos últimos meses se ha gastado casi sesenta y cinco mil euros. Lo que yo gano en casi dos años, vamos. Hay algunos cargos, ninguno de ellos por cuantía superior a los quinientos euros, por compras en grandes superficies, en tiendas de moda, en perfumerías, peluquerías, salones de estética y cosas así, nada que llame la atención. Lo que sí me llama la atención, y mucho, es que existen seis disposiciones, cada una de ellas por importe de diez mil euros, a favor de oenegés: la Asociación Española contra el Cáncer, UNICEF, Médicos sin Fronteras y otras, como CARE International, de las que nunca había oído hablar.

Vuelven a entrarme ganas de fumar, porque las esquilas de mi instinto policial vuelven a repicar destempladamente. Así que salgo a la ventana e intento poner en orden las ideas que me borbotean en el cerebelo. Al cabo, cuando el cigarrillo es ya sólo colilla, concluyo que Marieta Ayuso, al saber de su enfermedad, decidió donar sus fondos a organizaciones caritativas y sin ánimo de lucro y quedarse con lo justo para vivir el tiempo que le restase. No es más que una suposición, pero me parece una conjetura razonable. Y tampoco tengo otra, joder, y ya se sabe que quien no tiene otra cosa con su mujer se acuesta. Regreso a la mesa diciéndome que, entre esos cargos bancarios, no he visto ni uno sólo que pudiera corresponderse a gastos médicos. Curioso, me digo. O bien Marieta Ayuso acudió a la Seguridad Social, aunque la verdad es que no me la figuro yo esperando su turno en una sala de urgencias atestada de infartados, marías ociosas aquejadas de

padecimientos triviales o sinvergüenzas buscando collarines, o bien había dado por perdida la lucha contra la enfermedad y había renunciado a todo tratamiento.

Cierro el primero de los correos de Villaescusa y abro el segundo *emilio*, éste ya referido a la investigación del homicidio de Cristina Guillén. Como ya creo haber dicho, contiene cinco documentos adjuntos: el informe lofoscópico de las huellas obtenidas en la vivienda de Aguirre, la inspección ocular, los listados telefónicos y bancarios, y los dictámenes técnicos, incluido un informe sobre las cámaras de la urbanización donde Cristina Aguirre vivía y de las calles aledañas.

El único de esos documentos que arroja un resultado relevante es el informe dactiloscópico: los técnicos han conseguido revelar en el gollete de la botella de Ribera de Duero, donde se contenía el veneno que mató a la tertuliana, tres huellas dactilares correspondientes a los dedos índice, medio y pulgar de la mano derecha de Tino Guillén. Así pues, sin género de dudas Guillén manipuló la botella que fue utilizada como arma homicida, lo cual lo sitúa en el centro de la diana. Sin embargo, ningún otro dato lo relaciona con esa muerte. Ni tuvo llamadas significativas con Aguirre, ni se acercó a su casa en los días previos a su muerte, ni sus huellas aparecen en ningún otro lugar de la vivienda, ni su nombre consta como el remitente de aquella botella. El examen de las cámaras de video-vigilancia revela que una empresa de mensajería situada en la calle Francisco Silvela entregó a Cristina Aguirre un paquete en la tarde-noche del viernes 17 de junio, es decir, pocas horas después de que muriese Ayuso. Hechas las indagaciones pertinentes en dicha empresa, ha resultado que el nombre y señas de la persona que figura en sus archivos como remitente del paquete son falsos de toda falsedad. Interrogado el empleado de la empresa de mensajería que recibió el paquete, no podía recordar dato alguno acerca de la persona que se lo había entregado. «Recibo cientos de paquetes al día, ¿cómo quieren ustedes que recuerde uno en particular?». Sólo pudo aportar el dato de que el paquete había sido depositado en la oficina el jueves día 16 para ser remitido en veinticuatro horas como envío no urgente. Tampoco había cámaras de seguridad en el local. Exhibida la foto de Tino Guillén, el hombre, llamado José Gracia, manifestó que conocía a Guillén de la tele y que con toda seguridad no había puesto jamás pie en ese comercio y no le había entregado paquete alguno. También se le exhibieron fotos de personas relacionadas con Guillén (su hija Patricia, su empleada de hogar...) pero a ninguna de ellas pudo reconocer el hombre.

Y eso es todo.

Un callejón sin salida.

De nuevo a la ventana y al pitillo, hecho un mar de dudas. Las ideas se agolpan en mi mente como fotogramas neurasténicos que me sumen en algo parecido a la frustración. Me siento desgraciado y cabreado. Es lo que me ocurre cuando espero mucho de algo que después resulta ser decepcionante. El humo del Marlboro me ciñe en su nube azulenca con la que apenas puede la casi inexistente brisa de esta mañana de junio, clara y estival, y acentúa la grisura de mi espíritu.

Se me viene a la cabeza, repentinamente, aquello que decían en *Dexter*: «No existen secretos en la vida. Solo verdades escondidas que viven debajo de la superficie».

Pero la superficie de estos crímenes me resulta tan espesa, tan impenetrable, que se me antoja imposible introducirme debajo de ella. Ni siquiera puedo abrir un agujero en el hielo por el que introducir la caña. Y eso me jode no saben ustedes cuánto.

Viernes, 24 de junio de 2016

Hay en el plató una calma luctuosa, como la que sigue al llanto cuando las lágrimas se agotan.

El realizador de *La Décima Magazine* ha ordenado la emisión de tres bloques de publicidad consecutivos para ganar tiempo después del desastre de Carla Palafox, de su inesperado derrumbe y de su tremenda confesión, procurando que la calma vuelva al estudio. Son nueve minutos y cuarenta segundos que han de ser suficientes para que las aguas vuelvan a su cauce. Tampoco dispone de más: no abunda la publicidad en ese programa donde la opinión política se decanta de forma tan acusada que espanta a más de uno y de dos y de tres de los grandes anunciantes, de los que disponen de muchos millones de euros para gastarlos en *spots* y que no quieren verse identificados con lo que para muchos no es sino una cuadrilla de alborotadores izquierdistas que ensombrecen las mañanas patrias.

Mientras espera que cada cual ocupe de nuevo su lugar mientras la publicidad fluye como el zumo de la adormidera, el realizador conversa, de pie y en un rincón del plató, con Castresana, que tiene gesto entre confuso y hosco, mejillas mal rasuradas, pelo cortado a trasquilones, camisa de raso negro que fracasa en su vano intento por ocultar su barriga prominente.

—Un minuto —avisa el regidor.

—¿Dónde está Flora?

—Aquí viene.

Flora Dorronsoro, la conductora del programa, entra en el plató perseguida por una maquilladora que intenta recomponerle los afeites. En su rostro rubicundo aún quedan rastros de la conmoción.

—Vengo de estar con Carla —dice—. Ha sido horroroso. ¿Qué le ha ocurrido a la pobre? ¿Qué ha podido pasar por su cabeza para hacer lo que ha hecho?

—Lo que no se comprende —aduce el técnico— no es lo que ha hecho, Flora, sino lo que había hecho. ¿A quién se le ocurre buscarse un *negro* para publicar una novela?

—¿Cómo está? — interpela Castresana a la presentadora.

—Fatal. Ya no llora, pero está como ida.

—¿La has dejado sola?

—No, está con Virginia, la peluquera. Es su gran amiga en los estudios. Ella se encargará de llevarla a casa en cuanto se tranquilice. No está para conducir.

—Pues yo que ella —subraya Castresana— me daría prisa en largarme. Los de aquí tal vez la respeten, pero no creo que tarden mucho en llegar los compis de otras cadenas, los de los medios escritos y los de la radio, dispuestos a despellejarla. Lo que ha contado le va a traer cola.

—Veinte segundos —indica con urgencia uno de los auxiliares, ataviado con unos cascos que le dan aspecto futurista.

—Cada uno a su sitio —ordena el realizador—. Flora, el pinganillo. Reintroduce el debate y pasa de puntillas por Carla. Los demás, ceñiros al guion, y procuremos terminar esto de la mejor manera posible. ¡Y todavía nos quedan casi dos horas de programa, joder!

Mientras abandona el plató para dirigirse a la cabina de realización, da un último vistazo a la silla vacía de Carla Palafox. Ha decidido mantener esa silla allí, para que nadie pueda reprocharle un inútil intento de tapar lo sucedido. Antes de salir del plató, contempla de reojo a Ignacio Feliú, que, durante la pausa, durante esos nueve minutos y cuarenta segundos de *spots* publicitarios de limpieasuelos, electrodomésticos, colchones y La Tienda en Casa, se ha mantenido sentado en su asiento, pálido, los ojos carentes de vida, inmóvil como un toro de Guisando. El realizador, al contemplarlo así, estante y lívido, cierra los ojos y suspira.

—A ver si éste no me la lía también, el muy capullo —murmura cuando abandona el estudio.

—¡Un segundo y en el aire!

La carátula de *La Decima Magazine* se fija en la pantalla mientras la sintonía del programa, alegre y rítmica, suena chocante llenando el plató.

Flora Dorronsoro sonríe tímidamente a la cámara uno cuando el piloto se enciende y habla de la angustia que en muchas ocasiones causa el ejercicio del periodismo, de la tremenda carga de estrés que comporta, y de cómo en muchas ocasiones hasta los espíritus más fuertes, como es el de Carla Palafox, pueden ceder ante las presiones de la profesión. Sean ustedes comprensivos, parece decir con la mirada de sus ojos que hoy tienen un extraño color ámbar. Esa compasión que ella, martillo pilón, jamás ha mostrado desde que lleva conduciendo ese programa.

La voz de Flora sólo es, sin embargo, para Ignacio Feliú, la lejana banda sonora de su propia turbación. Está sumido en los recuerdos de sus comienzos en la profesión. Detrás de sus párpados entrecerrados ve la imagen de aquel jovenzuelo de rasgos afilados que, con poco más de veinte años y la emoción a flor de piel, entraba por primera vez en la redacción de la calle San Roque, donde tenía su sede el diario *Informaciones*. Puede todavía oír el rumor de las linotipias, el runrún del teletipo, los chasquidos de las máquinas de escribir, los suaves repiqueteos de los nuevos ordenadores IBM. Y su sorpresa inenarrable cuando, en la tarde, vio llegar a la redacción a periodistas que, para él, eran ídolos inalcanzables: Martín Prieto, Alfonso Sánchez, Fernández de Rojas, Soledad Álvarez-Coto... Recuerda luego su paso a *ABC* y su imparable ascenso: jefe de sección, jefe de nacional, redactor-jefe. Rememora con una nostalgia lacerante aquella época, aquellos años gloriosos de su vida: el tiempo de la pureza, el tiempo de la búsqueda feroz de la noticia, de los largos días invertidos en su contraste, el de las noches insomnes, los emparedados aceitosos y los carajillos; el tiempo de las nubes de tabaco circundando los tecleos apresurados; el tiempo de una juventud repleta de ideales y de esperanzas. Todo comenzaba entonces, recuerda, a cambiar en la prensa, ya el periodista no se encontraba en situación de subordinación frente al poder político, se acababa poco a poco con esa situación de inferioridad frente al Estado por las enormes restricciones que hasta entonces le habían sido impuestas a la prensa. Fueron los años de la cooperación, de la coexistencia pacífica: la prensa para acabar con la imagen de mediocridad en la que estaba sumida en el franquismo y los políticos para legitimarse en el sistema democrático. Pero sin renunciar nunca los periodistas a su misión de controlar el ejercicio del poder. Y en aquel terreno propicio, cuántas grandes figuras surgieron: Fernández Asís, Ansón, Prats, Soler Serrano, Del Olmo, Cebrián, Pedro Jota, Herrero, Gabilondo, él mismo... ¡Tantos y tantos!

Hoy... cuán grande ha sido el cambio.

Cuán grande, cielo santo.

El otro día, en pleno período de confusión por los acontecimientos que estaba viviendo —el anónimo recibido, los problemas económicos de *Al filo de la noticia*...—, se le cayó el alma a los pies cuando, en una de sus rutinarias consultas a las encuestas y los *rankings* en la red, se topó con una relación de los diez periodistas más influyentes en España. Fue leer algunos de esos nombres —Jiménez, Carbonero, Rahola...— y desear con todas sus fuerzas haber gritado «¡No, no, no!» cuando el recordado Jesús de la Serna,

íntimo amigo de su padre, le propuso entrar, recién licenciado, como meritorio en el diario *Informaciones*. «Toda una vida para esto», se dijo cuando leyó ese desolador elenco.

Sí, ha sido, desde aquellos años gloriosos del periodismo, un cambio brutal el que se ha producido.

«Cómo echo de menos todo aquello. Cómo añoro aquellos tiempos», casi murmura, ajeno a lo que pasa en la tertulia del plató. Y continúa reflexionando, como si se hallara solo en su oficina de *Al filo de la noticia*.

Hoy, frente a aquella prensa inteligente, culta y de altas miras que tanto ayudó a la transición pacífica desde la dictadura a la democracia, el periodismo, y quienes lo ejercen, reflexiona Feliú, se ha erigido en un contrapoder que se apoya en su posición privilegiada frente a los otros dos vértices del triángulo del sistema de la comunicación política: los propios políticos y la opinión pública. La pena, tantas veces se ha dicho, es que ese contrapoder haya sido malgastado para medrar, para repartir fobias y filias, y no para construir. Para recibir y no para dar. La pena, se dice desde la atalaya que hoy ocupa y desde la que sólo otea final y pesimismo, es que el periodismo en nuestro país no haya contribuido a formar un público exigente que sepa valorar la información que recibe para, después de su análisis y en su caso, pedir responsabilidades a los poderes políticos, sino que, muy al contrario, ha promovido el desmán y el desconcierto, precisamente por la falta de métodos eficaces de comprobación de la información y de la noticia. Por la falta de escrúpulos y de ideales. Ideales profesionales, que no políticos.

Dios.

Sí, echa de menos terriblemente aquellos años. Nadie puede imaginarse cuánto y cuánto. Aquellos años cuando toda la profesión era una piña persiguiendo aspiraciones y objetivos comunes. Hoy, en cambio, todo es tan distinto... Como escribió el otro día en su diario íntimo, existen dos tipos completamente diferenciados de periodismo, tan desiguales uno al otro como la noche al día: las grandes cadenas televisivas, las grandes emisoras de radio, los grandes rotativos capitalinos y de provincias, por un lado; y, por otro, las trincheras digitales, las zanjas informativas de la red, los belicosos falansterios donde se parapetan y resisten como soldados rusos en Stalingrado quienes, como ahora también él, fueron despojados de las sagradas vestiduras talaras de lo auténtico y ahora sólo cuentan con la estridencia, con la altisonancia, con la destemplanza, con la palabra convertida en revólver, para hacerse oír o morir en el intento. Y sin importar en exceso que esa estridencia

caricaturice la verdad hasta que sea imposible que se la distinga. Y que al cabo provocan que los grandes medios recurran a armas similares para que no se les pueda reprochar silencio cómplice.

«¿Cómo he llegado a esto, Dios mío?», se pregunta.

E inevitablemente se le viene a la cabeza aquel infausto día. Imposible olvidarlo. Fue un día de junio, como el de hoy, de hace ahora siete años. «¿Qué tiene junio que tantas tragedias trae a mi vida?». Ángela, la treintañera periodista de sucesos de tan escaso talento como increíbles tetas con la que llevaba casi seis meses acostándose —todo comenzó la noche de la comida navideña de la empresa, cuando, después de muchas copas, la joven se le insinuó con descaro y se le abrió de piernas después, dando comienzo a lo que Feliú pensaba era una relación carnal sin mayores pretensiones— entró en su despacho como acostumbraba, intempestivamente y sin llamar. Se había sentado frente a él, en su lujoso despacho de jefe de opinión del periódico. No era tan suntuoso como el de jefe de redacción que había ocupado hasta hacía unos años, pero no estaba nada mal, aunque las vistas a la calle Juan Ignacio Luca de Tena eran en verdad deprimentes, desangeladas, cuánto echaba de menos las vistas a Serrano y Castellana. Ángela se había cruzado de piernas, dejando a la vista sus carnes bronceadas y generosas.

—Estoy en el ERE —le había dicho, sin más.

—¿Perdón?

—Me has oído perfectamente. Me han incluido en el ERE.

—¿Tú?

—Yo.

—Joder. Lo siento.

—Ya. Pero no es suficiente, no basta con que lo sientas.

—¿Cómo?

—Que tienes que ayudarme.

Feliú recuerda ahora que había mirado fijamente a la periodista de sucesos con una chispa de ira en sus ojos. Y también recuerda cómo ella le había sostenido la mirada, y cómo en ese pulso alumbró complicaciones. Había cogido del cenicero de su mesa el puro habano (¿un Partagás era?) a medio consumir —aún no había entrado en vigor la dichosa Ley antitabaco— y ganó unos segundos encendiéndolo de nuevo.

—No sé si voy a poder, Ángela.

—Pues tendrás que poder, Ignacio.

Aspiró con fuerza el humo del habano y lo espiró después, mirando al techo e

intentando reprimir aquella ira.

—Sabes cómo están las cosas, y mi posición aquí tampoco es la de antes, Ángela. Ya sabes que...

—No me voy a ir de aquí, del periódico, por las buenas —lo interrumpió ella, descruzando y volviendo a cruzar las piernas, dejando ver, durante un mínimo segundo, un retal de encaje negro.

—Mira, Ángela —repuso él, inclinándose sobre la mesa, como para subrayar sus palabras—, las cosas ya no son lo que eran. Yo, aquí, donde me ves, también...

—Déjate de pamplinas, Ignacio —volvió a interrumpirlo Ángela—. Y de gilipolleces. No quiero excusas. Quiero que me ayudes, y punto. Haz lo que tengas que hacer. El cómo y el qué, son tu problema.

Dejó el puro en el cenicero con cierta violencia y volvió a reclinarsse en su mullido sillón de cuero marrón.

—No, chica, no —adujo, destemplado—. Vamos a ver. El problema es tuyo, y no mío, ¿me entiendes, Angelita? La que se va a ir a la puta calle eres tú, y no yo. ¿Lo captas? Y si piensas que porque tú y yo hayamos echado algunos polvos en...

—Tengo fotos. Y vídeos.

—¿Qué?

—También lo has oído perfectamente.

—¿Me estás amenazando?

—Tómalo como te plazca. Pero, ya te digo, haz algo. Tienes que sacarme de ese puto ERE. Si no quieres que Amparo, tu mujer, y tus hijos Nacho y Javier, y tus hijas Amparito y Anabel, vean esas fotos y esos vídeos. Sería un espectáculo como para no perderselo, ¿no crees? Y eso por no hablar de YouTube, Facebook y toda la panda. Así que tú sabrás.

Cuando Ángela se fue del despacho dejando tras de sí, como un perfume intenso y amargo, el olor de su amenaza, la preocupación tiñó cada una de sus reflexiones. Y cuánto aumentó, joder, en los días siguientes. En esos seis meses había llegado a conocer de Ángela no sólo cada rincón de su cuerpo, sino también su talante y de lo que era capaz. Tenía, pues, razones sobradas para esa preocupación y ese desasosiego.

¿Qué hacer?

A la vida se viene llorado, se dijo.

Llamó primero al jefe de redacción:

—Oye, ¿qué sabes del ERE?

—Nada.

—¿Conoces la lista?

—No me incumbe. Pero, si estás preocupado, te adelanto que tú no estás.

—Me han dicho que está Ángela...

—¿La maciza de sucesos?

—Sí. Esa.

—Pues algo he oído. Sí, me suena. ¿Y...?

—Oye, ¿y tú no podrías hacer que la dejaran en paz, que la quitaran de esa lista?

—¿Y por qué tendría que hacerlo? ¿No ves cira que te vas a buscar un disgusto, hombre. Pero ¿en qu, Feliu y Javier, y tus hijas Amparité tendría que hacerlo?

—Un favor que te pido, coño.

—Yo no tengo nada que ver con eso, Ignacio. Bastante tengo con sacar este periódico adelante cada día. Y meter los hocicos donde no te llaman es la mejor forma de quemarse los bigotes. Así que olvídame.

Luego, al jefe de recursos humanos:

—¿Que saque a esa muchacha, a esa tal Ángela, del ERE? Muy Bien. Pues dime a quién pongo en su lugar.

—Y yo qué sé. A quién te salga de los huevos. Eso es tarea tuya, ¿no?

—Tú lo has dicho, chico. Es tarea mía. Así que no me toques los cojones. Y ahora, disculpa, que tengo un lío del carajo con los sindicatos.

Finalmente, al director:

—Oye, Ángel, tengo que pedirte un favor.

—¿Lo de esa tal Ángela y el ERE?

—¿Cómo lo sabes, joder?

—Aquí se sabe todo, machote. Y ten cuidado, por la cuenta que te trae. Que a nuestras edades, Feliú, esas aventuras pueden acabar con más cosas aparte de con la salud y la próstata hecha una mierda. Y eso de la Viagra es un peligro que te cagas. Hazme caso, por la cuenta que te trae.

—Pero, Ángel, ya que lo sabes, razón de más. Yo jamás te he pedido nada, algo podrás hacer, yo...

—Mira, Feliú, la cosa está que arde con los vascos, con los Ybarra, con la familia Aguirre y compañía, ¿me entiendes? Así que no te metas en berenjenales.

—Ángel, mira...

—Que lo dejes correr, Feliú, joder. Y hazme caso: no te metas en donde no te

llaman.

Los días siguientes fueron de continua zozobra. Días de gestiones frustrantes («¿Otra vez con lo mismo, Ignacio? Mira que te vas a buscar un disgusto, hombre. Pero tú ¿con qué piensas? ¿Con la polla? ¿No ves cómo están las cosas?») y de atosigantes llamadas y correos electrónicos de Ángela («Oye, Ignacio, que me dicen que el período de consultas ha terminado y que mi nombre sigue en la lista. El jueves mandan el expediente a la autoridad laboral. Tú sabrás lo que haces». «Mira, según los sindicatos quedan cinco días para la resolución. Tengo las fotos y los vídeos preparados. Si crees que no voy a ser capaz de hacerlo, es que no me conoces. No tengo nada que perder, cariño». «Quedan tres días, Ignacio. Tú vida se va al carajo con la mía, eso te lo aseguro. Y de verdad ¿eso es lo que quieres?»).

¡Dios, se repite de nuevo!

¿En qué momento se acordó de la foto aquella con la que un reportero de local se había presentado hacía... (¿cuántos años... ¿dos?... ¿tres?...) en su despacho, asegurando que se la había facilitado un antiguo agente del CNI — ese era el nombre de lo que hacía unos años era el CESID, a saber cómo se llamará ahora— en una noche de farra?

Ése fue el momento en que su vida entró en barrena.

Ése fue.

Hacía años que el *affaire* de la actriz-vedette circense y ludópata era conocido en todas las redacciones. Ya Antonio Herrero, casi doce años antes, había desvelado en las ondas, en su programa de la COPE, el robo que la susodicha actriz decía haber sufrido en su casa, en el que le habían sustraído, aseguraba, carretes fotográficos sin revelar, tres cintas de casete, cinco de vídeo y veinte diapositivas, asegurando que el material desvalijado afectaba «a personas importantes de este país por ser comprometedoras para ambos». Sostenía Herrero que la denunciante implicaba en el robo a Manuel Prado de Colón y Carvajal, tesorero del rey, a quien acusaba de mandar «a las personas autoras de este hecho con el fin de retirar toda la documentación comprometedoras para dicha persona». Poco después, Pilar Urbano, en su libro *Yo entré en el CESID*, relacionaba a ese organismo con aquellos hechos.

Pese a ello, pese a ese conocimiento público del asunto, éste era tema tabú para la mayor parte de los medios de comunicación. No había, además, prueba alguna. Silencio. Ocultación. Prudencia.

Eso.

O miedo.

Y además, ¿qué había?

Tan sólo esa foto.

Esa foto que un reportero ingenuo le había entregado a Ignacio Feliú, su redactor jefe, después de una noche de farra con un exagente del CNI borracho o resentido o sabía Dios qué.

¿Qué hicieron con ella?

Nada, por supuesto.

Ser el orden del día monotemático de un consejo interminable.

Y después, doblegarse.

Silencio. Ocultación. Prudencia.

Eso.

O miedo.

Y entregarla en la Zarzuela.

Salvo esa copia que guardó en su ordenador personal.

Esa copia.

¿Por qué?

Ni él lo supo entonces. Tal vez fuera porque no quería renunciar por completo a su dignidad de periodista. O tal vez por otras razones más oscuras que ni plantearse quiso entonces. Sea como fuese, lo hizo, guardó esa copia, en su ordenador, para sí. No pudo prever que en esa foto se contenía el germen de su desgracia.

Por lo que vino después.

¿Cuándo le pasó la idea por la mente? ¿Cuándo tuvo la desdichada ocurrencia de hacer esa llamada?

Sí, lo recuerda. Lo recuerda perfectamente.

Fue al día siguiente de su última conversación con su director, cuando sólo quedaban dos días del plazo que Ángela le había concedido. Y después de un almuerzo opíparo, regado con mucho rioja y mucho coñac, en Casa Lucio, con varios de los antiguos compañeros de promoción. Una comida como la de cada año, para recordar momentos hermosos, para soslayar momentos infaustos.

Regresó a su despacho a media tarde. Vio la foto de Amparo, su mujer, sobre su mesa, primorosamente enmarcada. Contempló luego la de sus hijos. Y fue consciente de cuánto podía perder.

Y era tanto.

Descolgó el teléfono.

—¿Sí?

—Ricardo, ¿cómo estás?, perdona que te moleste. —Habían tardado casi cinco minutos en pasarle con él, pero, al fin, ahí estaba, el mismísimo Díez al aparato, con quien tenía cierta cercanía desde que ostentase el cargo de director del Departamento Internacional del Gabinete de la Presidencia del Gobierno—. Sé que esto que te voy a pedir es realmente extraño, pero no tengo a nadie más a quien acudir. Así que entiéndeme, te lo ruego, Ricardo. Necesito que hables con el marqués, con Del Alcázar, el presidente del grupo, de mi grupo, de mi empresa, ya sabes, es un asunto de vida o muerte. De verdad que para mí lo es. Pero no te pido lo que te pido sin darte nada en compensación, ¿eh? A cambio, tendrás en tu poder algo que no debiera estar rondando por ahí. Y es gordo, Ricardo, de verdad, te lo aseguro.

Y le refirió todo a continuación. La inclusión de Ángela en el ERE, su relación clandestina, sus amenazas, la foto comprometedor de la actriz-vedette circense y ludópata. La necesidad perentoria de su ayuda. Y que no tenía a nadie más a quien recurrir.

El silencio al otro lado de la línea precedió a una voz áspera.

—La Casa no debe entrometerse en cuestiones empresariales, Feliú. No me pidas estas cosas.

—Peor sería que esa foto apareciese mañana publicada, Ricardo.

—¿Me estás amenazando?

—Sólo intento salvar mi vida y mi carrera. Nada más.

—¿Quién tiene esa fotografía?

—Sólo yo.

—Veré qué puedo hacer.

Lo que se hizo, se hizo muy bien. A la mañana siguiente, mientras su esposa estaba en una reunión de Cáritas, la criada de compras y los hijos en sus institutos y facultades, su casa en La Moraleja fue silenciosamente saqueada. El botín: un par de joyas baratas, un televisor, un compact-disc y todos los ordenadores y aparatos electrónicos de la casa. Y la copia de aquella foto que un reportero ingenuo le entregó después de un día de farra. El móvil, sorprendentemente, le fue robado mientras formulaba la denuncia en comisaría. Por si acaso, supuso entonces y ahora. Y cuando, después de los trámites, intentó regresar al periódico, se encontró con que no sólo Ángela no había sido excluida del ERE, sino que su nombre también figuraba en la lista y que dos guardias de seguridad lo aguardaban a las puertas de la que desde hacía lustros era su empresa para acompañarlo a su despacho a recoger sus efectos personales —«El ordenador, ni tocarlo, ¿me entiende usted?»— y a

ponerlo luego de patitas en la calle con una patética caja de cartón entre los brazos y un gesto de incompreensión en el rostro.

—¿Qué opinas de lo que ha dicho Castresana, Feliú?

La voz de Flora Dorronsoro lo regresa de recuerdos que lo estaban sumiendo aún más en el pozo de la desesperación.

—Sí, perdón, ¿qué...?

—Te preguntaba, Ignacio, por tu opinión acerca del comentario de Castresana en torno a la libertad de...

Deja de nuevo de oír la voz de la presentadora, que intenta alargar la pregunta al apercibirse del estado de confusión de su colaborador. A la mente de Ignacio Feliú llegan ahora, como un alud que todo lo cubre, aquellas frases del anónimo recibido nueve días atrás, puede recitarlas de memoria, de corrido, de tantas veces como las ha leído:

TE HAS CONVERTIDO, SIN EMBARGO, EN UNO MÁS DE ELLOS.... TU LENGUA, QUE NO DEJA DE SER UNA CULEBRA MÁS EN EL TERRARIO... YA TU VIRTUD NO VISTE A TU DEPRAVACIÓN... SÉ TU SECRETO... DISPONES DE POCO TIEMPO PARA CONTARLO EN ANTENA CON PELOS Y SEÑALES... SI NO, MORIRÁS.

Recuerda lo que le ha pasado a Pablo Mercader. Y, antes, a Marieta Ayuso y a Cristina Aguirre.

Rememora la catarsis, que al mismo tiempo ha sido redención, de Carla Palafox.

Catarsis. Redención.

Y se dice que sí, que es momento de contarlo.

Y de vivir.

Porque la vida es algo más que una voz en antena y un hueco en una página web.

Se aclara la voz y, mirando muy fijamente a Flora, sonrío.

—Yo intenté chantajear al rey, ¿lo sabéis?

Y calla y amplía la sonrisa.

—Ignacio, ¿qué estás...?

—¿Recordáis aquel asunto de la actriz-vedette circense y ludópata?... Por supuesto que sí. Pues veréis... Ahora os lo cuento. Pero sí, es cierto, no pongáis esa cara: yo intenté chantajear al rey. Y qué cara me costó la idea.

Un silencio tan espeso como harina se hace en el plató. En su pieza, el realizador abre tanto los ojos que las pestañas casi se le pegan a las cejas.

—¡Hostia puta! —exclama, llevándose las manos a la cabeza—. ¡Esto no

puede estar pasando!

Aunque luego, mientras Ignacio Feliú, con la voz rebotante de la tranquilidad que la capitulación otorga, lo cuenta todo (lo de la foto, su llamada a la Zarzuela, su despido, su romance con Ángela...), se dice que los índices de audiencia de *La Décima Magazine* van a escaparse por la parte de arriba de los gráficos como si cabalgaran a lomos de bengalas.

Y sonrío anchurosamente.

Viernes, 24 de junio de 2016

En el tercero de los *emilios* que he recibido figuran copias de los interrogatorios a testigos e implicados en los hechos. Villaescusa y su equipo han tomado declaración a todos los tertulianos de *La Comunidad*, incluido al drogata Nando Pinteño, que sigue recluido en un sanatorio privado para yonquis de altos vuelos, y a todos los componentes del equipo técnico del programa. Hasta hace horas no sabíamos que las amenazas podían haberse extendido a otros tertulianos de otros programas diferentes.

Mientras aguardo a que se descargue el primero de los documentos, la declaración de Olivia Maestre, suena mi móvil. Son más de las doce del mediodía y sólo es la segunda vez que suena. No soy, como pueden ver, un tipo con muchos amigos. La primera llamada fue la de un subinspector con el que tengo que comparecer a juicio, un asunto de una estafa inmobiliaria en la Audiencia Provincial, a principios de julio, y quería quedar conmigo para preparar nuestros testimonios. Le dije que largo me lo fiaba y que ya lo llamaría. Esta segunda llamada es de mi hijo. Caigo en la cuenta de que es viernes, mañana sábado y, por tanto, día de nuestro almuerzo semanal en restaurante no sólo sin tenedores sino casi sin cucharillas en los postres. El presupuesto no da para más.

—Hola, Adrián. —Tuve el buen gusto de no desgraciar a mi vástago para los restos poniéndole mi nombrecito. Lo de Adrián, que no hay ninguno en la familia de ella ni en la mía, fue idea de su madre. A mí nunca acabó de convencerme; me recordaba a aquella canción de Perales, ¿recuerdan?: «Adrián, Adrián, un ser humano como los demás...». Aunque, pensándolo bien, tampoco iba muy descaminada la arpía, si tenemos en cuenta que el chavalote ha acabado cazando pokémons—. ¿Cómo estás?

—Hola, padre. Bien, ¿y tú? Oye, ¿estás metido en lo de los tertulianos? ¡Vaya la que se está liando, ¿no?! ¿No fuiste tú quien le recibió la denuncia a Alberto Luis?

Pronuncia el nombre de Conesa con una familiaridad que me espanta. Lo que me faltaba era que a mi hijo también le diera por seguir no sólo a los

pokémons de los cojones sino también a las tertulias del corazón y que se convirtiera en un adicto a la prensa rosa. Una afición que no le conocía. Me viene a la cabeza aquella frase de *Arrow*: «La primera mitad de nuestra vida nos la estropean nuestros padres; la segunda, nuestros hijos». Qué razón tenía Oliver Queen, el muy jodido.

—No, qué va —le respondo, mintiendo a medias, no vaya a ser que el niño me pida detalles de los crímenes y se los pase a todas sus amistades por whatsapp, de lo que es perfectamente capaz, y acabe de arruinarme la poca carrera que me queda en el Cuerpo—, aquello lo asumieron los colegas de Madrid hace ya algún tiempo. Era un asunto demasiado importante para un poli de pueblo como yo, llamado Florencio. Y bien, hijo, dime, ¿qué te pasa?

—Ah, pues verás, es por lo de la comida de mañana. ¿Te importa que pasemos?

—¿Qué te ocurre? ¿Algún pikachu que se te resiste y tienes que ir a buscarlo al Escorial, al templo de Debod, al hipódromo de La Zarzuela o algo así?

—No seas cabrón, papá. No, verás. Es que, como hoy es San Juan, hay una fiesta brutal en el chalé de Juanito Gil, ¿te acuerdas de él, verdad?, Juanito, claro, el hermano de Caty, mi antigua novia, ¿recuerdas?, y vamos a acabar a las tantas. Con el desayuno, vamos. Si no peor. Y voy a estar hecho polvo al mediodía. ¿Te importa?

Le digo que no, y me entra una tristeza infinita cuando reparo en que es verdad. Que no me importa. Además, le digo, más por consolarme a mí que por confortarlo a él, que pasado mañana son las elecciones, e igual mañana sábado voy a tener que pringar en el curro. Y nos despedimos, él con su ilusión por la fiesta de Juanito Gil, y yo con esa tristeza que me ha dejado un arañón en el alma. Ya ven que, cuando quiero, también sé ponerme tristón. Cago en la puta.

Cuando cuelgo el teléfono, pulso una tecla del «abuelete», que cobra vida con lentitud osteoporósica, y compruebo que ya se ha descargado la declaración de Olivia Maestre.

Leer una declaración escrita de alguien no es lo mismo que tomarle declaración de forma oral. Te pierdes sus reacciones ante las preguntas, el tono de su voz, sus titubeos, sus silencios, sus gestos, sus miradas. Te pierdes todo lo relevante, pero es lo que hay. Además, la manera que tenemos los policías de redactar los interrogatorios, con esas fórmulas anticuadas que usamos, lo dificulta todo aún más. No sé si Villaescusa y Roldán han grabado estas declaraciones, supongo que sí, pero, aunque así fuera, no se me han

facilitado los vídeos, por lo que de nada me sirve elucubrar. Y tampoco voy a pedirselos, si existieran, porque ya conozco su respuesta. Maximizo la declaración de Olivia Maestre y la leo. Y pienso que es todo lo contrario de lo que me esperaba. Recuerdo, al leerla, las palabras de Tino Guillén: «Ahí donde la ve usted, tan sensible y llorona, es un bicho. Se llevaba a matar con Cristina. Y con Marieta también». O algo así. Y aunque no puedo adivinar la actitud de la tertuliana durante la declaración, algunas de sus frases y palabras ponen de manifiesto su carácter, su forma de ser. Y que Tino Guillén tenía más razón que un santo.

He aquí algunas de las preguntas de Villaescusa y algunas de las respuestas de Maestre:

«—Preguntada la testigo para que aclare dónde se encontraba en la madrugada del viernes 17 de junio, MANIFIESTA:

—Que si lo que pretende la policía es dar a entender que la testigo es sospechosa de la muerte de Marieta Ayuso, eso es ultrajante, y que no va a consentir que se levanten insidias sobre su persona.

(Se hace constar por el instructor que lo anterior lo ha dicho la testigo a gritos y amenazando llanto).

—Puesto de manifiesto que lo que se le ha formulado es sólo una pregunta rutinaria, que ha de hacerse a todos quienes de una forma u otra tenían relación con la fallecida, MANIFIESTA:

—La testigo manifiesta su deseo de comunicar su presencia en estas dependencias a su abogado.

(Se le hace ver por el instructor del atestado que no está detenida ni investigada y que no es procedente la asistencia letrada. La testigo prorrumpe en amenazas e intimidaciones que son objeto de diligencia aparte).

—Exhortada de nuevo a responder a la pregunta epigrafiada, MANIFIESTA:

—Que estaba en su casa. Que estaba con su marido y sus hijos. Y añade que lo cual ni una ni otra podían decir.

—Preguntada para que aclare a quiénes se refiere con la expresión «ni una ni otra», MANIFIESTA:

—Que a las fallecidas.

—Requerida para que aclare qué ha querido decir con que «Lo que ni una ni otra podían decir», MANIFIESTA:

—Que Marieta Ayuso estaba divorciada dos veces y que vivía sola. Y que el marido de Aguirre se hallaba en Estados Unidos, y que cree que sus hijos en el extranjero. Que las dos vivían solas. Y que la deponente, por el contrario, vive

con su esposo e hijos. Y que por eso ha dicho lo que ha dicho.

—Preguntada para que diga qué tipo de relación mantenía con Marieta Ayuso, MANIFIESTA:

—Que sólo profesional.

—Preguntada para que diga si no mantenía relaciones de tipo amistoso o personal con Marieta Ayuso, MANIFIESTA:

—Que ella no tiene la culpa de que ni Marieta ni Aguirre quisieran ser amigas suyas.

—Preguntada para que diga por qué ni Marieta Ayuso ni Cristina Aguirre querían ser amigas suyas, MANIFIESTA:

—Que porque la testigo tenía el cariño del público y del pueblo, y ellas en cambio no.

—Preguntada para que diga si mantenía enemistad de algún tipo con Marieta Ayuso o Cristina Aguirre, MANIFIESTA:

—Que ellas no tenían categoría para ser enemigas suyas.

—Preguntada para que diga si alguna vez estuvo en casa de Marieta Ayuso, MANIFIESTA:

—Que no, que para qué.

—Preguntada para que diga si alguna vez estuvo en casa de Cristina Aguirre, MANIFIESTA:

—Que no, que para qué.

—Preguntada para que diga si alguna vez remitió algún regalo u obsequio a Cristina Aguirre, MANIFIESTA:

—Que ni loca.

—Preguntada para que diga si recientemente ha recibido un anónimo amenazante firmado con el nombre de Ramnusia, MANIFIESTA:

—Que no, que no conoce a nadie llamado Ramnusia y que a ella la gente la quiere y que no recibe anónimos sino flores».

Fin de la transcripción. Y de la lectura, gracias a Dios. Cuando constato que en la fotocopia de la declaración que me han remitido escaneada no hay rastros de sangre, alabo la paciencia de Villaescusa y Roldán. Llego a ser yo quien le toma declaración a esa individua y acaba en urgencias, por mi santa madre.

Toda una elementa, la tal Olivia Maestre, como pueden ustedes ver. Y con lo modosita y recatada que aparece en la tele, la muy hija de puta. Que parece una muñeca llorona y resulta que es más mala que Cruella de Vil. En fin, cosas veredes. En el fondo, lo que a esa mujer le pasa, me digo, es que es tan

insegura y que se sabe tan débil, tan corta de talentos, tan inepta, que utiliza el llanto y el ataque indiscriminado a los demás para evitar ser atacada por éstos. Me recuerda a lo que decía Don Draper en *Madmen*: «La única manera de no ser rechazado es rechazar primero». Y perdonen ustedes mi pasión seriéfila.

La siguiente declaración que leo es la de Lucía Crespí, y me confirma mi inicial impresión sobre esta tertuliana de carnes crepusculares. Y recuerdo lo que me dijo de ella Sanmartín: que por debajo de su cuerpo de diosa declinante y sus ojos bobalicones había hastío, disgusto. Responde con precisión a las preguntas de Villaescusa, manifiesta que el día de la muerte de Marieta Ayuso estaba en un hotel de Toledo, y aporta pruebas documentales de su estancia, asegurando que los empleados del hotel podrían ratificar que no abandonó el establecimiento en toda la noche. Noche que pasó, aclara, con un productor de cine cuyo nombre se niega a facilitar. Sostiene que mantenía una relación más o menos amable con Aguirre, no tanto con Marieta, y aquella impresión de hastío a que se refería Sanmartín, que más me parece a mí de amargura, se trasluce en algunas de sus contestaciones: relata que no sabía nada de la enfermedad de Ayuso, afirma que jamás les contó cosa alguna al respecto, por lo menos que ella supiera, y aprovecha para detallar que su relación con la fallecida era tormentosa, pues —afirma— Marieta no desaprovechaba ocasión para humillarla. Y añade que jamás se sintió arropada por sus compañeros de programa. Mantiene, no obstante, que su relación era buena con Aguirre y con la mayoría de sus colegas. Mas, explica, era una relación amable pero tensa, pues desde la dirección y los guionistas del espacio se les incita a continuos enfrentamientos que, aunque inicialmente medidos por la escaleta, suelen desembocar en voceríos y rencores. Esto, claro está, lo dice con otras palabras.

Las declaraciones de los restantes tertulianos de *La Comunidad* apenas si arrojan más luz. Por poner sólo algunos calificativos y ofrecerles algunas pinceladas:

Alberto Luis Conesa. Histriónico. Recibió un anónimo pero continúa manifestando que desconoce a qué secreto se refiere. Adora a todos sus compañeros de programa.

Luz Campuzano. Inteligente y despierta, pero hay algo en sus palabras que evidencia que calla más de lo que dice. Sostiene que, como en todo grupo humano, las relaciones entre sus miembros son complejas, pero no hasta el punto de justificar un crimen. Cuando es instada por Roldán, que es quien la interroga, para que defina «complejas», se pierde en vericuetos.

Fofi León. Al igual que Hermostilla y Pinteño, no estaba en aquel disparatado interrogatorio conjunto que mantuvimos en la sede de La Décima y, por tanto, no lo conozco personalmente. Por sus intervenciones televisivas he podido ver que es un tipo nervioso y excitable. En su declaración mantiene que *La Comunidad* es como la sociedad que definió Cicerón. Preguntado para que esclarezca la cita, contesta que allí todo el mundo se ataca y escribe libros. Curioso, el tal León.

Lola Hermostilla. Tampoco la conozco personalmente. Es una cuarentona guapa de aspecto dulce, pero en las tertulias en las que la he visto se ha mostrado sardónica y cruel con algunos invitados. Explica que se llevaba muy bien con Ayuso y no tanto con Aguirre (tal vez porque eran almas gemelas). Es la primera que se refiere a la tensión que existía en el programa por la decisión de La Décima de disminuir un quince por ciento la remuneración de los tertulianos ante la progresiva bajada de audiencia. Un dato interesante, pues lo que ha pasado puede haber disparado al alza esos índices. Lo anoto en mi libreta.

Nando Pinteño. Alma de cántaro. A pesar de que lleva varias semanas ingresado en el sanatorio para yonquis pijos, juraría que estaba fumado cuando Villaescusa lo interrogó. Sólo así pueden entenderse las majaderías que dice. Entre ellas, por ejemplo, que él no está enfermo ni sufre de adicciones, sino que está ingresado debido a los conjuros de Lucía Crespí. Para mear y no echar ni gota, vamos.

Juanma del Salto. El capullo de siempre. Tonto del culo y más falso que el café de los hoteles. En su declaración, pretende erigirse como alguien que está por encima de sus compañeros, y hasta, si me apuran, del bien y del mal. Para haberlo cogido en los buenos tiempos y haberlo corrido a gorrazos por los pasillos de la Dirección General.

Remigio Angulo. Quiere aparentar consternación pero, aun desde la frialdad del papel escrito, parece estar más contento que unas pascuas. Debe de ser, sin duda, por la subida de los índices de audiencia de un programa que andaba de capa caída. Un curioso móvil para dos crímenes. Pero, no sé por qué, no veo yo al director de la tertulia lanzando a Marieta Ayuso por el balcón de Jorge Juan. Y es, además, un móvil bastante rebuscado. Para subir audiencias hay otros medios, ¿no creen ustedes? Por ejemplo, sacar en pelota picada a Lucía Crespí o, mejor todavía, sodomizar en *prime time* a Juanma del Salto.

Las declaraciones sin duda más sabrosas son las de los técnicos del programa. El productor confirma que semanas atrás, después de tres bajadas

de audiencia consecutivas, se comunicó a los colaboradores la intención de La Décima de llevar a cabo una bajada lineal de alrededor del quince por ciento del sueldo de los tertulianos, salvo de aquellos que se habían incorporado recientemente, pues ya ficharon por salarios más bajos. Comenta, asimismo, que entre los tertulianos más veteranos se estaba barajando la posibilidad de llevar a cabo una protesta pública por la decisión de la cadena, y que la muerte de Aguirre y de Ayuso ha cambiado por completo el panorama y obligado a la empresa a dar marcha atrás en sus intenciones, dado que el *share* se ha disparado.

Una técnico (¿o se dice técnica?) de sonido llamada Rosalía Martínez afirma que Alberto Luis Conesa no se habla con prácticamente ninguno de los colaboradores y que las zapatistas entre él y sus compañeros de tertulia son frecuentes entre bastidores. Un cámara llamado Bernardo Nieto divide a los tertulianos en tres grupos: los «primarios», entre los que incluye a Lucía Crespí, Fofi León y Nando Pinteño; los «sanguinarios», entre los que cita a Cristina Aguirre, Lola Herмосilla y Olivia Maestre; y los «soberbios», entre los que están, o estaban, Marieta Ayuso, Juanma del Salto y Tino Guillén. Explica que Luz Santamaría es una rara avis inclasificable. Otro cámara llamado Roberto de Juan explica que más de uno de los colaboradores dejaría el programa si su situación económica se lo permitiera. Cuando es requerido para que dé nombres, el primero que cita es el de Marieta Ayuso. «Era completamente infeliz en el grupo», aclara. Otro técnico llamado Juan Manuel Estebanz afirma que entre los colaboradores hay más de uno y de dos con aspiraciones a sustituir a Conesa como conductor del programa, y que para hacer realidad esas aspiraciones no dudan en hacer uso de las zancadillas, las maquinaciones y los enredos. No da nombres, sin embargo. Se ampara en que lo que ha referido son habladurías y que no puede comprometer el nombre de ninguno de los tertulianos. Ninguno de los interrogados puede aclarar nada acerca de los secretos de los que hablan los anónimos.

La declaración más impactante es la de una peluquera llamada Virginia Alonso. Sostiene que, a pesar de lo declarado por Lucía Crespí en sus manifestaciones ante Villaescusa, entre todo el personal de la cadena corría el rumor de que Marieta Ayuso estaba aquejada de una enfermedad grave. Relata que, en una ocasión, mientras estaba maquillándose, la asaltó un imponente ataque de tos, que una de las maquilladoras le ofreció un pañuelito de celulosa y que, cuando lo retiró, pudo ver cómo la sangre había manchado el papel. Y que a partir de entonces se había extendido el rumor de que Ayuso podía estar

muy enferma, un cáncer de pulmón tal vez. Rumor que era avivado constantemente por los continuos ataques de tos de la tertuliana. Aunque era cierto que la propia Ayuso desmentía una vez y otra hallarse aquejada de mal alguno.

Cuando acabo de leer, varias ideas se agolpan en mi mente, en la que se representa un submundo de acechanzas, envidias, desencuentros y traiciones. Una pregunta retumba de nuevo en mi sesera: ¿para qué matar a Marieta Ayuso si ya se sabía, o se sospechaba, que podía estar muriéndose? Sin embargo, la idea que más puja en mi cabeza es la alusión al *share* y las audiencias.

¿Será posible que el móvil de los crímenes haya sido un simple intento de aumentar la cuota de pantalla de las tertulias de La Décima?

Qué locura.

¿O no?

A estas alturas de la película, me hago ver, no es razonable descartar posibilidad alguna, por descabellada que sea. Y aunque me gana el desánimo cuando veo que apenas si tenemos pistas, me digo que tengo que seguir buscando la verdad. Y mientras apunto esa hipótesis en mi libretita de notas, pienso en lo que decía Francis Underwood, el presidente estadounidense en *House of Cards*: «La mejor forma de sofocar una chispa de duda es un aluvión de verdades».

Pero ¿cómo dar con esas verdades, carajo?

Mientras tanto, me ahogo en las dudas y en las oscuridades.

Viernes, 24 de junio de 2016

Lucía Crespí contempla el plató como si fuera un cráter de Marte. Pero, en cuanto se apercibe del desasosiego que flota entre las lámparas y las tramoyas del decorado, y en cuanto advierte los rostros de turbación de sus compañeros de programa, es cuando se dice que ahí puede estar su oportunidad. Pese a todo lo que está ocurriendo. Como si en ese cráter marciano hubiese avistado de pronto un agua cristalina y dulce.

Se da cuenta entonces, como por casualidad, de que la decisión la ha adoptado antes. Casi una hora antes, en realidad. Mientras la hermoseaban, acomodada en el enorme sillón ergonómico de la sala de maquillaje de La Décima. Fue entonces. Mientras observaba los rostros compungidos de sus colegas de tertulia, abrumados por lo que había ocurrido instantes antes en la tertulia hermana, en *La Décima Magazine*: las lágrimas de Carla Palafox, la angustia de Ignacio Feliú, la rendición de ambos, sus terribles confesiones. Como un crespón negro que adornara el recuerdo de las muertes de Marieta Ayuso, de Cristina Aguirre, de Pablo Mercader.

Y flotando entre todos, como una niebla espesa, la pregunta que nadie se atrevía a formular: ¿quién será el próximo?

Fue entonces cuando adoptó la decisión.

Lucía Crespí, desde siempre, ha sabido que la vida consiste solamente en una cosa: en saber aprovechar las pocas oportunidades que se presentan. Y ella presume de haber sabido aprovechar las pocas que se le han presentado. Y no se arrepiente en absoluto del precio que ha tenido que pagar. Todo lo contrario. Porque ¿qué supone, al lado de la fama, de la seguridad económica, del éxito, de la popularidad, lo que ha tenido que pagar para conseguir todo cuanto ahora tiene? Aquellos minutos de sometimiento, el olor nauseabundo de unas pocas vergas, las babas pringando su cuerpo, la entrega de sus resquicios más íntimos... ¿Qué suponen?

Nada. Absolutamente nada.

Y menos si se tiene en cuenta lo que ha venido después. La admiración que despierta. La envidia que concita. Los montones de dinero y de placeres que la

fama y la notoriedad le han proporcionado. Por otros minutos de sometimiento, por otras vergas, por otras babas, por otras entregas. Y por muchos billetes de quinientos.

Recuerda ahora a aquella chica de diecinueve años llegada a Madrid desde un pueblito de Salamanca para estudiar un grado de Fisioterapia en un centro privado para cuyo pago sus padres iban a tener que realizar enormes sacrificios, si no milagros. Pero ellos sabían, porque conocían su ambición, su necesidad de escapar de ese pueblito adormilado, que si no hacían los unos y no procuraban los otros, esa niña inquieta de ojos grandes y cuerpo de diosa, y de no poca listeza, se les iba a marchar de todos modos y a saber Dios adónde y para qué. Recuerda a aquel actor de medio pelo, gallego y guapísimo, que aparecía durante breves minutos en una serie televisiva de la época, a quien conoció, a los pocos meses de llegar a Madrid, en una fiesta en casa de la hija de un ejecutivo de la televisión pública que estudiaba Periodismo en la misma universidad privada. Evoca aquellas noches largas, dulces y locas, de alcohol, drogas y sexo, en ambientes y con gentes que hasta hacía sólo unos meses le habían parecido inalcanzables. Y la ridícula boda bajo un extraño rito celta, celebrada en un paraje que allí, en Galicia, en la tierra natal del actorcillo, tenían por sagrado, cercano a la Costa da Morte, con un puñado de amigos formando un círculo alrededor de los novios, decorado con flores, ramas y piedras, y un estrambótico individuo vestido de druida oficiando la ceremonia, durante la que ella no pudo parar de reírse. Recuerda aquellas fotos del enlace vendida por un puñado de euros a una revista del corazón. Los primeros tiempos felices, el abandono de la carrera, el embarazo, el aborto, la ruptura... Y la amenaza de la soledad. Y del inminente anonimato. Y lo que tuvo que hacer entonces para seguir adelante, aprovechando su exigua popularidad a punto de difuminarse.

Su secreto.

En su mente aparecen, con claridad precisa, cada una de las palabras del anónimo recibido hace unas semanas:

CONOZCO TU SECRETO Y ES MI VOLUNTAD QUE LO REVELES, QUE LO COMPARTAS CON TODOS CUANTOS TE DESEAN, CON QUIENES SUEÑAN CONTIGO, CON TUS CARNES ARDIENTES. PARA QUE TODOS ELLOS CONOZCAN CUÁN FÁCIL ES ALCANZARTE Y TENERTE. SÉ TU SECRETO Y QUIERO QUE TODOS TAMBIÉN LO CONOZCAN. TIENES POCO TIEMPO PARA REVELARLO.

SI NO, MORIRÁS. RAMNUSIA.

Su secreto.

Que a lo mejor ni siquiera es tal.

¿Qué puede perder, por tanto?

Alcanza la decisión definitiva cuando observa la cara de Tito Conesa, que, en un descuido, ha permitido que por debajo de los afeites y el maquillaje aparezca una desolación absoluta, un miedo atroz.

Y Lucía Crespí se dice que no está dispuesta a que las pequeñas arrugas con las que cada mañana pelea se conviertan en profundas quebradas erosionadas por la corriente poderosa de un miedo cerval.

Y, además, se dice que, de contarle todo, de revelar lo que muchos ya intuyen aunque carezcan de la certeza necesaria para contarle, no sólo no va a perder lo que tiene, sino que incluso se va a abrir ante ella un hermoso abanico de posibilidades. Porque ¿quién le va impedir marcar mañana mismo esos números de teléfono que tan celosamente guarda en su segundo móvil, el que apaga cada vez que entra en los estudios de La Décima? Números de políticos, de gobernantes, de diputados, de hombres de negocios con cuentas corrientes en muchos países y con muchos ceros, de cantantes de éxito, de actores tan célebres como rijosos. ¿Quién se lo va a impedir? Nadie, por supuesto. «Sí, oye, perdona que te llame a estas horas. Sí, ya sé que no es conveniente, pero... Ya sabes lo que pasó ayer, ¿verdad? Lo que tuve que contar en la tertulia de *La Comunidad*... Ya, ya me supongo cómo lo sientes... Sí, claro... Lo que ocurre es que ahora me presionan desde todos lados, incluso desde mi programa, para que dé nombres, detalles, lugares, identidades, ¿comprendes? Y yo no lo quiero hacer, claro que no... Pero... me digo: si no lo hago, corro el peligro de quedarme sin trabajo, ¿entiendes?... Así que tengo que asegurarme el futuro. ¿Y qué son para ti treinta mil euros? ¿O cincuenta, tal vez?... No te pongas así, cariño... Por supuesto, una vez y no más... ¿Qué cómo lo hacemos?... Pues ya te lo diré. Y no te preocupes, que seré muy cuidadosa con las fotos... ¿Qué fotos?... Pues ¿cuáles van a ser, mi amor? De ti y de mí, claro. Y te van a encantar. Cuando nos veamos te las enseño, te van a encantar, de verdad».

—¿De qué te ríes, Lula?

Sabe que es Tino Guillén quien ha hablado porque sólo él la llama de esa manera. Lula. Pero su voz no es su voz de siempre, alquitranada, ronca. Hoy tiene un deje de fatiga que la hace endeble. Como si necesitara expulsar aire entre los dientes tras de cada sílaba.

—¿Te acuerdas —dice Crespí, obviando la pregunta de Guillén— de lo que

insinuaste hace algunos programas?

—¿Te diriges a mí? —inquiere Tino, que escruta cauteloso el ademán de Lula, como él la llama. Nada de esto estaba en la escaleta.

—Claro que sí, Tino. A ti. ¿A quién si no? ¿Recuerdas lo que entonces sugeriste, creo que fue allá por mediados de mayo, acerca de mí y de mis actividades... digamos que extraprofesionales?

—No sé si consigo seguirte, Lucía. —Ha dejado ahora el diminutivo a un lado. Se le ve vigilante.

—Pues más o menos viniste a decir que, entre programa y programa, entre bolo y bolo, me dedicaba a trabajar de acompañante, ¿recuerdas? De escort de alto *standing*. De puta, vamos.

Remigio Angulo, curtido en muchas batallas, se inclina sobre su mesa de control y pulsa con fuerza uno de los botones. Sabe que se avecina un momento álgido, improvisado. «Déjala, déjala seguir», conmina por el auricular a Conesa cuando observa que éste se dispone a interrumpir a la tertuliana. Y ordena un *wide shot* que dura apenas un par de segundos y luego, a la cámara dos, un *over shoulder* con el hombro de Tino Guillén en primer plano y el rostro de Lucía en segundo. Pero no acaba de gustarle el resultado y se decide por un plano múltiple, compartiendo los rostros de Crespí y Guillén el encuadre. En el plató sólo se oyen durante una fracción de segundo los zumbidos del aire acondicionado y los traqueteos de las cámaras al deslizarse los trípodes sobre los rieles, realizando una *travelling* hacia delante y un *dolly back* la otra, buscando ambas las mejores tomas de los dos tertulianos.

—Oye, Lula... mira... yo... —balbucea Tino Guillén, confuso.

—No te disculpes, Tino —lo interrumpe Lucía Crespí, cuya sonrisa no sólo sigue intacta, sino que parece ensancharse—. No te disculpes.

El director, que presiente un inmediato clímax, ordena un primerísimo primer plano de la antigua modelo.

El silencio se puede cortar con un cuchillo.

Y Lucía vuelve a hablar. Y a sonreír.

—Llevabas razón, ¿sabes? Sí, a pesar de cómo me puse entonces. Llevabas razón. Me dedico a eso. Soy una acompañante de alto *standing*. ¿Qué os parece? Una puta de lujo.

Nadie acierta a responder.

Nadie.

Como si todos los tertulianos hubiesen decidido llevar a cabo un insólito *mannequin challenge*. O como si una extravagante cronostasis se hubiera

adueñado de los colaboradores y del público que atesta las gradas del estudio.

—Pues sí, soy una puta —se ratifica Lucía Crespí, mirando fijamente al ojo de la cámara, desafiante. Y añade, como dirigiéndose a alguien desconocido que se hallase al otro lado de ese ojo escrutador—. Ése era mi secreto. Ya lo tienes. Ya lo he dicho. Seas quien seas, ¿estás contento, cabrón?

Y concluye, derramando ahora su mirada llameante sobre sus compañeros de programa, que la contemplan atónitos:

—¿O es que acaso es uno de vosotros quien ha enviado esos jodidos anónimos?

Y los mira uno a uno.

—Tampoco me extrañaría —concluye.

El aire parece espesarse y las palabras de Lucía Crespí quedan flotando en el aire como partículas de una polución reconcentrada.

Ninguno de los tertulianos reacciona. Todos están asombrosamente mudos, clavadas sus miradas en la antigua *top model* que nunca lo fue. Tampoco desde la realización del programa, pues los planos de las cámaras permanecen inmóviles.

Un individuo trajeado ha entrado en el cubículo desde donde Remigio Angulo dirige las operaciones y ha susurrado algo al oído del realizador del espacio. Éste, como picado por una avispa, se gira en su sillón y enfrenta a quien le ha hecho la confidencia.

—¡Coño! —espeta—. Pero ¿qué me dices, Eslava? ¿Qué carajo hace aquí la policía?

Viernes, 24 de junio de 2016

He terminado de leer los documentos que Villaescusa me ha enviado casi a las tres y cuarto de la tarde. Y tan embebido he estado que mi estómago, por lo habitual tan impaciente, no se ha quejado ni una sola vez, a pesar de que la tostadita con aceite y ajo que me desayuné debe de estar ya a la altura del dedo gordo de mi pie derecho. Pero, en cuanto he acabado la lectura de interrogatorios e informes, se ha despertado como una bestia después de una larga hibernación y comenzado a rugir fieramente, reclamando pitanza. Así que he bajado a Casa Petra, que está bastante despejada para ser un viernes y donde, solo, como para mi desgracia es habitual, me he zampado el menú del día: lentejas a la riojana, en cuya salsa he ahogado el bollo que ponen con el menú, merluza rebozada con ensalada y flan de la casa. Y café y un lingotazo de whisky por mi cuenta, fuera de menú. Total, dieciséis euros, igualito igualito que en el bar del Wellington.

Cuando me levanto de la mesa y salgo a la calle, me encuentro con una tarde espléndida que invita a pasear. Invitación que educadamente rechazo, por miedo a que el excesivo condumio se convierta en apresuramientos intestinales, y decido sentarme en otra terraza cercana a tomarme el segundo whisky del día para rebajar la comida y para reflexionar sobre lo visto y leído. Y una vez y otra mis pensamientos se van a ese detalle que a nadie puede escapársele: todos los tertulianos amenazados y asesinados trabajaban para La Décima, lo cual está lejos de ser una casualidad. Es, sin duda, un indicio de que los anónimos y los crímenes están relacionados con esa cadena. Repaso los nombres de aquellos que trabajan para esa emisora: los tertulianos de *La Comunidad*, los de *La Décima Magazine*, presentadores, realizadores y técnicos. Y tengo el barrunto de que entre ellos se halla aquél a quien buscamos. Pero no es más que eso, un barrunto, una conjetura, y en mi profesión lo que se necesitan son pruebas y no suposiciones.

¿Y cuáles son las pruebas de que disponemos? Pocas, por no decir ninguna. Y las que hay son más endebles que el tobillo de un canario. Veamos. Tenemos, por un lado, los restos de piel con rastros del ADN de Tino Guillén

en las uñas de Marieta Ayuso y sus huellas en la botella de Pesus recibida por Cristina Guillén, donde se había introducido el veneno. Dos vestigios que científicamente apuntan de manera indefectible a Guillén. A pesar de lo cual sigo sin estar convencido de su implicación en los crímenes. No es más que un palpito, pero no veo a Tino Guillén dando muerte a sus dos colegas. ¿Por qué? ¿Cuál es el móvil? ¿Qué beneficio obtiene de sus muertes? ¿O es que estamos hablando de un psicópata que obtiene placer por el simple hecho de matar? Frío, frío.

Y tenemos, por otro lado, las cámaras de seguridad de los alrededores de Jorge Juan, que confirman la versión de Guillén de que se marchó de la vivienda de Ayuso horas antes de que la mataran. A no ser, claro, que regresara de una forma que no hemos podido descubrir.

¿Y qué más tenemos? Nada, absolutamente nada. Saco mi libreta de notas y releo mis anotaciones, hasta ratificarme en esa impresión: más allá de esos dos datos que señalan a Tino Guillén, no hay ninguna otra prueba, ningún otro hilo del que tirar, ningún otro indicio. Repaso mis observaciones sobre cada uno de los tertulianos de *La Comunidad*, en quienes, hasta la muerte de Pablo Mercader, se habían centrado las pesquisas, y también me encuentro en un callejón sin salida. Cierro mi libreta de notas con un manotazo, cabreado. No veo a ninguno de esos tertulianos capaz de matar. Nos los veo, por supuesto que no, arrojando por el balcón a Marieta Ayuso, envenenando el vino de Cristina Guillén. ¿Para qué lo iban a hacer? ¿Por qué razón? ¿Por qué móvil? En las investigaciones policiales, el móvil del crimen suele ser el mapa que nos conduce hasta el tesoro. En todo delito, el móvil está relacionado con el poder, el dinero o el sexo. Sota, caballo y rey. Y por más vueltas que le doy a lo que sé de los crímenes de los tertulianos, no atisbo ninguno de esos tres factores en estos asesinatos. Y sin saber cuál es el móvil de un crimen, su resolución se convierte en una cuesta arriba difícilísima de coronar. El único móvil que se me ocurre es el de aumentar los índices de audiencia de la cadena. Pero la teoría no resiste el mínimo análisis, es absurda: ¿quién va a acabar con tres vidas humanas por aumentar la cuota de pantalla, o el *share*, como se dice ahora, de una cadena televisiva? Es cierto que locos los hay en este mundo a patadas, más que granos de arena en la playa. Pero no me figuro yo a los capitostes de La Décima reunidos al anochecer en su lujosa sala de juntas pergeñando la forma de dar muerte a tres de sus tertulianos para conseguir más audiencia. Inverosímil por completo, cago en la puta.

Así que estoy completamente in albis. Perdido como un macho cabrío en el

desfile del orgullo gay.

Desesperado por recabar nuevos datos, y dándole en la cabeza vueltas a la idea de que la resolución del crimen de Pablo Mercader puede ser la llave que nos abra el cerrojo si alguna cámara de Padre Damián o sus alrededores ha conseguido captar la matrícula del vehículo homicida, llamo a Villaescusa una, dos, tres veces, pero el muy cabrón no me lo coge en ninguna de ellas. Llamo luego a Pepa Roldán, y lo mismo, la muy perra.

Pido la cuenta con cara de muy pocos amigos y refunfuñando, y recibo la mirada precavida de la camarerita, que se quita de en medio lo antes posible. Espero que me traiga la nota, apuro el whisky, pago los cinco euros que me pide y me levanto. Afortunadamente, la sillita no se me encasqueta en el culo. Mucho bar del Wellington y mucho Jenaro y mucha historia, pero a ver si aprenden a poner sillas como Dios manda, anchas como éstas de Pozuelo, que no se le quedan a uno enganchadas en el culo como un pañal.

Son casi las seis cuando regreso a mi cubículo, con poco más de una hora por delante para devanarme los sesos en este acertijo que me trae a mal traer, pues a las siete de la tarde está convocada la reunión para preparar los dispositivos policiales para el domingo, día en que en este santo país se celebran las segundas elecciones generales en apenas seis meses, para que los sufridos españolitos elijan (oelijamos, porque soy tan botarate que todavía voto, aunque no me pregunten a quién, que eso es secreto, como la Constitución manda) a su líder entre los muchos que se presentan, y ninguno de ellos es precisamente Pericles que digamos. Más bien Periquete. Conecto el «abuelete» y me dispongo a buscar en Internet a los tertulianos de *La Décima Magazine*, a ver si en sus biografías, que tampoco espero que sean la de Stephen Hawking, o sus redes sociales, encuentro alguna pista, algo a lo que agarrarme. Momento en el cual me telefonea Pujadas, quien me pide, o me ordena más bien, que me persone de inmediato en su despacho para preparar con él, como inspector jefe que soy, la reunión de las siete. Intento darle largas pero es taxativo y tajante.

—En treinta segundos aquí, ¿me oyes, Patón? Que esto de las elecciones es serio. Con la de moracos —para que luego digan que soy yo el xenófobo— que hay en Pozuelo, joder. Por cierto, a todo esto, no estarás todavía huroneando con lo de los tertulianos, ¿verdad?

—Por supuesto que no, jefe, faltaría más —miento cual bellaco.

—Más te vale. Venga, mueve ese culo gordo y vente para acá.

Me paso la siguiente hora preparando con Pujadas la dichosa reunión,

intentando que no se reflejen en mi rostro orondo el aburrimiento y la impaciencia. En Pozuelo hay setenta y dos mesas electorales repartidas en nueve colegios, y son más de sesenta mil los pozueleros llamados a las urnas, aunque no creo que vote ni la mitad. Y durante esos interminables sesenta minutos tengo que escuchar a Pujadas desgranar los planes de la Junta Local de Seguridad, que ha celebrado varias sesiones en los últimos días, para que los sufridos maderos, en conjunción con los policías locales del municipio, garanticen el orden en esos colegios. Me avisa además de que el domingo, día de las elecciones, tendré que quedar al mando del dispositivo, de guardia en comisaría, pues él, me dice el muy caradura, tendrá que estar a la disposición de la Junta Electoral de Zona y de la Junta Local de Seguridad. Como si yo no supiera la verdad: que no está dispuesto a perdonar su dominical partida de golf, el muy capullo.

En la reunión, a la que asiste toda la plantilla disponible, incluido el personal civil, pues en día de elecciones no hay descansos ni libranzas que valgan, Pujadas repite machacón lo mismo que hace poco más de seis meses, como si sus subordinados tuviésemos menos memoria que el disco duro del ordenador de los Picapiedra: que el nivel fijado por el Ministerio del Interior es de Alerta 4, que supone la movilización total de los agentes de la lucha antiterrorista, que se han de extremar las tareas de vigilancia e información sobre personas de riesgo; que se ha de intensificar la protección de los centros estratégicos, como puedan ser centrales nucleares, estaciones de tren o aeropuertos, manda huevos, como si en Pozuelo de Alarcón existiesen un Lemóniz o un Barajas; que se redobla la presencia de agentes a pie en las calles y toda la parafernalia. Ordena la activación de todos los polis dedicados a la inteligencia y a la información, y que se disponga lo preciso para tener datos al minuto de personas fichadas y de posibles movilizaciones en redes sociales. Da instrucciones para garantizar la presencia policial en todos los colegios, en los que habrá entre dos y cuatro agentes según su importancia y el número de ciudadanos censados en ellos. Recuerda la normativa electoral y los protocolos de actuación en caso de que los miembros de una mesa no comparezcan. Y se expulsa en lo que se espera de nosotros, «los garantes de la seguridad pública».

Mientras Pujadas perora, oigo su voz como el rumor del agua de una fuente lejana, muy lejana. Pues todas mis neuronas bullen pensando en los crímenes de los tertulianos, que son, en mi cabeza, como un tumor incrustado en mis meninges. En un momento dado observo que la agente Sanmartín, que está

sentada en una de las últimas filas (yo estoy en el estrado, de pie, junto a Pujadas, que sigue parloteando como un loro), saca el móvil de su bolso y trastea en él con premura. Luego, con cara de pasmo, levanta la mirada de sus ojos muy abiertos, más enormes que nunca, y los fija en mí. Yo, con mi tic habitual, me llevo la mano a la portañuela, hasta comprobar que está bien cerradita y que todo está en su lugar. Le hago un gesto con las pestañas, como preguntándole qué ocurre, pero ella se limita a negar con la cabeza y a continuar trasteando el aparato.

—Por último —finaliza Pujadas su arenga, con una sonrisa—, os comunico que aquellos de vosotros que estén de servicio de mañana o tarde y que no hagan uso de las cuatro horas a que tenéis derecho para ir a votar, percibirán ciento cuarenta y tres euros con cuarenta y dos céntimos de euro y librarán una jornada de mañana o tarde. Si el exceso de horario fuese superior, serán compensados en base a lo reglamentariamente establecido. Si además trabajaron la noche anterior, percibirán un servicio extraordinario.

Los agentes congregados aplauden irónicamente, algunos patalean con jocundidad, otros dan vivas al jefe.

—Ea, casi ciento cincuenta euritos. Qué derroche, joder —exclama un agente de la básica, un tal Olegario, sevillano de pueblo, célebre por su descaro, sus salidas y sus chascarrillos—. Pa' que nos compremos un barquito o un chalesito en la sierra.

—Aquellos agentes —prosigue el jefe, ajeno a la chufla— que participen en el dispositivo de la noche del 25 al 26, percibirán igualmente ciento cuarenta y tres euros con cuarenta y dos céntimos de euro y librarán una jornada de mañana o tarde.

Más aplausos, pataleos y vivas. Y nuevo chiste de Olegario que provoca carcajadas en la concurrencia.

—Aquellos que estén de servicio durante toda la jornada del domingo —sigue impertérrito Pujadas—, percibirán también ciento cuarenta y tres euros con cuarenta y dos céntimos de euro, más un servicio extraordinario, más las cuatro horas libres para ir a votar.

Idéntica y sarcástica algarabía.

—Y, por último —concluye el comisario—, aquellos que trabajen en su servicio ordinario este domingo aunque no estén a turnos y no hagan uso de las cuatro horas reglamentarias para ir a votar, podrán escoger igualmente entre percibir medio servicio extraordinario o un día libre de mañana o de tarde. Y eso es todo, señores. Espero la máxima diligencia y la máxima

profesionalidad. España nos necesita. Buenas tardes a todos.

Cuando la reunión se disuelve, veo que la agente Sanmartín se dirige apresurada a mí. Cuando llega a mi altura la tomo delicadamente de un brazo y la llevo a un rincón apartado, donde nadie nos pueda oír. Supongo que me va a contar algo de los crímenes y no es plan de que nadie se entere de que sigo enredado en esa madeja.

—¿Qué ocurre, Raquel?

No me responde. Me mira con esos ojos suyos muy abiertos, alza el móvil, pulsa hasta que su pantalla se ilumina y me lo exhibe. Con mi jodida presbicia, todo lo que acierto a ver es la silueta de un pajarraco de color azul celeste y una procesión de orugas difusas.

—No veo un huevo, Raquel. Tengo vista cansada —aduzco—. ¿Qué pone ahí?

—Lo siento. Es mi cuenta de Twitter.

—¿Y?

—Un tuit de Olivia Maestre. Lo ha colgado no hace ni media hora. Tino Guillén ha sido detenido. Y se está liando una buena.

—¡Hostia puta! ¿Cómo ha sido eso?

—No lo sé. Todo lo que dice aquí —y señala el móvil con su dedo de uñas sin pintar— es que unos policías se han presentado en los estudios de La Décima y se han llevado a Guillén detenido. No se saben los cargos pero, claro está, todo indica que pueden estar relacionados con las muertes de los tertulianos.

—¿Nada más?

—He estado buscando en Internet, pero los únicos medios que se han hecho eco de la noticia son algunos periódicos digitales que se limitan a reproducir el tuit de Olivia Maestre. Y eso no es todo, jefe.

—¿Qué más puede pasar?

—Cinco de los tertulianos de La Décima han confesado en antena sus secretos. Tres de *La Comunidad* y dos de *La Décima Magazine*. Supongo que todos estaban amenazados y han decidido confesar después de ver lo que ha pasado con Ayuso, Guillén y Mercader.

—¡La puta que me parió! —exclamo, refinado y distinguido como acostumbro—. ¡Esto se está saliendo de madre!

Y me cuenta a renglón seguido lo poco de que ha podido enterarse: que Lucía Crespí ha confesado en mitad de la tertulia de *La Comunidad* ser escort de lujo, oséase, putilla de a quinientos euros el polvo; Fofi León, que su título

universitario es más falso que Judas; y Lola Hermosilla, que el hijo de cuatro años que tiene con su pareja, un auditor de cuentas de una multinacional, es en verdad fruto de un vientre de alquiler. Por su parte, en la tertulia política de la mañana, *La Décima Magazine*, una de sus tertulianas, Carla Palafox, la loca aquella de voz tonante y gesto descompuesto en cuyos ojos creí advertir un miedo atroz la última vez que vi su programa, ha confesado que la novela que publicó hace unos años y que fue un *best seller*, titulada *La confesión de una monja*, no la escribió realmente ella, sino un *negro* llamado Antonio Nebreda; e Ignacio Feliú, otro de los tertulianos, ha confesado que hace un tiempo intentó chantajear al rey para evitar el despido de una colega con la que estaba liado y que eso le costó su puesto de trabajo en *ABC*. Todo un dechado de virtudes y moralidad, los angelitos. Criaturitas mías. Que durante años se han permitido poner a caer de un burro a quien pasase por su lado, fuera romano o cartaginés, al mejor estilo de Catón el Censor. Serán hijoputas.

Intento exprimir a Raquel Sanmartín (eufemística o imaginariamente hablando, claro, ya me gustaría hacerlo de otra manera), pero poco más le puedo sacar. Lo que sabe es lo que me ha contado. Así que la dejo marcharse, pues su turno ya ha acabado hace rato y le queda, nos queda, un fin de semana de aúpa.

Corro hacia mi cubículo, conecto el «abuelete» y entro en Internet. De la detención de Tino Guillén sólo está el tuit o como se llame de la lechuza de Maestre y algunos artículos breves y prematuros que no ofrecen información adicional. Pero de las confesiones en público de los tertulianos ya corren ríos de tinta por la red. Y veo que, al igual que en la poli, también en el periodismo el corporativismo anda de capa caída, pues más de uno y de diez y de veinte de los plumillas a los que leo parecen haber escrito sus crónicas con un cuchillo entre los dientes y vestidos de sioux o de hechiceros de la tribu korowai de Nueva Guinea Occidental, que se comen una pierna humana con el mismo gusto que usted y yo una hamburguesa o un solomillo a la castellana. Epítetos como indecentes, inmorales y desaprensivos son los más suaves que pueblan las gacetillas.

A las diez de la noche ya estoy harto de leer impropiedades y moralinas. Desconecto el «abuelete» y doy la jornada por terminada, que ya está bueno lo bueno, carajo. Extrañamente en mí, no tengo hambre, aunque lo último de que tengo ganas es de encerrarme en mi casa a comerme un plato preparado o ver una serie en la tele, y eso a pesar de que me he comprado una lata de arroz con trufas carísima y de que por estos días se estrena la segunda temporada de

Wayward Pines, cuya primera parte me gustó un montón. Pero no tengo yo cuerpo ahora para prestar atención a las aventuras y desventuras de Ethan Burke ni para embeberme en el ambiente claustrofóbico de ese pueblucho de Idaho. Así que tiro para Casa Petra, donde pido unas gambas al ajillo, que acompaño con tres cervezas, a las que siguen cuatro whiskies. Y ni con éstas consigo coger el sueño cuando llego a mi casa. Que no sé por qué me desvelan tanto los jodidos crímenes, como si la vigilia me fuera a ayudar a dar con sus claves en vez de embotarme el cerebro más de lo que por lo común lo tengo.

A las cuatro de la mañana, por fin, consigo coger el sueño. Pero es un sueño breve y poblado de pesadillas: tertulianas tirándose por un balcón, venenos en botellas carísimas de Ribera de Duero, periodistas atropellados en la vía pública y las piernas abiertas de Lucía Crespí, que me pide, la muy puta, quinientos euros por dejarme ver lo que, rizado y apetitoso, se esconde entre sus muslos morenos y macizos. Como si con mi mísero sueldo de poli de pueblo pudiese yo pagar cantidades tan astronómicas.

Cago en la puta.

Ni les cuento cómo me levanto a la mañana siguiente.

Viernes, 24 de junio de 2016

Alfonso Revueltas es cirujano plástico. Trabaja por las mañanas en el Insalud y, por las tardes, cuatro días por semana, en una clínica franquiciada de gran renombre, ubicada en pleno barrio de Salamanca. Poco a poco, a sus cuarenta y un años, se ha ganado un merecido prestigio y se ha labrado un futuro en el complicado mundo de la medicina quirúrgica y reparadora. Cada vez son más los pacientes que recurren a sus servicios, sabedores de que, en sus manos, las rinoplastias, las otoplastias, los *liftings*, las abdominoplastias, los tratamientos mamarios de reducción o ampliación o las liposucciones tienen garantía de éxito y perdurabilidad. Celebró hace seis años un conveniente matrimonio con Rosalía de Villegas, la hija de un adinerado constructor que ya le ha insinuado en más de una ocasión la posibilidad de financiarle clínica propia. Y tienen dos hijos, Ángela y Alfonso, de cuatro y un años de edad, sanos y fuertes. «¿Qué más puedo pedir?», era la pregunta formularia que cada mañana, como un mantra, se repetía ante el espejo antes de afeitarse.

Y, sin embargo, ahora... Ahora todo corre el riesgo de volatilizarse, de esfumarse, de evaporarse como una pompa de jabón.

Se lleva los dedos índices a los párpados inferiores, como queriendo contener las ojeras, amoratadas de no haber dormido ni un solo minuto la noche pasada. La noche más larga, más terrible de su vida.

—¿Qué vamos a hacer? —solloza su mujer, Rosalía, sentada frente a él, que pasea nervioso por el salón de casi cincuenta metros cuadrados de su lujoso piso de Arturo Soria. En sus manos temblorosas estruja un pañuelo empapado de lágrimas—. ¿Qué vamos a hacer, Alfonso? ¡Oh, Dios mío, ¿por qué?! ¿Por qué?

Ésa es la pregunta que Alfonso Revueltas no ha parado de hacerse desde que esta madrugada llegó a su casa poco antes de las cinco de la mañana: ¿Por qué? ¿Por qué decidió a última hora no acudir al congreso de cirugía capilar en Barcelona? ¿Cómo se le ocurrió acudir a la cena que para varios colegas organizó Juan Arguelles, el gerente de la clínica, para celebrar su onomástica? ¿Por qué tuvo la loca idea de invitar a Daniela, la hermosa odontóloga recién

divorciada que trabaja en la misma clínica que él, a una última copa, los dos solos? ¿Y por qué coño no pidió un taxi desde la casa de Daniela en calle Doctor Fleming, en vez de coger su enorme Lexus LS 460 recién estrenado?

No tiene respuestas para sus preguntas. Tampoco para la que machaconamente le hace su mujer.

—Deja ya de repetir lo mismo, Rosalía, por lo que más quieras. ¿No crees que estoy ya lo bastante jodido como para encima tener que escucharte preguntar lo mismo una vez y otra? Las cosas pasan porque tienen que pasar, joder. Y ahora lo que tenemos que ver es cómo salimos de esta, ¿de acuerdo?

—¿No crees que deberíamos llamar a papá? Conoce a mucha gente, Alfonso, seguro que se le ocurre algo, y...

—Deja a tu padre tranquilo, por Dios. Víctor debe de estar a punto de llegar. Él nos dirá qué tenemos que hacer.

Víctor Alconchel es su íntimo amigo y también su abogado. No lo ha podido localizar hasta casi las tres de la tarde, porque, como cada viernes al mediodía, ayer se marchó con su mujer y su hijo a la finca propiedad de sus suegros, que está en Fontehoyuelo, en Valladolid, de donde procede la familia de su mujer, Laura Silva, pariente lejana de los marqueses de Fontehoyuelo y en donde la cobertura de móviles es antediluviana. Víctor le ha asegurado que llegaría a Madrid en cosa de tres horas —entre ese pueblucho perdido en el norte de la provincia de Valladolid y Madrid hay más de trescientos kilómetros—, aunque ya son las seis y cuarto y continúa sin aparecer. Con la música de fondo de los gimoteos apenas reprimidos de su esposa, rememora la conversación mantenida con Víctor tres horas atrás.

—Pero ¿qué me estás contando, Alfonso, cojones? —le había espetado Alconchel en cuanto le hubo contado lo sucedido esa madrugada.

—Lo que has oído.

—Pero ¿tú estás loco o qué? ¿Cómo coño se te ocurre...? ¿Cómo coño has podido...? ¿Tú sabes la ruina que te vas a buscar? ¡Por Dios y por los santos del cielo! ¿Cómo has podido...?

—¡Víctor, Víctor...! ¡Para ya! ¡Para de una puñetera vez! Lo que necesito no son reprimendas, sino consejo. Necesito que te vengas para acá de inmediato.

—Pero... sabes que la policía dice que ese hecho está relacionado con el asesinato de las dos tertulianas, ¿verdad? Ya sabes de quiénes te hablo. Marieta Ayuso y Cristina Aguirre, las de los programas de cotilleos...

—Pero ¿tú estás loco, Víctor? ¡Yo no tengo nada que ver con la muerte de esas dos mujeres, carajo! ¿De qué coño me hablas?

—Oye, oye, tranquilízate. Y de acuerdo, salgo para allá. Se lo cuento a Laurita y salgo para allá, ¿estamos? Supongo que se lo has contado a Rosalía, ¿no?

—Pues claro.

—¿Todo?

—Todo no. Le he dicho que estuve cenando con Arguelles, el gerente de la clínica, y que la cena acabó tarde, de copas y en el casino de Alcalá y de copas otra vez. Y tú tienes que decirle lo mismo a Laura. Lo de Daniela no lo puede saber nadie, ¿me oyes?

—Te oigo, te oigo, pichabrava. Pero ¡qué pedazo de ruina que te has buscado, cabrón! Está bien, está bien, salgo para allá. Creo que podré estar allí a eso de las seis. Estás en tu casa, en Arturo Soria, ¿verdad?

—Claro.

—Pues muy bien. Por el camino intentaré localizar a algún colega penalista. A Adolfo Lafuente, tal vez, es un buen tío, aunque si esta tarde juega el Madrid, hasta que el partido no acabe, no voy a poder loca...

—No quiero a ningún abogado penalista, Víctor. Te quiero a ti.

—Pero yo no tengo ni idea de penal, Alfonso, joder. Lo mío es el mercantil, los concursos de acreedores, las fusiones societarias y esas cosas. Tú lo que necesitas es a alguien que sepa de delitos, de policías y de jueces de instrucción. Eres consciente de que no te queda otra que contar a la policía lo que ha ocurrido, ¿verdad?

—Tú vente para acá y ya hablamos.

Vuelve a contemplar el reloj. Las seis y veinte. Esas palabras, «contar a la policía lo que ha ocurrido», resuenan como un martillo neumático en su cabeza, donde se hospeda una jaqueca terrible con la que no han podido los tres ibuprofenos y dos nolotil que lleva tomados desde el amanecer.

—Voy a prepararme un café —le dice a su mujer—. ¿Quieres uno?

—Sí, claro. Pero no te preocupes, yo voy.

—Gracias, Rosalía.

Y cuando ella pasa junto a él, brillantes las mejillas por las lágrimas, la abraza y le besa su cabello rubio y rizado.

—Vamos a salir de ésta —le susurra—, ya verás como sí.

Un minuto antes de las seis y media suena el timbre. Ambos, Alfonso y Rosalía, se miran, aterrados.

—Debe de ser Víctor —dice él—. Yo abro.

Se asoma a la ventana que da a la calle Arturo Soria y se cerciora de que no

hay ningún zeta ni ningún furgón policial aparcado en las inmediaciones. Pese a ello, nota cómo le tiemblan las piernas mientras recorre el pasillo camino a la puerta de entrada. Se imagina a dos policías de uniforme aguardando detrás del portón. Pero no. Es, en efecto, la figura de Víctor Alconchel la que se recorta en el umbral. El abogado llega sudoroso, despeinado, arreboladas sus mejillas gordinflonas, trémulo el mentón hendido.

—Alfonso —murmura.

—Víctor, gracias. Pasa, por favor, pasa.

Ambos hombres se abrazan, con la fuerza de quien estrecha a un amigo por última vez. Alconchel ciñe luego entre sus brazos a Rosalía, que se derrumba en llanto sobre su hombro, susurrándole palabras de consuelo mientras acaricia su cabello.

—Ya está, Rosalía, ya está, mujer. Verás como todo se arregla.

Alfonso y Víctor se sientan en el salón. Rosalía pregunta al visitante si desea tomar algo. Alconchel dice que agradecería un café solo con hielo, que viene seco después de más de tres horas conduciendo sin parar. Alfonso no tomará nada.

—¿Cómo está Rosalía? —pregunta el abogado cuando la mujer se ha marchado hacia la cocina.

—Hecha polvo, cómo quieres que esté.

—Ya. Cuéntame todo de nuevo, antes de que regrese. Y no te dejes nada, por favor.

Y Alfonso Revueltas, con la voz apresurada, vuelve a narrar a su amigo lo acontecido la pasada madrugada.

—Te insisto en que debiéramos buscar un penalista, Alfonso. Aún puedo intentar localizar a Lafuente, es de lo mejores, te lo aseguro, sabe navegarse bien en las aguas del derecho penal. Si quieres, ahora mismo puedo...

—No. Te quiero a ti, Víctor, y no se hable más. Y ahora dime, ¿qué me puede pasar?

Víctor Alconchel hace un esfuerzo de memoria, bucea entre sus recuerdos de facultad y, con las palabras más precisas posibles, habla a su amigo de tipos delictivos y penas.

—Con suerte, creo, la cosa se puede quedar en dos años, Alfonso —resume, inseguro—, y como no tienes antecedentes, la pena se te puede quedar suspendida. Eso sí, deberíamos irnos para comisaría ahora mismo. Supongo que las diligencias se estarán tramitando en la de Chamartín.

—¿Ahora?

—Ahora. Ya. La policía puede aparecer por aquí en cualquier momento. Las calles están llenas de cámaras de videovigilancia, Alfonso, y es sólo cuestión de tiempo que den contigo. Y si eres tú quien se presenta en comisaría, puede ser considerado como una atenuante que sirva para atemperar la pena, ¿me sigues?

—Creo que sí. —Respira con fuerza, procurando que los labios no le tiemblen. Se levanta luego—. ¿Cómo debo ir vestido?

—Así, como vas. Llévate algo de abrigo, por si acaso.

—¿Y nada más? ¿Ni una muda? ¿Nada?

—Mejor que no, no creo que te permitan introducir nada.

—Está bien. Regreso enseguida. Voy a despedirme de los niños.

Cuando va a salir de la habitación, se cruza con su esposa, que lo mira con ojos aterrorizados.

—Víctor te explica —le dice, y abandona el salón.

* * *

Conducen hasta la avenida de Pío XII, donde está la comisaría de policía de Madrid-Chamartín, en el coche de Víctor Alconchel, un cuatro por cuatro pulverulento de conducir por las trochas de la finca vallisoletana. Van en completo silencio, hasta que el vehículo se aproxima a la avenida de Burgos.

—No hay otra forma de hacer las cosas, ¿verdad? —pregunta entonces Alfonso Revueltas.

—Me temo que no.

—¿Quedaré detenido?

—Es lo más probable. Aunque yo no sé mucho de estas cosas, Alfonso. Te insisto de nuevo. Deberíamos llamar a Adolfo...

—No.

—Alfonso, por favor.

—No.

—Como quieras, tú mandas, pero creo que te equivocas.

—Sé que lo vas a hacer estupendamente, Víctor.

—Haré todo lo posible para que mañana domingo te pasen a disposición judicial. Entonces sí espero que el juez decrete tu libertad. Es lo normal en estos casos. Al fin y al cabo, hablamos de un delito culposo, creo recordar que se llama así. A todo esto, Alfonso...

—¿Sí?

—Si te hacen una analítica ahora, supongo que no quedará ni rastro de alcohol en tu organismo, ¿verdad?

—Ni un miligramo. El alcohol se metaboliza como máximo en ocho horas. Y ya han pasado más de quince. Por ahí puedes estar tranquilo.

—A la policía le habrás de contar la verdad.

—¿A qué te refieres?

—Que no le vas a poder contar que estuviste con el gerente de la clínica, como a tu mujer. Tendrás que decirle dónde estuviste y con quién. Y hablarle de esa tal Daniela, la dentista.

—Puedo decirles que estuve solo. En el casino o en cualquier otra parte. O lo mismo que a Rosalía. Después ya veremos.

—Si lo comprueban y visionan las cámaras, puedes tener problemas.

—Me arriesgaré.

—Como te estaba diciendo, haré todo lo posible por que pases ante el juez mañana mismo. Aunque con todo el jaleo de las elecciones, no sé. Veré a quién puedo llamar. Ya estamos aquí.

Estacionan el vehículo en el hueco más cercano que divisan, cerca de la calle Bambú.

—¿Preparado, Alfonso?

—Cuando quieras.

—Pues vamos.

Caminan a paso lento hacia la puerta de la comisaría, un feo edificio de cemento y ladrillo visto en cuyo exterior hay una garita donde un policía uniformado controla el acceso.

—Buenas tardes. ¿Qué desean?

—Buenas tardes. Mi nombre es Víctor Alconchel, abogado. Y éste señor es Alfonso Revueltas. Quiere prestar declaración.

—¿Declaración? ¿A qué se refiere? ¿Están ustedes citados? ¿Con quién? ¿Puedo saber el motivo?

—Este señor fue quien atropelló mortalmente la pasada madrugada, en la calle Padre Damián, al periodista Pablo Mercader. Viene a entregarse y a reconocer los hechos. Usted dirá qué tenemos que hacer.

Sábado, 25 de junio de 2016

Aunque hecho polvo, llego temprano a comisaría, casi a las ocho de la mañana, con la intención de aprovechar las dos horas que espero tener de relativa tranquilidad hasta que empiece la marabunta de las elecciones. Eso será a las diez de la mañana aproximadamente, hora en que he de reunirme de nuevo con Pujadas para ultimar detalles y turnos, y solventar incidencias. Y con qué pinta no llegaré a comisaría en la mañana de este sábado que Margarita, la administrativa civil, me mira con gesto de conmiseración y me ofrece acercarme un café a mi cubículo.

—Si es de Casa Petra, encantado. Pero si es de ese armatoste que tenéis en el pasillo, ni muerto, Marga, que vomito los higadillos.

—Es que parece que no hayas pegado ojo, Florencio. Ni que te hubieses pasado la noche de parranda. Y a nuestra edad, ya se sabe.

Se me cae el alma al suelo cuando pienso que, en efecto, Margarita y yo somos casi de la misma edad. Y que, pese a ello, siempre la he visto como una mujer amable y añosa precipitándose hacia la jubilación y la senectud, con sus viajes del Inerser, su punto de cruz, las series de *Se ha escrito un crimen* y demás. Cuánta verdad es aquello de que en el fondo de nosotros mismos pensamos que siempre tenemos la misma edad y que sólo vemos envejecer a los prójimos. Me refugio en el despacho antes de que el alma siga arrastrándose por esos pasillos zarrapastrosos o de que Pujadas aparezca para joderme definitivamente la mañana. Como si estuviera poco jodida ya.

Y es que, desde que me he levantado hecho una piltrafa, no he podido quitarme de la cabeza a Tino Guillén. Porque estoy convencido de que su detención es una tremenda equivocación de Villaescusa y de Roldán y que están errando los tiros. En cuanto me siento a mi mesa, enciendo, sin acercarme a la ventana, un cigarrillo (al carajo los decretos prohibitivos) y marco en el móvil el número de Villaescusa. Como era de prever, ni puto caso, así que me digo que para qué voy a insistir o a llamar a Roldán. Pues bien, que se jodan, allá ellos con sus meteduras de pata, yo estoy dispuesto, me digo, a descubrir la verdad por mis propios medios. El problema, en cuanto la mente

deja de bullirme y consigo reflexionar sereno, es que mis medios son más escasos que las sonrisas de mi suegra, o exsuegra, que estoy más solo que la una y que dependo de las migajas que Villaescusa y Roldán quieran tirarme cual paloma en parque público. Se me ocurre de pronto la peregrina idea de lanzarme a tomar declaración por mi cuenta a cada uno de los tertulianos de La Décima (a los supervivientes quiero decir, claro, y me digo que debo darme prisa, porque, al paso que vamos, a ver cuántos quedan al cabo de una semana) para ver si mediante atinados y mordaces interrogatorios puedo dar con la verdad. Hasta que me digo que el insomnio es como el whisky, que nubla las entendederas, por lo que decido dejarme de tonterías y pensar con sensatez. Como quiera que esto último no es precisamente una de mis mayores virtudes, decido entrar en Internet y ver con qué noticias me topo.

Y con lo que me topo, el primer titular que leo nada más acceder a Google, en las noticias destacadas del día, me deja patidifuso:

DETENIDO EL AUTOR DEL ATROPELLO MORTAL DEL PERIODISTA PABLO MERCADER.

La policía descarta que el hecho esté relacionado con las muertes de Marieta Ayuso y Cristina Aguirre.

¡Joder, la hostia puta! ¡No me lo puedo creer, carajo! ¡No gana uno para sorpresas! Cierro los ojos, apuro el pitillo, limpio la mesa de ceniza de un manotazo y reflexiono. Mercader no fue asesinado por quien mató a Aguirre y Ayuso, o al menos eso dice ahí. Y si es cierto, esto lo cambia todo. Vaya si lo cambia. Pincho apresuradamente en el *link*, aun a riesgo de descuajaringar el «abuelete», que no está para muchas violencias, y accedo a la noticia completa, que ofrece un medio digital. Según se cuenta, un individuo llamado Alfonso Revueltas Cánovas, cirujano plástico de profesión, se había presentado ayer por la tarde en compañía de su abogado en la comisaría de Madrid-Chamartín y había confesado ser el autor del atropello que costó la vida al periodista y tertuliano Pablo Mercader. Había contado que, aproximadamente a las cuatro de la mañana de la madrugada del jueves al viernes, circulaba con su vehículo, un Lexus de gran cilindrada, por la calle Padre Damián, momento en que un peatón, que resultó ser Mercader, cruzó intempestivamente de acera, invadiendo la calzada y haciendo inevitable el atropello. «Revueltas, que fue inmediatamente detenido y conducido a la Dirección General de Policía, donde se tramitan las diligencias por las muertes de los tres periodistas presuntamente asesinados, pasará a disposición

judicial dentro del plazo legal», se dice en el artículo. Su abogado, Víctor Alconchel, niega tajantemente que su defendido circulase bajo la influencia de bebidas alcohólicas y que tuviese nada que ver con las muertes de las otras dos tertulianas, Marieta Ayuso y Cristina Aguirre. Y se añade en la reseña que «Fuentes policiales oficiosas parecen confirmar la versión del abogado, pues el detenido no tiene vinculación alguna con los medios de comunicación y tiene coartada para los momentos en que ambas tertulianas fueron asesinadas».

Vaya, vaya, vaya.

Joder, joder, joder y mil veces joder.

Como he dicho, esto lo cambia todo. Si la muerte de Pablo Mercader ha sido accidental y no producto de la misma mano homicida que acabó con las vidas de Ayuso y Aguirre, es preciso hacerse un replanteamiento de todo el entramado.

Todavía anonadado por lo que he leído, voy a los grandes medios escritos, a ver si alguno amplía la información. Pero con lo que me encuentro es con editoriales, gacetillas y artículos de opinión sobre las escabrosas confesiones de algunos tertulianos y con un maremágnum que parece hacer temblar los cimientos del periodismo.

El País dedica su editorial a los sucesos, a los asesinatos de Marieta y Cristina, y a las escandalosas revelaciones de los colaboradores de La Décima. Reflexiona sobre el papel del periodismo en la sociedad actual y concluye con una serie de asertos lapidarios:

Antes, no interesarse por la prensa, no escuchar la radio, no ver la televisión, era un signo de desvinculación social, de marginación. Hoy, no hacer ninguna de esas actividades es un signo de distinción, de esnobismo en el sentido más puro de esta palabra: imitar a aquellos a quienes se considera distinguidos o de clase social alta para aparentar ser igual que ellos. Y eso ocurre porque lo que los medios de comunicación ofrecemos hoy en día es, en muchas ocasiones, simple desecho, escoria, suciedad.

Por su parte, *El Mundo*, como si se hubiera puesto de acuerdo con su más encarnizado competidor, también dedica su editorial a lo ocurrido. Y no tiene reparos en hacer una autocrítica feroz de la profesión periodística, a la par que deja algunas afirmaciones dignas de hacer recapacitar a más de uno: «El periodismo ha pasado de contar la verdad, a contar el rumor. De reflejar la noticia, a hacer de la especulación noticia. De controlar la política, a hacer política».

Y añade:

El periodista no puede ser el protagonista de la información, sea ésta del cariz que sea: de actualidad, de sucesos, de cultura o de simple entretenimiento. Y es un error absoluto la concepción actual del periodismo, mediante la cual se intenta imponer un discurso hegemónico en el que el periodista es, al mismo tiempo, juez y parte.

Acojonante, ¿no creen ustedes? A mí, desde luego, me lo parece. Y concluye de este modo el magnífico editorialista:

La verdad de la información, la objetividad de la comunicación, no puede depender ni de intenciones particulares ni de puras convenciones sociales. Estamos olvidando lo que aprendimos, o debimos aprender, en las escuelas de periodismo, sean éstas las universitarias o las de los grandes medios de siempre: la verdad, aunque no sea siempre fácil descubrirla, debería ser el criterio y la criba fundamentales en lo concerniente a la información. Se debería considerar que tiene *algo*, si no todo, que ver con la información. Por desgracia, hoy en día de poco sirve la verdad. Se considera que la verdad y la mentira no son referencias pertinentes en el mundo de la información. Y de ahí a nuestra perdición, a la perdición del Periodismo con mayúsculas, al periodismo que nos legaron nuestros maestros, sólo media un paso.

Tardo un rato en poder despegar la vista del texto de esa editorial, que, hablando de la verdad, me parece que deja escritas verdades como puños.

Voy después a *ABC*. En esta ocasión, este diario, más comedido, en su estilo circunspecto, no dedica su editorial a las muertes de Ayuso y Guillén y a las revelaciones insólitas de cinco tertulianos de *La Décima*. Dedicar su editorial a las elecciones de mañana, incidiendo en la importancia de la reflexión —hoy es día de reflexión— como antesala del voto. Sin embargo, el más relevante y famoso de sus columnistas de opinión sí dedica su columna diaria a aquellos sucesos. Escribe, con una claridad y sagacidad que aturden:

Hace ahora poco más de un año, el periodista Gervasio Sánchez recibió el premio Internacional Jaime Brunet a la Promoción de los Derechos Humanos, de la Universidad Pública de Navarra. En su discurso de agradecimiento, Sánchez tuvo un emocionado recuerdo para quienes habían recibido este premio en sus ediciones anteriores. Tras lo cual señaló que "Es doloroso recordarlos cuando ves cómo el oficio más bello del mundo vive su etapa más confusa y oscura en un estado de mercantilismo permanente que destruye como un virus letal los principios sagrados por los que muchos quisimos ser periodistas desde la infancia". Sabias palabras. Mercantilismo e incultura, éstos son los grandes males de la prensa de hoy. Ya los medios no viven, como antes, de sus lectores, sino de la publicidad y de los índices de audiencia. Y para obtener la una y los otros, no nos duelen

prendas en dejar la información, el entretenimiento, la cultura audiovisual, en manos de títeres que suben las cuotas de audiencia vendiendo su propio patetismo, su propia necesidad, su manifiesta incultura. Prueba de ello son las inmorales revelaciones que durante todo el día de ayer se sucedieron de boca de varios de esos títeres en la programación de La Décima. Tomemos nota y pongamos fin de una vez por todas al despropósito.

Desde luego, el tío no tiene pelos en la lengua.

Entro, por último, porque ya me estoy cansando de tanto discurso deontológico, en la web de *La Razón*. Es sólo un recuadro en primera página lo que dedica a lo sucedido sobre una fotocomposición en la que se observan los rostros de Carla Palafox, Ignacio Feliú y diversas tomas de estudios televisivos. Son pocas líneas pero de lo más jugosas, breves y rotundas como tableteos de ametralladora:

Quien exige honestidad, ha de ser honesto. Ha de estar limpio quien exige limpieza. Quien denuncia, no puede ser sujeto y objeto de su denuncia. Quien no ve la viga en su ojo, no puede ver la paja en el ajeno. La supervivencia de la prensa depende del compromiso personal del profesional que distribuye la información al público. Si ese compromiso falla, si la ética se quiebra, la prensa muere. Porque antes ha muerto la objetividad, que es lo que justifica la existencia de la prensa. Reflexionemos. Los acontecimientos de los últimos días nos obligan a ello.

También en esa misma web se recoge la noticia de que La Décima ha decidido suspender las emisiones de la tertulia de *La Comunidad* y que reformulará el formato, los contenidos y los intervinientes de la tertulia política matinal *La Décima Magazine*. Anima a otras cadenas a un proceso de reflexión conjunto.

Vaya, vaya.

¡La que se ha formado, carajo!

Me digo que quien quiera que haya sido el autor de los anónimos a los tertulianos y de las muertes de Marieta Ayuso y de Cristina Aguirre la ha liado parda en el intocable mundo de los plumillas: lo ha puesto todo patas arriba, ha sabido agitar bien la colmena, meneo de cojones que le ha dado, y a ver si la miel del futuro es más dulce. Me gusta la frasecita de marras y la apunto en mi libreta de notas.

Mi mente bulle como caldero de agua hirviendo. Me pica intensamente la oreja derecha y, cuando tal cosa ocurre, es que la investigación en que me hallo sumido está a punto de entrar en sus escenas finales. Intuyo que todo está a punto de precipitarse. Aunque no tengo ni puñetera idea de cómo ni cuándo.

Pero lo sé. Es como la agitación de las vísperas (y no me refiero a la jornada electoral), en las que la sangre parece correr a mayor velocidad por las arterias. Eso es, estamos en vísperas. No sé muy bien de qué, pero estamos. Soy intuitivo y creo firmemente en la intuición de los policías, y muy particularmente en la mía. La intuición policial existe, se lo aseguro. Es una primera percepción que se produce por la activación de mecanismos cerebrales ignotos, posiblemente estimulados por la acumulación de captaciones empíricas de cuya existencia ni siquiera somos conscientes. Joder, cómo hablo, cómo me expreso, debe ser cosa de la vigilia. O de los whiskies. Pero es cierto. La intuición es un conocimiento clarividente, nítido e inmediato, que no necesita de un razonamiento lógico. Es lo que me ha ocurrido con Tino Guillén, cuya inocencia intuyo aunque no disponga de datos objetivos en que basarme. Es una percepción, un sentimiento. Pues ahora me ocurre lo mismo: mi intuición, que pocas veces me ha fallado, me dice que todo está a punto de acelerarse, que la representación entra en su acto final, que está en un tris de encenderse la chispa que alumbrará el conocimiento postrero, definitivo.

No me tomen por loco, no lo estoy. No todavía, al menos.

Hago un breve repaso mental a los últimos acontecimientos, que relaciono en mi libretita.

No han sido tres, sino dos, los asesinatos de tertulianos, la muerte de Pablo Mercader ha sido un simple accidente.

Tino Guillén está detenido y, sabiendo cómo respiran los jueces en materias sensibles, en las que deciden mirando con un ojo al código penal y con otro a la opinión pública, mucho me temo que va a ser enviado a chirona.

Tengo, pese a todo, insisto, la certeza, irracional tal vez, sí, pero certeza, de que Guillén no es responsable de las muertes de Ayuso y Aguirre.

Tengo otra certeza: que el quid de la cuestión está en el asesinato de Ayuso, que es ahí donde están las claves de la resolución del enigma.

Dejo de escribir. No tengo tiempo para más cavilaciones. Dan a todo esto las diez de la mañana. Se me acabó el tiempo de la elucubración y es momento de atender las obligaciones del cargo. Pujadas ya debe de estar limpiando sus palos de golf y preparándose para depositar en mis sufridos hombros la pesada carga de la preparación de los engranajes policiales que den seguridad a los votantes pozueleros en las elecciones de mañana. El muy cabrón.

Lunes, 27 de junio de 2016

Es tiempo de locura, de trabajo a tope en el despacho. Todos sus miembros se hallan inmersos en la vorágine de los plazos tributarios: la declaración anual de IRPF, que vence en cinco días; el impuesto sobre el patrimonio, que tantos clientes del bufete han de satisfacer; la declaración impositiva de los no residentes... Y ya está aquí julio, el mes de las declaraciones del impuesto sobre sociedades, la trimestral de IVA, la periódica de retenciones, la tributación de las grandes empresas, los pagos fraccionados, el impuesto sobre las primas de seguro, los impuestos especiales de fabricación y un sinfín más. Un auténtico caos en el que hay que poner orden. Tiempo de las cuentas anuales de las empresas y de cumplimentar como locos modelos tributarios de todo tipo: el 111, el 115, el 303, el 322, el 430... y así hasta el infinito en un catálogo interminable. Todo ello acompañado de consultas, reuniones, discusiones, correos electrónicos, viajes, desplazamientos... Y noches en vela. Muchas noches en vela.

Pedro Fabregat, cuando llega a primera hora de este lunes a su despacho, se siente extenuado. No sabe el tiempo que hace que no duerme cinco horas seguidas. No sabe desde cuándo no tiene un momento libre (el sábado pasado, sí, es cierto, estuvo en la Warner con Pedrito y Bruno, pero aquello, más que un respiro, fue un infierno), no sabe desde cuándo no piensa en números (también pensaba en ellos mientras se subía, el vómito en el esófago, en las sillas voladoras de Mr. Freeze), en saldos bancarios, en cuentas corrientes, en palabras como tributos, devengo, cuota, bases, en operaciones societarias, en cálculos aritméticos, en las quejas desabridas de sus clientes cuando se les anuncia el importe de lo que han de pagar. Saluda a Elena, su secretaria, a quien también ve agotada, que le responde con un buenos días fatigado, una mirada exangüe y una sonrisa escuálida.

—¿Qué tal?

—Ya ves.

—¿Café?

—Doble, por favor.

—Te lo llevo enseguida.

—Gracias.

Cierra la puerta de su despacho, se deja caer en su sillón con un suspiro y, sin darse una pausa, conecta su ordenador, introduce la contraseña, aguarda a que se active, inspecciona el correo electrónico, responde a los más urgentes, se enfrasca en tablas de Excel, en documentos informáticos de ContaPlus, en cuadros contables, hace cuentas, revisa las que otros han hecho, aporrea la ultramoderna calculadora, estudia textos legales. Casi ni se apercibe de la entrada de Elena que, en una bandejita de alpaca, le sirve una taza de café solo doble, al que acompañan el azucarero, un envoltorio con un par de galletas de fibra, una elegante cucharilla, una servilleta de papel escrupulosamente plegada y la prensa económica del día: *Expansión*, *Cinco Días*, *The Wall Street Journal*, *Financial Times*... Murmura una palabra de agradecimiento a su secretaria, azucara el café, lo prueba, hace un mohín de repugnancia y regresa al trabajo. Cuando vuelve a probar el café, está absolutamente helado. Sorprendido, mira el reloj y advierte que son más de las once de la mañana. Han pasado casi tres horas y no se ha dado cuenta en absoluto. Se masajea el cuello, que tiene agarrotado, se retrepa en el sillón y cierra los ojos. Los abre en cuanto da la primera cabezada, se despereza disimuladamente como si alguien lo estuviera observando, se toma el café gélido, traga con fuerza para espantar una arcada y coge uno de los periódicos que reposan, perfectamente doblados, en la bandejita de alpaca. Es *Expansión*. Reclinado en el sillón, lee de prisa los titulares («El PP de Rajoy sale reforzado del 26J para formar gobierno», «El Ibex 35 respira tras las elecciones y despunta en Europa», «La libra agrava sus caídas y roza sus mínimos de 1985»...), hasta que, en una de las últimas páginas, un titular lo conmociona: «Prisión provisional para el tertuliano Tino Guillén, acusado de los asesinatos de Marieta Ayuso y Cristina Aguirre». Se acerca a la mesa, apoya los codos y lee con fruición la noticia:

EFE. Madrid. 26/06/2017. 20:54. La juez del Juzgado de Instrucción Número Cuarenta de Madrid ha decretado, a última hora de la tarde de hoy (ayer para el lector), prisión provisional comunicada y sin fianza para el conocido tertuliano de La Décima Constantino *Tino* Guillén, que fue detenido por la policía el pasado viernes como presunto autor de los asesinatos de las también tertulianas de la misma cadena Marieta Ayuso y Cristina Aguirre, fallecidas en trágicas circunstancias días atrás. Desde los Juzgados de plaza de Castilla, Guillén ha sido conducido por fuerzas de la Guardia Civil al centro penitenciario de Soto del Real. Su abogada, Alicia del Val, ha asegurado que Guillén se ha declarado inocente ante la juez y que se encuentra tranquilo, confiando en la justicia y en que pronto se solucione lo

que califica como un tremendo error. No obstante, la letrada se ha negado a explicar cuáles son las pruebas que inculpan a su representado, aludiendo a que la juez ha decretado el secreto del sumario y a que ...

Deja de leer, vuelve a retrepase en el asiento, cierra los ojos y maldice entre dientes.

Pedro Fabregat odia que alteren sus rutinas. Lo odia con toda su alma. Tiene su vida perfectamente ordenada: trabajo, trabajo, trabajo, más trabajo, mucho más trabajo, minimización de los tributos de sus clientes, minutas, dinero, saldos de su cuenta corriente diariamente consultados, cautelosas inversiones en bolsa, reuniones tensas e insípidas con gente con la que jamás va a confraternizar, a la que jamás va a dedicar una sonrisa sincera, sus colegas de despacho, risas furtivas (cuando no mórbidas, patológicas, como las del cómplice después del crimen) con ellos; sus hijos un rato por semana, sonrisas con esos pequeños que lo miran con adoración, como mirarían a un personaje de película, extraño y a la vez cercano, sólo de vez en cuando cercano, quizás alguna carantoña a sus pieles suavísimas e ingenuas, algunas carreras en el parque con ellos cuando los sábados no son laborables (los menos sábados del año), unas risas ante sus piernas torpes e infantiles, ante ese candor suyo que la vida va a devorar como el tigre a la gacela, y quizá un polvo al mes, rápido y solamente muy de vez en cuando satisfactorio, con su esposa Mercedes, ¿qué más se le puede pedir?, ¿qué más puede hacer?, ¿no tiene tiempo para más, demasiado hace!, él tiene que cimentar, edificar, la vida de todos aquellos a quienes no ve, de todos aquellos a quienes, aun deseándolo con toda su alma, no se dedica, aun amándolos desesperadamente, de todos aquellos a quienes quiere pero a quienes no les puede demostrar su amor más que de esa forma timorata y enteca. Ésa es su vida. Que no se la entorpezcan. Que no se la nublen. Que no se la dificulten.

Si no fuera porque Pedro Fabregat no dice palabros, habría exclamado: ¡Joder! O ¡carajo! O: ¡me cago en la puta!

No. ¡Dejadme!

Con esta vida mía corta pero suficiente, amable.

Pero no.

Ahora, cuando ha leído ese titular en *Expansión* y la noticia de la detención y prisión de ese tertuliano llamado Guillén, recuerda la carta.

Y la encomienda.

Esa carta recibida y esa encomienda que lo han descompuesto y han turbado

su compostura.

Pedro Fabregat mantiene la compostura incluso cuando un cliente, encolerizado, exaltado, le reprocha a gritos la cuota que ha de satisfacer, los impuestos (¡a todas luces injustos, confiscatorios!) que ha de pagar, su impericia y su ineptitud. Entonces, lo apacigua, le transmite sosiego, le habla de beneficios futuros y compensaciones, lo calma.

Pero ahora...

Se levanta de su sillón, se dirige a la caja fuerte, pulsa las teclas que sobresalen en su puerta metálica, introduce la contraseña (el número telefónico de su madre), la abre y extrae de ella el sobre que recibiera hace... ¿cuánto?... ¿una semana?... ¡Joder, una semana! Perdón. «Yo no me expreso de esa forma, yo no uso esas palabras». Pero... ¿una semana?

Pues sí.

Carajo.

¡Perdón!

Lee la carta, la relee, vuelve a leerla.

Ésas son las cosas, se dice, que arruinan la vida de una persona.

Vuelve a leerla.

¡Qué hago?

¿Qué coño hago?

¡Perdón!

Calibra posibilidades, alternativas, las consecuencias de involucrarse en un asunto oscuro, tenebroso, de resultas imprevisibles.

Pero es su obligación.

Está a lo que le manden sus clientes.

Cuando sus clientes pagan.

Y ése lo ha hecho.

Así que.

Levanta el auricular del teléfono y pulsa el 319, el número de Elena, su secretaria.

—¿Sí, Pedro?

—¿Elena?

—Oye.

—Dime.

—Verás... Ponme con la comisaría de Pozuelo.

—¿Con la comisaría?... —Elena pronuncia esa palabra como si en vez de haberle pedido su jefe que llamase a alguien, le hubiera ordenado que se

desnudara allí mismo— ¿Con la policía, quieres decir?

Y su voz, la voz de Elena, acostumbrada a tablas de Excel y a ContaPlus, suena desbordada cuando pronuncia esa palabra: «Policía». Como quien pronuncia la palabra «puta». O la palabra «cáncer».

—Eso es, Elena. A la policía. A la comisaría de Pozuelo.

—A la policía...

—Sí, Elena, sí.

—¿Ocurre algo que yo deba saber?

—Nada, no te preocupes.

—Vale. ¿Por quién pregunto?

—El inspector Patón. Florencio Patón.

—¿Patón?... ¿Así se llama?

—Como lo oyes.

—Pues... vale.

—Venga.

—Si me preguntan el motivo, ¿qué les digo?

—Ya se lo explico yo.

—Vale, muy bien, está bien, llamo y te paso enseguida.

Pedro Fabregat cuelga el auricular. Pulsa la tecla de *enter* de su ordenador, que revive con luces intempestivas. Permanece, sin ver, observando los brillos parpadeantes.

Suena el teléfono. Comprueba en la pantallita del aparato que es Elena. Lo coge.

—¿Pedro?

—Sí.

—Que me dicen que el comisario Patón no está.

—Insiste. Es urgente.

—Lo he hecho, Pedro.

—¿Y?

—¡Me han dicho que está en Botsuana, de safari! ¡En Botsuana, Pedro! ¡Un policía! ¿Te lo puedes creer? ¿Tú sabes cuánto vale un safari a Botsuana? ¡Y luego dirán que en este país no se nos ha ido la cabeza a todos! ¡Estamos locos, de verdad! ¡Un policía, de safari en Botsuana!

—Estás de broma, ¿no? Anda, Elena, vuelve a llamar. E insiste en que es muy urgente. ¿Botsuana, has dicho?

Lunes, 27 de junio de 2016

Más de uno pone cara de pasmo cuando me ve aparecer por comisaría este lunes poco después de las nueve de la mañana. Lucas Osorio, en cuanto se cruza conmigo, se detiene como alcanzado por un rayo y abre mucho los ojos:

—¡Mi poli favorito levantándose con las gallinas! ¡Y después de un día de elecciones!

—Tu puta madre, Látigo.

—¿Quién se ha querido morir, Floren?

Y va y me pone la mano en la frente, como tomándome la temperatura (con excepción de mi hijo, que me besa con levedad y desgana cuando nos vemos, y de las manos que protocolariamente he estrechado, ¡es el primer ser humano que me toca de esa manera en muchos días! ¡O en muchos meses! ¿Años, tal vez?), y va y me sonrío, y en esa sonrisa encuentro la fuerza que la cafeína que los tres cafés que me he tomado antes de llegar no me han dado. Éste debe de ser uno de mis días jodidos y sensibleros. Tiernos.

—No seas cabrón, Látigo —le digo, sonriendo cariñosamente a mi vez—. Ya sabes que no tengo nada mejor que hacer. Mi vida es esto y poco más.

—¿Qué sería de nosotros sin ti, Floren. Eres nuestro héroe. ¿Te puedo ayudar en algo?

Le digo que no, que lo que quiero es sacar trabajo atrasado y que no se preocupe. Cuando me acerco a la mesa de Margarita, me dedica similar mirada de asombro, con un visaje de preocupación.

—¿Todo bien, jefe? —me pregunta, entornando los ojos.

—Todo bien. Y tú, ¿no libras hoy?

—No, prefiero tomarme un puente, ya veré cuál elijo. ¿Qué tal todo? —Y hay en sus ojos un brillo de desvelo, como el de la madre que contempla al hijo llegando a casa después de un examen suspendido.

—Bien. Voy a ver si me pongo al día. Así que no estoy para nadie, Marga. Si pregunta Pujadas por mí, o Peñalver, o quien sea, o si me llaman de fuera, di que no sabes nada de mí, ¿vale? Tengo un montón de cosas que hacer y no estoy hoy para chorradas.

—Un mal día, ya. Ni te cuento cómo está mi hijo, con el batacazo que se ha pegado el PSOE. ¿Qué digo si te llaman?

—Lo que se te ocurra, se te dan estupendamente esas cosas.

—¿Qué no has venido? ¿Qué estás en cama?

—Por ejemplo. O que me he ido de safari a Botsuana con los ciento cuarenta y tres euros con cuarenta y dos céntimos de euro que me tiene que pagar el Ministerio por las elecciones. Ya te digo: lo que se te ocurra, Marga, ¿de acuerdo?

—Ay, sí. Lo de... ¿cómo se dice?... ¿Botsuana?... Sí, sí... Eso me gusta más. Me encanta. Dalo por hecho.

—Pues tú misma.

Me encierro en mi cubículo, doy un repaso a la prensa, dejo al lado las noticias sobre las elecciones y sus resultados (al fin y al cabo, nada va a cambiar y cada vez tengo más claro que, haya pasado lo que haya pasado, esto se va a tomar por culo con toda seguridad; los políticos son como las flores: en cuanto se las corta y se las pone en el tiesto, al poco se marchitan), y me centro en las que concitan mi interés y mi ansiedad: las novedades en el proceso por la muerte de las tertulianas y por los anónimos recibidos, elucubraciones varias que los plumillas realizan sobre las pruebas que inculpan a Tino Guillén; la puesta en libertad con cargos y con fianza de cien mil euros de Alfonso Revueltas, el médico, cirujano plástico según se dice, autor del atropello mortal del periodista Pablo Mercader; una carta abierta de Ignacio Feliú, en la que patéticamente se disculpa por sus desafueros; y más columnas de opinión sobre el deterioro de la profesión periodística. Cuando acabo de leer, y sin ningún otro camino más esperanzador que emprender, vuelvo a repasarme toda la documentación remitida en su día por Villaescusa en sus *emilios*. A eso de las once, suena el teléfono. Es Margarita. ¿No le había dicho que no estaba para nadie? Qué extraño.

—Sí, dime.

—Oye, que ya sé que me dijiste que no te molestara, pero es que ya han llamado cuatro veces del despacho de un tal Pedro Fabregat, abogado. Que dicen que es urgente que ese hombre hable contigo.

—¿Fabregat has dicho?

—Eso es.

—Que yo recuerde, no conozco a ningún abogado apellidado así. Fabregat... Hum, qué va... ¿Te han dicho qué quiere?

—No, la secretaria no lo sabía, pero he mirado en Internet y es un bufete

dedicado al Derecho Tributario. Un despacho *boutique*, se llaman a sí mismos, mira tú qué cursilada.

¿Un abogado fiscalista llamándome? ¡A mí, Florencio Patón, que no tengo un maldito duro y vivo en un apartamento alquilado de mierda y no tengo ni coche propio! ¡Y que si no fuera por el BMW de los narcos tendría que tomar el autobús urbano para ir al súper! Debe de ser una equivocación. O que la pajarraca de mi exmujer se ha buscado nuevos letrados para sacarme lo poco que me queda, que es prácticamente nada. Sea como sea, no tengo ni tiempo ni ganas de hablar con un abogado de tributos, que a saber qué disgusto me tiene preparado.

—Pues dile que le vayan dando. ¿Le contaste lo del safari a Botsuana?

—Claro, pero ya he tenido que reconocerles que era una broma. Le he dicho a la chica que no estabas y que no sabía si vendrías hoy, que probablemente que no.

—Pues sigue así, no cedas si insisten. A las barricadas, Marga.

Continúo con el estudio de la documentación que me remitieron Villaescusa y Roldán, los informes sobre las escenas de los crímenes de Ayuso y Aguirre y las declaraciones de los testigos. Poco a poco me voy cabreando: en las investigaciones policiales, el madero de turno siempre dispone, por lo común, no de uno sino de varios bastones con los que se ayuda a caminar por la tenebrosa senda de las pesquisas, vaya cursilería de frase que he escrito, que no me pega nada, pero en fin. Sin embargo, es verdad, siempre disponemos, al menos, de testigos más o menos presenciales, de testimonios más o menos fiables, informes técnicos, pruebas objetivas, indicios de los que tirar, los chivatazos de los confidentes, que en tantas ocasiones aportan pistas fundamentales. Y cuando hay confesiones ya ni les cuento, es la rehostia puta. En este caso, en el que me han dejado al margen miserablemente, no dispongo más que de esos informes infructuosos que sólo me meten en callejones sin salida. A eso de las doce oigo que llaman a la puerta de mi cubículo y que, a renglón seguido, sin pausa, se recorta la figura rechoncha de Lucas Látigo Osorio en los umbrales. Por el gesto de su rostro rubicundo me doy cuenta de que es portador de malas noticias. Ruego al cielo que no sea lo que me temo. Otro tertuliano asesinado, no, por Dios y su santa Madre. Lo que me faltaba para joderme definitivamente la mañana.

—¿Qué pasa?

—Parece que se ha producido un caso grave en Camino Largo, Floren. Una agresión de género, por lo que se ve. Han llamado los vecinos y resulta que en

ese mismo domicilio ya se han originado en otras ocasiones disputas familiares. Nos constan tres denuncias y una orden de alejamiento contra el marido, un tal Agustín Mosquera. Me dicen que hace tres meses lo condenaron a alejamiento de la esposa y a llevar una pulsera y que ésta se activó hace once minutos. También el botón de pánico. La llamada del Centro de Control se produjo inmediatamente después de la del vecino que nos telefoneó.

Látigo se está refiriendo al brazalete telemático que controla la aproximación del agresor a la víctima en los casos en los que se haya impuesto una orden de alejamiento. El objetivo de estas pulseras es que maltratador y víctima se mantengan a una distancia superior a los 500 metros.

—Dos zetas van ya para Camino Largo. Pero creo que deberíamos ir a echarles una mano. Las anteriores denuncias asustan, no me explico cómo el tal Mosquera puede estar en libertad.

—¿Nosotros? ¿Por qué? ¿No hay nadie de la UFAM?

La UFAM, Unidad de Familia y Mujer, es una nueva sección policial creada en cumplimiento de la resolución de hace un par de años de la Dirección General de Policía. Los capitostes, a los que les gusta estar creando cosas que justifiquen sus sueldos, la crearon para, según dijeron, conseguir una mayor eficacia en el tratamiento de la víctima de malos tratos en el ámbito familiar. Ha asumido las funciones que antes desarrollaban los Servicios de Atención a la Familia (SAF), en el ámbito de la Policía Judicial, y las Unidades de Prevención y Asistencia y Protección (UPAP), en el ámbito de la Seguridad Ciudadana. Los agentes que forman parte de la UFAM están especializados en el tratamiento inmediato e integral de los delitos de violencia de género, malos tratos y contra la libertad sexual y en la prevención, protección y asistencia de las víctimas. Al igual que yo estoy especializado en los menús de Casa Petra. Y en las tertulias televisivas, ahora.

—¿Y Mateo?

Mateo Quintana es el inspector a cargo de la UFAM de Pozuelo. Un tipo escuchimizado, que no sé cómo coño pasaría las pruebas físicas de la Academia pero que tiene una mala leche que te cagas.

—En un avión para Tenerife. Ha acumulado días libres y se ha tomado una semana de permiso. El sábado se casa su hermana en la isla. Mónica Requena, su segunda, va para allá, para Camino Largo, pero está recién llegada, ya sabes. Creo que deberíamos echarle una mano. Me temo lo peor. ¿Vamos?

* * *

Conducir a toda velocidad por las calles de Pozuelo en el BMW de los narcos, con las sirenas a toda mecha y las luces estroboscópicas haciendo bizquear la luz radiante de esta mañana amodorrada, me enardece. Me digo que me hacía falta sentir la adrenalina corriendo por mis venas como un chute acojonante. De camino a nuestro destino, se nos informa de que en la vivienda hay un cadáver, que el caso se trata, pues, de un homicidio. Y acelero aún más. Cuando llegamos a Camino Largo, vemos que cerca de la confluencia con la calle de los Juncos están los dos zetas con las puertas abiertas y las luces aún girando en sus techos, y dos coches y dos motos de la policía municipal, que ha cortado el tráfico. También hay una ambulancia con su puerta trasera abierta de par en par, dejando ver su interior metalizado y aséptico. Los municipales intentan contener a duras penas la mórbida curiosidad de los vecinos que se agolpan en las inmediaciones. Dos uniformados de la escala básica están tendiendo las cintas azules y blancas, con la leyenda «NO PASAR. Línea de policía» y nuestro escudo, para acordonar la entrada al edificio.

Aparco el BMW donde puedo, nos apeamos a toda prisa y nos adentramos en la casapuerta del bloque. Un uniformado nos saluda.

—Es en la segunda planta. El ascensor es lento.

Látigo, que está en forma a pesar de sus kilitos de más, se encamina sin pensarlo hacia las escaleras y sube los peldaños de dos en dos. Qué coño, me digo, y me lanzo en pos suya. Las paredes muestran la edad del edificio haciendo asomar el cemento entre parches de cal. Aunque sólo son cuarenta o cincuenta escalones, llego asfijado al descansillo de la segunda planta. Maldigo el Marlboro y a los putos indios del altiplano andino que inventaron el tabaco. Toso y los cafés de esta mañana bailan un corrido mexicano en mi maltrecho estómago. Las toallitas están en el BMW, rememoro, menos mal. Cuando alcanzo la endeble puerta de la vivienda donde se han producido los hechos, que está descuajaringada, como si hubiesen entrado de un empujón, Látigo ya está hablando con Mónica Requena, la inspectora que es la segunda al mando en la UFAM de Pozuelo. No sé si se alegra de vernos llegar.

—...y no se ha podido hacer nada —oigo que le está diciendo a Látigo. Su voz me suena quebradiza y su piel está pálida como un lienzo virgen. En su frente hay manchas grises, como si estuviésemos en el primer miércoles de Cuaresma y viniese de recibir la ceniza, sin duda originadas por el estrés—, los sanitarios sólo han podido confirmar el fallecimiento. Están ahora con ella. Ya he dado parte al juzgado y la comisión judicial viene para acá con el forense. La científica también debe de estar a punto de llegar y...

Me asalta de repente un bronco ataque de tos y apenas me da tiempo a sacar el pañuelo para evitar que el sirimiri salivoso que brota de mis labios empape a Látigo y Requena. Esta última me mira con repulsión y grima. Lleva menos de un año en Pozuelo y nunca ha tenido que padecer mi peculiar compañía. Ya se irá acostumbrando, a no ser que Pujadas se comporte y deje de joder mi pase a la segunda actividad. Nos hallamos en el pequeño vestíbulo de la vivienda, que está decorado con cuadritos baratos que reproducen escenas del Quijote. Hay un paragüero metálico y un perchero de Ikea. En el rincón, un camioncito de juguete tiñe de absurdo el drama. Dentro de la casa sólo están los paramédicos. Requena, a pesar de su bisonñez, de su grima y sus melindres, se conoce las normas básicas de preservación de la escena del crimen.

—Ahí vienen —dice, y señala el oscuro pasillo por el que se acercan a nosotros tres sanitarios, dos hombres y una mujer, ésta con un llamativo cabello rubio que contrasta poderosamente con una mancha bermellón en un costado de su uniforme blanco, los tres cargados con sus maletines y sus aparatos.

—Nos vamos —dice uno de los hombres, el de mayor edad—. Ya no podemos hacer nada más. Lo que resta es cosa del forense.

—¿Y la mujer? —pregunta Requena.

—Le hemos administrado una pequeña dosis de diazepam por vía intravenosa. Está ya más tranquila, su hermana se ha quedado junto a ella. Es una mujer de gran entereza, teniendo en cuenta lo que ha ocurrido. Aunque tal vez la vean ahora un tanto deprimida por consecuencia de la inyección. Si no desean ustedes nada más, nos vamos. Los niños están en el tercero A, con una vecina. Tenemos otra urgencia en la avenida de Italia, y aquí ya...

Deja las últimas palabras en el aire y se encoge de hombros. Les damos los buenos días y las gracias y abandonan la vivienda, que durante unos instantes permanece en un silencio absoluto que a la postre quiebran los zumbidos de la radio de un uniformado que hace guardia en la puerta y unos amortiguados sollozos que nos llegan desde el fondo del pasillo.

—¿Qué ha pasado aquí? —pregunto. Pensaba encontrarme con el cadáver de una mujer acuchillada o apaleada por el cromañón de su marido y, por lo que parece, no es eso lo que ha sucedido.

—El hombre apareció por la vivienda poco después de las once y cuarenta y cinco —explica Requena—. Quebrantó la orden de alejamiento que le impuso un juzgado hace poco más de dos meses. Venía hasta el gorro de drogas y en plan violento y la mujer se defendió. Forcejearon en la cocina y ella le clavó

un cuchillo justo en el centro del corazón. Es todo lo que sabemos por ahora. Él se llamaba Agustín Mosquera. Ella, María Arroyo. Dos hijos, el mayor de cuatro y pico y la pequeña de tres. Llevaban separados dos años y medio, más o menos, y ya habían existido tres denuncias anteriores por coacciones, lesiones graves y amenazas. A consecuencia del último episodio, la mujer acabó en el Universitario con daños en un riñón. Eso fue hace ocho meses. El juez decretó prisión provisional para el marido, pero fue puesto en libertad a los seis meses, con la obligación de llevar el brazalete. Y aquí estamos. ¿Entramos? Aunque, si estáis muy liados, esto lo puedo manejar yo sola.

—Vamos —digo—, y ya vemos.

A la derecha del pasillo está la cocina, un pequeño espacio azulejado con electrodomésticos antiguos y un frigorífico lacado en blanco que zumba descompasadamente. En medio de un charco de sangre está el cuerpo de un hombre, treinta y pico de años, moreno, barba de varios días y grandes patillas en las que ya asoman algunas canas. Tiene los ojos cerrados y en los labios un rictus que no sabría decir si es de dolor o de sorpresa. Viste pantalón militar y una camisa vaquera sucia que los paramédicos han desabotonado sin miramientos. En el centro del pecho sobresale el mango ancho de un cuchillo. Junto al cuerpo, los guantes manchados de sangre de los sanitarios proclaman la inutilidad de los esfuerzos por reanimar a... ¿la víctima? Sabiendo lo que sabemos, me cuesta aplicar tal término a quien ahora yace ante nosotros sin vida, por más que componga una imagen de absoluto desamparo. Contemplamos la escena sin entrar en la cocina, para no contaminarla, aunque intuyo que la cosa está clara y que la policía científica no va a tener que esforzarse mucho.

—Un cabrón menos —dice Mónica Requena, que contempla el cadáver sin pizca de conmiseración. Y eso que lleva poco tiempo en la UFAM. Estoy a punto de comentarle que, en nuestro oficio, es bueno alejar las pasiones si quiere llegar a los cuarenta con el coco en buen estado, pero ¿quién soy yo para dar consejos a nadie, con mi pinta de búfalo acosado por una tribu de arapajoes?—. Si os parece, vamos con la mujer.

Regresamos al pasillo y entramos en lo que debe de ser el dormitorio principal de la vivienda. Es una habitación pequeña cuyo espacio está casi por completo ocupado por una cama deshecha, con sábanas de un desvaído amarillo. La luz radiante del mediodía entra a raudales por el estrecho balcón, por cuyo hueco se vislumbra un sol que parece un melocotón en almíbar. Recostada en la cama hay una mujer joven, ni treinta años posiblemente, la

piel muy pálida, los ojos verdosos hinchados, el pelo de color rubio ceniza, pómulos delicados y una boca que ahora se contrae intentando contener el llanto. Tuvo que ser bonita, antes de que la vida la regalara un marido violento. A su lado, otra mujer, algo mayor que ella, se sienta sobre el borde de la cama. Su hermana. Comparte rasgos con la joven, aunque más ajada por el paso de los años. Comprime en sus manos un pañuelo húmedo. La mujer acostada intenta incorporarse en la cama cuando nos ve llegar, aunque se deja caer de nuevo sobre la almohada. En sus manos y en su ropa hay rastros de sangre. La otra se levanta. Ninguna dice nada. Se limitan a mirarnos fijamente.

—¿María Arroyo? —pregunta Requena, dirigiéndose a la mujer tendida, que de nuevo se incorpora y, con la ayuda de su hermana, que le acomoda la almohada, logra permanecer erguida—. Hola, María. Soy Mónica Requena, policía. Soy de la UFAM, la Unidad de Familia y Mujer de la comisaría de Pozuelo. Estoy aquí para ayudarte en todo lo que necesites. ¿Cómo te encuentras?

La mujer se echa a llorar y Requena y la hermana intentan consolarla. Después, la agente vuelve a hablar, palabras de ánimo y de consuelo, pero yo no la escucho. Tengo los ojos fijos en los ojos de María Arroyo, que por un segundo se han clavado en los míos. Y lo que veo me turba y me emociona. Es una mirada que vale más que mil palabras (y no es una frase hecha, de verdad que no) y más que mil explicaciones. Es una mirada donde se resume toda su versión de los hechos. Es una mirada en la que al mismo tiempo titilan la pena, la rabia, el miedo y la liberación. Es una mirada que aterra y a la vez conmueve. Es una mirada que lo dice todo.

Joder.

¿Dónde he visto yo antes una mirada como ésa?

¿Dónde?

La mirada de quien ha adoptado una decisión y la ha llevado a cabo aunque pueda dinamitar su vida. Una mirada primitiva y sabia. Una mirada en la que cohabitan el pánico y el desafío. Una mirada en la que coexisten la guerra y la paz.

¿Dónde he visto yo antes una mirada como ésa?

—Floren...

Es Látigo quien me saca de mi abstracción. Vuelvo hacia él la vista y enseguida la regreso hacia la muchacha, que me está mirando de nuevo conmocionada, y me digo que he debido de estar más tiempo del debido con mis ojos clavados en los suyos.

—Floren...

—Sí, dime.

—Que te decía que aquí nuestra compañera lo va a disponer todo para que esta señora pueda ser llevada a comisaría a prestar declaración. Que, si quieres, nos vamos.

—Sí, sí, claro.

Lucas Osorio musita una despedida y yo balbuceo también unas palabras deslavazadas, y ambos salimos de la alcoba, en la que la hermana de María Arroyo trastea en el armario empotrado, buscando ropa limpia.

Cuando llegamos a las escaleras, Lucas me mira y me dice:

—¿Se puede saber qué coño te pasaba ahí dentro, Floren?

—¿Cómo?

—Pues que estabas mirando a la muchacha como si hubieses visto entre las ropas de la cama el Santo Grial. ¿En qué demonios estabas pensando, joder, Patón? La has puesto tela de nerviosa, y esa pobre muchacha no está para más disgustos. ¿Qué estabas mirando?

—Eso —respondo, tomando aire para bajar los tramos de escaleras— es lo que me gustaría saber a mí.

* * *

Recorremos en completo silencio los pocos kilómetros que nos separan de comisaría. Cuando llegamos, falta poco para la una del mediodía y Lucas Látigo Osorio me propone tomar una cerveza en la terraza de Casa Petra.

—Para quitarnos el mal sabor de boca —me comenta.

El día luce espléndido, hay una brisa que atenúa el calor y la terraza del bar me parece una propuesta irrechazable. También tengo una sed que me muero. Caminamos hacia el establecimiento, nos sentamos en una de las mesas y aguardamos a que el camarero que hoy sirve la terraza, un rumano que habla un español fluido y es más madridista que Florentino Pérez, nos atienda. Cuando lo hace, pedimos sendas cañas, Látigo me pregunta si quiero algo para picar y, cuando niego, me mira como intentando asegurarse si comparto mesa conmigo o con un holograma del inspector jefe Florencio Patón.

—Pues tráete unas patatitas y unas almendritas, Ciprian —le pide al rumano—, y no tardes, que venimos secos. —Y cuando el camarero se aleja canturreando una tonadilla ininteligible con su bandeja en las manos, me mira y dice—: Oye, Floren, ¿estás enfermo o qué? Es la primera vez en años que te

veo sin hambre. ¿O es que por fin te has puesto a dieta? Y deber, deberías, ¿eh?, estás hecho un sollo.

Reprimo la respuesta adecuada, la que sería predecible en mí, cualquier barbaridad. Pero me limito a sonreír desganadamente y a apartar la mirada.

—Ya, ya sé que es duro —malinterpreta Lucas Osorio mi silencio y mi gesto—, esa pobre mujer y ese pobre hombre, que, aunque sea un hijo de puta, está muerto. Y esos niños, que a saber qué va a ser ahora de ellos. ¿En qué mundo vivimos, por Dios? A mí no se me olvida la primera vez que tuve que asistir a la escena de un crimen de éstos, de violencia machista, y te aseguro, Floren, que...

Dejo que Látigo acabe su perorata sobre la tragedia que acabamos de presenciar en Camino Largo y sobre sus anteriores experiencias y, cuando acaba y se cerciora de que no le voy a dar carrete, aguardamos en silencio a que el camarero nos traiga la comanda. Cuando Ciprian llega con su bandeja en equilibrio con las dos cañas y los platitos de patatas y almendras, Látigo, colchonero desde la cuna, bromea con él sobre la temporada del Madrid y el rumano le espeta no sé qué sobre el Timisoara, que no sé qué coño es. Cuando las chanzas acaban y el camarero se va a atender a otra mesa, Osorio me mira como lamentándose por mi aire ausente. Me gustaría decirle que no se preocupe, que no estoy deshecho por lo que hemos presenciado. No es que la tragedia a la que acabamos de asistir no me haya afectado, claro que sí que lo ha hecho, por más que en ésta quien estaba destinada a ser víctima haya salvado la vida a costa de la de su agresor. Pero no digo nada. No le digo que lo que en verdad me ocurre es que no logro apartar de mi mente la mirada de María Arroyo postrada en la cama, esa mirada rebosante a la vez de miedo y de desafío, de decisión y de derrota, de redención y de angustia, de horror y de liberación.

Y vuelvo a preguntarme: ¿dónde he visto yo antes una mirada como ésa? ¿Y en quién? ¿Y cuándo?

Y son esas preguntas, y no el drama que acabamos de vivir, mal que me pese, las que provocan mi circunspección. Porque, no sé muy bien por qué, intuyo que la respuesta a esas preguntas puede traerme la respuesta a muchas otras que anhelo desesperadamente.

Sé que estamos en las vísperas. Sin duda alguna.

Apuramos las cervezas en poco más de diez minutos y regresamos a la comisaría. Osorio a lo que tenga que hacer y yo a embeberme de nuevo en los correos de Villaescusa, mal rayo lo parta, que leo una vez y otra como el

estudiante los apuntes la mañana antes del examen. Escruto cada dato, cada detalle, examino una vez y otra las declaraciones, intentando descubrir una contradicción, una incoherencia, una falsedad, un hueco que me permita acceder al camino que conduce hasta la verdad. Pero todo es un muro infranqueable. Tanta es mi frustración que vuelvo a llamar a Villaescusa y Roldán, aunque, como era de prever, me topo de nuevo con el silencio de ambos. Con su desprecio, que me rebela y me cabrea hasta el punto de que maldigo en voz alta acordándome de la parentela de ambos. Estoy a punto de ir a ver a Pujadas, a requerir su auxilio, hasta que recuerdo que está de libranza, jugando al golf seguramente, el muy capullo.

Sigo con la mirada turbia de María Arroyo clavada en mis retinas.

¿Dónde he visto yo una mirada como ésa?

Intrigado, entro en Internet y comienzo a visionar algunas de las últimas tertulias de *La Comunidad*, escrudivinando miradas, expresiones, rostros, muecas, gestos, aspectos, semblantes. Ahí está la mirada de Olivia Maestre, húmeda pero rencorosa. La de Tino Guillén, sólida y fija. La de Lucía Crespí, insinuante y ardiente. La de Fofi León, apagada. La de Luz Santamaría, aguda. La de Tito Conesa, histriónica. La de Juanma del Salto, turbida, de tonto con papeles. La de Lola Hermosilla, sagaz.

En alguna ocasión pulso la tecla de *stop* y fijo un fotograma en la pantalla.

¿Está ahí lo que busco?

¿Sí?

¿No?

Al rato, me duele la cabeza y me pican los ojos y no consigo estar seguro de nada.

A las tres abandono la comisaría, exhausto. Mis andares son los de una gallina a la que han pisado todos los gallos del corral.

Ni siquiera tengo ganas de comer en Casa Petra, así que cojo el BMW de los narcos y me dirijo a mi cochambroso apartamento donde me aguarda la cochambrosa lasaña congelada. A ver cuándo demonios acabo con las jodidas existencias de lasañas, que parece que me traje todo el arcón de ultracongelados del súper. Seré gilipollas.

Por lo menos, durante el fin de semana dejé descargando la tercera temporada de *Penny Dreadful*, así que quien no se consuela es porque no quiere.

La mirada de María Arroyo.

¿Dónde he visto yo una mirada como ésa?

Desfilan por mi mente, mientras conduzco a mi apartamento, las de todos esos tertulianos, cada una de sus miradas.

Cada una.

Mas no doy en la tecla.

Cago en la puta.

Martes, 28 de junio de 2016

Me incorporo en la cama de un respingo, como si me faltara el aire. No soy capaz de recordar qué sueño o qué pesadilla me ha despertado tan bruscamente, pero me siento agitado, empapada de sudor la vieja camiseta sin mangas que uso para dormir, jadeante y con un incipiente dolor de cabeza palpitando en mis sienes. Y los pelos como una alfombra hecha de piel de puercoespín. Para verme, vamos. Gracias a Dios y a los diablos expulsados del paraíso que en mi mugriento apartamento no hay ni un espejo. El del cuarto de baño únicamente, y eso porque no me puedo afeitar sin verme, que si no.

Echo mano al paquete de tabaco que siempre dejo en la mesilla de noche y compruebo en la pantalla verde de la radio despertador que son las cuatro menos veinticinco de la mañana. No se han levantado ni las gallinas, joder. Y aquí estoy yo, despierto como el soldado Ryan antes del desembarco en la playa de Omaha. Medito. Siento en la boca el sabor amargo de los cuatro whiskies (¿o fueron cinco? ¿Tal vez seis?) que me zampé antes y después de mi desoladora cena: una ensalada con un huevo duro, unas lonchas rancias de jamón de York, otras de queso caducado, una lata de atún, unas hojas ennegrecidas de lechuga y un tomate que tuvo que ser recolectado en los tiempos de Alfonso X el Sabio. Pero cualquier cosa mejor que la lasaña congelada. La próstata, que la tengo ya más floja que el pellejo de Kirk Douglas, me urge a dejar el paquete de tabaco y a correr al baño, donde me desfogo a gusto. Hago varias reverencias a mis toallitas, cuando acabo. Son el instrumento divino de mi sanación física y espiritual. Regreso, me tiendo en la cama, ya más calmado, enciendo el pitillo y su humo acre me aclara los bronquios y las entendederas. A medias. Pero me vale.

Por un instante, el aire oscuro de la alcoba parece detenerse, ese aire estancado y cálido de la noche de estío. Me siento raro, como el árbol aguardando el rayo en plena tormenta. Permanezco sentado en la cama, con la mente en blanco, el cigarrillo colgando de mi mano, los ojos fijos en la pared mal encalada de enfrente. Todo parece suspendido, como si la madrugada estuviese a punto de reventar.

Ahora sí, estoy completamente despierto.

Y es entonces cuando, de improviso, como un fogonazo de luz en una noche de tinieblas, algo se enciende en mi sesera y la ilumina.

Es un destello brevísimo pero clarificador.

Un fulgor resplandeciente que aparta las sombras y deja que la claridad de las ideas empape cada una de mis neuronas.

Y es también entonces cuando encuentro respuesta a aquellas preguntas: ¿dónde he visto yo antes una mirada como la que ayer vi en los ojos de María Arroyo tras dar muerte a su esposo que la maltrataba?

¿Y en quién?

¿Y cuándo?

Y entonces todo me resulta claro como un amanecer ártico. Si es que los amaneceres árticos son claros, acerca de lo cual padezco inexcusable ignorancia.

Pero a lo que importa. Ahí la tengo.

La respuesta.

Un nombre escrito en titilantes letras rojas en la pantalla blanca de mi cerebro.

Y esa respuesta me aturde como si me hubiera pasado por encima un buey sin castrar.

Allí fue.

Sí.

Y entonces.

Y en esos ojos.

Allí la vi.

Allí estaba.

Joder.

La respuesta a esta pregunta fluye como el agua en el arroyo cristalino.

Pero...

No puede ser.

Es absurdo.

Es... irrazonable.

Es de locos.

Pero... ¿es posible?

La brasa ardiente del Marlboro me cae sobre la camiseta y me quema la piel. Tan absorto estoy que hasta de fumar me he olvidado. Me sacudo como puedo la ceniza de la barriga, las chispas caen sobre la sábana bajera, las apago a

manotazos, enciendo otro cigarro, me levanto de un salto de la cama, se me enreda un pie entre las sábanas, me caigo de bruces sobre la alfombrilla que hay en el suelo, me lastimo la tibia, ciento y pico de kilos de carne de búfalo desparramados por el suelo, me enderezo a duras penas con un dolor punzante en la pierna y, como un loco poseso, comienzo a dar zancadas sin ton ni son por mi minúscula alcoba apenas clareada por un pequeñísimo rayo de luna que se filtra a través de los visillos amarillentos.

¡No puede ser, carajo!

¡No puede ser!

Pero es.

Porque junto a esa luz se me han encendido otras.

Así, de repente, como quien no quiere la cosa.

Porque tal vez sea verdad aquello de que en esta vida todo es una reacción en cadena, como la respiración o el transporte de electrones.

Corro hacia mi chaqueta, dejada caer de cualquier forma sobre el butacón del también minúsculo salón de mi mezquino apartamento, me tropiezo contra la mesa baja que hay al lado y me atizo un golpetazo tremendo en la tibia, justo en el mismo lugar donde me acabo de dar al caer de la cama. Qué desastre soy, Dios. ¿Por qué no me recoges ya? Bueno, no, espera a que resuelva el misterio este, ¿vale?... Todo esto pienso mientras suelto un lastimero ay y varios juramentos de marinero, y cojeando alcanzo la chaqueta, hurgo en su bolsillo interior y extraigo mi gastada libreta de notas. Estoy a punto de soltar una carcajada neurótica cuando pienso que si alguien me viera así, demandando a la providencia mi dulce recogida y al mismo tiempo negándola, y renqueando por el saloncito de mi apartamento a las cuatro y media de la mañana, con la tibia amoratada, en gayumbos y camiseta, greñado, los ojos febricitantes y con cara de orate, llamaba al 112 de inmediato, pidiéndoles a los técnicos de emergencias que por Dios no se olvidaran la camisa de fuerza y el enfermero negro de doscientos kilos que los acompaña en casos terminales y solicitando mi urgente ingreso en el psiquiátrico más cercano, pabellón de peligrosos.

Pero yo sé bien que no estoy majara.

Lo sé.

Me consta.

Como decía Sheldon Cooper en *The Big Bang Theory*, «no estoy loco, mi madre me hizo pruebas».

Vuelvo a carcajearme histéricamente.

Sé que he empezado a desbrozar el camino que conduce a la resolución de los crímenes de los tertulianos.

A hallar respuestas a preguntas que me atormentaban.

¿Quién podía conocer el secreto de Marieta Ayuso?

¿Por qué su muerte, con una enfermedad terminal como padecía?

¿Quién pudo escribir la nota que palpitaba en su ordenador?

¿Cómo el autor de los anónimos conocía los secretos de los amenazados?

¿Por qué las amenazas a los tertulianos?

¿Por qué las muertes de Ayuso y Aguirre?

¡Lo tengo todo delante de mí!

Carajo.

Me siento en el butacón, abro la libreta, hojeo sus páginas y doy con lo que busco. Es una anotación del pasado sábado y la tengo fresca en mi memoria. Fue cuando leí las editoriales de los periódicos del día, las noticias sobre las revelaciones de los tertulianos amenazados, sobre el maremágnum que se había formado en los medios.

Escribí:

Quien quiera que haya sido el autor de los anónimos a los tertulianos y de las muertes de Marieta Ayuso y de Cristina Aguirre, la ha liado parda en el intocable mundo de los plumillas: lo ha puesto todo patas arriba, ha sabido agitar bien la colmena, meneo de cojones que le ha dado, y a ver si la miel del futuro es más dulce.

Eso fue lo que escribí.

Eso fue.

Y ahí está.

El móvil.

¡El móvil, coño!

Ése ha sido el móvil de las amenazas y de los crímenes: sacudir los cimientos del periodismo actual, provocar una reflexión mediante la compulsión, incitar a un replanteamiento de la realidad de la prensa. Zarandear la conciencia de los propios periodistas y abrir los ojos al público sobre la calidad de sus comunicadores. Y, al mismo tiempo, desenmascarar a quienes viven a costa de los medios de comunicación acudiendo, como único instrumento de su presencia mediática, al rumor, a la difamación, a la estulticia, a la mentira. Y a quienes hacen de la información una herramienta a favor de su bandería. Y lo ha hecho obligándoles a confesar públicamente ante millones de espectadores sus falsedades, sus maquinaciones, sus dobles vidas.

¡Y bien que lo ha conseguido, joder! ¡Ha logrado que todo un país, y precisamente en un período electoral crucial, haya centrado su atención en el foco de la prensa, en su meollo, en sus intestinos, en el vórtice del torbellino en que se han convertido los medios de comunicación, en su interioridad, en sus entrañas más íntimas, poniendo al descubierto cómo, en muchos casos, esas entrañas están podridas como si un cáncer purulento las hubiese invadido!

El móvil.

Ahí está.

Éste es. Sin duda.

Sencillamente alucinante.

Y todo obra de una sola persona.

Una sola persona cuya identidad vislumbro con la misma claridad del sol que está a punto de hacer su aparición luminosa por el horizonte.

Pero qué listo que soy, carajo.

* * *

Cuando llego a comisaría a las seis y poco de la mañana, los agentes de la básica que están de guardia a punto están de empuñar sus fusiles de asalto y comenzar a disparar como locos en la convicción de que el fin del mundo ha llegado. ¡Yo, Florencio Patón, llegando al curro antes del alba! ¡A horas intempestivas, y por segundo día consecutivo! Pero, claro, no saben que motivos los tengo, y bien gordos. Tan gordos como yo, el Orondo, y que les den por culo a Villaescusa y a Roldán. Una vez que comprueban que no me sigue una cohorte de marcianos y que tampoco me acompaña el pequeño Nicolás, que suele estar en todos los berenjenales últimamente, ni nada por el estilo, me saludan, me murmuran unos «buenos días» algo acongojados y entro en una comisaría dormida y desierta. Saco de la máquina del pasillo un vaso de ese líquido pestilente que aquí llamamos café y me encierro con él en mi cubículo. Improviso un cenicero con el celofán de la cajetilla de tabaco y fumo sin parar, al carajo el reglamento y la prohibición, necesito cafeína y nicotina, con la ventana abierta, por la que entra el aire cálido del verano recién llegado. Pongamos que hablo de Madrid. Conecto el «abuelete», descuelgo el teléfono de mesa, dejo en silencio el móvil, aunque quién diablos me va a llamar a mí a estas horas inclementes, y me sumerjo una vez más en la documentación remitida por Villaescusa. Pero ahora, a diferencia de las veces

anteriores, sé lo que busco.

O eso creo.

Repaso las declaraciones de los testigos, los extractos de las cuentas, los informes técnicos, todo el contenido de los *emilios*, y, a pesar de saber lo que busco, no lo encuentro.

Carajo.

En esta vida no hay nada sencillo.

Me levanto y me asomo a la ventana. Son ya casi las ocho de la mañana y se augura un día bochornoso. Aspiro el humo con fuerza y lo espiro con calma. Sé que tengo la resolución del caso en la punta de los dedos, pero estoy demasiado acelerado, he de tranquilizarme, reflexionar con sosiego. Y eso procuro hacer. Recopilo mentalmente toda la información de que dispongo, intento hacer una nueva composición de lugar en base a esas luces que esta madrugada se me han encendido —aquella mirada que vi, la misma que ayer distinguí en los ojos de María Arroyo, de pena y de desafío, y el móvil consistente en la agitación del estado actual de las cosas en el mundo de la prensa— y me digo que todo cuadra.

Pero he de demostrarlo.

¿Cómo hacerlo? es la pregunta.

Vuelvo a zambullirme en los documentos de Villaescusa y, al fin, llego a una conclusión.

Apunto en mi libreta cuantos pasos he de dar para confirmar lo que sospecho.

Pero antes, si de verdad llevo razón en lo que conjeturo, he de cerciorarme de lo que pasó con Pablo Mercader, confirmar la verdad de su atropello y muerte.

Tengo que mirar a la cara al autor de esos hechos y saber si dice la verdad.

Y a eso me dispongo. Y que le vayan dando a Villaescusa y Roldán si se fastidian por mi osadía y mi entrometimiento. No tengo la culpa si soy más listo que ellos, aunque está mal que me lo diga yo solo. Pero es que, insisto, me pasa lo que a Matt Smith en *Doctor Who*: que estoy siendo tremendamente inteligente y no hay nadie cerca para mirarme impresionado.

* * *

Son las seis y veinte de la tarde y me estoy poniendo hecho un basilisco. Menos mal que en la sala de espera de la clínica no hay nadie (el horario de consulta acaba a las cinco y media, horario europeo, dicen, a ver cuándo en el

Ministerio se enteran y nos lo aplican a los maderos) porque, de lo contrario, podría poner perdido a quien hubiere, porque creo que ya estoy levantando polvo de tanto deambular como un tigre enjaulado por la moqueta de la salita. O un búfalo enjaulado, más bien. Alfonso Revueltas me ha citado a las seis cuando lo llamé este mediodía, y son y veinte y el muy mamarracho continúa haciéndome esperar. No sabe la que le espera como me siga cabreando.

—¿Señor Patón?

Asoma por el hueco de la puerta, que se ha abierto silenciosamente, la cabecita de pelo rizado de la enfermera, una morena que tiene que ser aficionada al gimnasio, pues su cuerpo parece cincelado. Sus piernas, que están enfundadas en finas medias blancas, me recuerdan a las de Raquel Sanmartín. Hay en su cara un rictus de suspicacia. No sabe que yo no estoy ahora para bobadas.

—Dígame.—Arisco.

—Me pide el doctor que le diga que el señor Alconchel está al llegar, que ya está aparcando, que no tarda ni dos minutos. Y que en seguida lo atiende. Que lo disculpe.

—Pues muy bien, más le vale —más arisco todavía—.

No estoy acostumbrado a que me hagan perder el tiempo. —Mentira cochina: a los polis se nos hace perder el tiempo constantemente.

—Gracias, gracias.

Se va. No le miro el culo, por Mahoma lo juro. Y cierra la puerta tan silenciosamente como la abrió.

Vuelvo a merodear por la sala, que es bien amplia, con sofás de cuero blanco, lámparas de cromo, cuadros al óleo con paisajes idílicos, una moqueta que antes de que yo la pisoteara con mis zapatones del cuarenta y seis tuvo que ser perfecta, gruesa y mullida, estuco de color crema, revistero de madera cara, un paragüero con perritos estampados donde se mustia un paraguas olvidado y toda la restante parafernalia de sala de espera de clínica cara. En el momento en que voy a comprobar por vez enésima la hora en el reloj, se abre la puerta.

—Cuando quiera. —Es de nuevo la enfermera suspicaz y del glorioso culo que jamás miré—. Acompañeme, por favor.

Aunque Alfonso Revueltas no hubiese estado ataviado con su pulcra bata blanca, lo habría distinguido de inmediato. El otro individuo que se halla en la consulta es lo que parece: un abogado, el puto picapleitos que me ha hecho estar esperando casi media hora en esa tediosa sala de espera por llegar tarde

a nuestra cita, concertada desde primera hora de la tarde. A saber qué habrá estado haciendo el muy capullo: defraudando al fisco mediante oscuras ingenierías tributarias, defendiendo a un cavernícola amante de las fotos procaces de niños recién nacidos o tirándose a su secretaria, sabe Dios. Aunque para ser abogado y de Madrid, tiene papadita, la piel grasienta y un tupé que ya clarea, lo cual me satisface enormemente. No se pueden ustedes figurar cuánto. La vida nos da palos a todos, y no sólo a los tiosos y a los polis. Revueltas, por el contrario, es un tipo de atlética contextura, alto, irreprochablemente peinado su cabello tupido aunque ya vetado de gris por las sienes y por las patillas, perfectamente afeitado y con pinta de imperturbable. Como la mayoría de los médicos, que parece que duermen en formol o en la nevera, aunque me supongo que con tanta sangre y tanta pus como tienen que ver, es para tener esas pintas envaradas que tienen. No obstante, la tensión que advierto en sus hombros y la rigidez de su mandíbula me hablan de que la procesión va por dentro.

—Buenas tardes, inspector —me saluda el leguleyo, tendiéndome la mano, que estrecho aunque con ganas de retorcérsela. Mira que hacerme esperar más de media hora, compadre. Su apretón es más bien blandito—. Es usted el inspector Patón, ¿verdad?

No, si le parece voy a ser el Guerrero del Antifaz, no te jode.

—Soy Víctor Alconchel, abogado. El doctor es Alfonso Revueltas. ¿Nos sentamos?

Revueltas me tiende la mano, y su apretón no resulta nada blandito sino todo lo contrario. Pero ahí siguen estando su tensión y su rigidez. Nos sentamos los tres alrededor de una pequeña mesa redonda que está situada en un rincón de la consulta. Ésta luce impoluta, nada hay fuera de lugar. Si no se me cuenta a mí, claro.

—Ante todo, lamento el retraso y espero que sepan perdonarme —se excusa el abogado Alconchel—. Una reunión interminable. Y el tráfico, como se puede usted imaginar. Pero bueno, ya estamos. Usted dirá, inspector. La verdad es que nos sorprendió mucho su llamada. Trabaja usted, creo recordar que nos dijo, en la comisaría de Pozuelo de Alarcón, ¿verdad?

—Sí, pero colaboro en la investigación de los crímenes de las señoras Ayuso y Aguirre —miento como un bellaco. De nuevo. La verdad es que últimamente me estoy acostumbrando a mentir más de la cuenta, aunque Dios sabrá perdonarme, es por una buena causa—. Como recordarán, Cristina Aguirre vivía en término municipal de Pozuelo de Alarcón.

—Ah, muy bien —continúa el picapleitos—. Pero sigo sin ver el... el motivo de esta reunión. El desgraciado incidente que protagonizó el señor Revueltas no tiene nada que ver con esos hechos. Así que...

—Pues para eso estoy aquí, precisamente —y esto lo digo mirando fijamente, con mis ojillos reptilianos, a Alfonso Revueltas—, para confirmar que la muerte de Pablo Mercader no tiene nada que ver con las de Marieta Ayuso y Cristina Aguirre.

—Pero ¿es que acaso...? —intenta alegar el médico.

—Pensé que la cosa quedó clara en la comisaría de Chamartín, inspector, y después en la Dirección General —lo interrumpe Alconchel sin miramientos—. No entiendo a qué viene un tercer interrogatorio. O cuarto, si contamos el del juzgado. No creo que esto sea nada regular.

—¿Tiene usted inconveniente en contarme qué paso la madrugada del día de San Juan, doctor Revueltas?

El cirujano plástico gira la vista hacia Alconchel, que frunce sus labios rollizos y se encoge de hombros.

—¿Qué quiere usted saber? —me pregunta luego.

—Lo que pasó, obviamente.

Y con palabras secas y duras, y precisas, Revueltas me relata los pormenores del atropello que acabó con la vida del periodista Pablo Mercader en la calle del Padre Damián. Me asegura que conducía correctamente, que venía de una cena de trabajo y que, pese a ello, no había bebido más de lo reglamentariamente aceptable, que Mercader cruzó la calle intempestivamente y por un lugar no habilitado para ello y que, en la oscuridad de la noche, no pudo sortearlo y fue inevitable la colisión. En entonces cuando, a bocajarro, le lanzo la pregunta que le he venido a hacer.

—¿Tenía usted alguna relación con Marieta Ayuso o Cristina Aguirre?

Alfonso Revueltas entrecierra los párpados y, por un instante, sus pestañas y un visaje de frialdad le oscurecen las cavidades oculares.

—No —afirma finalmente.— En absoluto.

He estado pendiente en todo momento de su mirada.

Es posible, por manido que parezca, leer en los ojos de una persona.

Quien no comprende una mirada tampoco podrá comprender jamás una larga explicación sobre aquello que ha provocado esa mirada.

Y yo he podido leer en los ojos de Alfonso Revuelta.

Sin más explicaciones.

Me levanto, me despido y me voy.

Tengo lo que he venido a buscar.

Miércoles, 29 de junio de 2016

Alicia del Val, la abogada de Tino Guillén, es una mujer de mediana edad, gordezuela y pizpireta, risueña, nada atractiva, pero todo en ella, su forma de mirar, de hablar, de gesticular, de comportarse, denota listeza. Salvando las distancias de edad y de ternura —porque esta Alicia del Val, con sus kilos de más, sus gafas de miope y su eterna sonrisa, también destila ternura además de agudeza—, me recuerda a aquella abogada de izquierdas, cuyo nombre no recuerdo ahora mismito, creo que era Cristina no sé qué, que estuvo metida en política hasta hace unos años y a la que aún veo en televisión de cuando en vez despotricando contra tirios y troyanos. Más contra tirios que contra troyanos. O a la viceversa, no sé muy bien. Pero eso. Telefoneé a Del Val ayer, en cuanto salí de la clínica de Revueltas, mas no pude hallarla: no se encontraba en su despacho y tampoco me cogió el móvil, que amablemente me facilitaron en su oficina. Amablemente, claro, cuando me identifiqué como policía, primero, y como inspector jefe de la UDEV, después, sin aclarar que era de Pozuelo, por supuesto, porque entonces a saber cuál habría sido la reacción. Sin embargo, a los pocos minutos me devolvió la llamada y hemos quedado a las nueve en punto de esta mañana de miércoles en su despacho, donde me ha recibido puntualmente, sin hacerme esperar ni un minuto, no como el cirujano y su abogado. Es, Alicia del Val, el primer abogado, abogada en este caso, que me cae bien en muchos años. O mejor dicho: es el único abogado, abogada en este caso, que me ha caído bien jamás. Ni la letradita que me llevó el divorcio, una pájara pelirroja de llamativas minifaldas que me cobró casi seis mil euros por el juicio y la liquidación de nuestros miserables gananciales, me cayó nunca bien.

—Pues usted dirá, inspector —me insta a explicarme una vez que hemos acabado con las presentaciones y los protocolos.

—Ante todo, ¿cómo se encuentra su cliente, el señor Guillén?

—Bien, dentro de lo que cabe. Teniendo en cuenta su situación... Confía que todo se aclare cuanto antes, y yo también espero y confío que esta reunión nuestra pueda servir a esos fines, como usted me prometió cuando ayer

hablamos.

—Bien, sí, ejem... Yo también lo espero. Y que la cárcel no se le esté haciendo demasiado dura.

—Como usted bien sabe o debiera saber, lo peor en estos casos no es la cárcel, inspector. Es el escarnio público, la afrenta pública, la destrucción de tu imagen, el ser pasto de todos los lobos que merodean por las alcantarillas de nuestra sociedad. Eso es lo realmente grave de un procedimiento penal: el daño colateral. Me duele la boca de decirlo, ¿sabe usted?, pero nadie me hace caso. ¿Qué necesidad hay de encarcelar a quien según la Constitución es inocente mientras no se demuestre lo contrario? ¿Qué necesidad hay de detener, con operativos de fusiles y zetas, a quien puede presentarse voluntariamente en el juzgado en cuanto lo llamen? ¿Qué necesidad había de detener a Tino en los estudios de La Décima, delante de todos sus compañeros, propiciando un monumental escándalo? Pero, en fin... El signo de los tiempos. No sólo hay que condenar. Antes, hay que hundir, procurar la muerte civil de quien es presuntamente inocente. Supongo que usted, policía como es, ni me comprende ni habrá querido verme para interesarse por el estado de ánimo de Tino, ¿me equivoco?

—No se equivoca, no, por supuesto que no. Y lo que usted dice..., en fin, que hay veces que yo también lo pienso, no se vaya a creer.

Y es verdad. Porque hasta los polis viejos como quien les habla tienen de vez en cuando un ramalazo de lucidez.

—Pues entonces, si le parece, inspector, vayamos al grano. Así que usted dirá.

Me remuevo inquieto en el asiento del despacho de la abogada. Estoy seguro de que se va a tomar a bien mi proposición, pero, por cojonudamente que me caiga, entre abogados nunca está uno seguro. Decido, no obstante, lanzarme de cabeza a la piscina.

—Estoy convencido de la inocencia de su cliente, señora Del Val.

—¡Vaya! Pues empezamos estupendamente. Y llámeme Alicia, si lo tiene a bien.

—Por supuesto, Alicia.

—Ha conseguido usted interesarme, vaya si lo ha hecho. Así que dígame: ¿en qué puedo ayudarle?

—Lo que necesito de usted es que vaya a ver al señor Guillén a Soto del Real. Hoy mismo, si puede ser. Ahora mismo, mejor. Sin tardanza.

—¿Cómo?

—Lo que oye. Le aseguro que es vital.

—¿Ahora...? ¿A Soto del Real ahora?... Tengo una mañana complicada, inspector. Mejor dicho, tengo un día muy complicado. A las once, sin ir más lejos, he de estar en los Juzgados de plaza de Castilla y, a la una, en una notaría del centro. No sé si voy a poder.

—Insisto. Encarecidamente. Es de extrema urgencia y trascendental para su cliente, señora Del... Alicia.

—Bien, bien. Qué interesante. ¿Y puedo saber cuál es el motivo de que haya de ir a ver a mi cliente con tanta urgencia a Soto del Real?

—Quiero que le haga una pregunta.

—¿Una pregunta?

—Una pregunta.

—¿Y qué pregunta es ésta?

La miro fijamente a los ojos. Adopto mi expresión más seria, la más grave y formal. Quiero que entienda que lo que le voy a decir es de suma importancia, que de la respuesta a mi pregunta puede depender la libertad de su cliente. Y le digo, así, de sopetón, qué pregunta es la que quiero que le formule a Tino Guillén.

Las últimas sílabas de mis palabras quedan flotando en el aire de ese despacho pequeño y coqueto, y producen un eco que reverbera entre las cuatro paredes, como si esas sílabas fueran una pelota de ping-pong que rítmicamente rebotara de un sitio a otro. Hasta que, finalmente, se queda detenida sobre las gafas de montura metálica de Alicia del Val. La abogada me contempla muy cuidadosamente y un esbozo de sonrisa teñida de extrema sorpresa asoma en sus labios carnosos y libres de carmín. Un brillo de inteligencia titila en sus ojos.

—¿Está usted insinuando lo que creo que está insinuando?

—No sé lo que se figura usted, pero sí, posiblemente sí.

—Coño.

El palabro, en la boca de esa abogada simpática y recia, no resulta malsonante. Se quita las gafas y, con la mirada perdida en un punto indefinible, saca un kleenex de un cajón y las limpia mecánicamente. A los pocos segundos las alza, mira los cristales al trasluz, parece quedar satisfecha de la limpieza y se las vuelve a colocar. Regresa a mí la mirada entonces.

—¿Puede usted contarme algo más?

—Aún no, lo siento.

—¿Nada?

—Tengo todavía todo muy en pañales, Alicia, lo lamento. De verdad, créame. Y una cosa más: si la respuesta a esa pregunta es afirmativa, debe hacerle otras.

—Usted dirá.

—El cómo, el cuándo, el dónde y el porqué. Sé que es usted lista y que no se va a dejar nada en el tintero. Que le formulará las cuestiones adecuadas.

Ase un abrecartas metálico con mango de cuero y juguetea con él durante unos segundos. Luego, asiente para sí misma.

—Bien, bien. Qué interesante —repite, meditabunda—. De acuerdo. Obtendré ahora mismo el pase para prisión en el colegio de abogados y conseguiré que alguien del despacho me sustituya en plaza de Castilla. Creo que a eso de las once puedo estar en Soto del Real. Podré llamarlo antes de la una, espero. E igual me da tiempo de estar en notaría en hora.

—Tiene mi móvil, ¿verdad?

—Sí, recuerde que ayer le devolví yo su llamada.

—No sabe usted, Alicia, cuánto se lo agradezco.

* * *

La mujer a cuya casa me dirijo vive en Orcasur, un deprimido barrio de Madrid perteneciente al distrito de Usera. Y lo hace nada más y nada menos que en la calle de Santa María de la Reina, el epicentro de la conflictividad de toda la barriada. Tal vez recuerden ustedes que hace unos años, unos diez más o menos, esta calle se hizo célebre cuando el Calvo de Villaconejos, un facineroso de este pueblito de la comarca madrileña de Las Vegas, la lio de tal modo en una noche de fin de año que todo el pueblo se levantó contra él, como un renacido Fuenteovejuna, obligando al rufián a salir por piernas de las tierras villaconejeras, con tan mala fortuna para los vecinos de Orcasur que vino a refugiarse en este barrio, como si le faltaran granujas, y precisamente en esta calle adonde me dirijo, en la que su familia siguió liándola parda haciendo que la barriada apareciera en más de una ocasión en los telediarios.

Mientras aparco rogando por que, a mi vuelta, el BMW de los narcos permanezca intacto y no me encuentre con que me han robado los retrovisores y las cuatro ruedas, pienso —mis cosas— en que, probablemente, durante varios años la mujer a quien me dirijo a visitar ha tenido que hacer cada día más de quince kilómetros y no sé cuántos trasbordos en autobús para llegar a su lugar de trabajo. Y posiblemente por un sueldo miserable. Así que —mis

cosas, insisto— no tengo motivos para quejarme, qué carajo, así se lleven no sólo las ruedas y los retros sino la antena, la radio, el mechero y hasta el coche entero si quieren. Con la de narcos que hay en este país, de los que alguno cae en nuestras garras de vez en cuando, el Ministerio debe de tener cochecito dónde elegir para sustituirlo.

Sé que vengo a plantear a la mujer una cuestión delicada, y soy consciente que la voy a aterrorizar. Ya la noté espantada cuando ayer la telefoneé para anunciarle mi visita. Y aunque intenté tranquilizarla, hasta el último segundo de nuestra breve conversación telefónica su voz me sonó terriblemente asustada. Intuyo que es una de esas personas a las que la vida le ha enseñado que, en sus circunstancias, tan lejos de su hogar, de su gente, de sus costumbres, la policía sólo trae disgustos. Así que me propongo ser, aunque sólo sea por esta vez, amable y comedido.

El bloque donde vive es un edificio medio ruinoso al lado de cuyo portal unos niños, ninguno de los cuales debe de sobrepasar los tres o cuatro años, juegan al sol del verano sobre una manta multicolor. Se distraen con unos horripilantes muñecos, dos de ellos desnudos. Los muñecos, no los niños, que en tal caso sería cuestión de dar parte a los servicios sociales. A unos metros de ellos, un anciano arrugado como el sobaco de una tortuga me mira con ojos inquisidores y escupe en el suelo después de mirarme. Un grueso y espeso gargajo verdoso. Le llega a dar a un niño y lo achoca. Menos mal que, con mi barriga, mis greñas y mi boca de rodaballo, no tengo pinta de poli, que si no. Más bien debo de parecer el tipo que mensualmente revisa los contadores de la luz o del gas, o algo así. Profesión que, barrunto, tampoco debe de ser muy apreciada por estos lares. El portal del bloque huele a rancio, a orines, a suciedad. No queda ni un buzón, como si en el edificio viviese un ser prehistórico que se alimentase de buzones metálicos. El ascensor, también prehistórico, no funciona. Me acuerdo de la señora madre del concejal del distrito y del presidente de la comunidad de propietarios, aunque dudo mucho que esté constituida o que, si la hubiera, haya alguien con los suficientes redaños para prestarse a ocupar el puesto, y me dispongo a subir a pie los tres pisos. La buena mujer no vive en el bajo, no, sino en la tercera planta, cago en la puta. Cuando la alcanzo, a la tercera planta no a la puta, ya no sé ni lo que me digo, estoy asfixiado, tengo el hígado entre los dientes y el corazón me late a la velocidad de un atleta jamaicano. Antes de llamar al timbre, apoyo una mano y la frente en la pared e intento recuperar el resuello. Y pensar que hay gente que se divierte escalando ochomiles, serán gilipollas. Cuando la

respiración se me normaliza, llamo al timbre, que, como era de prever, no funciona. Golpeo con los nudillos, modosamente, toc, toc, toc, en la puerta, que se abre de inmediato, como si la mujer hubiese estado apostada detrás de la endeble madera de contrachapado, aguardándome. Y a lo mejor lo estaba.

—Buenos días, señora.

—Buenos días, señor —con su acento dulcísimo.

—Soy Florencio Patón, de la comisaría de Pozuelo de Alarcón. La telefoneé ayer.

—¿Es usted el... el policía?

Todo en ella, la tensión de su cuerpo, el fruncimiento de sus labios, el temblor de sus párpados, el estremecimiento de su voz, revela un miedo profundo y animal.

—Sí, yo soy. El policía.

—Ah, bien...

—¿Puedo pasar?

—Sí, sí, claro... Pase.

Se hace a un lado y permite que acceda a un vestíbulo del tamaño de un tablero de ajedrez o poco más grande, que da paso a un pasillo estrecho en el que un poquito más y me quedo encajado como un mejillón en su lata. O como un policía orondo de grandes caderas en una silla del bar del Wellington. La casa, no obstante, está limpia, huele bien, no hay polvo a la vista, observo pequeños detalles (cuadritos de marcos de caña con láminas luminosas, un mueblecito bajo con figuritas baratas de cristal, varios dibujos infantiles hechos con lápices de cera clavados con chinchetas de cabezas multicolores en la pared...) que hablan de que su moradora intenta hacer de ese cuchitril un hogar y me reafirmo en mis propósitos de mesura y amabilidad.

La mujer me hace pasar a un saloncito donde hay un tresillo de escay, que me señala, invitándome a tomar asiento. Lo contemplo, distingo los bultos de los muelles y la endeblez de las patas, y rehúso. Lo que me faltaba era hundirle el asiento del tresillo con mis ciento y pico kilos, pegarme un carajazo, dañarme de nuevo la tibia ya escacharrada, aterrorizar aún más a la pobre mujer y fastidiar la visita y su propósito. Que no es en absoluto baladí. Muy al contrario, es esencial. Porque de lo que resulte de esta visita va a depender confirmar o no la bondad de mi teoría sobre los crímenes.

—No se preocupe —le digo, luciendo mi sonrisa más encantadora—, estoy bien de pie. Serán sólo unos minutos, no tiene por qué inquietarse, de verdad. Sólo quiero hacerle algunas preguntas y me marcharé enseguida, no tiene nada

que temer.

—¿Es... es por lo que pasó?

—Me temo que sí.

—Pero yo ya...

—Sí, sí, lo sé. No se preocupe, le insisto. De verdad que esto no va con usted y que no tiene ningún motivo de preocupación. Nada de lo que aquí hablemos le va a traer a usted complicaciones, se lo prometo. Pero es que hay una cuestión que debo plantearle.

—Está bien. ¿Desea usted tomar algo?

Un vaso de agua fresquita me iría bien, asfixiado como he llegado de subir las escaleras. Pero no deseo demorar lo que tengo que hacer más tiempo del preciso.

—No, nada, gracias. Mire usted...

—Sí.

Y le hago la pregunta. De forma clara y concisa. Directa.

La mujer me mira con ojos de no comprender nada. El miedo vuelve a brillar en sus pupilas negrísimas como la mica en el granito.

—Fue en la mañana del jueves 16 de junio, hace trece días tan sólo. ¿Recuerda usted?

—Yo... yo... Creo que sí.

—Fue en la calle Francisco Silvela, ¿lo recuerda?

—Sí, sí, claro, ¿cómo iba a olvidarlo? Fue el mismo día que...

—Sí, lo sé. Pero dígame: ¿sabe usted qué contenía el paquete?

—No, no, señor. Me lo entregó ya envuelto. Pesaba un poquito, ¿sabe usted?, pero no era muy grande.

—Usted y yo sabemos quién le ordenó llevarlo, ¿verdad?

—Sí, claro, sí... ¿Quién si no? Pero... ¿hice algo mal, señor? Yo sólo obedecía, y...

—¿Se fijó usted en quién figuraba como remitente del paquete?

—No, yo no... No me fijé. ¿Tendría que haberlo hecho?

—No, por supuesto que no. Las instrucciones acerca del destinatario, ¿también le fueron proporcionadas de la misma manera?

—Iban escritas en el envoltorio, señor. Yo sólo tenía que entregarlo. Nada más. Pero ¿por qué me pregunta usted todo esto? ¿Por qué usted quiere saber si...?

—No se preocupe, de verdad, no tiene motivos, usted no tiene nada que ver, se lo aseguro. Ya me marchó. Pero debo pedirle un último favor. ¿Me permite

que le haga una foto?

La mujer compone gesto de incredulidad, como si le hubiera pedido que se desnudara.

—¿Una foto? ¿Para qué?

—La necesito, debo comprobar algo, cerciorarme. Después la borraré, nadie la verá, de verdad que es necesario.

—Bueno... Está bien.

—Muchísimas gracias. Será solo un segundo.

Extraigo el teléfono móvil del bolsillo, busco el icono de la cámara, lo pulso, levanto el artefacto, enfoco a la mujer, que tiene gesto de total confusión y no sabe si sonreír o permanecer seria, clico en el botón blanco y compruebo después que la imagen ha sido captada de forma nítida y clara. Archivo la foto en el carrete y me guardo el móvil.

—Ya está.

—¿Ya está?

—Me voy, sí. Y muchísimas gracias, estoy en deuda con usted. ¿Ha encontrado ya usted trabajo?

—Los fines de semana únicamente, en una confitería, espero que en poco tiempo me salga algo mejor, con lo que mi marido gana... Limpia los baños en el metro, y ya puede usted suponerse que...

Manipulo en el carrete de mi móvil hasta que encuentro la foto que busco, que esta mañana he bajado de Facebook.

—¿Reconoce usted a este hombre?

—Sí, claro, es el del paquete, ¿no?

Esbozo una sonrisa de oreja a oreja. Las piezas del puzle van todas encajando a la perfección.

—¿Recuerda usted algo más acerca de ese envío? —la interrumpo—. ¿Algo que no me haya contado?

—Bueno, no, yo... Tan sólo que me dio veinte euros para que se los dejara de propina al empleado, nada más. Eso sí me extrañó, la verdad. Me pareció mucho dinero.

Cuando bajo a la calle, eufórico, la antena y el retrovisor derecho del BMW de los narcos han desaparecido. Y han rayado la carrocería dibujando torpemente las letras: «Rodrigo Rato al paredón». Como si yo tuviera algo que ver con ese buen hombre. Eso quisiera yo, ser su heredero o algo así, no sé. Miro a mi alrededor, dispuesto a comerme a alguien, y me topo entonces con la mirada vidriosa del viejo de antes, que sigue allí, imperturbable, al sol de

la mañana, y que, cuando me ve observarlo, vuelve a esputar un gargajo viscoso y espeso, grande y verde como un basilisco de doble cresta. Mejor quitarse de en medio, ¿no?

* * *

A la una menos diez de la tarde suena mi móvil, mientras conduzco de regreso a comisaría después de haber hecho una parada para fumar, poner en orden mis ideas y tomarme un pisolabis en un barecito del centro, un bocadillo de calamares del tamaño de un bate de béisbol. Esta mañana, con las urgencias, se me ha olvidado desayunar y el estómago había empezado a alborotarse con el ayuno. Aparco donde puedo, cojo el móvil, miro su pantalla y veo que, por fin, es Alicia del Val quien me llama.

—¿Inspector? —se oyen extraños ruidos de fondo, como si una ventolera estuviese azotando a la abogada. Me figuro que me ha llamado en cuanto ha salido de la cárcel de Soto del Real y que allí, en medio del campo, el airecillo de la sierra de Guadarrama debe de estar bullicioso, a pesar del buen tiempo de que se disfruta en Madrid.

—¿Señora Del Val...? ¿Alicia?

—Aguarde un momento, aquí la cobertura es regular, voy a entrar en el coche, a ver si así se me oye mejor.

Escucho durante unos instantes ruidos inconfundibles: tacones sobre el asfalto, la llave introduciéndose en la cerradura del coche, la puerta que se abre y se cierra a continuación con cierto estrépito.

—¿Me oye ahora mejor?

—Sí, muy bien, alto y claro. Dígame, Alicia. ¿Pudo usted hablar con el señor Guillén?

—Acabo de estar con él.

—¿Y qué le ha dicho?

La abogada hace una pausa, como para tomar aire. Aun a través del teléfono, la noto agitada, enardecida.

—Afirmativo. La respuesta a su pregunta es afirmativa.

Estoy seguro de que mi suspiro ha llegado directamente a Soto del Real, sin necesidad de teléfono ni nada.

—Sucedió hará unos dos meses aproximadamente, calcula Tino —continúa Del Val, con idéntica voz excitada—. Él ni siquiera lo recordaba hasta que yo le hice su pregunta. Y me ha asegurado que sí, que fue así, que todo ocurrió

como usted pensaba. Y puedo asegurarle, inspector, que la suya, la de Tino, quiero decir, no ha sido una respuesta acomodaticia. No le miento, créame. Se le iluminaron los ojos como pocas veces he visto en una persona cuando le planteé la cuestión. Recuerda lo que pagó y su sorpresa. No había caído hasta entonces, es una persona, como me asegura que le contó a usted, que no entiende nada en absoluto de esas materias, y hasta ahora no había caído en la cuenta de la importancia del dato. ¿Qué vamos a hacer con esto que ahora sabemos, inspector?

—¿Cómo fue, Alicia? ¿Y dónde?

Y entonces, mientras escucho a la abogada contarme lo que necesito saber, recuerdo aquello que decía el coronel John Hannibal Smith en *El Equipo A*: «Me encanta que los planes salgan bien».

* * *

Regreso a comisaría, no sin antes hacer una imprescindible llamada telefónica, y me encuentro con Látigo, que me pregunta dónde coño me he metido hasta ahora y me da el parte del día. Se ve que los chorizos del pueblo y facinerosos varios no han sabido de mi ausencia de la localidad, pues no se han aprovechado de ella para aumentar las estadísticas de fechorías. Sin contar una denuncia por violencia doméstica, formulada por una individua de cabellos verdes que trae fritos a los de la UFAM con sus continuas acusaciones que el juzgado archiva repetidamente por su manifiesta falsedad, el camello que ha sido detenido en las cercanías de un colegio, caso del que se encargan los estupas, y de un imbécil a quien recurrentemente le da por masturbarse en las proximidades de una residencia de ancianos, que gentes las hay para todos los gustos, apenas si ha habido dos o tres casos menores en toda la mañana: una pelea en un puticlub de carretera, saldada con un individuo con un brazo roto y una fulana con un arañón en la teta izquierda originado por las afiladas uñas de una colega dominicana; una denuncia por acoso cibernético de la que Lucas o Peñalver pueden ocuparse solitos; y otra por una presunta estafa piramidal de la que tendré que encargarme cuando acabe lo que tengo entre manos. La única mala noticia es que a Pujadas no le ha debido de entrar la bolita en el agujero en sus partidos de golf del fin de semana, pues Látigo me cuenta que está de un humor de perros y que ha preguntado por mí en varias ocasiones con cajas destempladas. Que le den, me digo. Le pido a Osorio que cubra mi ausencia, le niego las explicaciones que

me demanda y me refugio en mi cubículo una vez me cercioro de que Tiger Pujadas sigue en su despacho de la planta alta bien custodiado por Acevedo, su perro salchicha.

Hay un dato que me falta y que creo que está en los *emilios* de Villaescusa. Repaso una vez más —¿cuántas van, santo cielo?— los documentos remitidos y apenas en media hora hallo lo que busco.

Y salgo otra vez de comisaría ante la estupefacción de Margarita, a cuyas preguntas sobre mi destino no contesto, y el clamor de Látigo, que me persigue por el pasillo a punto de perder su proverbial compostura.

—¿Pero qué te has creído, Floren, joder? —me espeta, cuando me ve alejarme sin hacer ni puñetero caso de sus requerimientos—. ¡Que aquí hay que doblar el espinazo de vez en cuando! ¡Que esto no es el Senado, hombre de Dios!

* * *

Como tantas cosas en la vida, se perdieron para siempre las antiguas boticas, tan adorables, con su boticario sonriente y sabio, sus dispuestos y talludos mancebos, con sus albarellos, sus azulejos, sus cajones policromados y sus aromas a pócimas y hierbas medicinales. Hoy en día, las farmacias parecen hipermercados donde se vende de todo, desde tampones a productos dietéticos, pasando por champús anticaspa de los que un día de éstos debo proveerme, papas fritas no transgénicas (les juro por mis muertos que en una farmacia de Pozuelo hay un expositor con las dichas papas), condones de mil colores, sabores y texturas, que más que para follar parece que vayan a servir como farolillos en una verbena de barrio, ampollas para la alopecia (una vez, hace unos años, cuando mis entradas ya eran notorias, me recomendaron unas de esas ampollas: tuve que dejarlas cuando, a las pocas semanas de tomarlas, ¡me di cuenta de que me aumentaban las tetas y de que, de seguir administrándomelas, tendría que usar de ahí a poco un sostén de la talla 110!), productos cosméticos y no sé cuántas cosas más. Como se descuiden, veo de aquí a nada a los boticarios vendiendo entradas de fútbol o expendiendo quinielas y primitivas.

En este caso no voy a tiro hecho, sino que camino siguiendo mi intuición. Pero ya les he dicho que la intuición policial suele ser un instrumento tan infalible como una navaja suiza. La farmacia en la que entro es una de las que les he hablado: amplia, intensa luz blanca, llamativos carteles de diseño

anunciando variopintos productos, señoras encopetadas comprando medicinas unas, chorradas otras, criadas y *yuppies*.

Aguardo a que una dama de distinguido porte pague lo adquirido, una crema pecho-escote tonificante por la que satisface treinta y cinco euros y otra cosa que se llama Hyaluronic o algo así, de todo punto impronunciable, y que le cuesta otros treinta y pico de pavos. Casi setenta euros tirados a la basura, pues las arrugas de la buena señora no tienen cura, son como la papada de un bulldog. Cuando me llega el turno, me atiende una empleada de aspecto andrógino y unas enormes gafas de pasta negra que le ocupan medio rostro. Me identifico como policía, le exhibo la placa y la mujer está a punto de sufrir un aire. Mira a su alrededor como evaluando los riesgos y los inminentes daños. Madurando la posibilidad de huir. Como si yo fuera una bomba de peste a punto de reventar y llenar de fluidos hediondos su bella farmacia y su elegante clientela. Le pregunto por el titular de la botica y, bajando la voz, me pide que aguarde un instante.

Regresa a los pocos segundos acompañada por el titular de la farmacia, que en este caso no es «el» sino «la», una bellísima cuarentona con un cierto parecido a Jennifer Love Hewitt, la de *Entre fantasmas*. Nos presentamos, se llama Paloma Antúnez, me saluda con un delicado apretón de manos y me pide que la acompañe a su despacho. Yo la acompañaría hasta el fin del mundo. Su despacho está en lo que antes se llamaba rebotica y ahora no sé cómo coño se llama. Se sienta detrás de la enorme mesa atestada de papeles y muestras farmacéuticas y, con una lánguida seña, me invita a tomar asiento enfrente suya, al otro lado de la mesa.

—Disculpe el desorden —me dice, con una voz de gata, con ronroneo; no sabía yo que hubiese boticarias tan sexis—. Se acerca el final del mes y estamos preparando los documentos para el Colegio de farmacéuticos. Para la facturación mensual al INSALUD, que a saber cuándo nos pagan los atrasos. Usted dirá.

Le explico el motivo de mi visita, que le planteo consultando mis notas para no equivocarme en lo que le pido, y me mira patidifusa.

—Vamos a ver si he entendido bien. ¿Quiere usted saber si en los últimos meses hemos vendido aquí una aguja para jeringuilla de entre diez y quince Gauges?

—Justo eso. ¿Le extraña?

—Pues la verdad es que sí. Antes solíamos vender gran cantidad de jeringas, para los diabéticos y demás. —Ese «demás» suena a yonquis y a enganchados,

aunque no me figuro yo a un andrajoso como suelen ser esos tipos comprando jeringuillas en farmacias como ésta—. Pero ahora, con los instrumentos automáticos que existen para la dispensación de la insulina, ya no es tan frecuente. Además, el tamaño de que me habla, de entre diez y quince Gauges, es más infrecuente todavía. Es un calibre de uso más industrial que médico. De todas formas, déjeme que lo mire.

Teclea en su ordenador de sobremesa y durante unos instantes consulta la información que aparece en pantalla.

—Pues sí —afirma después, y levanta los ojos y me contempla como si yo, en vez de un pobre poli de Pozuelo con pinta de búfalo, fuese un prestidigitador—. La vendimos, lleva usted razón. Aquí está. —Y recita—: Un paquete de doce agujas de dispensación, 1,5 pulgadas, calibre 14. Ocho con treinta y cinco euros.

—¿Cuándo fue la venta?

—Exactamente a las 9:11 horas del día 11 de junio. Hace dieciocho días, justamente. Sábado.

Todo cuadra. Cada pieza del puzzle va encajando en su lugar. Me encanta.

—¿Consta quién las compró?

Vuelve a consultar el ordenador, se recoge detrás de la oreja un mechón de pelo encantadoramente rebelde y niega con la cabeza. Al hacerlo, el mechón se vuelve a fugar de su prisión y caracolea sobre su frente. Me encanta más todavía.

—No. El precio fue satisfecho en metálico.

—¿Y figura cuál de sus empleados atendió al cliente?

—Sí. Fue Ana.

—¿Ana?

—Una de mis auxiliares. ¿Quiere que la avise?

—Por favor.

Marca una extensión en el teléfono, pregunta por la tal Ana y, cuando se pone, le pide que se acerque a su despacho. Quien a los pocos segundos aparece por la rebotica o como se llame el despacho de la farmacéutica es la tipa de aspecto andrógino que me vuelve a mirar con ojos de pavura.

—Ana, ¿recuerdas haber vendido hace unos quince días, o algo más, un paquete de doce agujas para jeringuilla del calibre catorce? Fue el sábado 11 de este mes, poco después de las nueve de la mañana.

—Pues...

—Vendemos pocas de esas. Son de las gruesas.

—Creo que sí, pero...

Saco el teléfono móvil, escudriño en el carrete, pulso sobre la fotografía que busco, la maximizo y se la enseño a la tal Ana.

—¿Recuerda si fue esta persona quien se las compró?

La auxiliar de farmacia contempla la foto, se lleva la mano al entrecejo para ajustarse las gafas, compone primero gesto de embebecimiento, luego de desconcierto, después de estupor y finalmente de reconocimiento.

—Sí —asiente enérgicamente con la cabeza, con la voz en un hilo—. Creo... creo que sí.

—¿Cree o está segura?

—Sí, claro que sí, estoy segura, estoy completamente segura. ¿Cómo podría olvidarlo?

* * *

—¿Reconoce a esta mujer? —Y le enseño la foto de la inquilina del piso de Orcasur. La fotografía que hace tan sólo unas horas acabo de hacerle, para sorpresa de la pobre señora.

Me ha costado Dios y ayuda dar con este hombre que ahora se sienta frente a mí en el despacho del gerente de la empresa de la calle Francisco Silvela, que de modo tan amable me ha sido cedido para poder entrevistarme reservadamente con este empleado. El despacho es pequeño, tiene una ventana que da a la calle y está anegado por la luz anaranjada de la tarde que declina. Se llama José Gracia, mediana edad, treinta y muchos, metidito en carnes, mofletes colgantes, para mí que más gay que Tito Conesa, frente despejada con grandes entradas, tonsura de monje, ojillos desconfiados tras unas gafas de gruesos cristales que multiplican el tamaño de sus pupilas, piel grasosa y la expresión satisfecha de quien ha logrado durante unas horas escapar de una vida tremendamente aburrida. Tenía el día libre en su trabajo y, cuando lo hemos localizado a través de su móvil, se hallaba en Buitrago del Lozoya, en casa de su madre, con quien estaba almorzando como suele hacer en todos sus días libres. Le solicité que regresara lo más urgentemente posible, pero adujo que hasta las cinco no salía el autobús de regreso a Madrid. Ha cumplido su palabra y poco antes de las siete se ha presentado, deseoso de colaborar. Ahora, bajo el foco de mi mirada anhelante, escruta con atención la foto que le muestro, y veo con gozo que poco a poco asiente y que en sus ojillos agrandados por sus cristales correctores del astigmatismo se enciende una

chispa de reconocimiento.

—Sí, creo que sí. La recuerdo, sí. Con toda seguridad. Estuvo aquí hace algunas semanas, no muchas. Este mismo mes, posiblemente.

—¿A qué vino?

—A traer un paquete, lógicamente.

—¿Recuerda qué tipo de paquete?

—Bueno, sí... Era un paquete rectangular, de tamaño mediano. Nada especial, pero sí, lo recuerdo.

—¿Le tomaron sus datos?

—Creo que no. El paquete venía con el nombre del remitente ya escrito, y eso me bastó.

—Ese nombre era falso.

—Lo siento, pero yo no...

—¿Cómo recuerda usted todo con tanta exactitud?

—Pues, verá usted... me dejó veinte euros de propina. Y eso, en una mujer como ella, ya sabe usted, de su condición, no me malinterprete... humilde, quiero decir... pues... me sorprendió. Me llamó la atención, sí. Por eso es que la recuerdo con tanta precisión.

* * *

Cuando regreso a la comisaría de Pozuelo me topo en la salida con Látigo, que se marcha, concluida ya su jornada laboral. Que ha debido de ser agotadora, pues lo veo cansado y maltrecho, el pobre. Me pregunta una vez más de dónde vengo, qué hago, a qué me dedico, por qué coño lo dejo solo, por qué diablos lo tengo abandonado como un mal desodorante, y acepta resignadamente mis evasivas. No me juzga, me acepta como soy, es lo más cercano a un amigo que tengo. Mi buen Látigo.

La comisaría está tranquila a estas horas. Apenas si hay dos parroquianos en la oficina de denuncias, la del carné de identidad está desierta, los despachos de los estupas están vacíos, Margarita ya se ha ido, saludo a lo lejos a Peñalver, que parece que ya está recogiendo sus cosas para marcharse, me encuentro en el pasillo con la agente Sanmartín, y me digo que mañana, cuando todo explote si las cosas salen como preveo, he de darle algunas explicaciones. Se las merece, ella comenzó todo esto conmigo y me ha ayudado no poco. Y fue quien me advirtió de la mancha de la ensaladilla en la manga de mi cazadora, ¿cómo olvidar eso?

Me refugio en mi cubículo, saco mi libreta de notas y pongo todo en orden. Todas mis averiguaciones, pesquisas y descubrimientos. Detalladitos y con buena letra. En columnas ordenadas. Y me regodeo en mi perspicacia. A más de uno y de una le va a dar un soponcio cuando tenga que descubrirse ante la sagacidad del Orondo.

Je, je.

Pero qué listo que soy, carajo.

Lo corroboro una vez y otra. No hay laguna posible. Sí, todo casa, todo está en orden, no hay duda, no existe error que valga. Cuando me quedo definitivamente tranquilo pues compruebo que todo cuadra y que nada falla, cojo el móvil y, aun sabiendo que al quinto o sexto tono me va a saltar el contestador, marco el número de Germán Villaescusa.

En efecto, me salta el contestador.

Muy calmado, le escribo un whatsapp. En mi estilo, en plan cachondo para algunos y cargante e insoportable para otros. Estos últimos son mayoría, lamentablemente.

«Tengo la luz que buscáis».

Je.

Tarda exactamente tres minutos y cuarenta y ocho segundos en responderme, también por whatsapp:

«¿Qué dices? ¿Qué coño te pasa ahora?».

Respondo:

«Que he resuelto la adivinanza, maestro».

Ahora la respuesta llega en dos minutos y dieciséis segundos. Me lo figuro conferenciando con Roldán, tildándome de chiflado el uno, de gilipollas la otra. Y de orondo ambos.

«¿Te importaría explicarte?».

Escribo:

«Sé quién es el responsable de las amenazas y de los crímenes».

Cuarenta y dos segundos ahora:

«¡¡¿Cómo!!?»

Subrayo:

«Lo que oyes».

Dieciséis segundos:

«Oye, no está la cosa para bromas».

Ahora no escribo, aguardo a que me hagan la pregunta. Porque en el hecho de preguntar está su rendición. Al carajo con su soberbia y engreimiento. A

mamarla.

Treinta y un segundos:

«Y según tú, ¿quién es?».

Ahora soy yo quien tarda casi cinco minutos en responder. Que sufran. Daría toda mi querida colección de series televisivas por ver en estos instantes sus caretos.

Y escribo:

«Marieta Ayuso».

* * *

La llamada de voz no tarda ni diez segundos en sonar en mi móvil:

—¡Pero ¿de qué demonios estás hablando, Florencio?!

Hombre, ya no me llama el Orondo. Algo es algo.

Mas yo me limito a insistir:

—No busquéis más, Germán. La responsable de todo es Marieta Ayuso.

Miércoles, 29 de junio de 2016

Llego a la sede de la Brigada Central de Investigación de Delitos contra las Personas a las nueve y media de la noche, a la hora en punto en que Villaescusa y Roldán me han citado. Mientras venía desde Pozuelo pensé que debería haberles dicho que viniesen ellos a mí, que conocieran mi humilde comisaría, mi modesto despacho, mi viejo letrado de «Jefe de Grupo» en la puerta, las condiciones en que los polis de provincias nos desenvolvemos. Pero en fin. Me recibe Villaescusa, serio y grave, que me mira de hito en hito. Como diciéndose: «Es imposible que un tipo como éste, con esa cara de breca del cuaternario, haya resuelto el misterio». Yo lo miro a mi vez y sonrío. «Jódete», le digo sin palabras.

No me reciben en una sala de juntas, ni en un aula, ni en ningún lugar parecido. Me meten en el despacho de Villaescusa, que tampoco es que sea mucho mayor que el mío. En todas partes cuecen habas, por lo que se ve. No me ofrecen ni una cerveza, que me habría venido de puta madre, ni unas aceitunas o unas avellanitas, que vengo desmayado, no alimento el estómago desde el bocadillo de calamares que me zampé a media mañana y el café con leche y un cruasán (nada que ver con los del Wellington, vaya fijación que estoy cogiendo con el hotelito este de los cojones) que me tomé a media tarde, mientras esperaba a que José Gracia regresara de Buitrago del Lozoya, que vaya también nombrecito de pueblo, presto a la rima. Roldán está sentada junto a la mesa, en un lateral, enfundada en sus sempiternos pantalones vaqueros, las rotundas piernas cruzadas, masca chicle, me mira con indisimulada curiosidad, advierto en sus ojazos una mirada ambigua, entre intrigada e incrédula. Me ofrecen asiento a este lado de la mesa y Villaescusa se sienta al otro.

—¿Y bien? —comienza la charla Germán Villaescusa.

Por teléfono, en cuanto le mandé el whatsapp con ese único nombre definitivo —«Marieta Ayuso»—, que motivó una inmediata y perpleja llamada de voz del poli madrileño, quise adelantarles mis conclusiones, pero Villaescusa me pidió una reunión urgente, que nos viéramos, que les contara

las cosas cara a cara, en persona. «¿Te importa acercarte a Madrid?... Sí, ahora... A las nueve y media, si te viene bien, claro». Muy educadito, muy amable y modoso y nada displicente. Con lo que me han hecho pasar, los muy cabrones. Pero aquí estoy.

—¿Por dónde queréis que empiece?

—Por el principio, por supuesto. —Es Pepa Roldán quien dice. Lo que yo esperaba, claro está. Y como yo esperaba. Chula y jodida.

—Pues bien: todo comenzó con una mirada.

Villaescusa y Roldán se contemplan. En los ojos de la poli brilla una chispa de ofuscación. «¿Con una mirada?... A ver si el merluzo este nos está haciendo perder el tiempo, con la horita que es».

—Como sabéis, hace unas semanas Marieta Ayuso me citó en el bar del Wellington. Fue el pasado día 15, un miércoles. Ya de noche, las nueve o así. Fue cuando me hizo saber que ella también había sido amenazada. Cuando me enseñó el anónimo que había recibido. Me encontré, para mi sorpresa, con una mujer cultivada, nada superficial, profunda. Que, por ejemplo, sabía quién era, por su nombre y apellido, fray Girolamo Savonarola, y...

—Fray Girolamo... ¿qué?

Es Pepa Roldán quien me interrumpe. Confundida. Como si en vez del nombre del fraile inquisidor hubiese pronunciado una grosería. Buena está, y mucho, pero lo de cultivada es harina de otro costal.

—Fray Girolamo Savonarola —explico, sin querer darme ínfulas, con la máxima naturalidad que puedo— fue un dominico italiano del *Quattrocento*. Florentino, de los tiempos de Lorenzo de Médici. Sabes quién fue Lorenzo de Medici, ¿verdad? —Que se joda, la muy creída. No tiene ni puta idea—. Pues bien, ese cura fue un extremista de la época que predicó contra el lujo, contra la soberbia, contra el papa de Roma, contra la jerarquía eclesiástica y contra todo lo que se le puso por delante. Fue el organizador de las célebres hogueras de las vanidades. ¿Os suena?

—Sigue adelante —me pide Villaescusa—. Pero ve al grano.

—A eso voy. Como os decía, Ayuso era una mujer culta, instruida, que conocía a ese fraile loco, a los Médicis y que era capaz de sostener una conversación sobre aquellos tiempos. Eso debiera haber sido nuestra primera pista. Eso, mejor dicho, debió abrirme los ojos. ¿Quién, si no ella, de entre todos cuantos se han visto involucrados en la investigación, podía saber de una diosa como Ramnusia?

—Está bien —aduce Roldán—. Pero ése, el de la cultura de Ayuso, es un

dato que sólo tú conocías, así que...

—Llevas razón, y yo mismo lo acabo de reconocer. Y te aseguro que bien que me reprocho haberlo pasado por alto en su momento.

—Nos estabas hablando —interviene Villaescusa, más impaciente que conciliador— de que todo comenzó con una mirada. ¿A qué te referías?

—Sí, es cierto. Fue en esa ocasión, como os iba contando, cuando estuve con ella en el bar del Wellington. Recuerdo que me requirió, nada más llegar, mi opinión sobre el anónimo que había recibido Alberto Luis Conesa, y recuerdo también que le respondí que no creía que esa amenaza de acabar con su vida pudiera ir en serio, que no suponía un peligro y que no pensaba que el autor del ultimátum pudiera estar dispuesto a pasar de la palabra a los hechos. Y no sé por qué, tuve entonces la impresión de que esa respuesta mía la exasperaba. Como si hubiese esperado otra. Como si hubiera anhelado que yo le diera mayor importancia a las amenazas, que me las tomara en serio.

Hago una pequeña pausa, se me está comenzando a secar la boca, no soy yo muy dado a las parrafadas.

—Después hablamos de cosas intrascendentes, me preguntó si tenía hijos, me reconoció que ella era la más odiada de los tertulianos de *La Comunidad*, hasta que al fin me interrogó acerca de mi opinión sobre el trabajo de los tertulianos en televisión, sobre mi parecer sobre la prensa actual. Le dije una de las barbaridades a que acostumbro, seguro, aunque no lo recuerdo muy bien. Pero sí me acuerdo perfectamente de que ella me habló con desencanto acerca de su trabajo, de lo que hacía. Hablaba de su trabajo con algo muy parecido a la desesperación. Se la veía frustrada y jodida. Tanto me llamó la atención ese sentimiento de Marieta Ayuso que, cuando llegué a casa, anoté en mi libreta algunas de sus frases, tal como las recordaba.

Saco mi libreta de notas y veo que Pepa Roldán la mira con incredulidad. La señala como si fuera una momia egipcia o un pellejo roñoso.

—Pero ¿aún usas una de éstas?

—Sí —repongo, áspero—, ni se me cuelga, ni me exige pilas ni me gasta luz ni depende del *wifi* de los cojones. Nunca me falla, ya ves, soy de la antigua escuela.

—¿Qué frases eran éstas, Patón? —media Villaescusa, ahora sí decididamente impaciente—. Las que apuntaste de Ayuso.

—Pues primero me dijo algo así como esto —revelo, consultando mi querida libreta—: «En el fondo, los telespectadores perciben que la mayor parte de ellos —se refería a sus compañeros de tertulia— son unos idiotas y eso los

hace sentirse superiores, que es lo que al fin y al cabo buscan viendo esa clase de programas». Luego, con algo muy cercano a la pena, afirmó: «Es lo que hay. Y en esta vida, las más de las veces no nos está dado elegir. Y hemos de hacer lo que nos toca, nos guste o no». Para terminar diciéndome: «Y así seguiremos hasta que alguien no cambie el estado de las cosas».

Vuelvo a hacer una pequeña pausa, recalcando la importancia que para mí tiene lo que acabo de narrar. Veo que Villaescusa me observa cogitabundo.

—Y durante toda la conversación —prosigo— advertí que había algo extraño en esa mujer, que estaba triste, deprimida, y que al mismo tiempo latía en ella una voluntad indomeñable de cambiar el rumbo de la realidad que la rodeaba. Inmediatamente antes de irse, me miró fijamente con esos ojos suyos, esos ojos oscuros e inmensos, y su mirada me estremeció. Había en ella sentimientos contrapuestos, encontrados. Vi en ella capitulación y fuerza al mismo tiempo, una fuerza magnética. Había en sus ojos provocación y derrota a la misma vez. Había desafío y un dolor tan negro como el carbón. Y esa mirada, cuando la supe interpretar correctamente, lo desencadenó todo.

Me callo. Me muero por un cigarrillo. Me paso la lengua por los labios para humedecerlos y trago saliva.

—¿Y? —inquire Pepa Roldán, curiosamente ávida ahora.

—Antes de ayer vi esa mirada de nuevo —afirmo, y ambos, los dos imperturbables polis de la capital, pongamos que hablo de Madrid, abren mucho los ojos, como temiendo un desvarío taumatúrgico por parte del Orondo—. No, no —aclaro—, no voy por ahí. No os hablo de nada sobrenatural, coño. Os hablo de que vi una mirada como esa que os he referido de Marieta Ayuso en una mujer llamada María Arroyo. Os cuento: antes de ayer, el lunes por la mañana, tuve que acudir con un compañero a una vivienda de Camino Largo, en Pozuelo, donde se había producido una agresión, un caso de violencia de género. El pan nuestro de cada día, ya lo sabéis. Bueno, a lo mejor no lo sabéis, pues vosotros seguramente os dedicáis a asuntos más relevantes. Políticos, empresarios, pandilleros napolitanos, rusos mafiosos y esas cosas, ¿no? El hecho es que, cuando esperábamos encontrarnos el cadáver de una pobre mujer despanzurrada por el bestia carpetovetónico de su marido, con lo que nos dimos de bruces fue con todo lo contrario. El esposo de María Arroyo, un individuo llamado Agustín Mosquera, con antecedentes por malos tratos, sometido a una orden de alejamiento y obligado a llevar un brazalete electrónico, se había colado en el que fue domicilio conyugal con intenciones suponemos que nada edificantes.

Darle una nueva paliza a su mujer, con toda probabilidad. Si no reventarle los hígados y acabar con ella. Pero resulta que en esta ocasión la mujer se defendió y, en el curso de la contienda, acertó a clavarle a su exmarido un cuchillo de cocina en todo el medio del corazón. Y el cabrón se quedó como una lubina en manos de Chicote. Cuando entré en la alcoba donde estaba, pensé que me encontraría con una mujer destrozada, muerta de miedo, exánime, impotente, desgarrada, y en cierta forma lo estaba. Pero había en sus ojos una mirada que me asombró y me conmovió al mismo tiempo. Una mirada donde había miedo, un miedo enorme pero también, junto a ese miedo, una disposición tremenda a enfrentarse con lo que viniera. Una mirada que gritaba que lo había hecho porque no tenía más remedio y que lo volvería a hacer. Una mirada que al poco, después de muchas vueltas y de muchos barruntos, me hizo pensar en la de Marieta Ayuso. La mirada de una mujer que, por tenerlo todo perdido, estaba dispuesta a todo. La mirada de una mujer que sabía que el fin estaba cerca y que no quería decir adiós sin dejar su huella. Y ahí comenzaron a encendérseme muchas luces.

Me callo, derrengado. La boca me sabe a esparto y por más que busco con la lengua no hallo saliva.

—Sigue —me insta Villaescusa—. ¿Qué más?

—Oye, tengo la boca seca. Necesito beber algo. ¿Qué tenéis por ahí?

—¿Te apetece un café? Hay una máquina ahí fuera.

—No, gracias. —Soy plenamente consciente del motín que un café de esos que expenden las execrables máquinas automáticas puede espolear en mis martirizadas tripas. He dejado el BMW de los narcos aparcado a casi un kilómetro, y en su guantera están las toallitas. No es momento de cagadas, y nunca mejor dicho. Y menos en la mismísima Brigada Central de Investigación de Delitos contra las Personas. Sería lo que me faltaba—. ¿Una cerveza, a lo mejor?

—Lo siento, no hay cerveza aquí.

Pues entonces es como el chiste: de whisky, ni hablamos.

—Te puedo traer un poco de agua —dice Roldán, descruzando las piernas y levantándose. Veo un minúsculo chicle blancuzco entre sus labios túmidos.

—Si no hay otra cosa...

—Vuelvo en un segundo.

Me muero por fumar y no estoy dispuesto a espicharla de un mono nicotínico. Saco el paquete de Marlboro y se lo exhibo a Villaescusa, en mudo ademán de solicitud de permiso. Hace un gesto de resignación con la boca y los ojos y

enciendo el pitillo. Luego, le ofrezco, acepta, enciende su cigarrillo y saca del cajón de su mesa un cenicero furtivo de propaganda de cuando Franco hacía la mili en Cerro Muriano o donde por entonces se hiciera la mili. Fumamos en silencio mientras Roldán regresa.

—Vaya, estáis fumando —dice la poli cuando vuelve portando una botellita de un agua mineral cuyo nombre es primo hermano de Buitrago del Lozoya y tiene idéntica pedrea. Trae también un vaso de plástico y me entrega ambas cosas, mientras se sienta y saca de su bolso un paquete de Fortuna y un mechero electrónico. Se saca el chicle de la boca, lo deja en el cenicero y enciende su cigarrillo. Aspirar el humo con un ademán de placer que en otras circunstancias me habría incendiado. Me ponen las mujeres en éxtasis. Me tomo de un trago y a morro la botellita de agua, y sojuzgo el eructo que me asciende por el esófago.

—Bien. Una de las cosas que más me mosqueaba en todo este asunto era la cuestión del móvil —continúo mi relato mientras el humo azulea el despacho de Villaescusa—. Ésa era para mí la gran incógnita. ¿Por qué dieron muerte a Ayuso y a Aguirre? ¿Qué movió a quien lo hiciera? ¿Quién fue el autor de las amenazas y cuál era la razón de las mismas, si no se pedía dinero ni nada parecido? ¿Por qué? ¿Cuál fue el motivo de todo? Supongo que vosotros os habréis hecho también esas preguntas decenas de veces. Aunque la verdad es que no lo sé, pues como me apartasteis inmisericordemente de la investigación... Pero en fin. Hasta que el otro día, después de ver y de leer la que se había montado con las muertes de los tertulianos y con las revelaciones de algunos de ellos reconociendo sus miserias en público y ante millones de espectadores, se me vino una idea a la cabeza: ¿y si el móvil había sido el remover como una gigantesca batidora el mundo periodístico? ¿Y si lo que el responsable de todo lo que ha ocurrido lo que pretendía era lograr que un país entero centrara su atención en la prensa, en lo que se han convertido los medios de comunicación, en sus entrañas más íntimas, poniendo al descubierto cómo, en muchos casos, esas entrañas están podridas como si un cáncer purulento las hubiese invadido? Así lo escribí. ¿Por qué no? No era nada descabellado, ¿verdad?

Aguardo a ver si Germán Villaescusa o Pepa Roldán se disponen a responder esta pregunta retórica. Pero ambos están en silencio, fumando y contemplándome fijamente. Por el brillo de sus ojos veo que sus seseras funcionan a toda mecha.

—Y fue entonces cuando de nuevo todo me condujo hacia Marieta Ayuso: se

estaba muriendo, lo tenía todo perdido, como María Arroyo, que sabía que, si no se defendía, su marido la iba a matar como si fuera una cucaracha. Tenía un cáncer de pulmón terminal que le iba a asegurar una agonía terrible, y yo bien sabía cuánto anhelaba reformar su mundo, el mundo de los periodistas, el de la radio, el de los medios escritos, el de la televisión. Ella me lo había dicho. No se perdonaba haber cedido a aquel chantaje de hace veintitrés años, el silencio que le impusieron los de la eléctrica. Y estaba desesperadamente disconforme con la realidad profesional que estaba viviendo: verse sumergida en un mundo de botarates, ver cómo, en su misma cadena, los tertulianos políticos sólo pretendían su beneficio y la promoción de sus idearios. Y me hice esa pregunta: ¿y si la responsable de todo ha sido Marieta Ayuso? ¿Y si con las amenazas y su muerte y la de Cristina Aguirre, con quien no se llevaba nada bien, lo que ha pretendido es poner al descubierto la corrupción de los medios, destapar su problemática, evidenciar el desatino en que se han convertido? ¿Y si todo no era sino la forma de rebelarse, en el acto final de su vida, contra el teatro en que se su mundo se había transformado? ¿Y si lo que ella quería en verdad, antes de desaparecer para siempre, era poner al descubierto aquello que tanto la había hecho sufrir? ¿Y si lo que pretendía era poner un contrapunto a ese silencio al que el chantaje de los de la eléctrica la obligó cuando empezaba en el mundo de la prensa? ¿Y si todo no ha sido sino una eclosión final pretendiendo una redención a sus muchas faltas?

Pausa. Silencio absoluto.

—Aquello, esa teoría, por descabellada que pudiese parecer, me sonó bien desde el principio, en cuanto se me vino a la mente —prosigo—. Y había datos, pruebas, indicios, que adobaban esa hipótesis. ¿Que cuáles? Pues, de principio, las rarezas en la muerte de Ayuso. Si en verdad, como todo en apariencia indicaba, había sido un homicidio, ¿por qué el cadáver tenía el bolso entre las manos? ¿Qué asesino arroja a una mujer al abismo sin arrebatarle antes el bolso? ¿Por qué pidió horas antes una cena tailandesa a domicilio, que en efecto ella consumió pero cuyo consumo negó a Tino Guillén? ¿Por qué los restos de la presunta pelea en su vivienda estaban tan chapuceramente disimulados? ¿Por qué y para qué citó esa misma noche a Tino Guillén en su casa? ¿Por qué había entre sus uñas restos orgánicos de Guillén, si sabíamos que él no podía haber sido el responsable de su muerte, pues así lo corroboraba su hija Patricia y los informes sobre su móvil y las cámaras de vigilancia de la zona? ¿Cómo se explica que sólo las huellas de Ayuso estuviesen en el interior de los guantes de plástico que, según todo

indica, fueron usados para limpiar su vivienda antes de su muerte? ¿Por qué el cadáver de Marieta mostraba signos de que no se había protegido con los brazos antes de impactar con el suelo? Eso sólo lo hacen los suicidas, ¿verdad?, aquellos a quienes la muerte no sólo no les importa, sino que la desean. ¿Quién si no ella podía haber escrito la nota de suicidio que figuraba en su ordenador, pues el texto de esa nota era un calco de las palabras que poco tiempo antes me había dicho en el bar del Wellington?

»Pensadlo. Todo apuntaba en una misma dirección.

»Una vez que esos datos e indicios se estudiaban de forma ordenada y metódica y a la luz de aquella hipótesis, todo parecía encajar: era perfectamente posible que Marieta Ayuso hubiese organizado su propia muerte con el propósito de que Tino Guillén fuera responsabilizado de ella. Después de tantas noches de coyunda en su casa, no le habría sido nada difícil guardar restos de piel de Tino Guillén para introducirselos esa noche entre las uñas, su piso estaba repleto de las huellas dactilares de Guillén, ella sabía que él acudiría a su casa si se lo pedía, le fue muy sencillo componer toda una sinfonía de pistas que dirigieran las pesquisas contra Tino, dejando al mismo tiempo muchas lagunas en las que los polis podríamos ahogarnos. Ella misma pudo arañar la pintura del barandal del balcón antes de saltar de modo tal que sus restos quedaran en sus uñas y pareciera que había intentado evitar la caída. ¿Que por qué quería dirigir la acusación contra Tino Guillén? La verdad es que no lo sé. Pero, por lo demás, ¿era ésta una hipótesis sensata? ¿Era razonable? ¿Era probable? La de un suicidio en el que la propia suicida había hecho todo lo posible para aparentar que fuese un asesinato. Pues sí, ¿por qué no? Era posible. Más aún, era lo más probable. Con ello conseguía varios fines a la vez: ahorrarse los dolores horribles de la agonía de una enfermedad incurable, dar sentido a su muerte, atemorizar a los tertulianos amenazados haciéndoles ver que la amenaza era real y que lo mismo que le había ocurrido a ella les podría suceder a ellos. Obligarlos a confesar sus miserias. Y provocar a la larga un seísmo en el mundo de la prensa y la televisión. En cierto modo, rescatarse. Gritar *no* para redimirse de cuando dijo *sí*. Y me estoy refiriendo a su silencio de hace veintitrés años. Una forma de rebelarse. ¿Qué os parece?

Pepa Roldán me observa, frunce sus cejas negras y delicadamente perfiladas y no dice nada.

—¿Y qué sucedió con Cristina Aguirre?

—Si mi hipótesis era cierta —reanudo mi exposición mientras expulso el

humo del nuevo Marlboro que acabo de encender—, la consecuencia era lógica e ineluctable: tuvo que ser Marieta Ayuso quien provocara la muerte de Cristina Aguirre. Y claro, diréis vosotros: ¿cómo pudo hacerlo si cuando Aguirre fallece Marieta Ayuso ya estaba muerta? Pues muy fácil. No olvidéis que la botella con el veneno había sido depositada en la oficina de mensajería en la mañana del jueves día 16 para ser remitida en veinticuatro horas como envío no urgente. Y que Ayuso murió en la madrugada del viernes 17. Era perfectamente posible que fuese ella quien remitiera la botella.

—Pero no olvides —interviene Roldán, que ha vuelto a encender también otro pitillo, ya ancha es Castilla— que interrogamos al empleado de esa empresa y que, si el paquete hubiese sido depositado allí por alguien tan famoso como Marieta, sin duda lo habría recordado. Además, ¿cómo explicas que las huellas dactilares de Guillén estuviesen en la botella envenenada?

—Ahora voy a eso, dejadme terminar, os lo ruego. Había compuesto, como os he explicado, una teoría que me parecía plausible. El problema es que era sólo eso: una teoría. Tenía que hallar pruebas que la corroboraran. Y pruebas sólidas, consistentes, irrefutables. Lo suficientemente convincentes para persuadir a dos policías madrileños que estaban seguros de que yo no era más que un policía viejo y orondo con ganas de notoriedad. A vosotros, que durante días me habíais tenido al margen como un perro sarnoso.

Villaescusa sonríe, acepta la pulla con deportividad. Roldán lo hace cuando comprueba que su compañero se ha tomado la banderilla con entereza y que no piensa contradecirme.

—Y a eso me dispuse, a conseguir pruebas que corroboraran mi tesis.

—Ahí es donde queremos llegar, Patón —me desafía Roldán, aún bastante remisa a aceptar sin lucha mi relato—, a las pruebas.

—Lo primero que tenía que hacer —prosigo, después de una mínima sonrisa que dirijo a Pepa Roldán, que me la retiene y manosea— era cerciorarme de que el atropello y muerte de Pablo Mercader había sido realmente un accidente. Si lo había sido como las últimas noticias indicaban, mi teoría seguía incólume. En caso contrario, se vendría abajo como un avioncito de papel. Aun a riesgo de levantar vuestra cólera si llegaba a vuestros oídos, fui a ver a Alfonso Revueltas, el médico acusado de homicidio imprudente. Me bastó verle y oírle para saber que decía la verdad. Que no conocía a Marieta Ayuso ni a Cristina Aguirre, que no tenía nada que ver con el mundo de la tele y que la muerte de Mercader había sido un desgraciado accidente. A partir de ahí, tenía el camino libre para probar mi tesis.

—Sigo sin ver ninguna prueba —insiste, contumaz, Roldán.

—Déjalo, Pepa —tercia Villaescusa—. Y continúa, por favor, Patón.

—La primera cuestión que me planteé fue: ¿quién pudo haber llevado por encargo de Ayuso el paquete con la botella envenenada a la empresa de mensajería de la calle Francisco Silvela? La respuesta es obvia: su asistenta, su criada. Si yo llevaba razón y quien remitió esa botella fue Marieta Ayuso, era muy probable que quien llevara a esa empresa el paquete fuese su sirvienta sudamericana, Genoveva Alfonsa Quiroz Santiago, conocida como Gene.

—Pero a esa mujer la interrogamos —aduce Villaescusa.

—En efecto, pero nadie le preguntó sobre un recado que para ella tuvo que haber sido uno más de los que a lo largo de los años había hecho para su señora, para Ayuso. Nadie le preguntó, porque ninguno sabíamos que lo había hecho, si llevó un paquete a la empresa de mensajería de Francisco Silvela. Yo lo hice esta mañana. Fui a verla a Orcasur, donde vive. Le pregunté si en la mañana del jueves 16 de junio su señora le había ordenado llevar un paquete a esa empresa de mensajería, y me contestó que sí. Y, además, fijaos qué curioso, le había dado veinte euros para dejar de propina al empleado de la empresa. Como para que ni una ni otro olvidaran el hecho.

—¿Y esa mujer no se fijó en quién era el destinatario del envío?

—No. El nombre del destinatario, de Cristina Aguirre, ya estaba escrito en el paquete, al igual que el del remitente, que era falso. La mujer no reparó ni en una cosa ni en la otra. Tampoco tenía por qué. Os insisto: para ella, entonces, era algo rutinario. Y después de todo lo que pasó. ¿cómo podíamos pedirle que reparara en algo que para ella había sido, como digo, tan corriente?

—Y supongo —insinúa Villaescusa— que ya habrás estado en la empresa de mensajería...

—Pues sí —ratifico—. Volví a interrogar al empleado que recibió el paquete, llamado José Gracia. Le exhibí la fotografía de Genoveva Quiroz y me confirmó que esa mujer había dejado un paquete en la mañana del jueves 16 y que, en efecto, le había dejado veinte euros de propina. Algo, me dijo, completamente inusual en una persona humilde como era la criada. Por eso lo recordaba perfectamente.

—¿Y cómo explicas —inquire Pepa Roldán— que las huellas de Tino Guillén aparecieran en la botella de vino que recibió Cristina Aguirre?

—Bien. Si leéis las declaraciones de Guillén, podréis leer que en una de ellas hablaba de que en alguna ocasión acompañaba a Marieta Ayuso en sus compras. Fue cuando se le preguntó si sabía si Ayuso recibía tratamiento

médico para el cáncer de pulmón. Respondió lo siguiente —consulto mi libreta una vez más—: «En alguna ocasión la acompañé a la farmacia que hay junto a su casa, cuando las jaquecas no la dejaban vivir. Pero nunca le vi comprar nada que me llamara la atención». Y si la había acompañado a la farmacia, ¿por qué no también al súper, o al híper, o a una vinoteca? Así que le pedí a Alicia del Val, la abogada de Tino Guillén, que visitara a su cliente en prisión y que le preguntara si alguna vez había acompañado a Marieta Ayuso a comprar una botella de vino caro.

—Te respondería que sí, lógicamente —aduce Roldán—. Se lo has puesto a huevo. ¿O es que creías que esa abogada es tonta?

—En efecto, respondió afirmativamente —reconozco, dejando de lado la guasa de Pepa Roldán—. Del Val, que, por cierto, es la única abogada que me ha caído bien en mi vida y de la que creo que puedo fiarme, me ha asegurado esta misma mañana que su cliente le ha manifestado que en un par de ocasiones, o tres tal vez, Ayuso le pidió que la acompañara de compras y que, en una de ellas, fueron a una vinoteca de la calle Lagasca, donde recuerda que adquirió un pack de cervezas de importación, una botella de tinto y otra de champán francés que se bebieron, la de champán, esa misma noche, en la cama. También recuerda que pagó casi quinientos euros por la compra, y que lo hizo en metálico, con un Bin Laden, por eso no hemos encontrado su rastro ni en los extractos de su cuenta bancaria ni en los de sus tarjetas de crédito. Y estoy seguro de que si mañana vais a esa vinoteca de calle Lagasca, podréis confirmar lo que Tino Guillén cuenta. Que ese día Marieta Ayuso compró una botella de Pesus, un Ribera de Duero de más de trescientos euros. A mí no me ha dado tiempo para comprobarlo y, además, con lo que seguro ganáis, algo tendría que dejaros a vosotros, ¿no?

Ni Pepa Roldán ni Germán Villaescusa ríen mi gracia. Aunque deberían, ¿no creen ustedes? Sí veo que el poli anota algo en un bloque de pósits que tiene en su mesa.

—Está bien, lo haremos. ¿Algo más?

—Pues sí. Un golpe de suerte, eso lo reconozco —les digo—. Como recordaréis, el veneno que acabó con la vida de Cristina Aguirre, el fluoroacetato de sodio, fue introducido en la botella mediante una jeringuilla provista de una aguja hipodérmica lo suficientemente gruesa como para traspasar el corcho. Era, según nos dijeron los técnicos, de entre diez y quince Gauges. Recordé lo que Tino Guillén había dicho acerca de que en alguna ocasión había acompañado a Marieta Ayuso a una farmacia que está al lado de

su casa, así que ni corto ni perezoso me fui allí esta mañana. Y resulta que, en efecto, el sábado día 11 de este mes, a las nueve y once minutos de la mañana, Ayuso había comprado allí un paquete de doce agujas de dispensación, de 1,5 pulgadas, de calibre 14. Es decir, de 14 Gauges. Pagó ocho con treinta y cinco euros. Coincide con la que se utilizó para introducir el veneno. La empleada que la atendió la recuerda perfectamente. Su nombre es Ana Ramos. Vosotros mismos lo podréis comprobar.

Villaescusa anota el nombre de la auxiliar de farmacia en el papelito amarillo, y me observa luego.

—¿Eso es todo? —me pregunta.

—Eso es todo —asiento—. Quedan cosas por descubrir, como, por ejemplo, cómo adquirió Ayuso el fluoroacetato de sodio, supongo que a través de Internet, no lo sé, pero, a lo mejor, comprobando el historial de navegación de sus ordenadores, o de los ordenadores de La Décima que los tertulianos podían utilizar, ahora que sabemos qué buscar, podréis dar con algo. Eso ya os lo dejo a vosotros. Pero por lo que a mí respecta está la cosa clara. ¿Qué pensáis?

Se miran ambos en silencio y me doy cuenta de que les cuesta rendirse a lo evidente. Es normal, lo entiendo. Ellos son polis de élite, jóvenes, fibrosos y guapos, y yo no soy más que un madero cincuentón y orondo destinado en Pozuelo. No debe de ser nada agradable que alguien como yo venga a darles el misterio resuelto, con guinda, merengue, lacito rosa y todo. Cumpleaños feliz. Que os jodan, capullos. Eso.

—Está claro, chicos —insisto, apurando las últimas gotas de agua que quedan en la botellita y encendiendo un nuevo cigarrillo—. Pensadlo bien: Marieta Ayuso llevaba años, posiblemente desde que accedió al chantaje de los tipos aquellos de la eléctrica, amargada, descontenta con su vida, con su trabajo, con todo cuanto la rodeaba. Veía cómo la prensa que ella conocía, la profesión que una vez la había enamorado, se agrietaba como una pared mal encalada, que los valores de antes se difuminaban, que las verdades de la profesión se tambaleaban y que todo amenazaba con una destrucción total. Es lo mismo que otros periodistas han sentido, tal como estos últimos días se ha venido poniendo de manifiesto. Y para colmo, en ese estado de ánimo de abatimiento y de aflicción, se le diagnostica un cáncer de pulmón en fase terminal. ¿Qué le queda entonces? Médicos, quimio, radioterapia, hospitales, morfina, postración y ver cómo el final inexorablemente se aproxima entre dolores terribles. Y decide que no está dispuesta a irse de este mundo sin

hacer lo posible por que el estado de las cosas en la prensa cambie. ¿Qué tiene que perder? Nada. Nada en absoluto. Y pergeña un plan diabólico, un plan en el que las víctimas van a ser ella misma, Cristina Aguirre y Tino Guillén, al que pretende se responsabilice de los asesinatos. Y, al mismo tiempo, obliga a otros tertulianos a poner al descubierto sus miserias, sus debilidades, sus felonías, para que así el público conozca en manos de quiénes se halla depositado algo que para ella es tan sagrado como la información y la verdad. ¿Cómo conocía los secretos de los tertulianos? No lo sé, la verdad, podemos elucubrar, pero lo cierto es que no lo sé. Pero sí sé que fue ella. Compra el veneno por Internet, adquiere la botella de Pesus cuidando de que las huellas de Guillén queden impregnadas en el cristal, en el gollete, adquiere la aguja en la farmacia que hay junto a su casa e introduce el fluoroacetato de sodio en el Ribera de Duero. Luego, en la mañana del jueves 16, ordena a su criada Gene que lleve el paquete con la botella a una empresa de mensajería, que la hará llegar a Cristina Aguirre en la mañana del viernes 17. Y Marieta Ayuso prepara el escenario de su propio drama, de su propia muerte. Dispone todo en su casa para hacer creer que otra persona ha cenado con ella, telefonea a Tino Guillén para que esa noche vaya a su casa, luego lo despide con cualquier excusa y al cabo lo organiza todo: lava cuidadosamente uno de los servicios —vaso, plato, cubiertos— que ha preparado para la inexistente cena, se introduce restos de piel de Guillén en sus uñas, finge un desorden apresuradamente recompuesto en su vivienda, araña la balaustrada del cierro y se arroja por el balcón llevando su bolso entre los brazos. Sabe que la policía, en cuanto analice mínimamente la escena del crimen, va a determinar de inmediato hallarse ante un homicidio y no ante un suicidio, y que va a relacionar ese hecho con los anónimos recibidos por los tertulianos y periodistas a lo largo de las últimas semanas. No puede saber cuándo Cristina Aguirre va a abrir la botella e ingerir el veneno, pero sabe que tarde o temprano lo hará. ¿Por qué elige a Cristina Aguirre como víctima en lugar de a cualquier otro? La verdad es que tampoco lo sé, se llevaba mal con ella pero también odiaba a otros de sus compañeros. Creo que elige a Aguirre porque era aficionada al tinto y sabe que no va a desaprovechar la botella y, sobre todo, porque vivía sola y no existía el riesgo de que nadie de su familia se envenenase. De todas formas, sea como fuere, el plan le salió a pedir de boca. Cristina Aguirre no tarda ni tres días en abrir la botella de Pesus y tal vez brindar con ese vino caro a la salud de quien precisamente se la ha regalado, y la muerte le sobreviene en cuestión de minutos. Ya son dos las tertulianas

muertas y el miedo se desencadena, miedo que se convierte en pánico cuando, el día de San Juan, Pablo Mercader es atropellado y muerto. Un golpe de suerte para Marieta Ayuso. Y las confesiones comienzan a caer como frutas maduras: Carla Palafox, paladín de la incorruptibilidad, reconoce que es una falsaria, que ella no escribió la novela que la convirtió en escritora de éxito, que no es autora de su *best seller*. Lucía Crespí admite en antena que trabaja en sus ratos libres como puta de lujo. Ignacio Feliú reconoce prácticas mafiosas en el ejercicio de su profesión. Fofi León, que el título universitario del que presume es falso. Lola Hermosilla, que el hijo de cuatro años que tiene es en verdad fruto de un vientre de alquiler. Y así uno tras otro. Y la que se lía en el mundo de la prensa es de órdago, ahí tenéis los artículos y las editoriales que se han escrito, los ríos de tinta que han corrido. Se han caído muchas caretas y se han puesto de manifiesto muchas verdades incómodas. Y poco a poco se va extendiendo entre los periodistas y entre las empresas radiofónicas y televisivas la convicción de que es necesario replantearse muchas cosas, de que hay que poner freno a muchas prácticas, de que hay que recuperar los antiguos valores de la profesión. Marieta Ayuso ha muerto, sí, pero ha conseguido su objetivo, ha alcanzado la meta por la que siempre había luchado.

Me pongo en pie, extenuado. El silencio en el pequeño despacho policial es espeso como una bechamel. El símil me hace recordar que estoy desmayado, muerto de hambre, ni la gloria de alcanzar la verdad ni la tensión de un momento como éste hace que se calme el dragón que habita en mi estómago. Joder, cómo soy. Además de listo, claro.

—Lo demás, chicos, es cosa vuestra.

Digo.

A mamarla.

Y abandono el despacho.

Creo recordar que por aquí cerca hay un VIPS donde ponen una pallarda de ternera con judías verdes y patatas fritas que está para chuparse los dedos. Y si la noche se avía soy capaz hasta de meterles mano a las tortitas con nata y sirope de chocolate que sirven de postre.

¿Quién dijo miedo? Al ataque, pues.

—Epílogo—

Viernes, 1 de julio de 2016

Hasta las once y pico de la mañana del viernes no recibo llamada de Villaescusa. Casi cuarenta horas, no está mal.

—¿Sí?

—Buenos días, Patón.

—Buenos días, Germán.

Ligera e incómoda pausa que cronometro: una vez que ha dado el primer paso de telefonarme, quiero saber cuánto le cuesta exactamente reconocer mi mérito. Uno... tres... cinco... siete... nueve... Justo once segundos. Tampoco está mal.

—Oye que... esto... que llevabas razón.

Me cuenta que han comprobado punto por punto mi teoría y que es absolutamente cierta. Que he dado en el clavo, vamos. Han comprobado cada uno de mis pasos, cada uno de los datos que les he ofrecido y todos son sólidos. Han vuelto a interrogar a Gene, a Tino Guillén, a José Gracia, a la farmacéutica, a su auxiliar y al sursuncorda y no hay una sola grieta. Han dado incluso con el empleado que le vendió a Marieta Ayuso el Pesus en la vinoteca de Lagasca, me aclara que, aun sin mí, habrían dado con esta pista más pronto que tarde, pues estaban investigando todas las vinotecas, clubes del gourmet y pijadas por el estilo de toda la comunidad madrileña. Pues podrían haber empezado por los del barrio de Salamanca y ya haría días que habrían llegado, me digo para mi colete. Añade que en el historial de navegación del móvil de Ayuso han descubierto un acceso, a mediados de abril, a una página de la *Dark Web* en la que había adquirido el fluoroacetato de sodio en un foro, a través de un vendedor con el *nick* de PsicoLethal cuyo rastro se ha perdido en un servidor de Indonesia. Responde a algunas de las preguntas que le hago y cuando ya no queda nada más de que hablar, me anuncia:

—Hemos estado trabajando codo con codo con la Fiscalía de la Audiencia Provincial y también el juzgado está al tanto de todo. De hecho, la orden de libertad para Tino Guillén va camino de Soto del Real, supongo que su liberación será cuestión de horas. A las siete de esta tarde daremos una rueda

de prensa en la Dirección General para dar a conocer lo acontecido. Por supuesto, haremos mención de tu relevante contribución.

Nos despedimos. Sospecho que la mención de mi relevante contribución será otra medallita con distintivo blanco y sin efectos retributivos en la pensión. Me levanto, me asomo a la ventana y fumo. Me siento vacío, como el actor después de la última función de la obra de teatro que ha venido siendo su vida en los últimos meses o años. Repaso la vorágine de estos días pasados y experimento sensaciones contradictorias: por un lado, tengo la satisfacción del deber cumplido, y bien cumplido además; y por otro lado siento ese vacío en las entrañas, me falta algo, la emoción del enigma, la agitación del misterio que se resiste a las pesquisas policiales. Respiro con fuerza. Me digo que tengo que ir a ver a Pujadas para recordarle lo de mi pase a la segunda actividad. No voy a permitir que también Marieta Ayuso me afecte a mí, que también cambie el curso de mi vida.

—¿Florencio?

La puerta del despacho se ha abierto silenciosamente. Es Margarita.

—¿Qué ocurre?

—Oye, perdona. ¿Te acuerdas de ese abogado, ese tal Pedro Fabregat, que se ha llevado días sin parar de telefonar? Pues está aquí.

—¿Aquí? ¿Qué quiere?

—Dice que tiene que verte. Que es de suma urgencia.

Cierro los ojos y espiro el aire. Qué le vamos a hacer. Hay que regresar a la árida rutina, al día a día monótono y tedioso del policía.

—Éste era el abogado fiscalista, ¿verdad?

—El mismo que viste y calza.

—Y supongo que sigue sin decir qué diablos desea.

—Tú lo has dicho.

—Pues no demoremos lo inevitable. Vamos —digo.

Pedro Fabregat está en mitad del pasillo. Tiene pinta de sardina en medio de las Bardenas Reales, se le ve fuera por completo de su hábitat.

—Buenos días. Florencio Patón, inspector jefe.

Le tiendo la mano y veo que vacila antes de estrechármela. Cuando me la estrecha lo hace raudo y laxo. Luego, se limpia con disimulo la mano en la pernera del pantalón. Bien empezamos.

—Pedro Fabregat, abogado —se presenta—. Mire usted, ante todo perdone mi insistencia y que haya venido sin avisar, pero creo que lo que tengo que decirle no podía esperar más.

—Vaya. ¿Y qué es eso que no puede esperar más?

Permanece en silencio. Abarca con su mirada, que es tan intensa como una novia fea, el desnudo pasillo y a Margarita, que nos contempla interesada. Capto la indirecta.

—Bien. Sígame, por favor.

Lo conduzco a mi cubículo, le invito a sentarse, contempla con cierta suspicacia la silla que le ofrezco, como si pudiese estar colmada de bacilos virulentos, se sienta al fin, reprimiendo las ganas de extender su pañuelo sobre la tapa, coloca sobre la mesa su pequeño y carísimo maletín, lo abre, extrae un sobre tamaño A4, me lo ofrece.

—Tenía que darle esto. De hecho —y hay un tono de reproche en su voz perfectamente modulada—, hace días que debería de estar en su poder. Pero no ha habido forma de contactar con usted, hasta ahora. Un encargo de la señora Ayuso.

—¿De la señora Ayuso? ¡¿De Marieta Ayuso?! —pregunto, incrédulo y subiendo la voz más de lo que debiera. Veo que el abogado frunce el ceño y empalidece levemente, aunque no le hago ni puñetero caso. Examino el sobre y veo que en él figura escrito: «D. Florencio Patón. Inspector jefe de la comisaría de Pozuelo de Alarcón, Madrid». Y arriba, subrayado: «Para entregar en mano».

Fabregat me explica que Ayuso era cliente de su despacho, un exclusivo bufete dedicado al Derecho Tributario. Que días atrás, exactamente el día 20 de junio, el lunes siguiente a la muerte de Marieta, le había llegado un sobre con su remite. Que lo había abierto y que dentro de él había a su vez otros dos sobres: el que me acaba de entregar y otro dirigido a él, en el que le pedía que me hiciera entrega personal del sobre adjunto en el caso de que Tino Guillén u otra persona fuese detenida por su muerte. Y que a eso viene. Que aquí está y que si tengo inconveniente en firmarle un recibí. Y nada más. Encantado de conocerle. Y espero que lo que contenga ese sobre sea de su interés. Buenos días, buenos días. Adiós, prenda. Adiós, inspector. Hasta nunca.

El abogado Fabregat abandona la comisaría con la velocidad del detenido recién exonerado. Permanezco solo en mi cubículo, con el sobre de Ayuso en las manos. Me causa cierta pesadumbre abrirlo: sea lo que sea, será el desenlace definitivo, el vacío definitivo, será el punto y final. Y la verdad es que me da tristeza que todo se acabe.

Lo abro. Extraigo una nota pulcramente caligrafiada en tinta azul. Las letras son grandes y redondas. Me voy al final y veo la firma florida de Marieta

Ayuso.

Vuelvo al principio.

Leo: «Querido inspector Patón. ¿O puedo llamarle Florencio?».

Estoy a punto de decirle en voz alta que puede llamarme como quiera, que Florencio está bien, que está cojonudamente bien.

Hasta que caigo en la cuenta de que nadie, tampoco ella, menos que nadie ella, puede oírme.

Cuando lea usted estas líneas, estaré muerta.

Cuando lea usted estas líneas, alguien, posiblemente Tino Guillén, habrá sido detenido por mi muerte.

Es un error.

Y es hora de enmendar el error.

Sólo yo soy responsable de mi muerte. Y si también Cristina Aguirre ha aparecido muerta, envenenada, también yo soy la responsable de su muerte.

Yo. Y nadie más. Absolutamente nadie más.

Y, al mismo tiempo, todos. Todos quienes conforman la profesión periodística son responsables de esas muertes, de la mía y de la de Cristina Aguirre.

Todos.

Tengo cáncer de pulmón en fase IV y me quedan meses de vida. Si es que a lo que me queda se le puede llamar vida. Y he decidido darle un sentido a mi muerte.

Marieta Ayuso expone a continuación su plan, el que ha llevado a cabo, y todo coincide con lo que yo he descubierto y con lo que yo no conocía y Villaescusa me ha revelado en la conversación telefónica de hace un rato: la compra del Pesus en la vinoteca de Lagasca, cómo consiguió que Guillén dejara sus huellas en la botella, la adquisición del veneno en la *Dark Web*, la compra de la jeringuilla y la aguja de 14 gauges en la farmacia de Velázquez, la remisión de la botella a Cristina Aguirre a través de su criada Gene... Todo.

Asumo la terrible carga de la muerte de Cristina, si es que ha llegado a producirse. Aunque la verdad es que, en última instancia, su muerte, si llega el caso, será culpa solamente de ella: no debiera aceptar el regalo de una muerte, no debería brindar por el fallecimiento de una compañera. Sea como sea, el fin que pretendo vale más que una vida y que dos. Y también vale más que la libertad de Tino. Pero he de revelar la verdad para que se sepa lo que he hecho y el porqué. Para que todos conozcan el terrible albañal en que se ha convertido la prensa, los medios de comunicación de hoy en día. El sumidero en que los hemos transformado.

El basurero en el que me he obligado a vivir.

Porque... ¿en qué nos hemos convertido, en qué inmundada cloaca, en qué nauseabunda alcantarilla en la que la verdad es cada día sepultada por toneladas de desechos!

Los medios de comunicación, que antes eran el último reducto de la verdad y de la libertad, hoy no son sino esclavos de diferentes amos: unos, esclavos de quienes quieren convertir sus privados intereses en la verdad común e inmutable que siga haciendo girar la máquina de sus beneficios; otros, esclavos de quienes sólo quieren imponer sus sesgos y machacar a quienes no comparten sus mismas opiniones. Sus mismas, en tantas veces, delirantes opiniones.

Hoy, la verdad es diariamente arrinconada y el rumor, la mentira y hasta la leyenda se imponen y alcanzan cuotas de distribución masivas.

Hoy, la comunicación, que es como el instrumento musical, que sólo debería ser acariciado por virtuosos, está en manos de rudos ignorantes que sólo transmiten mugre, que llenan las casas, a través de las ondas, de desperdicios y zafiedades.

Hoy, bajo la etiqueta del análisis objetivo del tertuliano político, sólo se esconde la manipulación, la tergiversación, el interés espurio, la necesidad de favorecer a quien lo alimenta o sostiene.

Hoy, la información, que debiera ser el sólido cimiento de la opinión, es utilizada como arma arrojadiza que previamente se moldea y falsea para que alcance la diana de los propios intereses.

Se lo dije, ¿recuerda?, cuando nos vimos en el bar del Wellington: «Y así seguiremos hasta que alguien no cambie el estado de las cosas».

Pues ha llegado el momento de que alguien cambie el estado de las cosas.

Y ese alguien, inspector, voy a ser yo.

Yo soy Ramnusia.

Yo soy la responsable de la remisión de todos los anónimos. En muchos casos, sé el secreto que esconden sus destinatarios. En otros, no, pero es igual, porque todos escondemos secretos. Y o mucho yerro o haré que los receptores de esas misivas se vean tan atenazados por el pánico, se sientan tan aterrorizados cuando sepan de mi muerte y del envenenamiento de Aguirre, y cuando piensen que ellos pueden ser los próximos, que confesarán. Que expondrán sus miserias en público y ante millones de televidentes. Que, entonces, sabrán la calaña de esos que llenan sus horas, las que roban a la vida, las que hacen que desperdicien su tiempo.

Y, a lo mejor, todo cambia.

Ojalá mi muerte sirva para eso.

Tal vez, quién sabe.

Estoy cansada. Muy cansada.

Y he de reunir fuerzas para disponerlo todo, para conformar el acto final del drama: mi propia muerte.

Tengo miedo, mucho miedo. Pero sé que no he de tenerlo, pues sólo se ha de tener miedo a perder lo que se posee, y yo ya no poseo nada: ni tiempo poseo, inspector.

Una última cosa: me habría gustado conocerlo mejor, pasar otras veladas con usted en el Wellington, compartiendo tabaco y whisky, noche y tiempo. Creo, no sé por qué, que bajo esa fachada suya, que bajo su timidez, su reticencia, su vergüenza, se esconde una persona

inteligente.

Que nos habríamos llevado bien.

Ojalá nos hubiésemos conocido en otras circunstancias.

Suya siempre, afectuosamente,

Marieta Ayuso.

* * *

Acaricio el papel. Leo la carta dos, tres veces más. Luego, con extremo cuidado, vuelvo a doblarla y la regreso a su sobre, que guardo en el cajón superior de mi escritorio. Sé que tendré que dársela a Villaescusa, es el colofón a la investigación, la rúbrica de la verdad, pero por unas horas quiero que sea sólo mía.

Siento un apretón en el corazón como si alguien estuviera agarrándomelo con una mano helada.

Vuelvo a la ventana y al pitillo. Afuera, el mediodía se aposenta en el cielo como un rey en su trono. Y en mis ojos sigue bailando una agüilla molesta. Pienso en las palabras de Ayuso, en sus reflexiones sobre el mundo actual de la prensa, sobre sus compañeros, sobre la información y la verdad. Suenan en mi memoria las palabras que intercambiamos en la terraza del Wellington.

Me digo que la pena es que, en la vida, las cosas buenas son como las vacunas, que siempre llegan tarde.

Tengo grabadas en mi mente esas palabras finales de la carta de Ayuso: «Me habría gustado conocerlo mejor, pasar otras veladas con usted en el Wellington..., humo, whisky, noche... bajo esa fachada suya... se esconde una persona inteligente».

«Nos habríamos llevado bien».

Pues a lo mejor.

Pero ya...

Maldigo mi suerte.

Mi jodida suerte.

Pero ya se sabe: cuando la suerte es cochina, cualquier perro nos orina.

Qué gran verdad.

Para una vez que levanto el interés de una mujer sugestiva y guapa, va y se me tira por un balcón.

¿Será posible?

Si es que no tengo remedio.

Si es que soy un desgraciado, cago en la puta.

FIN

Jerez, 15 de mayo de 2017